José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1885-1887 (volumen 3)

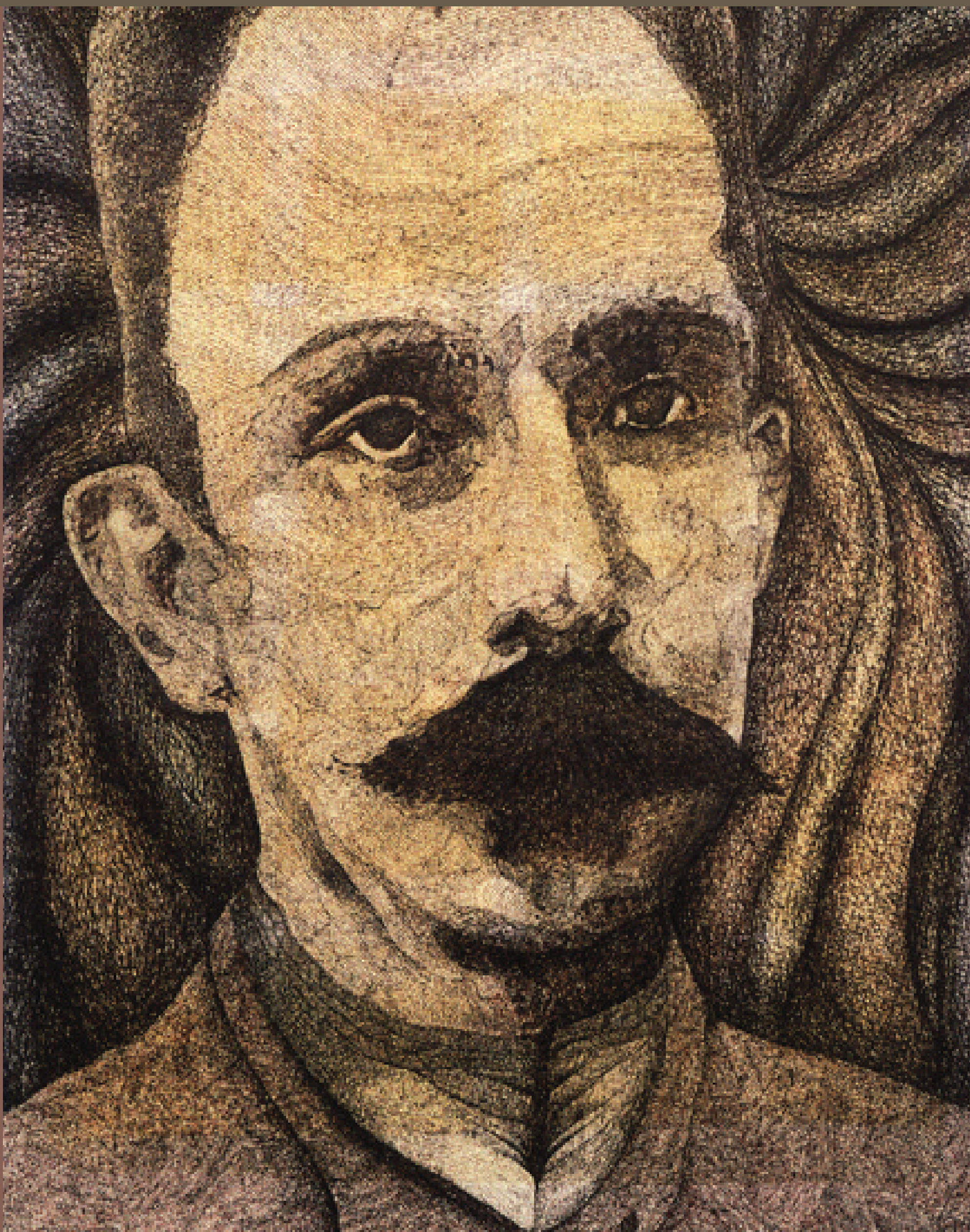
Estados Unidos

24

CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO



 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Dirección editorial: Aida Matilde Martín Fernández.

Responsable del tomo: Rodolfo Sarracino Magriñat.

Colaboradores: Maia Barreda Sánchez, Heidy Bolaños Oliva, Leslie Cruz Rodríguez, David Leyva González, Lourdes Ocampo Andina, Yaliemny Pérez Sardiñas y Fanny Sosa Pérez.

Edición: Laura Álvarez Cruz y Aida Matilde Martín Fernández.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Homenaje a Martí*, Rafael Calvo, 2001. Colección privada.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, narraciones, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, y el cotejo con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra, la cual se completará como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se

ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un* índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneas de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Este tomo 23 inicia una nueva modalidad de la Edición Crítica*. Se trata de la presentación de las crónicas de José Martí para* El Partido Liberal *(México) nunca antes publicadas en las* Obras Completas, *aunque es cierto que casi todas aparecieron en las páginas de* La Nación *(Buenos Aires). Pero hay modificaciones de forma y contenido en unas y otras que justifican su inclusión, pues permitirán al lector medio, y sobre todo al investigador de la literatura e incluso de la historia, comprobar, mediante la comparación de ambos escritos generalmente redactados con 10 o 15 días de diferencia, la manera en que Martí modificó los textos mediante la eliminación y sustitución de frases, oraciones, adjetivos y hasta párrafos completos para lograr mayor precisión y el objetivo periodístico de trasmitir con claridad a los lectores de dos países latinoamericanos, con grados disímiles de conocimiento de la realidad estadounidense, ideas, imágenes e informaciones, siempre dentro de los más altos parámetros estéticos y literarios.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM:	Centro de Estudios Martianos.
EJM:	José Martí. *Epistolario*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla. La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 5 tomos, 1993.
EPL:	*El Partido Liberal* (México).
LN:	*La Nación* (Buenos Aires).
Mf.:	Microfilme.
Ms.:	Manuscrito.
Nf.:	Nota final.
OC:	José Martí. *Obras Completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

El Partido Liberal, *La Nación* y *La República*

1886 (junio-diciembre) - 1887 (enero)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Gran jubileo en el Sur para inaugurar los monumentos a los soldados de la rebelión.—Todo el Sur se engalana para tributar honores unánimes a Jefferson Davis, el presidente de la rebelión.—Antecedentes y recuerdos.—Lo que fue aquella guerra.—Cómo peleó el Sur.—Significación pacífica de esta fiesta.—Jefferson Davis, viejo.—Dos mil niños negros de las escuelas vierten flores ante el carruaje del mantenedor de la esclavitud.—Los confederados reunidos en las ciudades pasean con sus uniformes y sus banderas.—El Sur no se avergüenza de sus héroes.—El discurso ardiente de Jefferson Davis.—"¡Sigue, viejo, sigue!"—El discurso pacífico de Gordon.—Escenas en las calles.—Montgomery y Atlanta embanderados.—Incidentes pintorescos.—La Casa del Ayuntamiento llena de banderas de la Confederación.—El Norte lo ve en paz.—La bandera de la Unión flota en la cúpula.

New York, 20 de mayo [de 1886].

Sr. Director de *El Partido Liberal:*

La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido. Dentro de una nación, todo cuanto haya de bravo y brillante [en] un hijo de ella, es capital de la nación, con el que esta se amasa y resplandece. Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está hecho de ella, o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja, como un hombre que pierde la fe en la vida, o como un madero roído. Los Estados Unidos acaban de ver ahora en paz una cosa grandiosa. El Sur, que peleó con rabia en aquella guerra enorme por separarse del Norte, acaba de congregarse bajo su propio pabellón, el pabellón rebelde, para inaugurar con su viejo caudillo a la cabeza, los monumentos en que en diversas ciudades conmemora a los soldados que murieron en la pelea contra el gobierno nacional, y a los que los condujeron y aconsejaron. Nunca se ha visto cosa más hermosa. De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo, el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todo se mantienen y juntan, y produce espectáculo de viril y gigantesca

indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia.

¿Quién no recuerda aquellas batallas que tenían en un hilo la atención del mundo, y fueron como un proceso de la soberanía humana, y como una prueba de la capacidad del gobierno popular para dirigir a una nación y mantenerla unida? No era solo que el Sur quisiese tener esclavos, y que el Norte se opusiera a que los tuviese: no era solo que los patricios agricultores del Sur repudiasen las leyes acordadas para toda la nación por los habitantes de los estados fabriles del Norte: no era solo que el Sur, desesperanzado de retener bajo su férula al *yankee* a quien despreciaba, se determinase con su arrogancia ciega de señor a "rendir a la bestia por la fuerza", o a aterrarla con la amenaza de ella. La bestia se hizo Lincoln y lució como si de oriente a ocaso se tendiese en el cielo un palio de justicia. La bestia se hizo Grant, y cayó sobre los Estados Confederados como un martillo, como un clavo que se tuerce, o como un monte. Era que se alegraron por todo el universo las castas medio muertas, las gentes de tradición y monarquía, las que no gustan de ver desenvolverse y afirmarse al hombre como una divinidad de espaldas anchas que cual en trono natural se sienta sobre la tierra: y mantuvieron que sin cabeza regia y prestigios misteriosos no podía existir un pueblo, ni podía una nación, sin caer en catástrofe, gobernarse a sí propia libremente.

Y se gobernó; y falló de un modo irregular, brutal y nuevo, en armonía con los elementos diversos y acometedores de que este pueblo reciente está formado; y perdonó en la victoria con una plenitud y verdad de que no dio antes ejemplo alguno.

¡No: los caballos de los hombres no!─dijo Grant a Lee cuando el general de los confederados le fue a rendir en la aldea de Appomatox su espada de oro: ¡ni la espada de Vd., que está muy bien a su cintura, "ni los caballos de sus hombres, porque les harán falta para el arado de la primavera". Grant se descompuso luego en el poder, como se descomponen en él todos los que pierden de vista, aun en los pueblos imperfectos, que el gobernante no es nada en sí, sino en cuanto no se aparta del interés y naturaleza de su pueblo, que lo elige y permite, ya por el voto en los países de educación republicana y métodos regulares, ya por la revuelta y el tumulto en los pueblos nuevos e inquietos que no tienen paciencia o costumbre de expresar su voluntad de un modo normal y constante. Se descompuso Grant luego; pero se levantará en el porvenir sobre esa frase, que parece

una paloma blanca, surgida, a modo de renuncia de la bondad eterna de la tierra, de sobre los campos abonados con capas de muerto.

¿Quién no recuerda aquellas batallas cruentas, aquella cintura de ríos en que se encerró la Confederación, aquellos puentes de cadáveres sobre los que los fueron trasponiendo los federales vencedores, aquella alegría heroica y patriarcal grandeza con que, una vez en la pelea injusta, defendió el Sur su tierra y gobierno, que consideraba legítimamente propios, y a cuyos soldados, que brillaban en sus harapos como una bandera al sol, daban con sus manos finas las matronas de los pueblos el pan que habían amasado de buena voluntad en sus casas sin padres y sin hijos, porque se los había llevado a todos la guerra? Pues aquella manera de morir; pues aquel fiero apego a la tierra nativa; pues aquella loca firmeza en el mantenimiento de los que estimaban sus derechos; pues aquella sublime sencillez en el abandono del regalo y la fortuna, igualada solo por la fortaleza de las mujeres en la desdicha y la bravura de los hombres en la guerra; pues aquella hecatombe tremebunda, necesaria para mostrar el escarmiento a las edades, el sepulcro de la institución de la esclavitud en cuya defensa fue so color de derecho político levantado; pues aquel monte de héroes que redimieron su equivocación con las virtudes que mostraron en el sostén de ella, es lo que en estas fiestas de ahora, en estas ciudades de gala, en estas calles llenas de banderas, en estos pavimentos cubiertos de flores, en estas escenas de vencidos que sacan llanto a los ojos, ha querido celebrar el sur en la persona agonizante de su viejo caudillo Jefferson Davis, que se va sin doblarse, antes que se muera!

¡Pobre viejo, más terco que bueno! Debió ser muy fuerte, como todo aquel que sigue vivo después de que se le cae su pueblo encima! Es verdad que se ha quedado sobre la tierra como una luz fatua, y, a juzgar por lo que ha dicho en estas fiestas, como una lámpara casi vacía que solo se reanima con luz agitada por los esfuerzos de la muerte, cuando la visión de sus ejércitos grandiosos o de su esperanza enconada en la derrota sacuden el aire, con sus alas de fuego, o con sus alas negras!

En otro país hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma. ¡Levantar un monumento, en los días mismos declarados sacros por la rebelión, a los muertos rebeldes! ¡Disponer una gran fiesta, un jubileo de los soldados leales, en las ciudades que fueron sus fortalezas, para recibir, no bajo un cielo azul, sino bajo un cielo de banderas traidoras, al que fue el primero en aconsejar la traición y la presidió, y ya en los vahos de la tumba se yergue sobre su bastón como sobre un arma de guerrear, y con desordenadas frases seniles levanta su traición como

una gloria por sobre su cabeza!—Pues todo eso se ha hecho aquí, sin que el país se estremezca, ni nadie crea en una resurrección del bárbaro conflicto. La esclavitud era la médula de aquella guerra. Otros pretextos tuvo; pero la razón fue esa. Ya no hay esclavitud que mantener. El sentimiento del Sur conmueve aún los pechos de los que lo defendieron, y los de sus hijos; pero la guerra, con la razón que tuvo, quedó muerta.

¡Ni qué mayor castigo para Jefferson Davis, mantenedor de la esclavitud de los negros, que ser recibido a su llegada a Atlanta por dos mil niños negros de las escuelas, que iban vertiendo flores delante de su coche, el cual llevaba las ruedas vestidas con banderas de la nación que quiso echar abajo? No. No significaba esa fiesta solamente la generosa ternura de un pueblo que quiere endulzar, antes de que se queden para siempre fríos, los labios de un anciano que lo inflamó con su espíritu de independencia, y ha vivido envuelto foscamente en su derrota, como un abanderado que muere en su bandera. La fiesta del Sur ha sido como un arrebato de almas, como un tiernísimo apetito, como una gran despedida, como una función de amor, en que los que aún están vivos quisieran verse, juntos como en la hora de la gloria, antes de dejar en este mundo sus uniformes, e ir a unirse con los que murieron por ella.

"¿Quién nos ha de tener a mal,—se decían con razón,—que honremos a los que pelearon a nuestro lado por un ideal que se escapó de sus heridas?"—Y nadie se los ha tenido a mal. Uno que otro político del Partido Republicano quiere hacer capital de guerra para la próxima campaña presidencial, de ese sentimiento unánime con que un pueblo decoroso honra sin miedo a los que supieron morir por él: ¡otros pueblos hay, menos leales y dignos, que tienen vergüenza de recordar en alta voz a sus muertos! Pues el Sur no y el Norte se ha descubierto la cabeza con respeto, y ha visto pasar, después de veinticinco años de la muerte, el féretro de la guerra, como se descubre el vencedor honrado cuando pasa el cadáver del vencido.

En Montgomery fue la fiesta mayor; y Jefferson Davis, llevado en triunfo desde su hotel al Capitolio, dijo sin obstáculo su discurso de gracias y de recuerdo, en el lugar mismo ¡oh caso memorable! donde juró ser fiel como presidente de la Constitución de los estados rebeldes. Fue de verlo cuando se levantó a hablar. Temblaba el viejo como tiembla el acero. El cabello no se le ha caído, sino que en guedejas lacias y revueltas, le bate en la frente como jirones de banderas rotas.

Parecía un hombre de piedra, y como que todos se empequeñecían a su alrededor, para dar el consuelo de creer por un momento grande al que procuró en vano serlo.

Ni una palabra dijo que mostrase arrepentimiento por sus actos, o reconocimiento de su ilegalidad, o sanción de la victoria del Norte. Insistió en la defensa de su guerra. La razonó. La saludó en "el espíritu de libertad que ve inmortal en los hijos del Sur".—"No diré cosas que puedan comprometer a nadie".—"Sigue, viejo, sigue,—le dijo una voz,—que estás entre amigos".—Y habló como entre amigos, con rabia, con arranques a veces de salvaje hermosura, con un grito de amor a los muertos que saca a los ojos lágrimas de piedad por el pobre hombre roto, con exabruptos de invencible odio, como un mastín desdentado y exangüe, que enseña a su enemigo las encías.—Pero dijo todo esto, apoyado sobre un bastón que parecía dispuesto a alzarse, a la sombra de un pabellón federal, bajo cuyos pliegues se agrupaban sin armas los jefes rebeldes.—Y el general Gordon, que peleó muy bien y quiere ser gobernador, saludó los tiempos pasados, en que fue héroe del lado de los caídos, como se saluda una tumba, y proclamó la época nueva de unión sólida en que el Sur ama al Norte, cuyo hombre en la guerra fue aquel Lincoln, al que le dijo en el campo de muertos de Gettysburg—"¡Los federales que defendieron estas alturas vivirán en la historia!"—respondió tendiendo aquella mano suya, que parecía una bendición, hacia el lugar de sepultura de los confederados:—"¡Y los confederados que los atacaron vivirán en la historia también!"

En paz han lucido al aire los emblemas y colores de la Confederación. Locura eran las calles de Montgomery y Atlanta. El día, procesión; hotel la noche: el Sur entero reunido en Montgomery. Acá un cojo. Allá un manco. Mucha barba gris. Mucho rostro curtido. Llevaban muchos el uniforme de la guerra. Se juntaban en grupo. Se abrazaban al reconocerse. Los que habían servido en una legión se apiñaban, llorando algunos, bajo una ventana en que lucía su banderín. Un secretario, con una sola pierna, distribuía sentado a una mesa cintas rojas a los soldados confederados:—"Quiero mi cinta", dijo un anciano esbelto. La voz estremeció al secretario, que levantó la cabeza:—"¡Doctor!"—"¡Davis!"—Se habían vuelto a hallar, el valentísimo soldado, y el cirujano que le amputó la pierna. Uno lleva enormes bigotes, porque juró no apartárselos hasta que no venciera el Sur, que no ha vencido. Todo era cinta roja. No había en las calles hombre solo. Parecían cuchichear las cintas en las fechas, agitadas por la emoción y la alegría de aquellos bravos. En los balcones de las casas, junto con las de la nación, hondeaban las banderas

confederadas. La casa misma de Ayuntamiento era toda ella un oriflama: en estandartes y banderines, en pabellones y gallardetes; se veían retratos y nombres de los héroes de la Confederación: Robert Lee, *Stonewall* Jackson, Sidney Johnston. Grandes retratos de rebeldes ilustres vestían las paredes. Pero en la cúpula, como remate y color final en que todos los del edificio se fundían, se desplegaba y recogía al viento majestuosamente, con aire de buena madre que sonríe, la bandera de las listas rojas y las estrellas blancas.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 8 de junio de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El vicepresidente del Ayuntamiento de New York condenado a nueve años [y] diez meses de penitenciaría por cohecho.—Su delito.—Quiénes son los regidores de New York y cómo viven.—Vicios, policías, rufianes y regidores.—Cómo se maneja acá el Ayuntamiento.—Cruzada pública contra la corrupción municipal.—Jaehne, el sentenciado.—Escenas del proceso.—Sentencia terrible.—Escenas de su entrada en la penitenciaría.—El vicepresidente está lavando camisas.—Suma de sucesos.—Proyecto de ley en el Congreso.—Un proyecto de ley que prohíbe que los extranjeros posean tierra en los Estados Unidos.—Cuarenta mil obreros piden la entrada libre de las materias primas.—*Lo que se dice aquí de México*.—Un ataque al Tratado en el *Sun* de New York.—Argumentos contra el Tratado.—La parada de coches en el Parque Central.

New York, 23 de mayo [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Grandes muchedumbres han seguido en estos días, en su proceso escandaloso y en su salida de Las Tumbas, al vicepresidente del ayuntamiento de New York, condenado por cohecho a nueve años y diez meses de trabajos forzados en la penitenciaría de Sing Sing.

Ya está el caballero de gabán fino y sombrero luciente volviendo al revés las camisas nuevas en la lavandería, vestido, como el homicida que tiene de compañero, con el traje de lienzo amarillo cruzado como la cebra de un lado a otro de fajas negras. Ya no le cae el cabello sedoso sobre la frente alta y cuadrada de hombre astuto, ni los luengos bigotes que acentuaban el aire presidencial en su rostro juvenil, le disimulan ya lo redondo de los ojos, lo saliente de los pómulos, lo montado de la nariz, lo escurridizo y flojo de la barba. Ya, por diez años en vez de la gloria de barrio que lo elevó dos veces, de joyero travieso que era, a presidir el Ayuntamiento de esta gran ciudad, no tiene más que su celda, donde le dejan fumar, leer y dormir en un colchón de crines. Si se porta bien, lo ascenderán a almidonar camisas.

Recibió veinte mil pesos por votar en pro de la concesión de la línea de tranvías de Broadway, que compró en cuatrocientos mil pesos el año pasado a veinte regidores de la ciudad de

New York. De veintidós que eran, solo dos fueron honrados. Y les decían los otros veinte *dudes* y *dandys* porque la virtud entre los ladrones es un abominable dandismo.

Los regidores de New York, es verdad, no son gente de mucha cultura y refinamiento, en cuyo exceso pecan los *dudes* o petimetres de ahora. Estos regidores gustan de la riqueza fanfarrona que deslumbra a la gente curtida y rufianesca; la ropa ha de ser cara: el sombrero de seda ha de enseñar el lustre de la plancha: la cara ha de estar afeitada hasta lo azul: se ha de ver mucha pechera de camisa: con un recio diamante en el centro: la leontina ha de ser de mucho oro, y si el vientre es abundante y redondo, mejor, porque así se muestran más los dijes: la cartera ha de estar siempre llena de billetes de banco, que se van quedando de noche por los mostradores de las cervecerías, donde el regidor paga todo lo que se toma, y truena y relampaguea, y asegura a los "muchachos" que él les sacará de apuro con el juez que es su amigo si sus pecados les llevan al banquillo, y tranquiliza al cervecero temeroso de que le cierren la tienda de noche, diciendo, en alto el vaso, que donde está el regidor está la buena, y nadie tiene que temer, porque él "ha visto a la policía".

Ya que para poder llegar a tener tienda de votos en el Ayuntamiento y vender al que mejor las compre todas las franquicias de la ciudad, los regidores necesitan poner de su parte a los cerveceros, que por lo que fían tienen sujetos a muchos de los votantes activos, los cuales en la hora de elecciones, si no venden el voto a un candidato que lo paga de contado, lo dan al regidor a quien protege el cervecero, por tener con este la cerveza segura; y porque cuando roban, o se desnarigan a puñadas bestiales, o se quitan a tiros los sombreros, haya regidor que vaya a sacar del juez la libertad o una condena baja, que es servicio que el juez hace generalmente de buen grado, porque cuando le llegue su vez de ser electo, necesita de los votos de los rufianes y de la protección de los regidores. Y como el que elige es aquí el que manda, se halaga al que elige, que como se ve no siempre es persona que debiera elegir, y se le compra el voto en este odioso sistema con una garantía de impunidad futura.

Luego, allá arriba, en el Ayuntamiento, se hacen muchos negocios. Hay regidor que deja caer en una cervecería un billete de quinientos pesos y no nota su falta. Los regidores, Tommy el enterrador, Mike el cervecero, Jim el de la cervecería, el gordito Walsh, todos gente ventruda y corpulenta, gente repleta y búfaga, no dan propinas sino de a peso fuerte, ni beben sino *champagne.* Y toda esta maravilla la hacen los regidores con un sueldo anual de mil ochocientos pesos. ¿Cómo rebosan en dinero, cómo cubren el enorme déficit, cómo se mantienen tan plenos y rosados? ¡Pues

así! vendiendo regularmente, como un negocio fijo, a las empresas los derechos públicos, y a los aspirantes los empleos por el cohecho que les quieran dar. Viven tranquilamente en esos lodos.

Acá se sabía; pero la ciudad, como toda gran mole, ha sido lenta en irse rebelando. ¿Ni cómo se podía evitar ese predominio del regidor en el barrio, si las elecciones de regidor se hacen por barrios? Regidores y policías son buenos amigos. Con esa amistad, los vicios, que son ricos, florecen ante los ojos cerrados de las leyes, y compran en la hora de la elección los votos que aseguran la permanencia de los "amigos" en los puestos públicos. Hasta que por fin, cuando fue pública la venta descarada de la vía de Broadway a la empresa que logró impedir con su soborno que la empresa se sacase como propiedad pública a remate, la vergüenza fue ya mucha, los ciudadanos puros, culpables de haber dejado el voto por desidia en tales manos, celebraron juntas, publicaron resoluciones, avivaron los espíritus, y la legislatura del estado, que comenzó por quitar a los regidores el derecho de nombrar empleados para puestos que vendían a cambio de dinero o influencias, acabó por sacar de los barrios la elección especial de cada regidor, haciendo esta general en la ciudad, como será ya el año próximo, de manera que se compute en un voto total, el número de ellos que favorezca a cada candidato, y se compense de este modo el sufragio de los guitones y tahúres con el de la gente honesta.

Jaehne, el regidor condenado a la penitenciaría, era la flor de este sistema, que en la furia de riqueza que acá envenena los espíritus, está tan en lo hondo de las costumbres, que muchos lo creen legítimo negocio, y en teniendo talento para ser bribón, nadie se lo tiene a mal a nadie. Pues qué! el general Shaler, con la cabeza blanca como la nieve, el jefe de las milicias del estado de New York, el presidente de su dirección de cuarteles, el presidente de su Junta de Sanidad, con un sueldo pomposo al año, ¿no está procesado por lo mismo, por haber dado a un quídam un valiosísimo privilegio en un remate de cuarteles, en pago de que el quídam, que ya llevaba hechos con él otros negocios, le levantase una hipoteca con que tenía Shaler gravada su casa?

Jaehne era la flor del sistema, más fino que los otros regidores, sin ser *dude,* que es como suena en español la palabra con que aquí se burlan de los que andan por las calles en pantalones apretados, muy sacados de pecho y prietos de cintura, con los brazos en ganso, con el puño de plata labrada del bastón entre los labios como una pipa de fumar, con un ojo en frío, y el otro disfrazado por un gran monóculo. Jaehne tiene fácil la palabra, que es gran enredadora, y como se ha visto en sus treinta y ocho años de edad en mucho lance oscuro, posee singular habilidad para salir bien de todo tráfico con truhanes o los que negocian en ellos, y llevar adelante el gobierno de complicidades

y picardías que han puesto a New York a los pies de estos mercaderes de los intereses que les han sido dados en custodia, méritos todos que le llevaron dos veces a la vicepresidencia del Ayuntamiento, que es como la presidencia, porque el presidente nato es el corregidor, quien pocas veces preside, pues suele ser persona honrada, y tiene ascos de verse en trato íntimo con tan grandes villanos.

Pero esos méritos no le sirvieron a Jaehne, a quien su mayor finura hacía más sensible que sus compañeros para guardarse tan bien como estos, que se han puesto en fuga. Y como un inspector de policía supiera irlo reduciendo hábilmente, llegó a confesarle una noche en su casa, sin saber cómo detrás de una cortina le oían dos testigos, que él y cada uno de los veinte regidores recibió veinte mil pesos de la compañía por su voto.

Al día siguiente fue preso. En una semana vio su causa el jurado, y lo declaró culpable. Justo es decir que la opinión de la ciudad estaba ardientemente contra el preso. Se había sentido la bocanada de deshonra pública. Y cuando lleno el tribunal de gente, arrinconadas en la puerta su madre vieja y su pobre esposa, mandó el juez al regidor vendido que se pusiese en pie para oír su sentencia, la boca se ponía amarga y se apretaba el corazón de angustia, al oír cómo iban cayendo de los labios del juez venerable las tremendas y sosegadas palabras de justicia: si le hubieran quitado a aquel infeliz un momento después las ropas, se le habría visto el cuerpo entero cortado a latigazos,—¡tanto herían aquellas palabras sencillas!

El infeliz escuchaba, bello asno en sus ropas de lujo, con la cabeza baja. La sentencia le caía encima, una sentencia sana y admirable, como un castigo de varas cimbradoras.—“Los hombres de tu estampa creen que el Universo entero está podrido, porque ven fuera lo que tienen dentro; pero el Universo no está podrido todavía. Fish está en la penitenciaría, y era una gran persona y un presidente de banco porque dilapidó a sabiendas y escondidas el dinero que se dejaba en su guarda. Ward está en la penitenciaria, y era un rey de negocios, porque invirtió en operaciones fraudulentas las sumas que obtenía con mentira. El policía Crowley está en la penitenciaría, porque empleó en ofender a una mujer la autoridad que se le había dado para protegerla. Y Tweed, el gran ladrón de hace veinte años, que era mucho más perverso que tú, murió en la penitenciaría. Tu mujer y tu madre me han movido el corazón; pero tu delito es demasiado grande para que yo pueda encontrar pretexto de merced. Lo que has hecho de ti mismo es triste; pero lo más triste es que el poder de hombres como tú sea tanto, y tan general en esta ciudad el hábito de tu delito, que se ha estado creyendo que la justicia se vendería a los bribones, como te has vendido tú, y que no tendríamos

valor para condenarte. ¡Escardan sus cabezas las víboras que alimentan estos pensamientos! Levantad la cabeza gente honrada! Jaehne, el tribunal te condena a nueve años [y] diez meses de trabajos forzados en una penitenciaría."—Los hombres no son crueles; pero dicen que se oyó en la sala como un suspiro de alivio cuando la sentencia salió al fin de los labios del juez.

Y ayer sábado, con otros cuatro delincuentes, llevaron los alguaciles a su prisión al vicepresidente del Ayuntamiento.

En las estaciones del ferrocarril se habían apiñado los pueblos, para verlo pasar. Él, hundía en su periódico el rostro trémulo. Llegaron. Llamaron a la gran puerta de hierro, que abrió el paso a la oscura alcaidía. Pusieron en fila con la espalda en la pared a los cinco sentenciados. Tocó a Jaehne su vez de acercarse a la mesa del alcaide. Vació en ella sus bolsillos, y aún llevaba repleta la cartera con noventa y dos pesos. Colocáronse los cinco en hilera. Jaehne el último, con su sombrero alto y su gabán finos, y siguieron prisión adentro pisándose unos a otros los talones, con las dos manos de cada uno puestas en los hombros del que le antecedía. Le hicieron tomar un baño. Le cambiaron su ropa por el traje amarillo con las fajas negras. Lo raparon. De dos tajos de tijera le cercenaron el bigote. Le tentaron todo el cuerpo, para tomar nota de sus peculiaridades y señales. Almorzó bacalao y papas hervidas, café y pan. Y lo dejaron en la lavandería, volviendo al revés las mangas de las camisas nuevas que se han de lavar, y atándolas con un cordón por la cintura, para que solo empapen en almidón la parte alta.

Van a seguir los procesos de los otros regidores, y ya trabajan los fiscales por traer a justicia con prueba bastante a los que les sobornaron, para que con los que recibieron el precio del soborno vayan como la opinión demanda, a la penitenciaría. La legislatura anuló la concesión vendida.

Prepáranse ahora, en estos últimos días de Congreso, acuerdos importantes. El Congreso parece tener interés en que no se revisen los dictámenes escandalosos de las reclamaciones de La Abra.

Lleva vías de éxito un proyecto de ley en el cual se prohibe que posea tierra en los Estados Unidos quien no sea, o haya declarado su intención de ser ciudadano americano, como que con el sistema de hoy se da el escándalo de que un marqués Tweeddale de Inglaterra, que de fijo mira a los Estados Unidos como una dehesa, posea ya más de millón y medio de acres cultivables, muchos de los cuales tiene arrendados, con la mira de traer acá el odioso plan de Irlanda que hace de los

infelices arrendatarios nueva especie de siervos de la gleba. La Comisión de Asuntos Navales aconseja el gasto de doce millones de pesos en reparar la Escuadra, que sería hoy, puesta en fila toda ella, una lamentable procesión de tortugas y esqueletos. Y los proteccionistas que ya tenían la cabeza aturdida del golpe que dieran en ella los trabajadores en las industrias de lana, pidiendo al Congreso la entrada libre de esta en el país, ahora andan en Washington como si tuvieran la cabeza partida en dos, porque cuarenta mil obreros de Filadelfia demandan a la Casa de Representantes, en una exposición que es un pasmo de lógica llana, la entrada libre de todas las materias primas de la industria, para que la vida en general se abarate, lo cual precisa ahora que el trabajo escasea con la paralización industrial, y para que, siendo en consecuencia de eso más bajos los salarios y más barata la producción de los artículos, puedan estos competir en el extranjero con los de fábrica europea, y haya así, con más venta, más trabajo. Estos hombres de hecho son soberanos filósofos. Bueno es oír lo que dicen los libros, pero es mejor oír lo que dicen los yunques.

De Washington han venido a New York en estos días formidables ataques al Tratado con México, que pende ante el Congreso para reglamentación. El ataque más brillante se publicó en el *Sun* de esta mañana. Que el Tratado es todo en favor de México; y en burla de los Estados Unidos.

Que no es verdad que queden libres de derechos los artículos norteamericanos que lo parecen, porque no cobrarán las aduanas federales, pero cobrarán las de los estados, lo cual viene a ser lo mismo:—que el Tratado no ha sido más que un habilísimo movimiento diplomático de México, con el cual obligó a Inglaterra y a Alemania, alarmadas por las concesiones propuestas a los Estados Unidos a ceder en asuntos graves de diplomacia e inmunidad futura, en cambio de concesiones de comercio iguales a las que llegase a hacer a los Estados Unidos:—Que México, una vez que ha logrado de Inglaterra el asentimiento a revisar en una comisión los reclamos ingleses, y de Alemania el compromiso de no entablar reclamaciones diplomáticas en casos individuales de sus súbditos, no desea que se apruebe el Tratado, con el que solo se propuso alarmar a Inglaterra y Alemania:—Que las convenciones últimas de México con esos países les conceden todo lo que concedería el Tratado a los Estados Unidos, y como estos fabrican más caro que aquellos, resultará que a pesar del Tratado, México continuará comprando a los ingleses y alemanes:—Que lo que más importa acaso a estos comerciantes no se trata en el proyecto, y es la reforma del sistema de manifiestos y facturas, que con las multas y zozobras que causa no permite calcular los rendimientos exactos de los artículos que se envían, ni establecer un tráfico provechoso y

firme:—Que estas dificultades de aduana por errores nimios en las facturas y los manifiestos podría remediarse con dar validez definitiva, salvo en casos de fraude, a un certificado de legalidad que expidiese para cada envío en el lugar de embarque el cónsul mexicano: —Que los alemanes son los únicos que se entienden en México con las aduanas, y que no hay en México casas de comercio norteamericanas ni inglesas, porque ni ingleses ni norteamericanos saben entenderse con aquellas aduanas:—Y que el Tratado, por todas estas razones, de las que algunas se ve que cojean, debe quedarse donde está ahora,—en el Congreso.—Es de observar que este artículo del *Sun* de New York viene de mano mayor, y de demócrata de mucho poder en el Congreso, por lo que no se le tenía hoy en cierto hotel de políticos como simple opinión de diario, sino como una vanguardia de pelea, sacada en New York a luz para que lo vea mejor toda la nación que mira a New York como a su guía, y se asesora de ella:—A tiempo que los graves políticos de este cierto hotel comentaban los argumentos del *Sun* o se dolían de la muerte del abuelo de Miss Folsom que retardaría las bodas sigilosas del presidente Cleveland, o hablaban del tremendo combate de púgiles que ya se prepara para celebrar con gran desbaratamiento de narices de atleta la Declaración de la Independencia el 4 de Julio, contaba en un corro un caballero entusiasta la marcha triunfante de las carrozas de lujo en la Parada de Coches que a imitación de Inglaterra celebra aquí la gente de caudales, "los diez de arriba", no bien se abren en los parques las ramas de rosas blancas, y dan a los jardines un casto color de adolescencia las amables lilas. La Parada en sí, como todo lo copiado, venía pobre: ocho coches nada más, de caballos muy ricos, con galanes de sombrero blanco y señoras suntuosas en las imperiales, y delante de la procesión seis policías, en sus caballos negros: pero lo de ver no eran los coches en sí, guiados por los mismos petimetres que imitan en sotos alquilados, vestidos de casaquines rojos que se van burlando de ellos, las cazas de zorros de los lores ingleses,—porque estos ricos de segunda mano están que mueren por no haber nacido lores: lo de ver era toda la gente de carruaje de New York que, para ver pasar a la parada de las carrozas de colores con sus clarines y bocinas, llenaba con el piafar de la vida y los colores del deseo el vasto Parque Central, dorado por el sol grato de la tarde, donde, como convalecientes que sonríen, se van cubriendo de hojas de un verde tierno las ramas de los árboles.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 18 de junio de 1886.

[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El matrimonio del presidente Cleveland y la fiesta de Decoración de las Tumbas.—La procesión de las flores.—New York en la mañanita.—Descripción de las honras solemnes en la tumba de Grant.—Gran ofrenda de flores.—Las flores del ministro Romero.—“¡De ti, oh patria mía!”—Descripción de las bodas del Presidente.—El Presidente y la prensa.—La batalla de los vapores.—La tienda de campaña de la prensa, amanece junto al retiro de bodas.—La boda en la Casa Blanca.—El Aposento Azul.—La ceremonia.—¿Quién es miss Folsom?—Arroz y chinelas.

New York, 3 de junio [de 1886].

Señor Director del *Partido Liberal:*

Esta ha sido semana de flores. Los jardines se han vaciado al pie de las tumbas, y a los pies de la novia. La tierra misma ha estado alegre, como quien goza en abrigar a los que han vivido con honor, y en que los que viven en ella se amen. El día último de mayo fue la Decoración de las Tumbas de los soldados muertos en el servicio de la patria. Ayer, día dos de junio, dibujado con letras de colores sobre las cajas de seda en que se repartió el turrón de boda, casó Cleveland, ponderoso señor de cuarenta y nueve años que preside sobre los Estados Unidos, con Miss Folsom, una gallarda criatura de veintitrés. Él se venía acostumbrando a ella, desde que la vio nacer y alegrar la casa de su padre, que fue el amigo de alma de Cleveland. Ella viene de donde viene él, de gente llana, honrada y seca, de generaciones de campesinos, acostumbrados a ganar con su trabajo sus derechos, y de abogados, en quienes el derecho se condensa, y es como cuerpo vivo, o debe serlo. Pero la Casa Blanca no se decoró para la boda, no, antes que las tumbas. Las tumbas fueron primero.

Es acá la fiesta de Decoración un día de colores. El júbilo no es impuesto, es nacional y grande. Es la fiesta pagana de la primavera, que ahora se celebra so color de honrar a los muertos de la patria. El sol no falta nunca. La tierra se abre alegre. Todo es procesión, compañía, músicas, pabellones, gentío en las aceras, calle de cabezas, leguas de bayonetas, desde las faldas de mármol de la catedral de San Patricio en la Quinta Avenida, a lo alto de New York, hasta Greenwood, el

cementerio de los palacios, a lo más lejos de Brooklyn. Soldados, soldados. La milicia, linda. Los veteranos que han visto pelea, sin mucho color, pero este sin un brazo, aquel sin una pierna. Uno, sin más pierna que la izquierda, va con la procesión de un cabo al otro, no en coche, no, sino a pie, porque así será el tributo más digno de los muertos. Otro, con el muñón de brazo que le queda, aprieta al pecho el banderín que su compañía llevó en campaña. Son viejos, pero van jóvenes, porque el honor y la alegría remozan. De las sociedades de veteranos, de los puestos militares, de los cuarteles, y de esos cuarteles mejores, las escuelas, mandan carros de flores para las tumbas de los soldados. El día antes, todos los chiquitines van a la escuela con los libros bajo un brazo, y un tiesto de flores en el otro, "para los muertos". Los carros, llenos de rosas, de claveles, de heliotropos, de geranios, van en la procesión, entre una y otra compañía. La procesión, que arranca de cerca de la catedral cuando la mañana está en todo su brío, llega al pie de las tumbas en Greenwood cuando ya el sol les baña con esa luz última suya que parece una caricia.

Por la mañanita, hay que ver ese día a New York. El comercio, callado. Las calles, claras, como si la luz de los espíritus saliese a ellas, o como si las cubriesen alfombras de luz. Es el claror primaveral de mayo. Es la alegría que está en los ojos. Las noblezas dan luz dentro y afuera, cuando mucha gente se reúne a sentir bien. La intensidad de nobleza en las almas parece traducirse fuera de ellas en intensidad de hermosura y de luz.

Por la mañanita hay que ver a New York. La tierra parece abierta en niños, la vanguardia de la gloria! Suenan las chirimías gozosamente, y los tambores y los pífanos. No hay ventana sin bandera ni sin mujer que la haga más hermosa. Por cada bocacalle entra con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía. Unos llevan pantalón de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas. Otros van de rojo y blanco, blanco el pantalón, la casaca roja. Otros van más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, muy viriles: llevan un pantalón azul oscuro y uno como gabán ceñido y corto, cerrado al pecho con doble hilera de botones dorados: el sombrero es de fieltro negro de alas anchas, con una fina trencilla de oro que cae sobre la espalda en dos bellotas. En las esquinas van las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras, las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos, aunque no lo fuesen. ¡Se veía pasar de prisa a muchas viejecitas, con sus tiestos de flores en las manos!

En las plazas, al rededor de las improvisadas tribunas, apretadísimo gentío. En la plaza mayor, la de Madison, había una gran tribuna, y en ella gente muy granada del país, el Presidente, generales, gobernadores de estados, mayores de ciudad, gran número de damas. Cerca del

Presidente está la que a los dos días va a ser su esposa. Ya todo el mundo lo sabe, y aplaude la boda como si fuera propia.

Acá gusta Cleveland, con su honradez tonante, y su firmeza de hombre de éxito. Al principio pareció el matrimonio fuera de proporción; pero luego se empezó a saber que ella no es mera persona de ciudad, que vive para danzas y jolgorios: sino señorita de peso y recato, habituada por una educación de "sentido común" a ver la belleza en la bondad más que en la brillantez. Él tiene ante ella el prestigio de todo hombre que se levanta por la fuerza de sus brazos sobre los demás hombres: el respeto que se tributa al marido, entra por mucho ¿quién no lo sabe? en el amor que le tenga la mujer. Y él tiene por ella una caballeresca pasión, hecha a martillo, como la plata antigua: he ahí otra cosa que entra por mucho en el amor de la mujer, el respeto que se la muestra. Cuentan que el día en que le dijo por primera vez sus cariños, bajó Cleveland, contra su costumbre, de frac a la comida. En los afectos se debe entrar así: solemnemente. El público sabe estas cosas, y acaba por encontrar bien que una rosa fresca adorne el frac de un hombre bueno. Hubo un instante esa mañana de la decoración en que el matrimonio anunciado se convirtió en una fiesta pública. Pasaban; pasaban, hora sobre hora, tocando himnos nacionales y marchas fúnebres los regimientos. Gran éxito para los tambores mayores; para la guardia vieja, con su uniforme blanco y sus morriones; para los zuavos, para los soldados negros, para las banderas rotas. De pronto, al acercarse un regimiento a la tribuna, rompe la banda en una marcha de boda. Alguien habla al oído al Presidente, que se sonroja y echa a sonreír. Un instante después, el aire era un hurra. Los hombres agitaban los sombreros; las señoras, desde la plaza y desde la tribuna, ondeaban sus pañuelos, se saludaba con ternura a un hombre honrado que iba a ser feliz.

Allá, junto al río Hudson, donde reposa Grant en su tumba de ladrillo, las fiestas de Decoración tuvieron particular solemnidad.

A la orilla del río majestuoso muere a gran altura un parque que ornamentan agigantados pinos. La tumba está a la sombra de estos: el río, allá abajo: enfrente, como un monte tajado a picos para dar paso a sus ondas, se elevan, cubiertas de verde espeso, las empalizadas. La tumba desaparecía bajo las flores, que hasta la hora de la ceremonia ocultó una lona al público. Tras ella, una tribuna, que los invitados fueron llenando poco a poco: y allá bajo los pinos, todo el apretadísimo concurso, cincuenta mil seres humanos silenciosos, por entre cuyas cabezas y sombrillas sobresalían las tiendas de campaña de la milicia que da guardia al sepulcro. Allá el sol tuvo la majestad de los pinos y del río.

Como dolientes naturales en las honras de semejante muerto, fueron llegando al pie del alto cerro los vapores de guerra, que disparaban sus cañones a cada momento. Un pueblo flotante de embarcaciones de recreo, suspendido el placer, les daba compañía. Un enorme vapor llega a la orilla, con las personas que han de celebrar la grave fiesta. El sacerdote anciano trae las ropas del culto. El general Logan, el orador del día, trae del brazo a su esposa, de cabellos blancos. La familia del muerto está con ellos. Viene toda una diputación de oficiales confederados, a honrar a su vencedor. Amigos y personas oficiales cierran la comitiva, que llega a la tribuna a los acordes de una marcha fúnebre: como un encaje de oro bordaba a esta hora en la tierra la luz del sol, filtrándose por entre las hojas rumorosas de los pinos.

Descorren el lienzo que oculta la tumba, y al ver tanta ofrenda, tanta corona de rosas, tanta palma nueva, tanta cruz y pirámide, tanta águila de claveles, tanta insignia de guerra y de paz, tanto escudo de estados de la Unión, tanto lirio y laurel, la muchedumbre reprime apenas un aplauso unánime: "Fiel hasta la muerte", decía en letras de lirios sobre la puerta de la tumba, guardada por un cañón blanco de claveles, que descansaba sobre una cureña de hojas. Cerca estaba una mochila de siemprevivas, las palmas de Bermuda, los cactus de México, la pirámide coronada de rosas, que envió el ministro chino, la urna de flores del estado rebelde de Virginia, y la almohada de rosas rojas del ministro mexicano D. Matías Romero, a quien Grant quiso mucho, y está en la tribuna sentado cerca de sus hijos: sobre la almohada se cruzan dos espadas, reunidas en la cruz por una corona de laurel: las hojas son de clavel blanco, y las empuñaduras de claveles rojos. Coronaba la tumba con las alas abiertas, una gran paloma, con una rama de oliva en el pico, ofrenda de la viuda del general Barrios. A la extravagancia llegaban los adornos: ¿no mandaron de California, con todo un carro de flores a Grant mismo a caballo, hecho en tamaño natural de rosas, y todo el caballo de rosas y clavel, que, desmontado ya el marchito jinete, parecía aguardar a un lado de la tumba a que volviese de ella el dueño acostado?

Cesa el cañoneo: tribuna y muchedumbre aguardan con unción: lee un comandante de destacamento los oficios de campaña: un canto de iglesia sube por entre los pinos lento y bello como el humo de las hojas secas que queman en otoño. Habla con el Señor, en su traje de oraciones, el sacerdote anciano. Músicas y plegarias se suceden. Lee un luengo discurso, hinchado y retórico el general Logan, que desluce con sus pruritos académicos la hermosura del sentimiento con que al acabar su elogio arrancó lágrimas a uno de los hijos de Grant. La marcha fúnebre de Beethoven

como un crespón que se va tendiendo lentamente, siguió a la alabanza, con esas hondas palabras musicales, semejantes a almas heridas que suben por el aire, a suspender sus nidos en el cielo.

Por encima del sepulcro y de las flores, descargó un piquete de marineros sus fusiles. Bajo los pinos, a lo lejos, los artilleros de casco plateado y uniforme azul encendieron a una sus cañones. Cañonazos de todos los vapores, velados por la bruma y por el eco, se esparcieron por la Empalizada y por el río. "¡De ti, patria mía y tierra de libertad, canto de ti!" rompió la banda en aires nacionales. Y en aquel templo de la naturaleza, con el pinar por órgano magnífico, con el sol por lámpara única, y con el cielo por techo, hombres y mujeres, niños y soldados, clérigos y banqueros, se unieron en una voz las cincuenta mil voces, y al ruido de los cañonazos y en la azul humareda de la pólvora, subió este canto al aire, ungido y firme: "¡De ti patria mía y tierra de libertad, canto de ti!"

Jardín era también la Casa Blanca el día en que celebró en ella sus bodas con decorosa elegancia, el presidente Cleveland. Ha sido suceso nacional, y es él el primer Presidente que toma esposa en la Casa Blanca. ¡Qué curiosidades, las del público! ¡Qué crueldad la de la prensa, porque el Presidente no dijo a los diarios de antemano cómo iba a ser la boda ni si iba a ser!

Fue como una batalla, entre el Presidente por callar, y los diarios por averiguar. Como la novia es persona humilde y de provincia, y estaba en viaje por Europa, se sabía de ella poco. Huroneaban los noticieros buscando antecedentes y detalles, los amigos de la novia, sus parientes, sus memorias de colegio, ¿qué más? hasta a cierto caballerete buscaron, que cambió cariños de crisálida con miss Folsom cuando a ambos, en las alegrías primaverales, les empezó a alborear el corazón.

Se encarnizaba en callar el Presidente, que es voluntarioso y terco, y siente como una ofensa toda intrusión en la sagrada intimidad de su persona. Se encarnizaron los periodistas en descubrirle sus planes secretos. ¡Y el Presidente fue vencido! Porque hizo embarcar a su novia en Amberes sin que lo supiese nadie, para evitar las curiosidades de la muchedumbre, y cuando el vaporcillo de la aduana salía en la noche a buscar a escondidas a la gallarda pasajera, ¡hurra! ¿quién le da caza en el río? ¿quién se le echa por delante? ¿quién resopla a su lado victorioso, como un caballo mágico que ha triunfado en una carrera en la sombra sobre las olas, rizando platas y hendiendo terciopelos?

El vapor del *Sun,* que a la madrugada contaba ya a New York pasmado el traje con que desembarcó la novia; y cómo preguntó por el "buen Grover", y hasta cómo era una novela que por entretener el viaje escribió para un periódico de burlas publicado por los pasajeros para distraer las horas de alta mar! Acató al vencedor el Presidente, y ya no escondió las bodas, que han sido a los cuatro días de la batalla de los vapores. Pero ¿y lo que sucede hoy mismo? Con natural sigilo, acabada la ceremonia, deseó el Presidente disfrutar unos días de retiro en un pueblo callado. ¡Allí no estaría el vapor del *Sun*! ¡Allí no estaría el carruaje de la prensa, que rociando de arroz desde lejos el coche de los fugitivos, llegó tras ellos a la estación del ferrocarril que los aguardaba, rumbo a la amable soledad, con sus carros de fiesta! Y esta mañana lució el sol sobre el pueblo callado: salió el Presidente, a eso de las diez, más breve el paso que de costumbre, al colgadizo de la casa modesta que lo alberga, y ¿qué ve a pocas varas de distancia, a la sombra de unos árboles? ¡La tienda de campaña de los *reporters,* y sobre ella, traveseando y como sonriéndose, una bandera de los Estados Unidos! Esta tarde salió el Presidente—aún huele a tinta el diario que lo dice—a pasear con su linda mujer por las calles del pueblo, luciendo su mejor bastón de puño de oro, y sonrieron ella y él con amistad cuando a un lado y a otro, como de guardia de honor, se alinearon silenciosamente los *reporters*, como los militares en campaña cuando pasa junto a ellos un gran prisionero de guerra.

Fue linda la función de bodas en la Casa Blanca. Ya porque a este gran suceso del alma sientan bien el silencio honesto y la paz cordial de la familia, ya porque pocos días antes de la boda murió el abuelo de la novia, que la deja rica, ello es que la ceremonia no fue pública, ni su lujo ostentoso e insolente, sino tal cual conviene al jefe de un pueblo poderoso, que quiere honrar con su ternura a la mujer que ama.

Con el alba empezaron los cariños, pues un buen campesino y su mujer, ya bien entrados en edad, detuvieron frente a la Casa Blanca con aire de misterio su carro de trajín: sacó la anciana, como en pañales, un cesto lleno de fresas frescas y las dejó al portero de la Casa, sin más nombre del donante que unas letras tortuosas que decían: "Demócratas de la Vieja Virginia".

El día fue para Washington de gala. Al caer la tarde, cuando se acercaba ya la hora del matrimonio, la Casa Blanca, de tanta gente que tenía alrededor, parecía suspendida en el aire sobre ella. Era muchedumbre escogida: damas, legisladores, generales, platicaban cariñosamente del suceso, del buen tipo nativo de la novia, de sus arranques y costumbres de llaneza, del título de

maestra que obtuvo hace un año, de lo escaso de su fortuna hasta que el abuelo le dejó sus cien mil pesos; y se contaba en uno y otro corrillo cómo los diplomáticos estaban en grandísimo enojo, y habían tenido juntas de protesta, porque no habían sido, ni el Senado, ni el Congreso, ni la ley, ni el ejército, ni nadie más que la amistad invitados a la boda. Coches, mensajeros, presentes, telegramas; pero nadie más que las gentes de la Casa, hasta las de muy humilde empleo, nadie más que ambas familias y los miembros del Gabinete, por quienes Cleveland se siente amado, asistieron a la fiesta hermosa. Ni los miembros del Gabinete estaban todos; porque uno de ellos, Garland, no se ha puesto jamás frac, y prefirió faltar a la ceremonia memorable antes que a su costumbre.

En el Aposento Azul fue la boda. Todo es de azul celeste, muebles y paredes. Cristales de ópalo y franjas de níquel llevan los ojos, desde los muros vestidos de seda al lecho artísticamente decorado, a manchas irregulares y cortadas con listas rojas y estrellas blancas. Por donde el aposento forma óvalo hacia afuera, estaba la seda azul escondida tras de un muro tupido de hortensias y de rosas. Plantas del trópico ornaban todo el redor de las paredes. En una de las repisas lucía en pensamientos sobre un lecho de Malmaison la fecha de la ventura: “2 de junio”. La chimenea, que en invierno resplandece con el fuego vivo y sabroso de los leños, ahora daba como cierta luz de luna, llena toda de plantas argentadas. Era de Malmaisons, Jacqueminots y Fraures la cornisa de un espejo, donde en flores se veía el monograma de los novios; y allí donde había grupos sueltos de rosas eran siempre de tres,—porque dicen los que saben de estas gratas niñerías, que los grupos de tres cosas traen buena fortuna.

El Aposento del Este era una pompa, todo vestido de palmas muy bellas: los muros de palmas: y a sus pies claveles, lirios, jazmines, azahares y gencianas. Las columnas estaban cubiertas de follaje, matizado de flores. Se vertía la luz muy blandamente de las lámparas de cristal, por entre los festones y guirnaldas que las ocultaban a los ojos. Sobre las puertas había grandes escudos de los Estados Unidos, hechos de claveles.

Ya vienen los novios del brazo hacia el Aposento Azul donde aguardan, con ruido de abejas, los sacerdotes e invitados. Con riqueza singular visten las damas. Vienen los novios sin acompañantes, ni doncellas de boda, ni ninguna de las suntuosidades de uso. Él, que desdeña galas, trae puestos guantes blancos. Ella, trae la seda de pálido amarillo que hace resaltar los azahares y el velo de las novias. Los sacerdotes llevan levita cerrada. Uno es un anciano, amigo de Cleveland,

que lo conoció en tiempos pobres: otro es su propio hermano. Daban los novios de las espaldas al muro de rosas. ¡La ceremonia fue tan culta como sencilla!

Pidió el sacerdote anciano en una tierna plegaria al Todopoderoso, toda especie de venturas "sobre aquella hija suya, para que influya dulcemente con su existencia cristiana en la nación a cuyos ojos va a vivir", y "sobre aquel siervo suyo, nuestro Primer Magistrado, por quien invoco la plenitud de tu gracia, para que le des sabiduría con que vivir en tus mandamientos". Luego, en frases serenas, encomió la bondad del matrimonio, en que "van a entrar este hombre y esta mujer, si no hay aquí quien diga que existe impedimento legal para sus bodas". No hubo.—"Unid vuestras manos".—"Grover: ¿tomas esta mujer a quien tienes de la mano como legítima esposa tuya para vivir conforme a Dios en el santo estado del matrimonio? ¿Prometes quererla, atenderla, estar junto a ella en la enfermedad y en la salud, en la pena y en la alegría y ser de ella toda la vida?"—"Frances: ¿tomas a este hombre a quien tienes de la mano como tu legítimo marido, para vivir con él conforme a Dios en la santidad del matrimonio? ¿Prometes amarle, respetarlo, animarlo, estar junto a él en enfermedad y en salud, en alegrías y en penas, y vivir nada más que para él mientras vivas?" No dijo: *obedecerlo,* lo que ha llamado la atención. Prometieron. Cambiaron sortijas. El sacerdote, con voz conmovida declaró esposos a "Grover y a Frances,—¡y lo que Dios ha juntado, hombre ninguno se ha de atrever a separar!"—Y acabó la ceremonia a los acordes de la marcha de boda de *Lohengrin*, invocando el hermano del Presidente la protección de la Trinidad Cristiana sobre los novios, "para que vivan tan bien en este mundo, que puedan vivir eternamente en el otro".

Como un cesto de rosas que se esparce rompieron sus grupos las damas parleras, para congratular a los recién casados. Breve conversación. Paseo al comedor sobre puertas vestidas de flores. Cena ligera, en mesas sueltas, en el comedor suntuoso, donde se oían esas sonoras risas y ese ruido de alas propias de las bodas. Ya bajan vestidos de viaje, y salen a escondidas, para tomar el coche que los lleva al tren por una puerta secreta. ¿A escondidas? ¡No tanto! las damas no respetan presidentes; y como acá es costumbre, no bien entran los novios en su carruaje, se desatan las risas en la sombra, y ¡allá va, sobre el coche que lleva a César, una lluvia de granos de arroz y de chinelas, que dan buena suerte a los recién casados!"

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 22 de junio de 1886.
[Mf. en CEM]

GRAN FIESTA CONFEDERADA

Todo el Sur alrededor de Jefferson Davis.—Paseo triunfal.—Monumento a los confederados.—"Por honor, no por guerra"—¡Aquellas batallas!—Jefferson Davis ahora.—Su discurso.—"¡Sigue, viejo, sigue!"—Fiesta de ternura.—Incidentes notables.—Las ciudades de gala.—"Por sobre todo, la bandera de la Unión".

New York, junio 3 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido.

Dentro de una nación, todo cuanto haga de bravo y brillante un hijo de ella, es capital de la nación, con el que esta se amasa y resplandece. Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está hecho de ella, o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja, como un hombre que pierde la fe en la vida, o como un madero roído.

Los Estados Unidos acaban de ver ahora en paz una cosa grandiosa. El Sur, que peleó rabiosamente en aquella guerra enorme por separarse del Norte, acaba de congregarse bajo su propia bandera, la bandera rebelde, para inaugurar, con su viejo caudillo a la cabeza, los monumentos en que conmemora a los soldados que murieron en la pelea contra el gobierno nacional, y a los patriarcas que los condujeron y aconsejaron.

Nunca se ha visto cosa más hermosa.

De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo, el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan, y produce espectáculos de viril y gigantesca indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia.

¿Quién no recuerda aquellas batallas que tenían en un hilo la atención del mundo, y fueron como un proceso de la soberanía humana, y como una prueba de la capacidad del gobierno popular para dirigir y mantener unida a una nación?

No era que el Sur quisiese tener esclavos, y que el Norte se opusiera a que los tuviese; no era que los patricios agricultores del Mediodía repudiasen las leyes acordadas para toda la nación por los habitantes industriales de los estados del Norte; no era que el Sur, desesperanzado de mantener bajo su férula al *yankee,* a quien despreciaba, se determinase con su arrogancia ciega de señor a "rendir a la bestia por la fuerza", o a aterrarla con la amenaza de ella.

La bestia se hizo Lincoln, y lució como si de oriente a ocaso se tendiese en el cielo un palio de justicia. La bestia se hizo Grant, y cayó sobre los estados confederados como un martillo sobre un clavo que se tuerce, o como un monte.

Era que se alegraron por todo el universo las castas medio muertas, las gentes de tradición y monarquía, las que no gustan de ver desenvolverse y afirmarse al hombre, como una divinidad de espaldas anchas que cual en su trono natural se sienta en la tierra; y mantuvieron que sin cabeza regia y prestigios misteriosos no podía existir un pueblo, ni podía una nación, sin caer en catástrofe, gobernarse a sí propia libremente.

Y se gobernó; y peleó de un modo irregular, brutal y nuevo, en armonía con los elementos diversos y acometedores de que este pueblo reciente está formado; y perdonó en la victoria con una plenitud y verdad de que no dio antes ejemplo pueblo alguno.

¿Quién no recuerda aquellas batallas cruentas, aquella cintura de ríos en que se encerró la Confederación, aquellos puentes de cadáveres sobre los que fuéronlos trasponiendo los federales vencedores, aquella alegría heroica y patriarcal grandeza con que una vez en la pelea injusta, defendió el Sur su tierra y gobierno que consideraba legítimamente propios, y a cuyos soldados, que brillaban en sus harapos como una bandera al sol, daban con sus manos finas las matronas de los pueblos el pan que habían amasado de buena voluntad en sus casas sin padres y sin hijos, porque se los había llevado a todos la guerra?

Pues aquella manera de morir; pues aquel fiero apego a la tierra nativa; pues aquella loca firmeza en el mantenimiento de los que estimaban sus derechos; pues aquella sublime sencillez en el abandono del regalo y la fortuna, igualada solo por la fortaleza de las mujeres en la desdicha y la bravura de los hombres en la guerra; pues aquella hecatombe, tremebunda, necesaria para mostrar a las edades en escarmiento el sepulcro de la institución de la esclavitud en cuya defensa fue so color

de derecho político levantada; pues aquel monte de héroes que redimieron su equivocación con el tesón glorioso con que pelearon en pro de ella,—es lo que en estas fiestas de ahora, en estas ciudades de gala, en estas calles llenas de banderas, en estos pavimentos cubiertos de flores, en estas escenas de vencido que sacan llanto a los ojos, ha querido celebrar el Sur en la persona agonizante de su viejo caudillo Jefferson Davis, que se va sin doblarse, antes de que se muera.

¡Pobre viejo, más terco que bueno!

Debió ser muy fuerte, como todo aquel que queda vivo después de que se le cae encima su pueblo! Es verdad que se ha quedado sobre la tierra como una luz fatua, y,—a juzgar por lo que ha dicho en estas fiestas,—como una lámpara casi vacía que solo se reanima, con luz agigantada por los esfuerzos de la muerte, cuando la visión de sus cohortes grandiosas o de su esperanza enconada en la derrota sacuden el aire, con sus alas de oro, o con sus alas negras!

En otro país, hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma.

¡Levantar un monumento, en los días mismos declarados sacros por la rebelión a los muertos rebeldes! ¡Disponer una gran fiesta, con jubileo de los soldados desleales en las ciudades que fueron su cabeza, para recibir, no bajo un cielo azul, sino bajo un cielo de banderas traidoras, al que fue el primero en aconsejar la traición, y la presidió, y ya en los vahos de la tumba, se yergue sobre su bastón como sobre un arma de guerra, y con desordenadas frases seniles levanta su traición, como una gloria por sobre su cabeza!

Pues todo eso se ha hecho aquí, sin que el país se estremezca, ni nadie crea en una resurrección del bárbaro conflicto.

La esclavitud era la médula de aquella guerra. Ya no hay esclavitud que mantener. El sentimiento del Sur queda, en los que palpitaron con él y en sus hijos; pero la guerra, con la razón que tuvo, es muerta.

Ni ¿qué mayor castigo para Jefferson Davis, que mantuvo el derecho de un pueblo a conservar esclavos a los negros, que ser recibido a su llegada a Atlanta por dos mil niños negros de las escuelas, que iban vertiendo flores delante de su coche, el cual llevaba las ruedas vestidas con las banderas de la nación que quiso echar abajo?

No: no significaba esa fiesta solamente la generosa ternura de un pueblo que quiere endulzar, antes de que se queden para siempre fríos, los labios de un anciano que lo inflamó con su espíritu de independencia, y ha vivido envuelto foscamente en su derrota, como un abanderado que muere en su bandera. La fiesta del Sur ha sido como un arrebato de almas, como un ternísimo

apetito, como una gran despedida, como una función de amor, en que los que aún están vivos quisieron verse, juntos como en la hora de la gloria, antes de dejar en este mundo sus uniformes e ir a unirse con los que murieron por ella.

"¿Quién nos ha de tener a mal, se decían con razón, que honremos a los que pelearon a nuestro lado por un ideal que se escapó por sus heridas, por deshacer una unión que hoy todos mantenemos?"

Y nadie se los ha tenido a mal. Uno que otro político del Partido Republicano quiere hacer capital de guerra para la próxima campaña presidencial, de ese sentimiento unánime con que un pueblo decoroso honra sin miedo a los que supieron morir por él; ¡otros pueblos hay, menos leales y dignos, que tienen vergüenza de recordar en alta voz a sus muertos!

Pero el Sur no; y el Norte se ha descubierto la cabeza con respeto, y ha visto pasar, después de veinticinco años de la muerte, el féretro de la guerra, como se descubre el vencedor honrado cuando pasa el cadáver del vencido.

En Montgomery fue la fiesta mayor, y Jefferson Davis, llevado en triunfo desde su hotel al Capitolio, dijo sin obstáculo su discurso de gracias y de recuerdos en el lugar mismo ¡oh caso memorable! donde juró ser fiel como presidente a la constitución de los estados rebeldes.

Fue de verlo, cuando se levantó a hablar. Temblaba el viejo, como tiembla el acero. El cabello no se le ha caído, sino que en guedejas lacias y revueltas le bate la frente, como jirones de bandera rota.

Parecía un hombre de piedra: y como que todos se empequeñecían a su alrededor, para darle el consuelo, a él que lo procuró en vano, de creerse un momento grande.

Ni una palabra dijo que mostrase arrepentimiento por sus actos, o reconocimiento de su ilegitimidad, o sanción de la victoria del Norte.

Insistió en la defensa de su guerra. Razonó el movimiento rebelde. Lo saludó—en el espíritu de libertad que ve vivo en los hijos del Sur.

—"No diré cosas que puedan comprometer a nadie".

—"¡Sigue, viejo, sigue—le dijo una voz—que estás entre amigos!"

Y habló como entre amigos, con rabia, con arranques a veces de salvaje hermosura, con un grito de amor a los muertos que saca a los ojos lágrimas de piedad por el pobre hombre roto, con exabruptos de invencible odio, como un mastín desdentado y exangüe que enseña a su enemigo las encías.

Pero decía todo esto, apoyado sobre un bastón que parecía dispuesto a alzarse, a la sombra de una gran bandera federal, bajo cuyos pliegues se agrupaban sin armas los jefes rebeldes.

Y el general Gordon, que peleó muy bien y quiere ser gobernador, saludó los tiempos pasados, en que fue héroe del lado de los caídos, como se saluda una tumba, y proclamó la época nueva de unión sólida en que el Sur ama al Norte, cuyo hombre en la guerra fue aquel Lincoln, al que le dijo en el campo de muertos de Gettysburg: "¡Los federales que defendieron estas alturas vivirán en la historia!"—respondió, tendiendo aquella mano suya, que parecía una bendición, hacia el lugar de sepultura de los confederados:

"¡Y los confederados que los atacaron vivirán en la historia también!"

En paz han lucido al aire los emblemas y colores de la Confederación.

Locura eran las calles de Montgomery y Atlanta. El día, procesión; hotel la noche. El Sur entero reunido en Montgomery.

Acá un cojo, allá un manco. Mucha barba gris. Mucho rostro curtido. Llevaban muchos el uniforme de la guerra. Se juntaban en grupos. Se abrazaban al reconocerse. Los que habían servido en una legión se apiñaban, llorando algunos, bajo una ventana en que flotaba su bandera.

Un secretario con una sola pierna, distribuía cintas rojas a los soldados confederados.

—"Quiero mi cinta", dijo un anciano esbelto. La voz estremeció al secretario que levantó la cabeza.

—"¡Doctor!"

—"¡Davis!"

Se habían vuelto a hallar el valentísimo soldado, y el cirujano que le amputó la pierna.

Uno lleva enormes bigotes porque juró no cortárselos hasta que no venciese el Sur, que no ha vencido. Todo era cinta roja. No había en las calles hombre solo. Parecían cuchichear las cintas, agitadas por la emoción y la alegría de aquellos fuertes pechos.

En los balcones de las casas, junto con las de la nación, ondeaban las banderas confederadas.

La casa misma del Ayuntamiento era toda ella un oriflama: en estandartes y banderines, en pabellones y gallardetes, lucían retratos y nombres de los héroes de la confederación: "Robert Lee", "Stonewall Jackson", "Sidney Johnston". Grandes retratos de rebeldes ilustres vestían las paredes.

Pero en la cúpula, como remate y color final en que todos los del edificio se fundían, se desplegaba y recogía al viento majestuosamente, con aire de buena madre que sonríe, la bandera de las listas rojas y las estrellas blancas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de julio de 1886.
[Copia digital en CEM]

CÉLEBRE PROCESO POR COHECHO

El vicepresidente del Ayuntamiento de Nueva York es condenado a penitenciaría.—Detalles y antecedentes.—Cómo son, y de qué viven, los regidores en Nueva York.—El Ayuntamiento en masa se vende a una empresa.—Vicios del sufragio.—Jaehne, confeso, era la flor del sistema.—Sentencia solemne.—El reo en la penitenciaría, lavando camisas.

New York, junio 3 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Otras muchedumbres han sido las que siguieron en su proceso escandaloso y en su salida de las Tumbas al vicepresidente del Ayuntamiento de Nueva York, condenado por cohecho a nueve años y diez meses de trabajos forzados en la penitenciaría de Sing Sing. Ya está el caballero de gabán fino y sombrero luciente volviendo al revés las camisas nuevas en la lavandería, vestido, como el homicida que tiene de compañero, con el traje de lienzo amarillo cruzado como la cebra de un lado a otro de fajas negras.

Ya no le cae el cabello sedoso sobre la frente alta y cuadrada de hombre astuto, ni los luengos bigotes que acentuaban el aire presidencial en su rostro juvenil le disimulan lo redondo de los ojos, lo saliente de los pómulos, lo montado de la nariz, lo escurridizo y flojo de la barba. Ya por diez años, en vez de la gloria de barrio que lo elevó dos veces, de joyero travieso que era, a presidir el Ayuntamiento de esta gran ciudad, no tiene más que su celda, donde le dejan fumar, leer y dormir en un colchón de crines. Cuando se porte bien, lo ascenderán a almidonar camisas.

Recibió veinte mil pesos por votar en pro de la concesión de la línea de tranvías de Broadway, que compró en cuatrocientos mil pesos el año pasado a veinte regidores de la ciudad de New York; de veintidós que eran, solo dos fueron honrados. Y les decían *dudes* y *dandys,* porque la virtud entre los ladrones es un abominable dandismo.

Los regidores, es verdad, no son gente de mucha cultura y refinamiento, en el exceso ridículo de los cuales pecan los *dudes* o petimetres de ahora: ellos gustan de la riqueza fanfarrona que deslumbra a la gente curtida y rufianesca: la ropa ha de ser cara: el sombrero de seda ha de enseñar el lustre de la plancha: la cara ha de estar afeitada hasta lo azul: se ha de ver mucha pechera

de camisa, con un recio diamante en el centro; la leontina ha de ser de mucho oro, y si el vientre es abundante y redondo, mejor, porque así se muestran más los dijes: la cartera ha de estar siempre llena de billetes de banco, que se van quedando de noche por los mostradores de las cervecerías, donde el regidor paga todo lo que se toma, y truena y relampaguea, y asegura a los “muchachos” que él los sacará de apuros con el juez que es su amigo si sus pecados los llevan al banquillo; y tranquiliza al cervecero que teme que le cierren la tienda de noche diciendo, el vaso en alto, que donde está el regidor está la buena, y nadie tiene que temer, porque él “ha visto a la policía”.

Porque para poder tener tienda de votos en el Ayuntamiento, y vender al que mejor las compre todas las franquicias de la ciudad, los regidores necesitan poner de su parte a los cerveceros que por lo que fían tienen sujetos a mucha porción de los votantes activos, los cuales en la hora de elecciones, si no venden el voto a un candidato que lo paga de contado, lo dan al regidor a quien protege el cervecero, por tener la cerveza segura, y porque cuando roban, o se desnarigan a puñadas bestiales, o se quitan a tiros los sombreros, haya regidor que acuda a sacar del juez la libertad o una condena baja, que es servicio que el juez hace generalmente de buen grado, porque cuando le llega su vez de ser electo, necesita de los votos de los rufianes y de la protección de los regidores. Y como el que elige es aquí el que manda, se halaga al que elige, que como se ve no siempre es persona que debiera elegir,—y se le compra el voto, en este odioso sistema, con una garantía de impunidad futura.

Luego, allá arriba, en el Ayuntamiento, se hace mucho negocio: hay regidor que deja caer en una cervecería un billete de quinientos pesos, y no nota la falta: los regidores, Tommy el enterrador, Mike el cervecero, Jim el de la carnicería, toda gente ventruda y corpulenta, gente repleta y búfaga, no dan propinas sino de a peso fuerte, ni beben sino champaña, y toda esta maravilla la hacen los regidores con un sueldo anual de mil ochocientos pesos.

¿Cómo rebosan en dinero, cómo cubren el enorme déficit, cómo se mantienen tan plenos y rosados?

Pues así, vendiendo regularmente, como un negocio fijo, a las empresas de tranvías los derechos públicos por el cohecho que les quieran dar.

Viven tranquilamente en esos lodos.

Acá se sabía; pero la ciudad, como toda gran mole, ha sido lenta en irse rebelando.

Ni, ¿cómo se podía evitar ese predominio del regidor en el barrio, si las elecciones de regidor se hacen por barrios?

Regidores y policías son buenos amigos: con esa amistad, los vicios, que son siempre vicios, florecen ante los ojos cerrados de las leyes, y compran en la hora de la elección los votos que aseguran la permanencia en los puestos públicos de "los amigos".

Hasta que por fin, cuando fue pública la venta descarada de la vía de Broadway a la empresa que logró impedir con su soborno que la vía se sacase como propiedad pública a remate, la vergüenza fue ya mucha,—los ciudadanos honrados, culpables de haber dejado el voto en las manos de los que a tales rufianes ponen a la cabeza de la ciudad, celebraron juntas, publicaron resoluciones, avivaron los espíritus, y la legislatura, que comenzó por quitar a los regidores el derecho de nombrar empleados para puestos que vendían o en que traficaban a cambio de influjo o complacencia, acabó por sacar de los barrios la elección especial de cada regidor, haciendo esta general en la ciudad, de manera que se compute en un voto total el número de ellos que favorezca a cada candidato, y se compense de este modo el sufragio de los guitones y tahúres con el de la gente honesta.

Jaehne, el regidor condenado a la penitenciaría, era la flor de este sistema, que en la furia de riqueza que acá envenena los espíritus, está tan en lo hondo de las costumbres que muchos lo creen legítimo negocio, y en teniendo talento para ser bribón, nadie se lo tiene a mal a nadie.

¡Pues qué! el general Shaler, con la cabeza blanca como la nieve, el jefe de las milicias del estado de New York, el presidente de su dirección de cuarteles, el presidente de su comisión de sanidad, con un sueldo pomposo al año, ¿no está procesado por lo mismo, por haber dado a un quidam un valiosísimo privilegio en un remate de cuarteles, en pago de que el quidam, que ya llevaba hechos con él otros negocios, le levantase una hipoteca con que tenía Shaler gravada su casa?

Jaehne era la flor del sistema: más fino que los otros regidores, sin ser *dud,* que es como suena en español la palabra con que aquí se burlan de los que andan por las calles en pantalones apretados, muy sacados de pecho y prietos de cintura, con los brazos en ganso, con el puño de plata labrada del bastón entre los labios, como una pipa de fumar, con un ojo en frío, y el otro disfrazado por un gran monóculo.

Jaehne tiene fácil la palabra, que es gran enredadora; y como se ha visto en sus treinta y ocho años de edad en mucho lance oscuro, posee singular habilidad para salir bien de todo tráfico con truhanes, y sacar adelante el gobierno de picardías y complicidades que han puesto a New York a los pies de estos vendedores de servicios públicos, méritos todos que lo llevaron dos veces a la

vicepresidencia del Ayuntamiento, que es como la presidencia, porque el presidente nato es el corregidor, quien pocas veces preside, pues suele ser persona honrada, y tiene ascos de verse en tacto diario con grandes villanos.

Pero esos méritos no le sirvieron a Jaehne, a quien su mayor finura hacía más sensible que sus compañeros para guardarse tan bien como estos, que se han puesto en fuga: y como un inspector de policía supiera irlo reduciendo hábilmente, llegó a confesarle un día en su casa, sin saber cómo detrás de una cortina le oían dos testigos, que él y cada uno de los veinte regidores recibió veinte mil pesos de la compañía por su voto. Al día siguiente fue preso.

En una semana vio su causa el jurado, y lo declaró culpable.

Justo es decir que la opinión de la ciudad estaba ardientemente contra el preso. Se había sentido la bocanada de deshonra pública. Y cuando, lleno el tribunal de gente, arrinconadas en la puerta su madre vieja y su pobre esposa, mandó el juez al regidor vendido, que se pusiese en pie para oír su sentencia, la boca se ponía amarga y se apretaba el corazón de angustia, al oír cómo iban cayendo de los labios del juez venerable las tremendas y sosegadas palabras de justicia: si se le hubieran quitado a aquel infeliz un momento después las ropas, se le habría visto el cuerpo entero cortado a latigazos: tanto herían aquellas palabras sencillas.

El infeliz escuchaba, bello aún en sus ropas de lujo, con la cabeza baja. La sentencia le caía encima, una sentencia sana y admirable como un castigo de varas cimbradoras:

“Los hombres de tu estampa creen que el Universo entero está podrido, porque ven fuera lo que tienen dentro: pero el Universo no está podrido todavía. Fish está en la penitenciaría, y era una grande persona, y un presidente de banco; Ward está en la penitenciaria, aunque era un rey de negocios, porque invirtió en negocios fraudulentos las sumas que obtenía con mentira; el policía Crowley está en la penitenciaría, porque empleó en ofender a una mujer la autoridad que se le había dado para protegerlas; y Tweed, el gran ladrón de hace veinte años, aunque era mucho más poderoso que tú, murió en la penitenciaría. Tu mujer y tu madre me han movido el corazón: pero tu delito es demasiado grande, para que yo pueda encontrar pretexto de merced.

”Lo que has hecho de ti mismo es triste; pero lo más triste es que el poder de hombres como tú sea tanto, y tan general en esta ciudad el hábito de tu delito, que se ha estado creyendo que la justicia se vendería a los bribones, como te has vendido tú, y que no tendríamos valor para condenarte. Escardan sus cabezas las víboras que alimentan estos pensamientos. Levantad la cabeza, gente honrada. Los *dudes* no han vencido esta vez, y los que trafican con su vergüenza van

a la penitenciaría. Jaehne, el tribunal te condena a nueve años y diez meses de trabajos forzados en una penitenciaría”.

El hombre no es cruel; pero dicen que se oyó como un suspiro de alivio en el salón cuando el juez Barrett, premiado hoy por el aplauso público, dijo estas últimas palabras.

Y al otro día, con otros cuatro delincuentes, llevaron los alguaciles a su prisión al vicepresidente del Ayuntamiento.

En las estaciones del ferrocarril se habían apiñado los pueblos, para verlo pasar. Él, hundía en su periódico el rostro trémulo. Llegaron. Llamaron a la gran puerta de hierro que abrió el paso a la oscura alcaidía. Pusieron en fila con la espalda en la pared a los cinco sentenciados. Llegó a Jaehne su vez de acercarse a la mesa del alcaide, donde le hicieron vaciar cuanto tenía en sus bolsillos: aún llevaba repleta la cartera, con noventa y dos pesos. Colocaron a los cinco en fila, a Jaehne el último, y siguieron prisión adentro pisándose los talones, con las dos manos de cada uno puestas en los hombros del que le antecedía. Lo hicieron tomar un baño. Le cambiaron su ropa por el traje amarillo con las fajas negras. Lo raparon. De dos tajos de tijera le cercenaron el bigote. Le tentaron todo el cuerpo, para tomar nota de sus peculiaridades y señales. Almorzó bacalao y papas hervidas, café y pan. Y lo dejaron en la lavandería, volviendo al revés las mangas de las camisas nuevas, y atándolas con un cordón por la cintura, para que el almidón solo empape la parte alta. Así acaban los que venden la justicia.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de julio de 1886.

[Copia digital en CEM]

MATRIMONIO DEL PRESIDENTE CLEVELAND

La fiesta de la Decoración de las Tumbas.—New York en la mañana de Decoración.—Procesión, flores, banderas.—Descripción de las honras solemnes en la tumba de Grant.—Las ofrendas de flores.—Un cañón de claveles.—"¡De ti, patria mía y tierra de libertad!"—Descripción de la boda.—El Presidente y la prensa.—La batalla de los vapores.—Los *reporters* victoriosos.—Los alrededores de la Casa Blanca.—El Aposento Azul.—La ceremonia.—"Arroz y chinelas".

New York, junio 3 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Esta ha sido semana de flores. Los jardines se han vaciado al pie de las tumbas, y a los pies de la novia. La tierra misma ha estado alegre, como quien goza en abrigar a los que han vivido con honor, y en que los que vivan en ella se amen.

El día último de mayo fue la decoración de las tumbas de los soldados muertos en el servicio de la patria. Ayer, día dos de junio, dibujado con letras de colores sobre las cajas de seda en que se repartió el turrón de boda, casó Cleveland, ponderoso señor de cuarenta y nueve años que preside sobre los Estados Unidos, con miss Folsom, una gallarda y humilde criatura de veintitrés que hace un año recibió en la escuela su título de maestra.

Él se venía aficionando a ella, desde que la vio nacer, y alegrar la casa de su padre, el amigo de alma de Cleveland. Ella viene de donde viene él, de gente llana, honrada y seca, de generaciones de campesinos, acostumbrados a ganar con su trabajo sus derechos, y de abogados, en quienes el derecho se condensa, y es como cuerpo vivo, o debe serlo.—Pero la Casa Blanca no se decoró para la boda, no, antes que las tumbas. Las tumbas fueron primero.

Es acá la fiesta de Decoración un día de colores. Las grandes fiestas de la naturaleza se perpetúan, con este o aquel vestido, en todas las edades y pueblos de los hombres. Razas, lenguas, historia, religiones, todo eso son vestiduras de quitaipón, debajo de las cuales surge, envolviéndolas y dominándolas, la esencial e invariable naturaleza humana, como las hojas de acanto se desbordaron sobre las cestas que puso en la columna la madre de Corinto.

La fiesta de Decoración es la antigua fiesta de la primavera, que se renueva en el alma cada año a las primeras lilas, y se expresa en vestidos nuevos, en sombreros de colores vivos, en bondad, en justicia, en matrimonios. La proximidad del Sol a la Tierra no solo renueva el suelo, sino el espíritu. En la luz, hay virtud.

El día de Decoración es nacional. El respeto a los muertos se hace fiesta pública. Huele la tierra a flores. Nadie trabaja. Se amanece entre banderas y ruido de clarines. Vienen a New York los grandes dignatarios del país. La ciudad parece ponerse uniforme de gala, como los soldados. En las plazas se levantan tribunas embanderadas, donde ver pasar el séquito. Todo es procesión, pabellones, compañías, músicas, gentío en las aceras, calle de cabezas, leguas de bayonetas, desde las faldas de mármol de la catedral de San Patricio en la Quinta Avenida a lo alto de New York hasta Greenwood, el cementerio de los palacios, a lo más lejos de Brooklyn. Allí los soldados, allí los veteranos que han visto peleas, este sin un brazo, aquel sin una pierna. Uno, sin más pierna que la izquierda, va con la procesión de un extremo a otro, no en coche, no, sino a pie, porque así será el tributo más digno de los muertos: otro, con el muñón de brazo que le queda, aprieta al pecho el banderín que su compañía llevó en campaña. Son viejos; pero van jóvenes, porque el honor y la alegría remozan.

De las sociedades de veteranos, de los puestos militares, de los cuarteles, y de esos cuarteles mejores,—las escuelas,—mandan carros de flores para las tumbas de los soldados.

Los carros, llenos de rosas, de claveles, de heliotropos, de geranios, van en la procesión, entre una y otra compañía. La procesión, que arranca cerca de la catedral cuando la mañana está en todo su brío, llega al pie de las tumbas en Greenwood cuando ya el sol las baña con esa luz última suya que parece una caricia.

Por la mañana es preciso ver ese día a New York. El comercio, callado. Las calles, claras como si la luz de los espíritus saliese a ellas, o como si las cubriesen alfombras de luz. Es el claror primaveral de mayo. Es la alegría, que está en los ojos. Las noblezas dan luz, dentro y afuera. Cuando mucha gente se reúne a sentir bien, la intensidad de nobleza en las almas parece traducirse fuera de ellas en intensidad de hermosura y de luz.

Por la mañanita hay que ver a New York. La tierra parece abierta en niños,—la vanguardia de la gloria! Suenan las chirimías gozosamente, y los tambores y los pífanos. No hay ventana sin bandera, ni sin mujer que la haga más hermosa. Por cada bocacalle entra, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía. Unos llevan pantalón de dril, con casaquín de lana perla,

cruzado el pecho de anchas correas blancas. Otros van de rojo y blanco, blanco el pantalón, la casaca roja. Otros van más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, muy viriles; llevan pantalón azul oscuro, y uno como gabán ceñido y corto, cerrado al pecho con doble hilera de botones dorados; el sombrero es de fieltro negro de alas anchas, con una fina trencilla de oro, que remata en dos bellotas sobre la espalda.

En las esquinas van las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras, las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, los que las llevaban! No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce llevan bordados los números de sus batallones los soldados nuevos. Y ¡qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. Nadie quiere perder la banda que pasa, el general famoso que se acerca. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Se veía pasar de prisa a algunas viejecitas, con tiestos de flores en las manos.

Rodeaba a las tribunas en las plazas apiñadísimo gentío. En la plaza mayor, la de Madison, había una gran tribuna con mucha gente granuda del país: el Presidente, generales, gobernadores de estados, *mayores* de ciudades, gran número de damas. Cerca del Presidente está la que a los dos días va a ser su esposa. Ya todo el mundo lo sabe, y aplauden la boda, como si fuera propia.

Aquí gusta Cleveland, con su honradez tonante, y su firmeza de hombre de éxito. Al principio pareció el matrimonio fuera de proporción; pero luego se empezó a saber que ella no es joven que vive entre jolgorios, sino señorita de peso y recato, habituada por una educación de sentido común a ver la belleza en la bondad más que en la brillantez.

Él tiene ante ella el prestigio de todo hombre que se levanta por la fuerza de sus brazos sobre los demás hombres: el respeto que se tribute al marido entra por mucho ¿quién no lo sabe? en el amor que le tenga la mujer. Y él tiene por ella una caballeresca pasión, hecha a martillo, como la plata antigua: he ahí otra cosa que entra por mucho en el amor de la mujer.

Cuentan que el día en que le dijo por primera vez sus cariños, bajó Cleveland, contra su costumbre, de frac a la comida. En los afectos se debe entrar así: solemnemente.

El público sabe estas cosas, y acaba por encontrar bien que una rosa fresca adorne el frac de un hombre bueno.

Hubo un instante esa mañana, en que el matrimonio anunciado se convirtió en un regocijo público.

Pasaban, pasaban, hora sobre hora, los regimientos tocando marchas nacionales e himnos fúnebres. Gran éxito para los tambores mayores, para la guardia vieja, con su uniforme blanco y sus morriones de piel; para los zuavos; para los soldados negros; para las banderas rotas. De pronto, al acercarse un regimiento a la tribuna, rompe la banda en una marcha de boda.

Alguien habla al oído al Presidente, que se sonroja y echa a sonreír. Un instante después, el aire era un *hurrah.* Los hombres agitan los sombreros; las señoras, desde la plaza y desde la tribuna, ondeaban sus pañuelos. Se saludaba con ternura a un hombre honrado que iba a ser feliz.

Allá, junto al río Hudson, donde reposa Grant en su tumba de ladrillo, las fiestas de Decoración tuvieron particular solemnidad. A la orilla del río majestuoso muere, a gran altura, un parque que ornamentan agigantados pinos.

La tumba está a la sombra de estos: el río, allá abajo: enfrente, como un monte tajado a pico para dar paso a sus ondas se elevan, cubiertas de verde espeso, las empalizadas. La tumba desaparecida bajo las flores, que hasta la hora de la ceremonia ocultó al público un telón de lona: tras ella una tribuna que los invitados fueron ocupando poco a poco: y allá bajo los pinos, todo el apretadísimo concurso, cincuenta mil seres humanos silenciosos, por entre cuyas cabezas y sombrillas de colores sobresalían las tiendas blancas de campaña de la milicia que da guardia al sepulcro. Allá el sol tuvo la majestad de los pinos y del río.

Como dolientes naturales en las honras de semejante muerto, fueron llegando al pie del alto cerro los vapores de guerra, con sus cañones que resonaban tristemente a cada minuto. Un pueblo flotante de embarcaciones de recreo, suspendido el placer, les daba escolta. Un enorme vapor llega a la orilla con los personajes de la fiesta.

El sacerdote, gigantesco anciano, trae las ropas del culto. El orador, el general Logan, candidato republicano a la presidencia, da el brazo a su esposa, marcial señora de cabellos blancos. La familia del muerto viene toda, menos la viuda, que no tuvo fuerzas. Viene una diputación de oficiales confederados a honrar a su vencedor clemente. Amigos y personas oficiales cierran la comitiva que llega a la tribuna a los acordes de una marcha fúnebre: como un encaje de oro bordaba a esta hora la tierra la luz del sol, filtrándose por entre las hojas rumorosas de los pinos.

Descorren el lienzo que oculta la tumba; y al ver tanta ofrenda, tanta corona de rosas, tanta palma nueva, tanta cruz y pirámide, tanta águila de claveles, tanta insignia de guerra y de paz, tanto

escudo de estados de la Unión, tanto lirio y laurel, la muchedumbre reprime apenas un aplauso unánime.

“Fiel hasta la muerte”, decía en letras de lirios sobre la puerta de la tumba, guardada por un cañón de clavel blanco, que descansa sobre una cureña de hojas. Cerca estaba una mochila de siemprevivas, las palmas de Bermuda, los cactus de México, la pirámide coronada de rosas que envió el ministro chino, la urna de flores del estado rebelde de Virginia, y la almohada de rosas rojas del ministro mexicano, D. Matías Romero, a quien Grant quiso mucho: los dos taciturnos, los dos acometedores, los dos tercos. Coronaba la tumba, con las alas abiertas, una gran paloma, con una rama de olivo en el pico, ofrenda de la viuda del general Barrios.—A la extravagancia llegaban los adornos: ¿no mandaron de California, con todo un carro de flores, a Grant mismo a caballo, hecho en tamaño natural, de rosas, y todo el caballo de rosas y clavel, que, desmontado ya el marchito jinete, parecía aguardar a un lado de la tumba a que volviese de ella el dueño acostado?

Cesa el cañoneo: tribuna y muchedumbre aguardan con unción: lee un comandante de destacamento los oficios de campaña, un canto de iglesia sube por entre los pinos, lento y bello como el humo de las hojas secas que queman en otoño. Habla con el Señor, en su traje de oraciones, el sacerdote anciano. Músicas y plegarias se suceden. Lee un luengo discurso, hinchado y retórico, el general Logan, que desluce con sus pruritos académicos la hermosura del sentimiento con que logró arrancar lágrimas al más viril de los hijos de Grant. La marcha fúnebre de Beethoven, como un crespón que se va tendiendo lentamente, siguió a la alabanza, con esas hondas palabras musicales semejantes a almas heridas que suben por el aire a suspender sus nidos en el cielo.

Por encima del sepulcro y de las flores descargó un piquete de marineros sus fusiles. Bajo los pinos a lo lejos, los artilleros de casco plateado y uniforme azul encendieron a una sus cañones. Cañonazos de todos los vapores, velados por la bruma y por el eco, se esparcieron por la Empalizada, y por el río. “¡De ti, patria mía y tierra de libertad, canto de ti!”, rompió la banda, en aires nacionales; y en aquel templo de la naturaleza, con el pinar por órgano magnífico, con el sol por lámpara única, y con el cielo por techo, hombres y mujeres, niños y soldados, clérigos y banqueros, se unieron en una voz las cincuenta mil voces, y al ruido de los cañonazos y en la azul humareda de la pólvora, subió este canto al aire ungido y firme: “¡De ti, patria mía y tierra de libertad, canto de ti!”

Jardín era también la Casa Blanca, el día en que celebró en ella sus bodas, con decorosa elegancia, el presidente Cleveland. ¡Qué curiosidades, las del público! ¡Qué crueldad la de estos diarios, porque el Presidente no les dijo de antemano cómo iba a ser la boda, ni si iba a ser! Fue como una batalla, entre el Presidente por callar y los diarios por averiguar. Como la novia es persona humilde y de provincia, y andaba en viaje por Europa, se sabía de ella poco. Huroneaban los noticieros buscando antecedentes y detalles,—las amigas de la novia, sus parientes, sus memorias de colegio, ¿qué más? hasta a cierto caballerete buscaron que cambió cariño de crisálida con miss Folsom cuando a ambos, en las alegrías primaverales, les empezó a alborear el corazón.

Se encarnizaba en callar el Presidente, que es voluntarioso y terco, y siente como una ofensa toda intrusión en la sagrada intimidad de la persona. Se encarnizaron los periodistas en descubrirle sus planes secretos. ¡Y el Presidente fue vencido! Porque hizo embarcar a su novia en Amberes sin que lo supiese nadie, para evitar las curiosidades de la muchedumbre, y cuando el vaporcillo de la aduana salía en lo alto de la noche a buscar a escondidas a la misteriosa pasajera, *¡hurrah!* ¿quién le da caza en el río? ¿quién se le echa por delante? ¿quién se le pone a la banda? ¿quién resopla a su lado victorioso, como un caballo mágico, que ha triunfado en una carrera en la sombra sobre las olas, rizando platas y hendiendo terciopelos?: ¡el vapor del *Sun,* que a la madrugada contaba a New York pasmado el traje en que desembarcó la novia, y cómo preguntó por el "buen Grover", y hasta cómo era una novela que por entretener el viaje escribió para un periódico de burlas publicado por los pasajeros en las horas de alta mar! Acató al vencedor el Presidente, y ya no escondió las bodas, que han sido a los cuatro días después de la batalla de los vapores. Con natural sigilo, buscó el Presidente unos días de retiro en un pueblo callado: ¡allí no estaría el vapor del *Sun!* ¡allí no estaría el carruaje de la prensa, que rociando de arroz desde lejos el coche de los fugitivos, llegó tras ellos la noche de las bodas a la estación del ferrocarril que los aguardaba, rumbo a la amable soledad, con sus carros de fiesta!

Lució el sol a la mañana siguiente sobre el pueblo callado: salió el Presidente, a eso de las diez de la mañana, más breve el paso que de costumbre, más vivos los ojos, más rosado el rostro, al colgadizo de la casa que lo alberga,—y, ¿qué ve a pocas varas de distancia? ¡La tienda de campaña de los *reporters,* y sobre ella, traveseando y como sonriéndose, una bandera de los Estados Unidos! Por la tarde—huele aún a tinta el periódico que lo dice—salió el Presidente, acompañado de su esposa, a pasear por las calles del pueblo, luciendo su mejor bastón de puño de oro; y sonrieron ambos con amistad cuando a un lado y a otro, a manera de guardia de honor, se alinearon

silenciosamente los *reporters,* como los militares victoriosos en campaña cuando pasa por entre ellos un gran prisionero de guerra.

Fue linda la función de bodas en la Casa Blanca, donde Cleveland es el primer presidente que se casa. Ya porque a este gran suceso del alma sientan bien el silencio honesto y la paz cordial de la familia, ya porque pocos días antes de la boda murió el abuelo de la novia, que la deja rica, ello es que la ceremonia no fue pública, ni su lujo ostentoso ni insolente, sino tal cual conviene a quien quiere honrar con su ternura a la mujer que ama, y gobierna a sesenta millones de hombres.

Con el amanecer empezaron los cariños, pues un buen campesino y su mujer, ya bien entrados en edad, detuvieron frente a la Casa Blanca con aire de misterio su carro de trajín; sacó la anciana, como en pañales, un cesto lleno de fresas frescas, y lo dejó al portero de la Casa, sin más nombres de los donantes que una tira de papel, donde decía en letras tortuosas: “Demócratas de la vieja Virginia”.

El día fue para Washington de gala. Al caer la tarde, cercana ya la hora del matrimonio, la Casa Blanca, de tanta gente que tenía al rededor, parecía suspendida en el aire sobre ella. Era muchedumbre escogida: damas, legisladores, generales, platicaban cariñosamente del suceso, y contaban cómo la novia es agraciada y seria, cómo es de casta pura y nativa, cómo era pobre cuando se arregló la boda, cómo los diplomáticos estaban en enojo grandísimo, y habían tenido juntas de protesta, porque no habían sido, ni el Senado, ni el Congreso, ni la ley, ni el ejército, ni nadie más que la amistad, invitados a la boda.

Coches, mensajeros, presentes, telegramas. Pero nadie más que las gentes de la Casa, hasta las de muy humilde empleo, nadie más que ambas familias y los miembros del gabinete, por quienes Cleveland se siente amado, asistieron a la fiesta hermosa. Ni los miembros del gabinete estaban todos, porque uno de ellos, Garland, no se ha puesto jamás frac y prefirió faltar a la ceremonia memorable antes que a su costumbre.

En el Aposento Azul fue la boda. Todo es de azul celeste, muebles y paredes. Cristales de ópalo y franjas de níquel llevan los ojos desde los muros vestidos de seda al techo artísticamente decorado, a manchas irregulares y caprichosas, con listas rojas y estrellas blancas. Por donde el aposento sale en óvalo hacia afuera, estaba el raso azul escondido tras de muralla altísima de hortensias y de rosas. Plantas del trópico ornaban todo el redor de las paredes. En una de las repisas lucía en pensamientos sobre un lecho de rosas la fecha de la ventura: “2 de junio”. La chimenea que

en invierno resplandece con el fuego vivo y sabroso de los leños, ahora daba como cierta luz de luna, llena toda de plantas argentadas.

Era de Malmaisons, Jacqueminots y Fraures la cornisa de un espejo, donde en flores se veía el monograma de los novios: y allí donde había grupos sueltos de rosas, eran siempre de tres, porque dicen los que saben de estas gratas niñerías, que los grupos de tres rosas traen buena fortuna.

El Aposento del Este era una pompa, todo vestido de palmas muy bellas: los muros, de palmas; y a sus pies claveles, lirios, jazmines, azahares y gencianas. Las columnas estaban cubiertas de follaje, matizado de flores. Se vertía la luz muy blandamente de las lámparas de cristal, por entre los festones y guirnaldas que las ocultaban a los ojos. Sobre las puertas había grandes escudos de los Estados Unidos, hechos de claveles.

Ya vienen los dos novios hacia el Aposento Azul, donde aguardan con ruido de abejas los sacerdotes e invitados. Con mucha riqueza visten las damas. Vienen los novios sin acompañantes, ni doncellas de boda, ni ninguna de las suntuosidades vanas de uso. Él, que desdeña galas, trae puestos guantes blancos. Ella, trae la seda de pálido amarillo que hace resaltar los azahares y el velo de las novias.

Los sacerdotes llevan levita cerrada: uno es un anciano, amigo de Cleveland, que lo conoció en tiempos pobres; otro es su propio hermano. Quedaron los novios de espaldas al muro de rosas. ¡La ceremonia fue tan culta y sencilla! Pidió el sacerdote anciano en una tierna plegaria al Todopoderoso toda especie de venturas sobre aquella hija suya, "para que influya dulcemente con su existencia cristiana en la nación, a cuyos ojos va a vivir", y sobre aquel siervo suyo, "nuestro primer magistrado, por quien invoco la plenitud de tu gracia, para que le des sabiduría con que vivir en tus mandamientos". Luego, en frases serenas, encomió la bondad del matrimonio, en que van a entrar "este hombre y esta mujer", "si no hay aquí quien diga que existe impedimento legal para sus bodas". No hubo.—"Unid vuestras manos";—"Grover: ¿tomas a esta mujer a quien tienes de la mano como legítima esposa tuya para vivir conforme a Dios en el santo estado de matrimonio? ¿Prometes quererla, atenderla, estar junto a ella en enfermedad y en salud, en la pena y en la alegría; y ser de ella toda la vida?"—"Frances: ¿tomas a este hombre a quien tienes de la mano como a tu legítimo marido para vivir con él conforme a Dios en la santidad del matrimonio? ¿Prometes amarle, respetarlo, animarlo, estar junto a él en enfermedad y en salud, en alegrías y en penas, y vivir nada más que para él mientras vivas?"

No dijo *obedecerlo,* lo que ha llamado la atención. Prometieron, cambiaron sortijas. El anciano, con voz conmovida, declaró esposos "a Grover y a Frances, y lo que Dios ha juntado, hombre ninguno se ha de atrever a separar!"

Y acabó la ceremonia, a los sones de la marcha de *Lohengrin,* invocando el hermano del Presidente la protección de los tres Dioses cristianos sobre los novios, "para que vivan tan bien en este mundo que puedan vivir eternamente en el otro".

Como un cesto de rosas que se esparce rompieron sus grupos las damas, para felicitar a los recién casados. De allí al comedor, bajo puertas vestidas de flores. Cena ligera, en mesas sueltas, en el comedor suntuoso de la Casa, donde se oían esas sonoras risas y ese ruido de alas propios de las bodas. Ya bajan los novios vestidos de viaje, y salen a tomar el coche que debe llevarlos al tren, a la casa pacífica, al ruido de los pájaros y de las hojas del bosque: salen a escondidas, ya oscura la noche, por una puerta secreta.

¿A escondidas? No tanto: las damas no respetan presidentes: y como aquí es costumbre, no bien entran los novios en su carruaje, se desatan las risas en la sombra, y ¡allá va sobre el coche que lleva a César una lluvia de granos de arroz y de chinelas, "que dan buena suerte a los recién casados!"

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 21 de julio de 1886.
[Copia digital en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Resumen de los últimos actos del Congreso.—Antecedentes y comentarios de los últimos proyectos de ley.—El Congreso y el país en junio.—Convenciones de las asociaciones.—Excursiones al interior.—Partidas alegres.—Grandes regatas.—Ardides de los diputados.—Interioridades del Congreso.—Mala suerte del tratado de México en el Senado y en la Cámara de Representantes.—Derrota de Sherman y Hewitt, amigos del Tratado.—Los proteccionistas derrotan en la Cámara el proyecto de reforma liberal de las tarifas.—Estudio sobre la situación y porvenir del proteccionismo en los Estados Unidos.—La plata, las industrias y las cosechas.—La situación económica.—Venalidad de los representantes.—Las grandes empresas tienen corrompido el sufragio.—Cómo se ayudan y sirven las empresas y los representantes.—Se vota una ley que prohíbe a los representantes ser abogados de las empresas que requieren terrerías públicas.—El problema de la tierra en los Estados Unidos.—Abusos de las empresas y aspiraciones de los trabajadores, sobre la tierra.—Leyes recientes sobre la concesión y contribuciones de los terrenos nacionales.—Ley importantísima que prohíbe a los extranjeros poseer tierra en los Estados Unidos.—Antecedentes y gravedad de este problema.—Manejos de las corporaciones europeas para hacerse de tierras en América.—Voz de alarma a los países americanos.—Cómo se están descomponiendo los partidos.—Cómo adelantan en política los trabajadores.—George Childs candidato de los trabajadores para la presidencia.

New York, 18 de junio de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Junio es acá mes agitado. La vida cambia de súbito, como los árboles, y se nota una prisa nacional por darse al aire y a la luz. El Congreso acumula sus trabajos. El Presidente se prepara a ir de recreo a las montañas. La milicia se congrega en campamentos improvisados. Los creyentes de cada secta religiosa disponen grandes reuniones de rezo al aire libre. Todas las asociaciones, abogados, sastres, libres pensadores, católicos, velocipedistas, maestros de baile, reformadores,

cocineros, celebran en poblaciones pintorescas, sus congresos anuales, donde revisan la obra del año, pintan y explican al público sus argumentos, cambian ideas respecto a sus intereses y mejora, y organizan las tareas del año entrante: el hombre gusta de partir de la luz y de parar en ella: cuenta su vida de acción de julio a julio. Los colegios festejan su principio de trabajos, que en realidad no empiezan hasta octubre. Se crean escuelas ambulantes de ciencias políticas, de ciencias físicas, de idiomas, de instrucción varia, para aprender durante los tres meses de sol, en lo vivo del campo, a la sombra de los árboles. Los jóvenes viriles improvisan partidas de exploración, y con sus tiendas de campaña al hombro, sus provisiones y su rifle, se van a las comarcas despobladas a vencer dificultades, a matar fieras, a buscar aventuras entre los indios, a vivir en lo desconocido, de lo cual vuelven siempre alegres y fuertes. Es una florescencia colosal; de las plantas y de los espíritus. Toda la nación es una rosa. En la bahía, como palomas enormes, tienden las velas blancas para la gran regata próxima los veleros ingleses y norteamericanos que van a disputarse este año la copa apetecida. La ciudad ese día es un jubileo, y se va toda al mar, en vapores embanderados, en buques de pasear: se entibian los negocios el día de la gran regata: el champaña llega al cielo.

El Congreso parece siempre en esta época poseído de esa prisa de fiebre. Las votaciones se suceden. Los asuntos demorados durante el invierno, se precipitan. Cada partido se esfuerza en hacer aceptar a su contrario las medidas que le interesan. Suelen pasar en esta premura medidas que una ojeada basta para reprobar. Algunos representantes hábiles mantienen en reserva hasta estos días sus proyectos de mayor interés, por ver si pueden obtener a la rebatiña un voto favorable del Congreso, poco preparado para ellos. Ambos partidos, republicanos y demócratas, van dilatando hasta el fin de las sesiones los proyectos en que no han podido convenir los bandos opuestos de cada partido,—el de reforma de la tarifa, por ejemplo, en que a pesar de la decidida protección del Presidente y sus secretarios, acaban de ser vencidos los librecambistas, por aquellos mismos que han estado impidiendo la reglamentación del tratado con México, que en vano trató de reanimar Sherman en el Senado, proponiendo prorrogar el tratado por cinco años. Las industrias agrícolas amenazadas, el azúcar y el tabaco han podido más que las manufacturas, pletóricas de artículos fabriles que no tienen salida. En la Cámara de Representantes, fue también vana la energía con que Abram Hewitt, el noble y perspicaz yerno de Cooper, trabajó por que se declararan prácticamente libres de derechos aquellos frutos mexicanos que el tratado señala como tales. Los mismos que batallan contra la reforma de la tarifa en sentido liberal, que vaya preparando con moderación las vi-

ciadas industrias nacionales para la competencia en su propio mercado con las europeas, son los que batallan contra la vigencia del tratado mexicano.

Mucho arraigo tiene todavía el proteccionismo en los Estados Unidos, aunque se dan casos tan elocuentes como la última exposición de los cuarenta mil obreros de Pennsylvania que acaban de pedir al Congreso la abolición del derecho de entrada sobre las materias primas de la industria. Pero el proteccionismo que ha traído a la industria norteamericana a una plétora que la tiene en agonía, no podría resistir mucho tiempo el deseo justo de un cambio de sistema, que empieza a apetecer ya imperiosamente la nación alarmada.

De tres riquezas viven los Estados Unidos: de las minas de plata, de las industrias y de las cosechas. La plata ya se sabe como está: si el gobierno no tuviera por la ley obligación de comprar cada mes dos millones del metal a las minas del país, con [los] que luego no sabe qué hacerse, las minas habrían parado ya en una catástrofe. Las industrias, de puro producir a precios altos cantidades enormes de artículos que no pueden vender, están hoy, salvo aquellas muy especiales y necesarias, sin mercado donde colocar lo que van produciendo, y sin manera de dar trabajo a los millones de hombres que vinieron a este país, engañados por la prosperidad transitoria de que gozaron sus industrias, mientras una serie de cosechas pasmosas estuvo trayendo a la república rendimientos tales, que podía entregarse sin pérdida a todo género de tentativas costosas, y pagar sin peligro los precios subidos a que, en virtud del sistema de protección, tenían que comprar los artículos que sin ese sistema, hubieran podido comprar a Europa mejores y más baratos. Con derechos crecidos sobre las materias primas, con los salarios altos que los obreros necesitan en un país donde este sistema de protección a las industrias nacionales hace los productos de todas ellas caros, ¿cómo han de poder producir las industrias americanas a los precios bajos a que producen los países donde las materias primas entran sin derechos, y lo barato de la vida, por la libre entrada de los artículos extranjeros, permite a los operarios vivir con un salario escaso? Resulta, pues, que afuera no pueden mandar los Estados Unidos sus artículos a competir con los de fábrica europea; y adentro, si de afuera no viene dinero en retorno de las exportaciones, ¿con qué dinero han de comprarlos? Así se llega a estar como Midas, que todo lo que palpaba era oro, pero no tenía qué comer ni qué beber. Tal, pues, como están hoy su plata depreciada y su industria recargada, los Estados Unidos no pueden vivir de ellas.

Quedan las cosechas, la riqueza magna, aquella que, como hacían los antiguos, debía celebrarse cada año con fiestas jubilosas y regocijos públicos,—la riqueza de la tierra, que jamás se acaba. Los Estados Unidos venden sus algodones al Asia, y su carne a Europa,—y sus industrias, ya se ve con qué trabajo las venden, y cómo andan locos buscando asociaciones, tratados y congresos para asegurarse tierras que les compren; pero hoy por hoy, su principal fuente de vida está en las cosechas. ¿Cuál será en esto la suerte del proteccionismo? Abandonado el país, como único medio de recurso, a su producción industrial, se comprende que no puede quedar un instante en pie, puesto que con él el país no puede producir lo que necesita vender en las condiciones precisas para la venta; ni puede alimentar siquiera a sus trabajadores. Dos necesidades inmediatas requerían un cambio de sistema, gradual, como todo cambio que ha de ser fructuoso: una es la necesidad de la vida, la necesidad económica de vender, para poder vivir y comprar lo de afuera con los productos de la venta; la otra es la necesidad de dar alimento a tanto millón de hombre con mujer y con hijos, que en el día en que la ira de la miseria lo enardeciese, podía echar abajo de una arremetida toda esta fábrica de fachada, que no tiene tan sólidos los cimientos como suntuosa la apariencia. La suerte del proteccionismo depende aquí de las cosechas, y de los acontecimientos extranjeros que pudieran favorecer su venta. Si hay cosechas grandes, si hay en Europa una guerra que requiera mayor consumo de ellas y paralice las cosechas europeas rivales, entonces vendrá al país en retorno tal suma de rendimientos que se continuarán pagando por algún tiempo sin murmurar los precios altos de los productos nacionales, que así tendrán al menos el mercado propio que hoy les escasea, y la ventaja de que con la prosperidad general del país, no se note el daño que este recibe de mantener a las industrias que han de vivir de la exportación, en condiciones de no poder exportar si no hay grandes cosechas, o sucesos del extranjero que las consuman y levanten sus precios, el país se verá frente a frente del problema industrial, como ya se ve ahora,—frente a dos millones de hombres, que ya son dos millones con casa y sin trabajo,—frente a lo absurdo de un país que tiene que vivir del producto de unas industrias organizadas de tal modo, que sus productos no se puedan vender.

El sol es claro; pero no es más claro que esto. Sin embargo, los proteccionistas de los dos partidos reunidos, demócratas y republicanos, han derrotado hoy en la Cámara de Representantes el proyecto de reforma moderada y preparación juiciosa, que habían compuesto de acuerdo los librecambistas y los proteccionistas conciliadores. La razón es visible, puesto que acá las elecciones a senador y representante se sacan a fuerza de dinero, y hay elección de representante que cuesta a cada candidato ochenta mil pesos, por lo que necesitan del auxilio de los monopolios y empresas,

que los ayudan a salir electos con condiciones de ser ayudados después por ellas.—La reforma, por ahora, aunque está en el espíritu público, queda vencida: que acá tiene el sufragio sus llagas, como en otras partes, y suele el país pasar años pidiendo lo que sus representantes, por intereses personales o de partido, le niegan tenazmente. Por esas causas también sucede que el senador o representante, pretende sacar ventaja a las malas de sus puestos, y en acciones de empresas o en moneda aún más real reciben el pago de su voto en pro de las empresas ricas o de buen porvenir, y de su influencia en el Congreso que ha de legislarlas. Esto es ya tan sabido, que apenas hay representante o senador que no ande en estas culpas. Ya se susurra que tendrá al fin que abandonar su puesto el Secretario de Justicia, Garland, en cuyo departamento se accedió a establecer en nombre del gobierno una demanda de nulidad en favor de una patente de teléfonos en que Garland recibió, a cambio de su influjo, acciones por valor de medio millón de pesos, que otros probos legisladores, Hewitt entre ellos, rechazaron secamente. Y este escándalo ha llegado tan a mayores, que el Senado acaba de votar por considerable mayoría un proyecto de ley en que se prohíbe a los miembros del Congreso servir de abogados de las empresas que requieren concesión de tierras públicas.

A seguir como hasta aquí se ha ido, entre los extranjeros que acaparan terrenos, y los representantes que por esas razones ocultas regalan la tierra de la nación a las corporaciones que les pagan el voto, se hubiera quedado la nación sin tierra.

A esto viene también otro proyecto de ley aprobado por el Senado en estos días: asombra la facilidad y largueza con que el Congreso ha dado terrenos valiosísimos a las compañías de ferrocarriles. Ya se sabe que Blaine mismo, como presidente de la Cámara de Representantes, trabajaba como agente de una empresa de ferrocarril, que le pagó en acciones. Ahora ha decidido el Senado, para corregir tanta loca franquicia en alguna parte, que las compañías de ferrocarril no podrán por ninguna especie de ley, federal o local, librarse del deber de pagar tributo al erario por las tierras que el Congreso pueda concederles, sea cualquiera el pretexto en que la exención se envuelva.—A dos objetos se dirige esta medida: uno es mostrar al país que sus representantes atienden al clamor sostenido que está alzando en la nación esa vergonzosa entrega del caudal de tierra pública por aquellos mismos a quienes ha sido confiada en depósito: otro objeto, el principal acaso, es halagar y templar a la masa trabajadora, que sobre todas sus dificultades y yerros continúa disciplinándose y organizándose conforme al pensamiento de sus filósofos, quienes con Henry George a la cabeza piden, como estado final, que toda la tierra sea del dominio público, y, en

preparación de esto, para que el tránsito al nuevo Estado sea menos difícil, que se vaya desde ahora reteniendo la mayor extensión de tierra posible por el Estado, en cuyas manos debe llegar a quedar toda. Se quiere cerrar el camino, con actos oportunos de justicia, a esa masa temible, puesta en marcha, que no se detendrá sino donde se detenga su razón.

Esas mismas previsiones engendraron otro proyecto de ley que, sin un solo voto en contra, ha aprobado hace pocos días el Senado. En Europa las grandes masas de tierras se van escapando de las manos de los aristócratas ociosos que las poseen en virtud de privilegios de familia, otorgados siglos ha sin más razón que la necesidad ya pasada de fundar un Estado en que predominasen los señores, o el hábito de premiar con títulos y tierras las gracias de las mujeres y la infamia de los hombres. Otros nobles ha creado esta época, que son las grandes empresas, en cuyas manos tampoco están seguras las tierras que han amontonado, y de las que las va echando, con el ímpetu de lo que vive y quiere puesto, la muchedumbre cada vez más apretada de la población, que no permite la acumulación en una mano, o en un pequeño grupo de manos, de una extensión de tierra en que pueden vivir muchos que no tienen hoy por esa distribución injusta los medios de vida necesarios. La organización de Rusia la tiene preparada a ese repartimiento.

Las exageraciones socialistas perderán en Alemania por ese grano de razón que las sazona y preserva. En Francia, ya se sabe que la propiedad es de muchos. Inglaterra no podrá contrastar el brío con que la población pobre está exigiendo la reforma territorial, y ya habla de comprar a los lores la tierra irlandesa, para repartirla de nuevo entre muchos terratenientes, como medio de calmar las cóleras de Irlanda.—Pues toda esa cohorte de grandes propietarios, de aristócratas ociosos, de grandes empresas, ha venido cayendo en sigilo, sobre la tierra norteamericana, como caerá, y en algunos lugares ya ha caído, sobre la tierra de la América española. Y eso sí que hemos de salvar, ahora que vamos siendo pueblos—nuestra tierra!

Parece mentira: pero ya casi poseen una nación en los Estados Unidos los ricos europeos. Uno solo, el marqués inglés de Tweeddale, tiene 1 750 000 acres. Una casa de Londres, Phillips, Marshall y Comp., 1 300 000. Una compañía inglesa, 1 800 000 acres en Mississippi. Otras también de Inglaterra, 2 000 000 de acres en Florida, y 3 000 000 en Texas. Una compañía alemana posee 1 000 000. Y una compañía holandesa tiene ya 4 500 000 en Nuevo México.

Y es preciso estar a la mira contra los ardides de esos compradores, porque, en la conciencia de su culpa, suelen no comprar francamente, y se valen de hábiles recursos. Ya compran en pequeños lotes. Ya hallan norteamericanos que se asocien con ellos, y amparen sus compras con los

derechos que les da su nacimiento. Ya se valen de varios compradores, que entregan luego su compra a la persona que les emplea, y llega así a poseer en una sola cabeza una comarca, como el marqués de Tweeddale.

El mal es grave, y la ley votada por unanimidad en el Senado es radical. Prohíbe que, salvo en caso de herencia, cobro de deuda o provisión de tratado, puedan adquirir terrenos en los territorios o en el Distrito de Columbia, que es en lo que puede legislar en esto el Congreso, ningún extranjero que no haya manifestado su intención de hacerse súbdito americano, ni ninguna compañía que no esté formada en virtud de las leyes federales, de los estados, o de los territorios. Tampoco puede adquirir tierras ninguna compañía que tenga entre sus miembros más de una quinta parte de extranjeros.—Y es tan cierto que las razones de esta ley son las mismas de las que ya llevamos apuntadas, que acaba el proyecto prohibiendo que ninguna compañía, aun cuando sea de ferrocarril, canal o calzada, salvo en caso de concesión del Congreso, posea más tierras que las que positivamente necesita para que funcionen sus vías. La Cámara de Representantes está en riña con el Senado, que quiere para sí más autoridad de la que le da la Constitución; pero en este asunto, han obrado, por diversos proyectos, en acuerdo absoluto. Y todavía son más rudos con los extranjeros los proyectos de la Cámara que los del Senado. Están para venir tiempos grandes en la política norteamericana. Los partidos políticos actuales, incapaces de afrontar con una intención unánime los problemas vitales de la tarifa, la moneda pública y el trabajo, se están descomponiendo, y mostrando al país su egoísmo e incompetencia. El carácter personal de Cleveland, venido con pocas trabas de la naturaleza, favorece, y como que prepara el advenimiento de una política viva, que afronte y resuelva los problemas reales, y reconstruya a la nación sobre las bases nuevas que la justicia humana y sus elementos de composición demandan. Ya se habla sin asombro de nombrar candidato para la presidencia a un hombre de peso y bondad, George Childs, director del *Ledger* de Philadelphia, que jamás ha sido republicano ni demócrata, sino amigo de los pobres. De su diario vive un pueblo. A cada mujer que va a visitar la casa de su diario, le regala una taza de China. Y cada obrero suyo, tiene en el banco una cuenta; y para vivir y morir una casa. Lo ponen en ridículo porque escribe elegías y regala tazas; pero la verdad es que, como que se ve que el ejército trabajador se aprieta y viene adelantando, nadie ha tomado a burlas la posibilidad de que, cambiando de juicio los partidos políticos, elegirán los trabajadores de los Estados Unidos, con un programa de reforma social moderada a un presidente de su propio espíritu. No será en la elección próxima. No sería extraño que fuese en la de 1892.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 6 de julio de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Semana de junio.—El juego de pelotas.—El culto de la fuerza en los colegios.—Las fiestas de fin de curso.—La educación antigua y la nueva.—Lo científico sobre lo clásico.—Predominio del espíritu de libre investigación.—La educación en los colegios como medio de preparar para la vida.—Los discursos de los graduandos.—La vida nacional anula la educación.—El programa de estudios de Harvard.—Conviene educarse en la patria.—El peleador Sullivan.—Cómo lo admiran y miman en Nueva York.

New York, 26 de junio [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

No cabe una cacería del Indostán, con sus príncipes, con sus elefantes, con sus pabellones, con sus bayaderas, con sus brahmanes vestidos de blanco, en la cuenca de una uña: así no cabe en una revista esta semana de fin de junio ardiente, donde con la cercanía mayor del Sol crecen el amor, la generosidad, el placer y los crímenes. Todo es regata de *yachts,* de caballos, de caminadores. Todo es gente que marcha, color que brilla, cinta que flota, fresa madura que convida al diente. Se mezclan las últimas palabras serias del año, dichas de prisa en el Congreso, los colegios y los tribunales, con esos cuchicheos de aurora con que renace en estos meses la naturaleza en los árboles, en los nidos y en las almas. Si se mira a las calles por la tarde, no se ven sino mozos robustos que andan a buen paso, para cambiar sus trajes de oficio por el vestido de paseo, con que han de lucir galas a la novia, o el del juego de pelota, que aquí es locura, en la que se congregan por parques y solares grandes muchedumbres.

Los juegos son como los pueblos en que privan: este es golpe, rudeza, ausencia de arte: se enronquecen y embriagan con ese juego burdo, que cría la admiración funesta por los fuertes, tanto en los colegios se mira aquí como a pobre persona el que se nutre, como de estrellas que muerden, de ideas y sueños grandes: acá los prohombres de los colegios, los que se llevan las damas y mantienen corte, son el que mejor rema, el que mejor recibe la pelota, el que más sabe de hinchar ojos y desgoznar narices, el que más bebe o fuma. Niños de nuestras tierras que vienen a estas universidades con el almita clara y encendida, llena de sombras de héroes y de colores de bandera, se vuelven

¡ay! a los pocos años de estar entre estos boxeadores, mozos hoscos y abruptos, ida toda la flor, sin fe más que en el dinero y en la fuerza. Mejorar los colegios nativos, que con ser como son ya son mejores, vale más pese a la gente novelera, que sacar a los hijos de bajo de las alas de la patria para venir a donde olvidan la suya, y no adquieren la ajena.

Este es uno de los acontecimientos de junio en los Estados Unidos: las fiestas de fin de curso. Toda una página dedica cada periódico día sobre día a las recepciones alegres con que acaban su año las escuelas públicas de niñas, donde estas recitan, cantan, tocan, y entre pabellones y ramilletes reciben a la vez el diploma de maestras de la Escuela Normal, y la rosa de los amores de la naturaleza. En las universidades, en las escuelas técnicas, en los colegios que acá mantienen, para crianza de prosélitos, las grandes sectas religiosas, estos son días de baile y premio, de palabras sabias y de regatas locas. Se cierran los cursos en Harvard y Yale, en Columbia y en Princeton, en Amherst y en Williams.

Ya acabó la bárbara costumbre de llamar con nombres latinos a los estudiantes norteamericanos, lo que hacían traduciendo al latín el nombre inglés, de modo que un John Nose venía llamándose en clase como si en español le dijésemos Juan Narices. Y ya se va acabando, acicateada por los tiempos, aquella preeminencia que los estudios meramente literarios, a que tienden sin precisión de espuelas las almas finas que necesitan de ellos, tenían hasta hoy sobre los estudios de mayor cuantía que preparan para los choques y menesteres de la vida, en esta época de revuelta donde cada cual tiene que ser padre de sí, y no hay herencia segura, ni se edifican casas para siglos, ni hay fortuna que está a salvo de los vuelcos sociales y de las catástrofes financieras. La casa, que ha de mantenerse tan santa como nuestra masa vil nos lo permita, debe educar el alma en el aseo y horror del fango, de que se hacen hoy generalmente las estatuas. La escuela ha de equipar la mente para la faena de la vida.

Si la vida no es una universidad, sino una casa llena de odio y de fatiga ¿a qué educar a los hombres que han de vivir en ella como para vivir en universidades? Ya estos no son tiempos de toga regalada y chocolate de canónigo. Hoy se come agonía y se bebe angustia. Por eso hay tanto infeliz que no puede ser honrado, y tanto astro sin alas: porque en nuestros países, donde la cultura no se ha acumulado aún en bastante para que el consumo de ella por la masa común corresponda a la fuerza de ella en las almas superiores, no puede existir mercado suficiente para la suma de Literatura y Arte que se enseñan exclusivamente en las escuelas. Ármese en la escuela al niño con las armas que ha de necesitar para la vida. Otras razas, corpudas y bestiales, corren riesgo de perder

con la exageración de ese sistema aquel suave y clemente espíritu femenino que trae a los pueblos la educación artística, para engendrar en el trato con los oficios briosos la gloria que los alegra y perpetúa. Nuestros pueblos, donde las rosas huelen y las mujeres aman, renuevan incesantemente en cada niño la poesía.

Esas fiestas de fin de curso, si no acabasen en regatas enconadas y en desafíos celosos de pelota, serían cosa bella, porque siempre se reúnen para cerrar el año en los salones de cada universidad los oradores de palabra más lujosa, los funcionarios del Estado, las damas literarias, y las jóvenes con sus vestidos de primavera. En algunos colegios, como las universidades acá se llaman, señoritas y mancebos se educan a la vez, y suele suceder que los discursos de traje blanco y ramillete al pecho, ahondan y valen más que los discursos de levita cerrada y espejuelos.

Un príncipe de la palabra, un gran sacerdote, un candidato a la presidencia de la república, un educador ilustre, habla solemnemente a los alumnos, que ya están al tomar, en los umbrales del colegio, el fusil y la mochila de la vida. Luego, entre premios y músicas, van leyendo o recitando los graduandos más distinguidos sus peroraciones, que antes eran solo sobre Lupercios y Teofrastos, y cosas de antaño que no sirven hogaño; pero ahora, como que la savia nueva ha entrado de fuerza propia en los colegios, ya no hablan solamente de latines y grecias, y de la eternidad y prepotencia de los dogmas de la secta que mantiene la universidad, sino del buen sentido y armonía consoladora con que fue creado el mundo, de la esencial libertad de investigación que confirma al hombre en su fuerza y nobleza, y le da la majestad interior de que necesita estar poseído para vivir con fruto en marcha a lo alto. Todavía hablan los temas mucho de sequedades antiguas; pero ya se trata en gran número de ellos de la verdadera composición espiritual y material de la tierra en que vivimos, y de la formación, tendencias y vicios de los elementos vivos que batallan sobre ella.

En Harvard y en Yale, colegios venerandos y canosos, tiene ya tanto campo esta manera nueva, que no solo se deja en amplia libertad de espíritu al alumno en cosas de doctrina religiosa, sino que se han añadido a los cursos literarios usuales, otros cursos exclusivamente científicos, y se ha puesto cátedra doble de los problemas que más afectan hoy a la nación. Allí puede un alumno escoger, si le place, el estudio de las letras; pero no está forzado a ella, sino que puede arreglar sus asignaturas clásicas con otras de mayor realidad y momento; y oír a la vez la cuestión de la tarifa explicada a una hora por un profesor librecambista, y a la hora siguiente, cátedra sobre cátedra, por un maestro del sistema prohibitivo. Así, es verdad, no ganan fanáticos las iglesias ni los partidos; pero la patria se cimenta sobre un único sostén: los hombres de pensamiento propio.

¡Ah! da envidia leer el programa de enseñanza en Harvard, donde no hay asunto digno de la mente que no tenga un buen maestro, y de donde, si se estudia con ahínco, se puede salir hombre “vivo y efectivo”, como dicen las lápidas de los militares de antes en los cementerios españoles: pero ¿qué flor vive sin aire? Todas esas finezas de cátedra, todo ese lujo de materias y maestros, todo ese glorioso empeño de los educadores por ir conformando las casas de enseñanza a los tiempos en que han de vivir los que se crían en ellas, como que se evaporan en este aire pesado para las almas, como que perecen por falta de estímulo en esta loca contienda por la simple riqueza pecuniaria, como que se extinguen en el desprecio en que tienen a las carreras sudorosas, las carreras limpias de producto lento, los hijos adementados de estos hombres de mirada gris e insegura, que solo veneran sinceramente, por sobre humanidad y sobre patria, la capacidad de acumular súbitamente una masa estupenda de fortuna.

La pujanza los enamora y los domina. Les gusta lo que arremete, lo que violenta, lo que invade. ¡Ved cómo miman los estudiantes durante todo el año, no al poeta de frente grave que les leerá la oda de fin de curso, no al mozo pensador que ya desde las aulas medita la manera de que los problemas sociales se vayan resolviendo sin sangre y en justicia, sino a “los nueve” ágiles que deben vencer a Yale en el juego de pelota, a los “ocho” de brazos alados que han de competir por el premio de remo con los ocho del colegio vecino, al que en las brutales peleas con que en otoño se inauguran las clases arrancó “el bastón” de las manos ensangrentadas al que lo defendía en nombre de las clases rivales! ¡ved con qué saña, mal contenida durante todo el año, se entregan a estas regatas y desafíos, y apuestan sobre ellas, no por aquel sano amor a los ejercicios viriles que hizo hermosos y fuertes a los primeros griegos, sino con aquella mercenaria y rencorosa rivalidad que afeaba las lidias tremendas de los gladiadores de Roma y de Pompeya! ¡ved cómo muchos de ellos, deslumbrados por la paga que aquí se da a los buenos jugadores de pelota, abandonan su carrera casi terminada, y truecan su libro augusto por la camisa azul y el pantalón corto de los histriones, en que los aplaude y venera el populacho! Pudren acá esos vicios de pueblo rudo y ambicioso el aire de los colegios. El aire deshace lo que hace la cátedra. La educación verdadera está en el coadyuvamiento y cambio de almas. Lo sórdido de la vida sofoca acá lo luminoso de la escuela. Se debe vivir entre aquellos con quienes se ha de batallar.

Acá es frenesí este amor al gladiador. Se tiene en él una gran vanidad, como si encarnara y representase al país en lo que más se estima. Ahora mismo agita el papel en que esto se escribe, el

aire que entra por la ventana, lleno de la música ruidosa con que van a saludar unos mozos entusiastas al púgil Sullivan, rey de los puñetazos, que tiene ya cinco años de vida de triunfo, adorado y mimado por su fuerza. De un golpe abate a un hombre: de dos lo mata. Lleva una vida brutal. El día es para él *Champagne;* de noche, cerveza; un puñetazo, el cielo. Le deleita quebrar labios y leyes. No tiene una bondad ni arranque de hombre. A su mujer, la tunde. A su hijito, de ojos azules, lo echa escaleras abajo. Goza en magullar. Tiene el gusto burdo, y va todo él colgado de brillantes: lleva un puño de ellos en la pechera de la camisa: un anillo le relampaguea en la mano derecha: otro en la izquierda. Usa un sombrero blanco como la leche. Pero toda esta grosería y brutalidad se le perdonan. La policía lo escuda y lo trata tiernamente. Los tribunales no le son hostiles. Se ve en él todo eso como ornamento y gracia de su majestad. Un cariño real acompaña y protege por todas partes a esta bestia.

Aquí está en un hotel que abre sus balcones sobre el aire aromado del Parque Central, preparándose para la pelea enorme con que va a celebrarse el día 4 de Julio, el día santo de la independencia patria!

Diez días faltan, y ya no habla New York de otra cosa. Se olvidan las carreras de caballos, los desafíos de pelota, la noticia de que la hermana del Presidente publica una novela de amores; las sentencias recaídas sobre los obreros coaligados que amenazan a los dueños, la demanda de un representante para que el Congreso impida que el gobierno francés tome sobre sí la obra del canal de Panamá. Todo eso se lee como de pasada. De nada de eso se trata en las conversaciones. La primera ojeada de los que leen diarios es para el párrafo de Sullivan. Los diarios informan al público de que sus ojos están claros, vivos, buenos para la pelea. Tiene un cuidador que le amasa la piel dos veces al día, que le lleva al levantarse por las mañanas un vaso de agua, con cuatro yemas de huevo. Todo el día está en el hotel rodeado de gente. El campeón sale dos veces a tomar el aire, en un carruaje pomposo, que él quiere que sea muy grande, y de dos caballos. Si está almorzando adentro, la multitud cuchichea afuera: “Le han servido cuatro costillas”: “no toma más que té y yemas de huevos”: “ya pesa cinco libras menos”. Si se acerca a la puerta para tomar el suntuoso coche, la multitud se arremolina, se siente como una unción, los policías halagüeños limpian el paso para su héroe, el héroe sale, acogido por un clamor de victoria, y cuando vuelve, pleno el pulmón de aire de flores, la gente es más, y de la plazoleta del hotel, que es toda una cabeza, surge un vítor robusto que corean los chicuelos amontonados de todas partes de la ciudad, para respirar siquiera el

polvo del carruaje del campeón a quien admiran. Da frío, ver criarse a un pueblo entero en el culto de la fiera.

José Martí

El Partido Liberal. México, 13 de julio de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Exhibición en New York de los pintores impresionistas franceses.—Historia y fuerza de la escuela.—Los vencidos de la luz.—La venta de Morgan.—El arte en Nueva York.—Impresiones de la Exhibición.—Filiación de los impresionistas.—Los pintores naturalistas.—Courbet, Manet, Corot.—Velásquez.—Goya.—Estética y tendencias de los impresionistas.—Influjo moral de la escuela.—La mujer y el ternero de Roll.—*El baile de Roberto* de Degas.—*El órgano* de Lerolle.—*El fifre* de Édouard Manet.—Monet, Pissarro, Caillebotte, Montenard, Huguet.—Espíritu de la escuela.—El remador de Renoir.

Nueva York, 30 de junio [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

La tierra tiene su aire, y el espíritu tiene su libertad. Se conoce lo sano de un alma en la necesidad que siente del calor. En estos pueblos fríos se entran por el espíritu atribulado los apetitos de arte, con el ímpetu mismo con que fortalecida por las nieves se abre en flores la tierra en primavera. El arte es la nobleza del espíritu. Ahora hay en Nueva York un admirable espectáculo: la exhibición más completa de los cuadros de la escuela impresionista que se ha visto hasta ahora: Manet en sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pissarro con sus bromas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y solo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza: solo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella.

La elegancia no basta a los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fue lanzado.

Al olor de la riqueza, se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo, los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de Nueva York, no conoce el arte moderno. Aquí está, de cada gran pintor, la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friedland, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí *La playa de Pórtici*, el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! Aquí se vendieron por cantidades pasmosas en el remate de la galería de Morgan obras riquísimas de ese arte joyante y barbilindo con que seducen a la gente profana los artistas hábiles. Solo los fuertes aman lo que lo es. Un Jules Breton,—una procesioncilla, sentida y suave, de niñas de pueblo que van a recibir la primera comunión,—se vendió en más que los cuadros de Gérome, que tienen la consistencia y luces del acero; de Millet, que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, una orla de oro!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio, no fue tampoco ningún lienzo robusto de maestros magnos o jóvenes atletas, no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza por lo terso y profundo a casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir, mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place a monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. Ah! pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era por lo menos una lección profunda: todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas a las túnicas

lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo, eso parecen, vistos en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos. Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules: otras, todas violetas: hay mares cremas: hay una familia verde: hay hombres morados: algunos lienzos, subyugan al instante. Otros, a la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; a la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; a la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hondas distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas, de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió—de más autoridad que la directa de la naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.—De Velásquez y Goya vienen todos,—esos dos españoles gigantescos: Velásquez creó de nuevo los hombres olvidados: Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano, y con los colores de ellas contó el viaje a su vuelta.—Velásquez fue el naturalista; Goya fue el impresionista. Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una *Casa de locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad, y la maldad profunda! Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vio la corte, el amor y la guerra, y pintó naturalmente la muerte.

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven, ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan a la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres, y la luz de los astros.

Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables porque batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida que traen en sí el duende de la luz procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes.

¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son las mujeres de gozo! ¡Así son, descaradas, hinchadas, odiosas, brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio, sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa a un lado los falsos placeres, y procura un puesto en la tierra para los deformes y los desgraciados.

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar a tanto cuadro de Manet, que abrió el camino con su cruda pintura a esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el *Marceau* conmovedor de Jean Paul Laurens, el *Órgano* de Lerolle, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de

Degas, profundos y lúgubres, ante el *Estudio* asombroso de Roll, un recuerdo de la leyenda de Pasiphae, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

El *Estudio* es un gran lienzo húmedo y franco. Una mujer desnuda se relame en un ternero. Allí corren el sol y la vida. De cerca, todo es manchas, pastos, corrientes de color, rastros lechosos, entortamientos y montes de pintura. De lejos, se le ve al ternero un belfo admirable, apretado como de quien concentra en sí lo que le place, humeante, húmedo, los ojos los tiene satisfechos, medio cerrados, misteriosos, apagados, tiernos. La mujer, casi caída, con la mano izquierda aprieta el belfo grueso contra su rostro encendido y dichoso, y apoya en el ijar la derecha descuidada. La luz da a grandes manchas sobre su hermosura, una hermosura humana con las treinta bellezas latinas: el pie es firme, la cintura viva, breves los ornamentos del busto, la cabeza rubia. En el fondo, la selva complaciente, que da una sombra amiga. A un lado y otro, una flor blanca. El suelo herboso, revuelto, estropeado.

El baile de Roberto de Degas repugna al principio. ¿Eso es arte, esa mancha negra? Sí, eso es arte: porque de ahí, según se va mirando, surgen cabezas humanas, tipos conocidos, la historia banal y sombría de todas las noches y sin que haya color rojo, se siente la sangre. No es nada: el cuadro cabe en una mano. Es la primera fila de lunetas, que asiste al baile de *Roberto el Diablo*. Tres, seis cabezas surgen de la sombra en la parte baja del cuadro. Cada una es un vicio! Son las que van a ver de cerca. Este cerdoso y abrutado; el otro repleto, como el que tiene a quién ver en la escena: otro, un vejete picaresco, de labios belfudos, cejas espesas, ojos centellantes, cabellera revuelta: otro es un bello mozo; allá en el fondo, como columnas de humo, las sombras danzan.

¡He aquí *El órgano* famoso de Lerolle que todo New York ha venido a ver! El asunto es moderno, y la pintura sincera y suelta; pero no se ve el desdibujo y amasamiento de color de los impresionistas, a bien que tampoco se ve el sobretajo y acicalamiento de los pintores de elegancia. Representa este lienzo vastísimo el coro de una iglesia protestante. Se ve en el fondo lo que no se ve: la iglesia que oye. Una joven, de pie en el coro, canta. Otras, sentadas como en arrobamiento, la oyen. Detrás del organista, están en pie tres figuras de hombre de notable verdad. Pero lo excelso del lienzo es la cabeza luminosa del organista. Se eleva de él la unción. Le cubre las mejillas enjutas una barba poco frondosa. Tiene los ojos como cargados de pensamientos celestiales. La frente es hermosísima, hinchada hacia las sienes, levantada sobre las cejas, ya casi calva entre ambas entradas. Y ¡qué manos, que parecen que tocan el cielo!

Oh! No nos iremos de la sala sin decir adiós al *Fifre* de Manet. Manet pintó como Velásquez; luego, desembarazándose más, pintó sus figuras como si emergiesen de la sombra, como un color fresco, de claridad pasmosa, sin esmalte; después, pintó a masas y efectos, sin dibujo, y con la misma gradación de acabamiento en el lienzo con que alcanzaría a verlas un espectador en la naturaleza: lo que está cerca, trabajado como el acero: lo que está lejos, como se ve, como una mancha. "El pintor, decía él, no puede pintar sino lo que ve, y cómo lo ve". El *Pífano* es un chicuelo en ropa militar, fresco como una manzana de noviembre. Los ojos son un pasmo. Sopla su pífano con brío de novicio. Surge la figura de cuerpo entero del fondo gris, y está pintada con los colores crudos de la ropa de milicia. El rostro, parece hecho de rosas y de leche. Tiene cara de ángel este pilluelo de cuartel. El pantalón colorado, con franja azul, le cae sobre las polainas blancas que visten el rudo zapato. La chaquetilla azul, con botones dorados. Y el gorro es rojo y azul, y de una picardía que mueve a risa. La figura se impone, y parece que conquista.

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol: son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista; otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pissarro son vapores. Los Montenard ciegan, de tanta luz. Los Huguet, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebotte son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada, deslumbrante e implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura arriba, que cepillan un piso, al lado de uno el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Estos exasperan; aquellos, pasman; otros, como *La joven del palco* de Renoir enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae: ese río parece que nos va a venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los aspectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva; de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surge ante los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido: *Remadores del Sena*.—Las mozas, abestiadas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranan las uvas moradas sobre el mantel en que se

apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo. El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso; alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 20 de julio de 1886.
[Mf. en CEM]

NEW YORK EN JUNIO

El púgil Sullivan.—Últimas sesiones del Congreso.—Un nuevo proyecto proteccionista.—Votación de una ley que prohíbe a los extranjeros poseer tierras en la República.—Los tribunales condenan a los huelguistas.—El Secretario de Justicia, cómplice de una compañía.—Novedades en Washington.—La hermana de Cleveland.—Chinos cristianos.

New York, julio 2 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Aquella compenetración del hombre y la naturaleza que con su estilo flagelante y lumínico predicaba Emerson, aquella concentración del universo en el hombre y esparcimiento del hombre por el universo, aquella simultánea florescencia de la tierra y de los espíritus a la cercanía del sol, se comprueban en el desbordamiento de colores, en el lujo de actividad, en las regatas, en la elocuencia, en las prisas, en el desprendimiento de este mes de junio.

Cierra el Congreso aceleradamente sus sesiones; llevan los sacerdotes por los campos floridos a sus rebaños en excursiones de fiesta; reparten escuelas y colegios en sus ceremonias de fin de curso los premios del año; se vacían las ciudades en los pueblos de campo, en los hipódromos donde se corren los caballos favoritos, en los monumentales hoteles de concierto a la orilla del mar, en los alegres ríos henchidos de vapores y veleros embanderados, donde regatean remo a remo, con ansias de mercenarios, los estudiantes de las universidades: y está sacudida New York, porque para celebrar al gusto público el aniversario de la independencia, se nutre el púgil Sullivan, cargadas las manos y la pechera de brutales brillantes, con las costillas de carnero, yemas de huevo y aire fresco del parque que han de mantenerle claros los ojos y sueltos los músculos en la pelea tremenda contra un inglés rival y diminuto, a quien ceban y amasan dos guardianes en un pueblo de playas salutíferas.

Todo es juego, movimiento y gasto. En cada solar hay un desafío de pelota. Las sociedades benéficas, los diarios poderosos, los regidores que anhelan fama, sacan en flotillas por el río a las gentes de los barrios pobres, que meriendan y danzan en las islas vecinas.—Y se nota que el advenimiento de la luz predispone a la generosidad.

Cuando llega junio, obsérvase la misma fuerza de expansión en los hombres como en los árboles. La savia contenida se echa afuera en hojas. Ni los estudiantes caben en los bancos del colegio; ni en los bancos del Congreso caben los representantes y los senadores.

Se acumulan en el Congreso los proyectos de ley. Ceden los republicanos en uno para que los demócratas les cedan en otro. Ambas casas, la de Representantes y el Senado, deseosas de ir con buena historia ante el país para las elecciones de otoño, se apresuran a cumplir algunas de las promesas que dejaron descuidadas durante el año, y a acercar con votos conciliatorios en las cuestiones difíciles sus acuerdos a los ofrecimientos de su programa. El Presidente, ocupadísimo, ha puesto su veto, con mucho aplauso público, a un centenar de acuerdos de pensiones, concedidas a granel por el Congreso para atraerse los votos de los soldados. O para que se aprovechen de ellas los agentes asiduos que colectan en Washington en nombre de los agraciados las pensiones. Se ve en la legislación de junio como un balance de año, en que cada elemento político, el Presidente, el Senado, la Casa, los republicanos, los demócratas, quieren afirmar su posición, dilatar sus dificultades y esconder sus flaquezas. Pero la cuestión de la tarifa, la bola encendida, se queda sin que nadie ponga en ella mano.

Ni republicanos ni demócratas tienen campo exclusivo en la cuestión de la tarifa. Entre los unos como entre los otros anda la opinión dividida en librecambistas y partidarios de la protección, y estos son más que aquellos; porque el librecambio, aun cuando comience moderadamente, ni cautiva más que a los pensadores, que son los menos, ni aprovecha de primer momento más que a los humildes, que pagan mal a sus representantes.

Las elecciones cuestan mucho. Los capitalistas y empresas ayudan en los gastos de ellas a los candidatos necesitados; y estos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el anticipo de los capitalistas.

Aquella sonadísima reforma del librecambista Morrison que había de traer con el abaratamiento de la vida y la liberación de las materias primas el alza de las industrias, acudió en vano, para salvarse, al expediente de irse moderando con concesiones a los partidarios de los impuestos altos. En vano la apoyaba Cleveland: Morrison es demócrata,—y los demócratas lo vencieron, unidos a los republicanos.

Queda la tarifa absurda: las industrias pletóricas de productos sin mercado; el comercio rastrero y ansioso en estas dudas, y dos millones de hombres sin trabajo. No bien cayó Morrison vencido en su proyecto de rebaja gradual de los derechos para ir poniendo a la industria nacional en vías de una

producción barata, constante y legítima, ocupa su puesto Randall, caudillo hábil y avieso de los mantenedores de la protección, y a punto de cerrarse estas sesiones, presenta un proyecto de reforma en que se suprime innecesariamente el derecho sobre el tabaco, que debía estar siempre gravado, con el objeto confeso de que, mermadas así en veinticuatro millones de pesos anuales las rentas públicas, no sea posible luego a los librecambistas intentar rebaja alguna en los derechos de importación. ¡Acá, como en casi todas partes, pueden todavía más los intereses que la justicia!

En la cuestión de la tarifa, no se ha levantado aún, gracias al alivio que traen anualmente al mercado mortecino los retornos de las cosechas ese clamor de la necesidad con que en un día de ira o de alarma derriban las naciones, como un león a un faldero, los obstáculos que se oponen al mejoramiento de sus angustias.

Pero en otra cuestión, en la de poner las tierras nacionales fuera del alcance de los acaparadores europeos, no ha habido en el Senado ni en la Casa de Representantes más que un voto. ¿Qué sería, sin la tierra madre y generosa, de este pueblo que ahora precisamente se va salvando con sus abundancias de la penuria en que tiene a su población industrial excesiva el sistema falso de impuestos que le ha traído a producir más de lo que necesita, a precios en que sus artículos no pueden hallar consumo? La tierra es santa.

Los trabajadores oprimidos vuelven a ella los ojos para el día en que la producción universal, aglomerada por las máquinas, se amontone en los mercados sin hallar compradores y llegue al cielo. ¡No han de venir al país del hombre libre las avarientas empresas europeas, los lores ingleses de insolente fortuna, a acumular en sus manos el suelo de la patria, para vivir luego en injusto regalo con el producto enorme y caprichoso de su arrendamiento!

A la callada, como pulpos, se han estado tendiendo las grandes empresas de Europa sobre las tierras más feraces de Norteamérica. ¡Han de vigilar mucho, los países que tienen tierras! Mientras más pronto las pongan a salvo, mejor:—anda inquieto en Europa el dinero, sobrante y ocioso. Una compañía holandesa posee ya 4 500 000 acres de lo más floreciente en Nuevo México. Un sindicado inglés tiene 3 000 000 de acres en Texas. Una casa alemana, 1 000 000. Y un solo hombre, el marqués de Tweeddale, es dueño de 1 750 000 acres de país de buen cultivo. Ya compraban Estados enteros: todo Nuevo México, con sus dehesas; todo Mississippi, con sus ríos; toda Florida, con sus naranjales. Pero el Senado se ha puesto en pie y sin un solo voto en desacuerdo, aprueba el proyecto de ley que prohíbe que en lo futuro adquieran tierra alguna en los Estados Unidos los extranjeros que no compren

este privilegio con su declaración de someterse a las leyes del suelo que apetecen. Solo el extranjero que declare su intención de acogerse a la ciudadanía de la república, podrá adquirir suelo en ella, a no ser que lo obtenga en herencia, o en pago de deuda. Tampoco podrá comprar terrenos ninguna compañía que cuente entre sus miembros más de una quinta parte de extranjeros. Ni las mismas compañías nacionales, ya sean para camino carretero, canal o ferrocarril, podrán obtener en los territorios, que es donde manda en pleno el Congreso, más de cinco mil acres, y esto si los emplean visiblemente en el funcionamiento de la empresa.

Hay que salir en amistad al encuentro de los ejércitos amenazantes. Los trabajadores fueron vencidos, ciertamente, en sus levantamientos mal aconsejados de esta primavera. Mucho les falta todavía para obrar con aquella unión de propósito que ha de hacer tan robusta su arremetida a la constitución social vigente. En la convención que tuvieron este mes, se vio que los gremios aislados que trabajan cada uno para el bien de los miembros de un mismo oficio, no quieren ceder su soberanía a la orden general de los Caballeros del trabajo, ni estar sujetos a los lances, derrotas y contribuciones de ella. Pero la orden está en manos de apóstoles, y horada.

Otros entretienen los calores de junio jugando a la pelota, corriendo en apuestas, imitando en ejercicios corporales a los soldados ingleses. Pero George, Swinton, Post, Powderly, puestos en la tarea gloriosa de volcar sin sangre el mundo humano sobre quicios mejores, van de pueblo en pueblo, atentamente oídos, enseñando la manera de conquistar por la acción inteligente y compacta una existencia de labor segura, donde la casa y el pan del trabajador no sean una limosna. No predican estos nuevos evangelistas a la ciega. No se han aprendido de memoria un texto de reforma. Cada mal sugiere su propio remedio. Han deducido su texto original de sus males originales, y con la fuerza entusiasta y contagiosa de todo lo genuino, acomodan su propaganda a la reforma que intentan. Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio. Ven venir el huracán y lo van guiando. Como método, usan la paz. Como fin, ven que la tierra no niega nunca al hombre lo que ha menester, y quieren que la tierra se administre de modo que su producto sea repartido equitativamente entre todos los hombres. De esta idea central, que ha de encanecer antes de la victoria, surgen las reformas previas porque se ha de llegar a ella.

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna

nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reparten, con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza.

Estos apóstoles creen, pues, que ha de ponerse coto a la alianza ilícita entre las empresas y los representantes que, en nombre de la nación, dan a las corporaciones la riqueza de la tierra, por el interés de la parte de ella que les ha de ser devuelta, en forma de acciones o de lo que las valga, en pago de su ¡voto,—de su robo!

Estos apóstoles, George, Swinton, Post, Powderly, creen que la nación, que es el nombre de Estado del guardián de la propiedad común, no puede dar en dominio la tierra que es de todos, y es para todos necesaria, sino en arrendamiento o en préstamo, y solo para los usos nacionales. Creen estos apóstoles que, puesto que el suelo público ha de llegar a ser del pueblo que en él vive, mientras menos se vaya dando de él, menos costará luego sacarlo de las manos de los que por cohecho o astucia se fueron alzando con los dominios públicos.

Eso, pues, significó principalmente la votación unánime del Senado, y el proyecto análogo de la Casa, que prohíbe la posesión de la tierra por los extranjeros: ha sido un acto oportuno y poco costoso de acatamiento al poder de los trabajadores, que adelanta en la sombra.

Los tribunales castigan sus coaliciones ilegales, sus asedios a los propietarios que resisten las demandas obreras, sus actos de violencia o de amenaza. Libre es el dueño de emplear o no emplear en su negocio al obrero que le place, como es libre el obrero de trabajar o no para el dueño. El obrero que fuerce al dueño, por coaliciones, o por sitios, o por anuncios de violencia, a consentir en sus demandas, es reo de conspiración por la ley vigente; y un día sobre otro están entrando los alborotadores de esta primavera a cumplir sus condenas en las cárceles. En Chicago, ya entiende un jurado en la acusación de asesinato contra los anarquistas que excitaron a la matanza y la sembraron con su mano. Pero la Orden de los Caballeros del Trabajo, servida por esos hombres de acero y de paz, es precisamente fuerte por eso: porque condena los medios de fuerza.

Y ¡qué razón tienen en sacar a la vergüenza pública esos ignominiosos maridajes entre las compañías ricas o ambiciosas, y los representantes que emplean en despojar a la nación la autoridad que recibieron de las mismas manos de ella!

La honradez debía ser como el aire y como el sol, tan natural que no se tuviera que hablar de ella; ¡pero hoy va siendo de tan buen tono el robo público, y tan elegante la vileza, que lo que da bochorno es ser honrado! Pues ¿no sucede aquí ahora mismo que la minoría de la junta de inspección del Congreso reconoce que una compañía en miseria distribuyó dos millones y medio de su capital en acciones entre senadores y representantes, para que sus nombres y opinión fueran logrando dar valor a los dos millones y medio restantes, que vendrían a ser el provecho líquido de los iniciadores de la campaña? Quinientos mil pesos en acciones recibió, por el uso de su nombre e influjo, el mismo senador que es hoy, para mengua nacional, secretario de Justicia de Cleveland. Y como la Secretaría de Justicia, sino el mismo secretario, instituyó con un costo de $300 000 a nombre de la nación una demanda de nulidad de patente en favor de la compañía, ¿qué importa que la mayoría democrática de la junta diga que no hubo voluntad en el secretario de servir a la compañía que lo tenía comprado, y hacer bueno en el mercado su medio millón de acciones? No es maravilla que el Senado republicano, vestido ahora en la oposición de penitente, proponga y vote una ley que prohíbe a los representantes de ambas casas abogar por empresa alguna que tenga interés de tierra ante el Congreso.

Washington, con la entrada de la primavera en la Casa Blanca, está contento. La esposa del Presidente es galana y sencilla. Un diplomático europeo dijo que no han dado las casas reales de Europa producto de más legítima y natural soberanía. El Presidente, terco en sus voluntades honradas, ni deja ir de la mano a los demócratas que lo censuran, ni se pliega ante ellos. De mucho se habla: de David Davis, el amigo de Lincoln, que casó de ochenta años, y ahora ha muerto: del representante King, que llama al gobierno la atención sobre la importancia política de que Francia tome a su cargo la obra del canal de Panamá. Se habla de que los republicanos del Senado se negaron a confirmar a un caballero negro para un alto empleo, por "no parecerles que debe haber negro demócrata". Se habla de que la hermana del Presidente, a quien parece que tiene mohína el casamiento, va a publicar una novela de amores, y a dirigir un periódico en Chicago. Pero nada de esto encubre el escándalo del secretario de Justicia.

Dejemos ahora a Washington.

¡Ved cómo aplauden desde las orillas del río a los ocho remadores del colegio de Columbia, que han vencido a los de Harvard!—Y al volver, en Nueva York, que está en estos días como una flor abierta, ¿qué música es esa que suena, camino de un vapor empavesado que azota con sus ijares blancos el muelle repleto? Es una procesión de chinos cristianos, vestidos de seda, que van a una isla de nidos a celebrar su entrada en Jesús, del brazo de sus amigas americanas, rosadas y frescas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de agosto de 1886.

[Copia digital en CEM]

NUEVA YORK Y EL ARTE

Nueva exhibición de los pintores impresionistas.—Los bendecidos de la luz.—Influjo de la exhibición impresionista.—Estética y tendencias de los impresionistas.—Verdad y luz.—Desórdenes de color.—El remador de Renoir.

New York, julio 2 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Iremos adonde va todo Nueva York, a la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, o subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas e impresionistas, padres e hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pissarro con sus brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y solo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Solo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta a los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza, quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fue lanzado.

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre New York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; la casa de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de Nueva York, no conoce el arte moderno. Aquí está de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friedland, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí *La playa de Pórtici*, el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fue aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso parecen, vistos en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos, subyugan al instante. Otros, a la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; a la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; a la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hondas distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas,—de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velásquez y Goya vienen todos,—esos dos españoles gigantescos: Velásquez creó de nuevo los hombres olvidados: Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje a su vuelta.—Velásquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una *Casa de Locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad, y la maldad

profundas. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vio la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven, ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan a la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres, y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por [las] que batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida que traen en sí el duende de la luz procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son las mujeres de gozo! ¡Así son, descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas

madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa a un lado los falsos placeres, y procura un puesto en la tierra para los deformes y los desgraciados.

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más a tanto cuadro de Manet que abrió el camino con su cruda pintura a esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el *Órgano* de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel *Estudio* asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasiphae, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol: son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pissarro son vapores. Los Montenard ciegan de tanta luz. Los Huguet, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebotte son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante e implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso: al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Estos exasperan; aquellos pasman; otros, como *La joven del palco*, de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae; ese río parece que nos va a venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los aspectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surgen de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido: *Remadores del Sena*.—Las mozas, abestiadas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranan las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos el almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de agosto de 1886.
[Copia digital en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El 4 de Julio.—New York a media noche.—Falta de espíritu patrio en las fiestas.—Los días patrios.—Observaciones sobre el espíritu público en los Estados Unidos.—Cómo se forma este país.—Efectos sociales de la inmigración y el excesivo amor a la riqueza.—Las fiestas.—Día de paseo.—Coney Island.—La fiesta de los irlandeses.—La madre de Parnell.—Hermosa escena en la plaza de la Unión.

New York, 6 de julio de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Todavía está el aire rojo, y penetrado de olor de los fuegos con que se celebró ayer el 4 de Julio. Anoche, al sonar las doce, cuando a los reflejos carmesíes y violetas de las últimas luces de Bengala pasaban cual fantásticas figuras los paseantes cansados de las playas y pueblos vecinos, parecía New York como un cesto de duendes, que se acostaban entre chispazos y volteretas, saltando por sobre torres y techumbres, a la luz cárdena del cielo encendido. Camino de la eternidad parecían ir los trenes del ferrocarril elevado, como serpientes aéreas por cuya piel agujereada se escapase su espíritu de luz. Las chispas de una rueda de fuego clavada en un poste de esquina, caían sobre un niño en traje de soldado, dormido en la acera sobre su tambor. De una estación de ferrocarril bajaban, entre familias alemanas y jugadores de pelota, trece mozas en uniforme de cantineras, los trece estados de la Unión, que hace ciento diez años declararon en estos mismos días su voluntad de ser unos y libres. Un veterano llevaba en brazos a su hijita, envuelta en una bandera nacional. Bufando, y como exhalando los últimos suspiros, vaciaban en el muelle su carga sofocada los vapores que volvían de los lugares de paseo, conciertos, baños, pugilatos, juegos y carreras. Como los pueblos se revelan en sus fiestas, y la alegría y la libertad desnudan las almas, es bueno observar las ciudades en los días en que el regocijo, expansivo de naturaleza, saca de ellas lo que tienen de tierno, de indiferente o de bárbaro.

Animadísimo ha sido aquí este 4 de Julio; pero ¡quién lo diría! no hubo fiesta patria sino en un barrio nuevo, allá por las afueras, que quiere llamar la atención sobre sus calles y sus casas, y tener por lo pintoresco y bullanguero los atractivos que le quita la distancia. Allí hubo gran parada,

con el coche redondo de Washington; hubo bandera de treinta yardas, que se izó entre vítores en un parque que lleva el nombre de uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia; hubo un general octogenario, que cantó con voz velada, ante la muchedumbre descubierta con respeto, una de las tonadas de guerra del año 1812, cuando Inglaterra mordía las alas del águila que había espantado de su nido. Pero fuera de la procesión de Harlem, y del pabellón que al abrir la aurora iza en la Batería todos los años un nieto del que arrió la bandera británica cuando salían, mosquete a tierra, los ingleses vencidos de New York, ¡ni los nombres se pronunciaron en los discursos de los oradores en teatros y plazas, de aquellos cincuenta y seis patriarcas que en la hora de la necesidad aparecieron sobre su pueblo como hombres de mármol que daban luz!

Los días patrios no han de ser descuidados. Está en ellos el espíritu público. Están en ellos las victorias futuras. Están en ellos las artes y las letras, que levantan a los pueblos por sobre las sombras cuando se han podrido los huesos de sus hijos, y cubierto de capas de tierra sus bronces y sus mármoles. Está en ellos esa arrogante soberanía que hace a los pueblos capaces de defenderse afuera de sus enemigos, y de salvarse adentro de sus tiranos. En esta vida, donde el hombre no vive feliz ni cumple su deber sino en un altar, el día patrio reanima el santo fuego, en las aras manchadas por las pasiones, empolvadas por la indiferencia, o pervertidas por el ocio y el lujo. ¡Se necesita de vez en cuando respirar juntos, al ruido marcial de los tambores y al reflejo de las banderas, ese aire sobrehumano que embriaga, y pone en los que viven, para que anden y triunfen, la voluntad y el brazo de los muertos! De sí debe tener vergüenza el que se avergüence de fortalecer, con estas juntas brillantes de espíritus, esa alma compacta y robusta sin la que, al embate de los avariciosos, caerá como un montón de polvo la patria: o como la estatua de plomo del rey de Inglaterra, que derritieron los neoyorquinos hace ciento diez años, cuando supieron que estaba repicando en Filadelfia la campana sagrada, publicando al mundo que había nacido sobre una tierra nueva un pueblo libre.

Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega es muy grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que solo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante, y en cerrar el camino al que llega. Por cada hombre del país, cincuenta extranjeros. El extranjero que desembarcó hace un año con sus botas de cuero, su gabán parduzco, su cachucha y su nariz colorada, mira de reojo como a un enemigo a cada nueva barcada de inmigrantes. Nacidos de estos padres, los nuevos americanos no

traen a su patria casual aquella sutil herencia de afectos y orgullos, aquella insensata y adorable pasión por el país donde se viene al mundo, que parece que sujeta con raíces a los que ven la luz sobre él con raíces que les orean la frente como alas cuando se la enardecen o abaten los infortunios, y que los llaman como brazos angustiosos cuando con un dolor que tuerce las entrañas, se siente resonar sobre la patria un pie extranjero.

En las luchas se acendran e inflaman los elementos que las inspiran, por lo que acá llega a ser señora única del alma el ansia de la fortuna. La nación se ha hecho de inmigrantes. Los inmigrantes se dan prisa frenética por acumular en lo que les queda de vida la riqueza que desearon en vano en la tierra materna. De esta tierra adoptiva solo les importa lo que puede favorecer o retardar su enriquecimiento o su trabajo. No les estorban para adelantar ni las creencias religiosas, que aquí son libérrimas, ni las opiniones políticas, que caldean el corazón y turban el juicio en el país propio. Acuestan sobre la almohada por la noche la cabeza cargada de ambiciones y cifras. Nace el hijo entre un *check* y una factura, o en uno de esos goces sin espíritu en que buscan las mentes desasosegadas compensación física y violenta a su fatiga. No es el matrimonio aquella mutua y absoluta entrega que lo hace feliz, porque el ser humano solo lo es completamente en darse, sino que en él continúa la preocupación abominable del bien de cada cual, sin que el hijo llegue a ser un perfume, porque jamás se unen bien el céfiro y la rosa. En este aire sin generosidad, en esta patria sin raíces, en esta persecución adelantada de la riqueza, en este horror y desdén de la falta de ella, en esta envidia y culto de los que la poseen, en esta deificación de todos los medios que llevan a su logro, en esta regata impía y nauseabunda, crecen los hombres de las generaciones nuevas sin más cuidado que el de sí, sin los consuelos y fuerzas que trae la simpatía activa con lo humano, y sin más gustos que los que pueden servir para la ostentación del caudal de que se envanecen, o los que apagan los fuegos de la bestia o la fiera que desarrolla en ellos su vida de acometimiento y avaricia. No es el hermoso trabajo, ni la prudente aspiración al bienestar, sin el que no hay honor, ni paz, ni mente seguras: es el apetito seco de acaparar riqueza, afeado por el odio y desdén a los oficios en que se la logra con honradez y lentitud. Lo que admiran es el salto, la precipitación, la habilidad para engañar, el éxito; y se fían en el que ha engañado más. La mujer, criada en el mismo amor de sí, ni siente con ardor la necesidad de darse a otro, ni se presta a darse para la desdicha, ni busca en su compañero más que el modo de asegurarse su holgura y complacencia. Nacen los hijos pálidos y avarientos de este consorcio sórdido. Así, consagrado cada

uno al culto de sí propio, se va extinguiendo el de la patria. No endulza acá las vidas la generosidad ni el agradecimiento.

Y cuando, como en este 4 de Julio, sienten las gentes políticas el deber de celebrar la fiesta patria, se juntan, como se juntaron ayer en Tammany Hall; no para entonar alabanzas a los fundadores y afirmar sus doctrinas, sino para flagelar al Presidente porque no desaloja de sus empleos a los republicanos, y pone en ellos a aquellos mismos demócratas mercenarios sobre cuya voluntad y traición fue elegido.

La fiesta era ayer en todas partes: carreras de caballos corredores, carreras de todo paso, apuestas entre caminadores, juegos escoceses, excursiones por los ríos, regatas de remadores, partidas de pelota. Pululaban los alrededores y las playas. La ciudad se iba vaciando desde por la mañana sobre las arboledas y campos vecinos. Sobre cada adoquín estuvo estallando del alba a la media noche un cohete. Caían las muchedumbres sobre los ferrocarriles y vapores, como los potros sobre el portillo abierto en la dehesa. No se abre un brazo en estas multitudes para hacer lugar al niño que se sofoca o al viejo que desfallece. Cada vapor lleva un ejército a las playas serenas de Coney Island, que atrae a las gentes con el fragor de sus hoteles, la algazara y chirridos de los columpios y las ventas, sus cantos de tiroleses y de *minstrels,* sus orquestas de mujeres descoloridas y huesudas, sus hediondos museos de elefanciacos y de enanos, su elefante de madera, que tiene en el vientre un teatro, y es como símbolo y altar monstruoso de aquella parte glotona y fea de la isla, a cuyo alrededor, como columnas de incienso, se eleva de los ventorrillos que le hormiguean a los pies el humo de las freideras de salchichas. Allá lejos, se tiende la playa, matizada de grupos de familias, reclinadas o sentadas en la arena junto a los restos del festín casero: se salen los trajes de los cuerpos canijos de los judíos; se salen de sus talles morados y pomposos las irlandesas ubérrimas; la vida se sale de algunos ojos apenados, que van allí a hablar con el mar de la honestidad y la grandeza que no se hallan en los hombres; y se observa tristemente el contraste que hacen las caras varoniles y osadas de las niñas con sus vestidos de encaje y con sus cintas de colores. En una tienda fríen maíz: en otra, bajo un toldo, comen ostras frescas en el borde de un bote: allí cerca, alquilan caballos para los niños: van y vienen, arrancando risas con sus trajes de baño, los flacos y los gordos, mostrando esa pobreza y caimiento de las formas consiguientes al ayuntamiento apresurado y huraño de tanta casta diversa y egoísta. Se pavonean entre los grupos, ojeados por damiselas de mala ocupación, los jugadores de oficio que han tenido suerte en las últimas carreras: el pecho es un brillante: llevan el pelo

a rape, como los presidiarios: ostentan sombreros blancos: van seguidos y curioseados como héroes. El mar fresco, surcado a lo lejos por botes de paseo llenos de galanes y de hermosas, echa su ola fragante sobre la vasta arena, blanca como la plata sin bruñir. Suena a lo lejos la marcha de *Lohengrin.*

Pero no se fue toda la ciudad a estos gozos bullentes. Tienen disciplinada a la gente de dolor los trabajadores del espíritu. El derecho, y toda ocasión de pedirlo, es una fiesta para los que padecen de hambre de él. Esos hombres buenos y graves que están procurando juntar en una asociación incontrastable a todos los obreros, para que vuelquen de un común empuje las leyes de distribución de los productos del trabajo y la tierra pública, llamaron a una gran fiesta en la plaza de la Unión, donde obreros de todas nacionalidades, alemanes y americanos, franceses y bohemios, y los ingleses mismos, mostraran, a la hora en que el Sol está en el cenit, su simpatía por los obreros irlandeses, en cuyas bolsas no se acaba nunca el centavo para el cura, ni el peso para ayudar a la faena política de la magnífica cohorte que batalla por obtener la autonomía de Irlanda.

Había más gente que hojas en los árboles. Llegaba por una calle, un gremio de alemanes, con un esplendor de barba rubia, serio el rostro, pesado el paso; y su guía, brillándole los ojos con esa luz misteriosa e inquieta que distingue a los hombres nacidos para conducir, clava la bandera del gremio, entre cohetazos y aplausos, en el balcón de la casilla de madera donde preside rodeada de señoras, la adorable anciana que trajo al mundo a Parnell.

Allí está, con su vestido negro y su cabeza blanca, la madre del reformador irlandés. Ella es en Irlanda propietaria y noble; pero donde están sus irlandeses, allí está ella. Su hijo sienta a Irlanda, del otro lado del mar, sobre la cabeza de los ingleses; y como que se contiene, vence. Ella se muestra erguida y sobria, cada vez que los irlandeses de este lado se reúnen para mostrar simpatía o buscar ayuda a los que luchan en el Parlamento de Londres por sus libertades; y no bien la ve el público, se pone en pie frenético, como si viesen santificada en un altar a su propia madre. No perora, pero dice cosas que abofetean y que queman: parecen sus palabras, deliberadas, profundas, centelleantes, breves, manojos de guantes que echa al rostro inglés. Se eleva el espíritu, y se humedecen los ojos, en la presencia de esta sublime dama que tiene involuntariamente sobre su pueblo el prestigio de las antiguas sacerdotisas.

Pasan, pasan delante de ella, todos los gremios que acuden a tomar parte en la fiesta. Unos clavan su estandarte junto al de los alemanes, y las banderas quedan allí, dando guardia a las

mujeres que sufren y trabajan por los hombres. Otros dejan a sus pies ramos de flores. Otro le trae una insignia del color de su patria, para que la ostente en el pecho, y al notar la multitud que la insignia es verde, comienzan a sacudir los árboles, al ruido de las músicas, y se adornan aquellos cincuenta mil hombres los sombreros y las solapas con las hojas.

Los americanos e irlandeses se agrupan junto al estrado donde están reunidos los consejeros mayores del partido obrero: Henry George, con su cara benigna; Louis Post, con sus aires de pelea; John Swinton, el que trabaja frente a un grabado de John Brown flotando al aire en la horca. Los alemanes y bohemios toman puesto alrededor del estrado donde van a hablar los oradores en su propia lengua: oradores ardientes y excesivos, como son siempre, precipitados sin duda por el dolor perpetuo de no hallarse en su pueblo, aquellos que concentran en los países lentos o duros las condiciones de poesía y palabra de que la comunidad carece, por eso han nacido de los países más recios los reformadores más violentos. En el estrado de las damas, las oradoras se van poniendo en pie, y bendicen, al acabar sus razonamientos elocuentes, a aquel hombre joven de frente de templo y de brazos cruzados que va peleando sin sangre por la libertad de Irlanda. Habla después su propia madre: ¿cómo ha de hablar, si empieza por decir que cientos de años de los dolores de Irlanda le hierven en el pecho? Ya se imagina lo que fue la fiesta: un hurra que duró tres horas. Los banderines azotaban contentos los altos mástiles del parque, coronados por una bola de oro.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 25 de julio de 1886.
[Mf. en CEM]

CARTA A *LA REPÚBLICA*

Nueva York, 8 de julio de 1886.

Señor Director de *La República:*

Debo a la merced de algunos nobles amigos de Honduras el encargo, que estimo como valioso privilegio, de escribir periódicamente para *La República*, con mi juicio americano y libre, una revista ordenada, de cuanto pase en esta tierra, grande en sus maravillas como en sus defectos, que pueda ser de interés o utilidad en ese gallardo país hondureño, del que no digo aquí cuanto me nace para él filialmente del alma, porque no vaya a parecer lisonja entrometida, la amorosa ternura con que le veo irse haciendo y levantando,—y porque tengo en tal respeto la palabra pública, que, ni aun para captarse la simpatía que ha menester en una tierra culta el cronista desconocido que llega a sus puertas, deben emplearse en expresiones meramente personales la atención y el espacio que han de darse enteros al mejoramiento de la patria, y al estudio leal de los problemas industriales y políticos, que puedan ayudar a extraer el oro de sus entrañas generosas, o a ir poniendo en su aire ese otro oro sutil y de más precio que viene con la práctica entendida y sincera de las libertades.

Porque nosotros hemos padecido de hojosidad, como nuestros bosques. La pompa del follaje no ha dejado ver la sustancia del tronco. Han sido nuestros pueblos, venidos a la existencia en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza, como esos poetas novicios que derraman, en frases confusas y rimas incoloras, su vaga ansia de músicas celestes, antes de que la vida, recia y viril, haya sazonado con sus jugos amargos los afectos desgarradores que engendran la poesía.

Dotados al nacer de masas incultas por una parte, fuertes y tenaces como todo lo que arranca nativamente del suelo en que vive, y de minorías preocupadas por la otra, ahítas con nombre de ciencia, de culturas griegas y latinas que no nacen del suelo nativo, ni tienen acomodo, ni mercado, ni influjo posible en él; cerrados así, por esta educación universitaria, falsa y estéril, los caminos naturales y honrosos de la prosperidad en pueblos nuevos, donde la cultura no ha tenido todavía tiempo de distribuirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con una demanda legítima y firme esos productos de cultura acumulada que se llaman Artes y Letras;—azogada en las venas nuestra sangre ardiente por la transfusión desmedida e incesante de las ideas

gloriosas que todavía son sueños, o realidad casi impalpable, en los mismos pueblos seculares y maduros que las crearon;—solicitados los espíritus por las necesidades de la vida, que en nuestros pueblos nacientes fuerzan a los hombres de cultura inútil a oficios de parásito o a oposición interesada, a la vez que estimulados por esa magnífica fiereza, divina hija del sol de nuestros montes, a erguirse como dioses a quienes se priva de su escabel de nubes, cuando falta en el aire que respiran ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los pueblos son caricaturas, y los hombres insectos;—así compuestos, así impacientes, así deslumbrados, así altivos, ¿qué habían de hacer nuestros pobres países de América, nacidos a la libertad con una lanza en el costado, sino batallar, con el ímpetu y desprendimiento propios de la adolescencia para hallar acomodo entre las clases universitarias y amomiadas, que tomaron las riendas en su mano, y las masas genuinas y vivas que al ver flamear en el aire las palabras modernas se creyeron llamadas, como por estandartes de luz, al ruido y esplendor de la existencia? ¿qué habían de hacer nuestros pobres pueblos nuevos, bautizados en la ignorancia y en el odio, caldeados por el sol del cielo y el del espíritu, pecadores de entusiasmo, ágiles como la raza nativa que los puebla, sedientos de una libertad sin límites como su luz y su hermosura? ¿qué habían de hacer, vestidos de toga en medio de la selva, sino ir torciendo penosamente las togas en arados, y bregar con la pujanza del instinto por ajustar la cultura ficticia, nominal y vana de las escuelas viejas, a los trabajos sólidos, varoniles y reales que requiere el desarrollo de países que acaban de salir, como esmeraldas enormes, con las luces ocultas y las fases veladas, de las entrañas de la naturaleza?

Ese desasosiego en que hemos estado viviendo; esos acontecimientos y dominios de la fuerza osada, esas rebeldías de la aspiración, esas resistencias de los privilegios, esas acumulaciones de poder en los caudillos populares, ese desdichado servimiento de los hombres cultos, preparados por una educación más vana que una sombra para mal vivir en países de mucho cuerpo que quieren fuerza viva; esas mismas guerras frecuentes que se nos echan en cara como crímenes nuestros, cuando son resultado de crímenes ajenos, o pergaminos de la arrogancia e idealidad de nuestra raza, —no han sido más que la manifestación inevitable y natural de la vida en países compuestos de elementos hostiles y deformes, precipitados violentamente a la cultura: ¡se paga en sangre lo que se asalta en tiempo! ¡no hemos podido subir sin dolor en cincuenta años de patios de convento a pueblos de hombres libres! ¡llevamos las manos ensangrentadas del asalto, y movemos los pies entorpecidos por entre las ruinas, pero vamos sacando de esta brega la fe en nuestras fuerzas

propias, el conocimiento de nuestras necesidades verdaderas, el desdén de los combates inútiles, y las virtudes de los trabajadores! Nos llena la pasión de la naturaleza. Nos avergüenza deber la vida a complacencias bochornosas, o a complicidades. Nos aterra tener la manera de vivir pendiente de la fortuna política, que no debe mirarse nunca como fortuna, sino como altar, donde se entre y se salga con las manos limpias. Nos posee un amor de hijos pródigos por el trabajo verdadero. Nos servimos de las leyes, más para asegurar y ensanchar la riqueza pública, que para pelear mezquinamente la privada. Nos da miedo la sangre perdida en mocedades, y decidimos ahorrar sangre. Nos domina ¡gracias a Dios! el deseo febril de obtener con un trabajo personal y directo una existencia libre y honrada.

Y ¿por qué no ha de decirse, si es la verdad? Honduras asoma con brío por estos caminos de experiencia. Nuestra América ha entrado en la era industrial, y Honduras con ella, y no a la zaga de nadie, antes bien con paso más firme y voluntad más decidida que pueblos más compactos y viejos. Acá en New York, por ejemplo, apenas hay país hispanoamericano que esté ante el público con más gallardía que Honduras. Se nota como que la opinión se extiende y levanta, y como que alguien la mueve. El país va siendo exhibido con el tesón y método que requieren las cosas durables. Se suspende respecto a Honduras ese necio veredicto de republiquilla con que las gentes de poca piedad y conocimiento ofenden, acá y en otras partes, a nuestros países. Obsérvase en los hombres de empresa una curiosidad marcada. La fama de los tesoros hondureños tienta las arcas de la gente grave. Ayer apareció un mapa de Honduras, un mapa de minas, como quieren los tiempos, que dibujó el ingeniero Byrne, y acaba de sacar a la venta la casa de Colton. Hoy ya se anuncia la publicación de un libro ilustrado sobre la república, que está imprimiendo a gran costo una compañía hondureña. Es una dicha que estas cosas no se estén haciendo con precipitación de aventureros, sino con aquella dignidad que es natural tributo a un país por los que adelantan sus fortunas en él. Repugnan los negociantes ávidos; tanto como inspiran respeto los que se encariñan con el suelo que les da el sustento.

Por cierto que da gozo entrar por uno de los más bellos edificios de New York, un templo del comercio donde corren aires de grandeza y maravilla, y ver cómo todo un piso de él está lleno por oficinas elegantes y activas, donde preside un anciano benévolo, de barba blanca: alegra el corazón, como si aquello fuera propio. Y da orgullo poder decir: Ese es el “Sindicato de Honduras”. Y si se entra en Broadway por otra casa magna, vasta como los palacios babilónicos, por entre cuyos corredores palpitantes suben y bajan con rapidez de flecha los elevadores mágicos, allí brilla

también, y como que sonríe contento un nombre hondureño, "Aguán": es la Compañía de Navegación de Aguán. No son estos, no, gozos pueriles; sino legítimo placer de hijo de América, de ver cómo se levanta con decoro, y más dando que pidiendo, uno de esos esbeltos pueblos nuestros que juntan a las riquezas de la tierra que a otros hielan, los fuegos del espíritu que enriquecen esos tesoros naturales y los avaloran, tal como cobran hermosura mayor las tierras vírgenes cuando se esparce sobre ellas, y las funde en oro, la vibrante luz del sol.

Nada habrá en los Estados Unidos interesante para Honduras que, en lo breve del espacio, no vaya en estas cartas. Aquí veremos, sin que el tamaño nos deslumbre ni la pasión de raza nos ciegue, cuanto de este país necesita Honduras conocer,—lo bueno, con su razón, por si conviene introducirlo,—lo malo, dicho sin miedo: porque es de saber que entre estos palacios que pasman y ruidos que aturden, no es el hombre mejor, ni diverso, ni de más divina estampa e inteligencia que aquellos que tuesta el sol, y deja como penetrados de él, en el país donde florece el ópalo, y travesean, como si tuviesen espíritu de luz, los novillos ágiles. Veremos cómo se va haciendo esta gran tierra, y qué la pudre, y qué la salva. Estudiaremos hebra a hebra sus problemas graves, cómo se compone y funciona su política, cómo se descompone, cómo influye la inmigración, en bien y en mal, cómo nacen de la inmigración desmedida colosales peligros, cómo endurece y pervierte a las naciones el amor exclusivo a la fortuna, cómo se viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo, y cómo en este hervor, en que no hay hombre que no parezca tocado de locura, se mueven y adelantan las empresas que desde su alojamiento suntuoso en New York procuran llevar a la tierra hondureña esos amplios caminos de fortuna por donde con pie firme pueda entrar cada hombre activo, redimido de servidumbres y complicidades, a ganar ¡loado sea Dios! en un trabajo directo y varonil una existencia libre y honrada.

JOSÉ MARTÍ

La República. Tegucigalpa, 14 de agosto de 1886.
[OC, t. 8, pp. 17-23]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA EL *PARTIDO LIBERAL*

Raros y varios sucesos.—Escenas extravagantes en un campamento religioso.—Cómo castigan aquí a los seductores.—Últimos actos del Congreso.—Estudio del conflicto entre la Cámara de Representantes y el presidente Cleveland.—Relaciones de los partidos con sus presidentes.—Firmeza de Cleveland.—La Cámara acuerda pagar la deuda con el sobrante del Tesoro.—Explicación íntima de este proyecto, y de su influjo sobre la moneda de plata.—La cuestión de la moneda de plata.—Hostilidad entre el Oeste y el Este.—Los bancos no quieren que se recoja la deuda, para continuar cobrando intereses.—Objetos políticos del acuerdo.—Armas para la próxima campaña electoral.—El Presidente veta todos los proyectos de pensiones militares.—$25 000 000 para puertos y ríos, y solo 500 000 para fortificaciones.—La Penitenciaría de New York.—Horrendos castigos.—Descripción de la "máquina de levantar".

New York, 18 de julio de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un barril oblongo; —un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas en Chicago;—dos hermanos franceses que en la agonía de la soledad deciden morir por su mano en su casa rica, para que el uno no quede vivo sin la otra, ni estén sin ellos sus muertos en el cementerio;—la muerte de Ned Buntline, un perezoso que aprendió la vida a pistoletazos en la cubierta de los buques, y puso luego en trescientos libros desordenados y flamantes su ciencia de los hombres;—un mozo seminarista a quien enciende el cerebro la literatura policíaca y cae como espía de afición sobre el palacio de juego de Long Branch, cuyo dueño defiende a balazos a sus huéspedes, mientras que entre los coches de los grandes pasea en la playa su carruaje de cuatro brutos finos, con estruendo de cuernos y trompetas;—eso sería lo más curioso de la ardiente vida de verano en esta semana, si no estuvieran comentando a Dante a la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reúnen a hablar de las sublimidades del espíritu;—a poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catecúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de cruces sobre la tierra

exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean a los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado a otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos e insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien a la vez muere y renace;—parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros. Llevan en camillas a los poseídos hacia la margen del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con que mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, como que brilla y humea, y se la ve vagar temblando después de su discurso. Así se mezcla aquí lo extravagante a lo grandioso, y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión y de reforma. John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender a este país, no solo hay que mirar a las ciudades, con sus palacios de pórfido y su animada maravilla; sino a esas costumbres y extrañezas,—al brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el Oeste,—a la justiciera brutalidad con que para castigar a un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo a doscientas millas de New York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, sácanlo en esta figura a la carretera, a la vergüenza del mundo y de la aurora. No solo del Este que comercia, sino del Oeste que derriba se hace este pueblo, y de Europa que se vacía.

Del Oeste precisamente ha sido la señaladísima victoria que acaban de obtener sobre los bancos y capitalistas del Este los representantes coaligados del Oeste y el Sur, en un grave proyecto de ley que ha de influir mucho acaso en la suerte de la moneda de plata.

Iba expirando este Congreso sin que el Partido Demócrata hubiese realizado el programa de economía que principalmente le trajo al gobierno. Todo el año ha pasado el Congreso viendo cómo forzaba al Presidente a volverse contra las promesas a que debió su elevación que ya se sabe que a Cleveland lo eligieron candidato los demócratas sin ninguna voluntad, y no porque les pareciese tan blando y manejable como los partidos quieren a sus presidentes, sino porque el país se iba a él a las claras, y los demócratas tenían el afán del poder, y la esperanza de que ya en él, no cuidaría Cleveland de cumplir sus ofertas, o le haría ceder en ellas el miedo de perder el apoyo de sus partidarios. Los demócratas aparentaron acomodarse a un programa que odiaban. Querían el gobierno por los

provechos de los puestos públicos; por los negocios e impunidades que vienen con el mando; por halagar con concesiones deslumbrantes las pasiones del Oeste y el Sur que los sustentan con sus votos. Querían distribuirse los oficios públicos. Querían mantener la acuñación de la moneda de plata. Y Cleveland vino precisamente al gobierno por dos ofrecimientos: el de cumplir la ley que prohíbe que los empleados de la nación se repartan como despojos de la victoria entre los sectarios del partido triunfante, y el de procurar sobre bases justas la coexistencia de las monedas de plata y de oro, aún cuando para ello hubiera que interrumpir la acuñación de los dos millones de plata que cada mes compra ahora a las minas el erario público.

Los demócratas se engañaron, y a bufidos y a puñadas de honradez los ha tenido lejos de la Casa Blanca el Presidente. Él, como es natural, ha procurado con una u otra concesión menor irse atrayendo la benevolencia de la mayoría de su partido, que hasta hoy le abandona; pero su negativa rotunda, y brusca y desdeñosa cuando ha sido menester, a entregar la menor porción del programa con que fue electo a los representantes alevosos que solo fingieron aceptarlo para vencer con él, ha venido exacerbando durante todo el invierno, la ira de la Cámara democrática, que no puede con la amenaza de su enemistad reducir a este hombre honrado a ser traidor.

Han andado todo el año por diversas vías la Cámara de Representantes y la presidencia. El Presidente desea el mantenimiento de los pagos en oro, que es la moneda universalmente recibida, en vez de ir acumulando en el tesoro para una catástrofe segura millones de pesos de plata que mientras más sean menos valdrán, y por los que tienen que pagarse cien centavos cuando no se les puede vender a más de setenta y cinco. La Cámara de Representantes, sin respetar la prudencia con que el Presidente y su Secretario de Hacienda han ido sosteniendo el precio de la plata y el crédito general del país, por la importancia misma de los depósitos en oro, decidió violentar el problema de aquella moneda, para dar así muestra de su indiferencia a los propósitos del Presidente, e ir en las elecciones de otoño ante los estados del Oeste y el Sur con el crédito de haber trabajado en un proyecto de economía que los halaga, no tanto porque es idea popular que conviene al país la circulación de mayor cantidad de moneda y el ahorro de intereses inútiles, cuanto porque el Oeste y el Sur se regocijan con los sustos y desdichas de los banqueros del Este, los cuales temen que el exceso violento en la circulación de una moneda que solo es aceptada fuera de los Estados Unidos en veinticinco centavos menos de lo que cuesta, ocasione el almacenamiento y carestía del oro, la baja del papel norteamericano, y la paralización natural en el comercio, que no recibiría de afuera en los retornos del cambio más que las tres cuartas partes del valor de sus productos.

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Cámara creen que la política no es el servicio de la justicia en su grado posible y oportuno, sino de los elementos e intereses que los mantiene en su puesto y prominencia.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder, o si el presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor a su honra personal y a su país, y de pagar los votos de sus correligionarios con la violación de las promesas hechas a la república por él y por ellos, desde el mismo puesto a que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliese. Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fue electo para el gobierno con el consentimiento previo y expreso del partido, o si debe apartarse del presidente cuando este se resiste a obedecer a sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas a aquellas para cuya realización fue electo.

Partidario, dice el Presidente, no quiere decir bribón. Para esta política fui elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente a mi partido cuando así lo quería la ley escrita o la justicia: mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza inmoral de que los halagos del poder o las amenazas de mis partidarios me obligarían a hacer traición a la política para la cual se me elegía. Dije antes de la elección mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos: dije mis tendencias a una reforma liberal de la tarifa: dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fije su valor: dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la república en favor de una de sus sectas o banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir a mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente a aquello para [lo] que él y yo venimos al gobierno, o ha de seguirme mi partido a mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante que falta al programa por el cual se le elige es ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor.

Próximas a suspenderse las sesiones del Congreso, han querido los demócratas, desesperanzados de Cleveland, dejar una ley simpática a las preocupaciones populares, y poner al Presidente en el trance de negarse a autorizar una medida aceptada casi por unanimidad en la Cámara en que se dominan sus propios partidarios. ¿Y cuál es esta ley? La que manda pagar con el sobrante ocioso en el tesoro, a razón de diez millones de pesos por mes, los setenta y cinco millones de deuda nacional por los que abona hoy el Estado tres millones al año de intereses. Solo 64 representantes votaron en contra. ¿Para qué se van a guardar—dicen los amigos del proyecto—almacenados en el tesoro setenta y cinco millones de pesos que se tiene el derecho de recoger a voluntad, cuando estamos debiendo afuera esos mismos setenta y cinco millones, y pagamos cada año tres más de interés? Páguese la deuda, ahórrese el interés innecesario, resérvense cien millones para responder a las obligaciones emitidas, y benefíciese al país poniendo en circulación esa mayor suma de riqueza.

Pero los enemigos del proyecto sostienen que esas razones plausibles no son más que la apariencia de él. Los bancos del Este, en cuyo poder está la mayor parte de la deuda que se propone redimir, publican que el objeto real de la medida es sacar del tesoro los millones de plata que lo agobian, y violentar con este exceso de moneda depreciada las ansiedades de un país donde ya sobran el capital desocupado, y solo vendrían a agravar el problema los setenta y cinco millones porque hoy paga interés la nación, y vagarían entonces sin empleo.

¿Qué importa,—dice el Este,—que un país que tiene actualmente en sus arcas un sobrante de $175 000 000, y lo aumenta en cien cada año, pague tres millones de interés anual por tener afuera una deuda que asegura su crédito con lo firme y apetecido de su rendimiento, a la vez que retiene en depósito una cantidad de oro que sustenta la confianza del comercio de Europa, y a pesar de la depreciación de la plata sujeta el tipo del giro y las transacciones en límites desahogados?

Si el gobierno paga la deuda en plata ¿qué harán los capitalistas que no hallan colocación actual para sus caudales en los Estados Unidos, con setenta y cinco millones de pesos que no pueden enviar afuera a emplearse, sin perder, sobre los gastos del giro, una cuarta parte de su valor? Será, añaden, funestísimo para el crédito del gobierno y para el de la nación, que se paguen en plata depreciada obligaciones adquiridas y conservadas por sus tenedores en la creencia de que eran pagaderos en oro. La creencia es cierta, aunque ninguna ley la autoriza, y a lo único a que está obligado por ley el gobierno es a pagar en la moneda del país, que tanto es de plata como de oro, los bonos de su deuda. Y si el gobierno paga esta deuda en oro ¿qué le quedará para pagar en oro, como

debe, las demás obligaciones emitidas contra un depósito por suma igual en el erario, si, como sería en ese caso natural, los tenedores de las obligaciones entran en miedo de que no haya en arcas suficiente moneda de esta especie para pagarles, y acuden en un pánico probable al erario, que acaso se vea obligado a pagar en plata, con la catástrofe y el descrédito consiguientes?

$230 000 000 tiene hoy en existencia el erario de los que, descontando obligaciones inmediatas, le quedan un sobrante de $175 000 000, de los cuales $157 000 000 son en oro y el resto en plata. $100 000 000 en oro habrían de quedar en garantía. Del resto, aumentado mensualmente con los sobrantes futuros en oro y en plata, se pagarían en ocho meses los $75 000 000 de la deuda porque se paga hoy interés. Sobre esas cifras giran los cálculos y argumentos de los mantenedores y enemigos del proyecto. La verdad es que, aparte del miedo legítimo del exceso de plata en el mercado, que desacreditaría todas las obligaciones norteamericanas y haría casi imposible el comercio en Europa por la pérdida en la conversión de la plata al oro, los bancos del Este están interesados, ahora que apenas tienen donde colocar sus depósitos, en que continúe devengando intereses y cambiando de manos la suma que se propone al gobierno que recoja. Y es también verdad que los estados del Oeste y el Sur, como que tienen que mandar al Este en pago de sus industrias el producto de sus cosechas y sus minas, ven con ira esta forzosa dependencia, y en su engreimiento de ricos novicios se encelan de los caudales que por su sistema bancario y su vigor fabril acumula el Este; por lo cual han tenido aquellos estados, además de la esperanza de forzar al gobierno a hacer sus pagos nacionales en la plata del país, el regocijo muchachesco de poner en angustia a los bancos de la comarca del Atlántico, interesados por su crédito y el de la nación en mantener en curso y abundante el oro, ya para que no lo acaparen los especuladores y lo impongan a ruinosos precios, ya porque no se debiliten o interrumpan los cambios sobre Europa, ya porque no invadan el mercado con el desorden del pánico el millar de millones de obligaciones norteamericanas que hoy andan en manos europeas, tan pronto como se tema que el país solo tiene para resolver de ellas una moneda que no vale en realidad más que tres cuartas partes de la suma porque se la entrega.

Y en el fondo de toda esta convulsión, no ha habido más, salvo el deseo de complacer a los magnates de la plata y a los estados celosos del Este, que una doble idea política, la cual por una parte es la intimación al Presidente de que se verá abandonado por su partido sino se presta a obedecerle, y por otra es un hábil movimiento de estrategia electoral, con el que los demócratas pueden probar en las elecciones de otoño que, si bien por no estar en sazón no ha resuelto aún la

rebaja de la tarifa y algunas otras mejoras, todo el partido está por lo menos conforme en la urgencia de economizar gastos inútiles. Solo que a los demócratas todo el cuchillo se les ha vuelto hoja, porque los republicanos decidieron votar con ellos por la misma economía, obteniendo así el crédito de la medida sin incurrir en la censura de haber sido sus introductores.

Ese encono de la Cámara contra el Presidente que no le cede, se ha estado mostrando estos días en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido desenvolviendo, con argumentos llenos de severa sátira, los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra a gentes que vieron de ella poco, o enfermaron antes o después de ella. El Congreso ha querido con estas pensiones, atraerse el voto de los soldados por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos o fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión, y obtendrán el mejor crédito de ello, ríen entre bastidores con mucho regocijo, y azuzan el descontento con que los demócratas tachan a Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probo a costa de su propio partido. Y en esta discusión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia a personas que no las han merecido, aprobó sin vacilar el aumento a doce pesos de todas las pensiones de a ocho concedidas por los congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

Y ese localismo, esa falta de aura patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua a los intereses generales de la nación en obsequio a las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener a su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas, que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aún mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Mas: se habló mucho en este invierno, de la necesidad de fortificar la costa: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en las reuniones de los demócratas: se quería atraer sobre el partido el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que hoy languidecen o quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros públicos: Tilden mismo, el patriarca sin barbas de la democracia, escribió al Presidente de la Cámara una carta excelente, en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de razones patrióticas. Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones, y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, solo votó la Cámara unos míseros quinientos mil pesos. Pero como cada comarca tiene su puerto a que echar muelle, o su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Cámara en cambio, veinticinco millones. El egoísmo levanta a los pueblos y los pierde.

¡Levantar! he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco a un caballero curioso a visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del estado de New York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo, que llaman máquina de levantar, y es la tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas a los culpables de la divina maldad del pensamiento. Dicen los alcaides, es verdad que estas naturalezas duras, que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiereza sino que la enconan y refinan, con el trabajo callado y recio de la Penitenciaría: que no los doma la oscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo, que les abre canales en las carnes, puede en ciertos hombres vencer el odio al trabajo. Ay! pero los que ven a la obra a este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos [que] en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena a que los compelen y el castigo del látigo con que se responde a toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancias, los estrujan y chupan a trabajo como a la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura a quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de

latigazos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca en esta tierra de república a dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí privilegios para los serviles y espías, y que a todos los tienen rapados, pero a esos otros les permiten la barba y los bigotes cuyos cercén hace a los presos más pesada su ignominia.

Y cuando hablan de la "máquina de levantar" a los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia a los cuarenta segundos: los cuelgan por las manos esposadas de una especie de horca que van subiendo los alcaides lentamente: las esposas les cortan las carnes: la circulación cesa en los brazos: las puntas de los pies vagan sobre el suelo: los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres, y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color, sacan en brazos al preso de la horca, y luego lo echan a andar, como una fiera deshuesada. El curioso que fue a la prisión vio a un luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen todos aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla le relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. New York, 4 de agosto de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Escenas de la vida del Oeste.—Colosal circo a los puertos de Nueva York.—Espectáculos épicos.—La vida de la naturaleza y la conquista de la selva.—Los héroes del Oeste.—Un campamento de indios.—Los indios norteamericanos y sus costumbres y vestidos.—Los *cowboys* famosos.—Los vaqueros mexicanos en el circo.—La vida ardiente de los exploradores.—Se ve reunida toda la vista del Oeste.—Rifleros, amazonas, cazadores.—La gran fiesta en el circo.—Gran parada de indios y *cowboys*.—Búfalo Bill, el célebre jinete.—Antonio Esquivel, el mexicano.—Carreras, doma de potros, hazañas de tiro.—Escena excitante.—Ataque de una diligencia por los indios.—Una tribu en viaje.—Descripción de la caza de búfalos.—El "médico" tristísimo.

Nueva York, 24 de julio [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Está a las puertas de Nueva York uno de los espectáculos más originales y sanos a que pueda asistirse en pueblo alguno. En procesión brillante, en rápidas escenas, entre la humareda de la pólvora y los gritos de guerra de los indios, pasa ante los ojos con sus trajes nativos y lances apretados la vida del Oeste, la caza de los búfalos, la doma de los potros, la carrera de los correos, las ocupaciones de los vaqueros, las hazañas de los exploradores, la vida aborigen. Y al lado del gran circo, donde se celebran con sus actores naturales las cacerías y lidias que han dado al Oeste fama romancesca, levántanse entre los pinos de un bosque tierno las tiendas de campaña en que se alojan los héroes de la fiesta, al mando de Búfalo Bill, de Guillermo el de los Búfalos, del caballero de las selvas, que en media hora mató una vez cuarenta y ocho bisontes, y tiene en sus ojos azules la melancolía inefable del que ha mirado tenazmente en lo hondo de la naturaleza.

Allí se vive con la épica grandeza que enamora el alma en los peligros y en las soledades: allí se cría ante los ojos en juegos inocentes la raza esbelta y áurea que dio al mundo el suelo americano: allí la vida se agiganta y refresca con la contemplación de esa sublime novedad que traen los hombres recién nacidos de la tierra que habitan, y los que se entran a caballo por sus virginidades: allí se asiste, transida el alma y el cuerpo palpitante, a los cuadros de odio y acometimiento con que ha arrollado el hombre blanco la solemne espesura, y han saltado a los tiros del rifle las plumas de las flechas, en el estruendo de la salvaje arremetida. Allí se desenvuelve el drama inicuo y grande, y se presencia el triunfo del fuerte y la doma de la naturaleza.

La empresa es un ejército. Los indios, son indios. Los vaqueros, son los mismos que enlazan animales y duermen sobre las culatas de sus rifles en las llanuras donde rondan los lobos y los indios velan. Los mexicanos, mexicanos son, hábiles en echar el lazo y colear el toro, y los manda el gran montador de caballos viciosos, Antonio Esquivel: ¡y con qué gusto se ve lucir por entre aquellos pinos las chaquetas de hombrera y galón de oro, bordadas por la mano de las novias! parece que centellea sobre las chaquetillas mexicanas, descendiendo radiante por entre los pinares, el sol de la otra América, que vierte en el alma oro. Los rifleros, son grandes rifleros, y han ensayado sobre pechos de indios ¡ay! y sobre lomos de búfalo los disparos seguros con que hoy rompen en el aire las bolas de barro. Búfalo Bill, el jefe, es el célebre escucha de las campañas contra las tribus, el que habla a los indios en sus lenguas propias, el que ha arrancado su penacho de plumas a los guerreros muertos, con el mismo cuchillo y el ademán mismo con que ahora repite cada tarde el simulacro de su hazaña. El médico sacerdotal de imponente estatura que va de tienda en tienda meciendo en su marcha con ademán regio su corona y arreos de plumas de águila, es el mismo patriarca entristecido que en los bosques *pawnies,* al reflejo de las fogatas llameantes, de pie con sus ornamentos de colores sobre su tribu postrada, alza los brazos por encima de su cabeza misteriosa y lívida, prorrumpe en un grito desgarrador y ronco, y vierte sobre su pueblo los consejos de la desolación y la prudencia.

Antes de tomar puesto en el enorme circo, a ver como se derriba el bosque y se abre la vida en el Oeste, pasean los visitantes por el grato sombrío, a cuya entrada habitan en tiendas de pieles curtidas y pintadas por su mano las familias indias. ¡Qué bellos lucen los guerreros jóvenes, con sus cuerpos enhiestos y amimbrados, en la hierática hermosura de las fieras en reposo! Las *squaws,* las mujeres, que acarrean la carga y levantan la tienda en su existencia vagabunda, allí conversan en cuclillas sobre la yerba, mientras sus hijas, pintado el rostro de rojo y amarillo, se columpian con rítmico despacio en las cuerdas atadas de árbol a árbol, y los hijos varones se entretienen en los saltos y juegos con que adiestran sus miembros para su vida de carrera y de ave. Ríen los ojos de los niños indios, y les lucen con una dulzura extraña: suena a arroyo su risa placentera: les cae el cabello agitado por los saltos, sobre la espalda cubierta de una blusa verde; en los calzones rojos llevan flecos, y bordados de cuentas en los mocasines de sus pies menudos. Silfos parecen, corriendo alegremente de un tronco a otro. Saltan con pesas en las manos, plegando antes hacia atrás el cuerpo con los brazos en alto, para llevar mayor empuje.

Unos tiran la barra. Otros persiguen, en el juego de *lacrosse,* las pelotas que quieren echar con sus palos de red en el campo vecino. Otros fatigan en la carrera a los niños blancos. Una hija mayor se acurruca a la puerta de una tienda, con su hermanín a la espalda, un bravo de un año que ya trae en los ojos la inquietud de la tribu y la astucia de la raza. Los guerreros y mozos van de una a otra tienda, a saltos elásticos. Del cuello a los tobillos van cubiertas las madres y las hijas, que por la espalda llevan una manta, y sobre los mocasines polainas de cuero, a pesar de lo largo de su túnica. Se ve a lo lejos al médico que cruza, detiene sobre la gente sus ojos melancólicos y desconsolados, y se entra por lo más espeso de los pinos, blandiendo altivamente su bastón de plumas, como un rey por su palacio.

Las ternezas están vedadas a un observador de oficio; pero de aquellas apuestas criaturas de cuerpos cimbreantes y ojos vívidos surgen con tal fuerza la dignidad y la gracia, que se condena vehementemente a los que interrumpieron en flor el natural desenvolvimiento de esta raza fina, fuerte, imperial y alada, como las águilas que las vieron nacer desde sus cumbres, y a quienes vence el cóndor de los Andes.

En el interior de las tiendas reposan de sus ejercicios los guerreros, echados silenciosamente en círculo al borde de la lona, viendo apretarse en la abertura de la entrada a la gente curiosa que quiere saber cómo es por dentro una tienda india. Tienen de ala y de estatua aquellas inmóviles figuras. Aquellos son los ojos penetrantes del que pasa la vida en pie y alerta, husmeando entre los troncos de los árboles al enemigo que lo espera apercibido. Se ve una cesta de ojos: todos miran de frente. Tienen en la mirada el aire del desierto, el arrebato y algarada de la cacería, la cola ondeante del caballo libre. Uno está reclinado con descuido, con la cabeza en las palmas de las manos, en un fiero abandono de dios joven. Otro, enlazando con ambas manos la pierna encorvada, se mece con movimiento de columpio. Otro, a medio acostar, suspende sobre un brazo el cuerpo esbelto, y dibuja sobre el fondo de crepúsculo de la lona su cabeza bronceada, como un sol poniente. Otro, sentado sobre sus talones, espía atento, con los codos clavados en las rodillas, y hundida en las palmas de las manos la cabeza coronada de plumas. En medio de ellos, envuelto en su frazada blanca, está sentado el jefe. Les caen sobre ambos hombros guedejas de crin negra: usan calzones anchos, amarillos o rojos, y con flecos, pero sujetos por dentro de modo que enseñan y permiten el juego de la pierna: la blusa es verde o azul de mangas anchas, ceñidas sobre el codo y la muñeca por aros plateados o dorados: llevan al cuello como adorno una piel de castor muerto a su mano, esmaltada de lentejuelas y de espejos: les cruza el pecho en banda una sarta de huesecillos pintados, que distraen las largas marchas por montes y llanos con su sonsonete alegre. Les gusta el ritmo, el canto, la elocuencia, la pintura, el verso. Les gusta el ruido de los

cascabeles, que les recuerda a las serpientes místicas; y saben la grandiosa y lenta música que se aprende en los ejercicios ordenados del cuerpo, y en la armonía de la naturaleza.

Y así, tendidos, sentados, reclinados, dispuestos en graciosos grupos como un muro de defensa en torno de su jefe, parecen con sus trajes vivos y su escultórico reposo, hombres recién nacidos de las entrañas de la tierra, coloreados con las tintas vírgenes que matizan las flores y pintan las alas de los pájaros en los talleres volcánicos del Universo.

Frente a las tiendas indias se alzan en hilera las que dan albergue al jefe de la empresa, a sus empleados, y a los vaqueros, que aguardan entre sus armas y monturas la hora de echarse a escape sobre el circo, a simular las correrías y hazañas de que han sido en el desierto héroes reales.

Algo hay del testuz del bisonte en estos hombres habituados a domarlo. Con los cuchillos que llevan al cinto han arrancado vivo al búfalo el cuero de que están hechos sus vestidos; y es fortificante y saludable la contemplación de aquellos hombres primarios y genuinos, altos como columnas, erguidos como árboles, pujantes como la tempestad, que han peleado en la selva solemne con la naturaleza brazo a brazo y la han sojuzgado, y se han sentado sobre el cuello a enjugarse el sudor de la victoria, como se sienta el domador sobre su fiera.

Los *cowboys,* los vaqueros del Oeste, llevan en sí esa fuerza y encanto misteriosos de los que se crían en el peligro. Ellos, con esos mismos rifles, han hecho resonar los montes nuevos donde no hubo antes más ruido que el de los ramajes arrollados por el tronco que rueda de la cumbre depuesto por el rayo, el bramar de los toros encendidos que invitan a su amada temerosa, y el mugir de pelea de las bestias que sacian asta en asta la furia soberana de los celos. Ellos, movidos por la voz de adentro que manda abrir tierras y mares, saltaron con el apetito de las aventuras desde las chozas de sus padres sobre el lomo de los caballos que traveseaban libres por los llanos del indio, y echaron adelante, a limpiar el paso al mundo blanco que acudía tras ellos, comiendo de lo que cazaban, adelantando entre nubes de flechas, durmiendo sobre sus sillas con el arma al hombro, bebiendo a veces por no morir de sed la sangre de sus cabalgaduras. Ellos han sido la vanguardia de este tropel aurívoro, que va del Este con hambre de siglos, y máquinas por cañones, y locomotoras por cureñas, y por culebrinas rieles,—y donde los indios bordaban ayer a la sombra de los fresnos sus escudos y sus mantos, levantan hoy como si les hubiera traído hechos cuestas, palacios de oro y plata que tienen por columnas los troncos de los árboles petrificados en los montes en el silencio activo de los siglos:—siglos parecen ser los montes; siglos acurrucados en hilera, a ver hervir y transformarse el mundo.

Esos vaqueros, esos escuchas, esos cazadores, esos tiradores, no son, no, hombres de comedia que se empelucan y disfrazan para hacer en el circo de bravos y de héroes: sino que son los héroes mismos que han empujado en menos de veinticinco años sobre el mar las manadas de búfalos que como montes vivos sombreaban los valles aborígenes, y las tribus de indios que los atravesaban a flechazos en sus maravillosas cacerías, imitaban después sobre sus pieles las formas y colores de la naturaleza, asemejándose en sus errantes campamentos a pedazos caídos, de un arco iris.

Hay en los ojos de estos hombres una especie de vela, de marcha, de alba. No parece que el fuego de sus ojos permite que se cierre sobre ellos pesadamente el párpado. Aun cuando están sentados, parece que van a arremeter. Ya los ferrocarriles y ciudades se levantan donde ayer todavía llevaban su vida de azares y de guerra, que ahora exhiben para ocupar el verano a las gentes del Este; pero acá como allá duermen, vestidos. Quieren sus llanos donde el sol se bebe los ríos en el estío. Quieren sus abras negras, donde el ciervo acostado parece de noche un árbol caído, y donde el indio acecha las pieles de búfalo que el cazador vigila rifle en mano, con los caballos dentro el cerco, porque no caiga el indio sobre ellos a la desbandada y los ahuyente hacia su campo a gritos. Quieren oír en las temibles noches la tempestad sobre las copas de los árboles, y los indios que se acercan paso a paso de arbusto en arbusto, y los lobos que corren aullando, y girando, y centelleando por entre los troncos. Quieren guiar como antes, cuando hay tribus alzadas, a los soldados de a caballo que las siguen, y husmearlas, cerrarlas, y dejar ir las noches junto al fuego, viendo pasar a veces, lo mismo que en la vida, una banda de lobos detrás de una ternera, o despertándose de súbito para desembarazarse de un golpe de indios que a rastras se les han venido encima, ágiles y feroces como una jauría, revolviendo en el aire las hachas que llevan colgando a las muñecas, lleno el carcaj a las espaldas, brillándoles a la luz de los disparos con resplandor diabólico los rostros, que traen embijados por parecer más fieros. Quieren, cuando la pelea los ha dejado escuálidos y hambrientos, dar al salir al valle con una feria de cazadores, donde se retoza, huelga y merca con abundancia de comida y dineros al rededor de las fogatas, y se descansa sin temor bajo las tiendas de pieles, por cuya cúspide se escapa, rizado al aire azul, un fino penacho de humo, como por entre las hojas del maíz tierno los hilos rubios que anuncian su sazón.

No se cansa la gente, antes de entrar en el gran circo, de mirar a esos hombres vestidos de cuero, lleno el cinto de cuchillos y pistolas, larga hasta los hombros la cabellera, ancho el sombrero como para guardar del sol la espalda, y echado atrás como para dar mejor la frente. Tienen a los pies el

lazo, y sobre las piernas, o en el baúl en que se sientan, el rifle, a cuyo fuego está más acostumbrado su caballo. Uno de esos hombres, cuyos ojos azules parecen venir de un gran mar interior, ha entrado materialmente por el bosque cabalgando en una locomotora, y defendiéndola a balazos de los indios que hacían con sus cuerpos muertos alfombra a su propia tierra. Otro ayudó a fundar una ciudad junto a las minas, y a látigo y a bala la mantuvo en freno, hasta que al rumor de la ganancia vinieron los misioneros y los diarios. Otro fue ladrón famoso, que echaba a tierra trenes, y ahora monta en el circo y junto al que le sacó de uno de ellos maniatado.

Otro rompe en el aire el hilo de un anzuelo y pasa una bala por una sortija. Otro echa a escape con la rienda suelta tras un indio que le adelanta lazando al aire palomas de barro, y el hombre es tan gran tirador, que a todas las palomas las rompe en el aire, y caen a tierra en trizas. Hay mujeres también, grandes en cabalgar y en el tiro al vuelo:—allá las mujeres desmontan, cazan, pelean, aran, dirigen diarios, derriban a puñadas a los galanes presurosos, empluman a sus rivales, salen de paseo a ver linchar a los bandidos, con sus hijos a la grupa y la merienda en el arzón.

No tienen los hombres ese color de fruta sazonada de los que crían en paz la tierra; sino un misterioso color de luz de luna, como si el peligro, que afrontan perpetuamente, fuese un astro. Aquellas miradas, aquella luz del rostro, aquel sombrero hidalgo, aquel cabello al viento, aquel vestido de héroe, aquella apariencia de puntal que anda pidiendo bóveda, aquel trasunto vivo de una existencia de valor y muerte, calientan en los cerebros el grano de romance y locura que los aviva y colorea, y se siente en el cráneo como un alegre incendio, a cuyos resplandores, sobre un caballo alado, el espíritu mete el pie por el estribo, y en un clarín de oro resuena la llamada a botasilla.

Todo eso se desborda sobre el circo: las tribus con sus jefes,—los *cowboys* a todo el correr de sus caballos,—los vaqueros de México con su caudillo a la cabeza,—las amazonas tendidas sobre sus brutos, con la cabellera al viento: los caballos todos traen el vientre en tierra.—De allá, del lejano portón, vienen los indios, como colores locos: aúllan, como si el suelo se abriera bajo sus animales, y dieran suelta a toda la venganza de su raza: tiene su grito de flecha y de gallardete: se tiende por el aire, como el lazo que echan sobre los toros los vaqueros: cimbrea, vibra y arrastra: no ha de quedar después de él en la guerra, sino lo que queda en la caza de la pieza entregada a la traílla. Detiene la tribu a un punto sus caballos: del fondo viene como un sol de colores en un polvo dorado: es el jefe de la tribu, que reciben sus indios con vocerío orgulloso. Más tribus, más jefes, todos a escape, y todos acomodándose en hileras.

La concurrencia entera saluda a los *cowboys* con sus pañuelos, cuando se desatan del portón, voceando triunfo, los sombreros girando a todo brazo, roto el aire en la furia de la arremetida. Sobre alas, más que sobre pies, vienen tras de ellos los mexicanos celosos: a Esquivel, de alma recia en cuerpo chico, le hacen grandes saludos, van llegando los héroes, y los van anunciando: el tirador, el escucha, el laceador, el saltador. Viene con paso triste, como si no viniese, el médico sacerdotal, en un caballo blanco. Y aparece por fin, entre aquellos trescientos hombres de la naturaleza, el que por la perfección de sus sentidos y la bravura de su corazón ha logrado domarlos, él, el más ágil y fuerte, y jinete mejor; él, el que endereza a los indios en tiempos de combate las homéricas arengas que les agradan: en un estilo que tiene de tronco de árbol, él, el que obtiene casi siempre que se desciñan de la muñeca el *tomahawk* de pelear, y fuman sentados en coro la pipa de la paz; él, que entre los blancos ganó lugar de rey por domar la soberbia de un baratero que tenía esclavos a los cazadores, y entre los indios fue aclamado jefe porque abatió con su mano en una cacería cuarenta y ocho búfalos; él, Búfalo Bill, que parece nacido sobre su caballo, y ni en rastrear indios, ni en ablandarlos, ni en burlarlos, ni en gobernarlos, tiene quien le aventaje. Se pliegan él y su caballo en igual movimiento, como dos hojas gemelas que a compás en la hora de la puesta se van volviendo al sol. Parece el animal como porción del hombre por lo fino y sutil de su obediencia; y hay música en aquel gracioso andar, y esa penetrante magia con que se gana el alma todo lo perfecto. Llega, saluda, vuelve bridas, da una voz; y como un viento de tormenta esparciría en encontrados remolinos las cuentas de un rosario, así en carrera arrebatada se desgranan mezclados por el circo, indios, *cowboys,* vaqueros y amazonas: se ven cascos que lucen y colas que desaparecen: por entre el polvo turbio, que brilla como un manto cuajado de lentejuelas, asoman puntos verdes, rojos y amarillos: va a paso triste el gran caballo blanco. Y la fiesta comienza, y las escenas de la vida del Oeste que van ya pintadas, cuando se ha esparcido subiendo por el aire, como cantando himnos, la espesa polvareda.

Como tres flechas que apenas se llevan la punta pasan regateando con sus *ponies* veloces un mexicano, un *cowboy* y un indio. Desalado viene un jinete, que fue correo hace años, y enseña cómo se lo era cuando el correo se servía a caballo: ya le tienen dispuesto otro caballo fresco, ya trae él descinchada la montura y sacados los pies de los estribos: salta, cambia la silla, echa a correr de nuevo: no se ve más que el polvo que levanta! Las amazonas corren. Hacen los tiradores cosas de gran fuerza. El saltador salva un caballo alto a pie juntillas. Allá del lazo derriba por los cuernos a una vaca. Otros acorralan a un búfalo, y lo van enlazando pierna a pierna hasta que un *cowboy* lo monta. Tiembla el

público al ver lanzar contra el cercado a otro vaquero por un *pony* indómito. Y cuando está la concurrencia riendo entretenida con los esfuerzos de los mozos por montar los caballos y mulas rebeldes, cuando rompen a correr con su jinete por el aire los brutos vencidos, dando tremendos y risibles botes, se ve entrar cojeando y con la cara ensangrentada al *cowboy* que el animal echó contra la cerca; y aunque el público grita que no monte, él se mete debajo de la bestia que se tiende ijar en tierra, él se abraza a su cuello para quedar sobre el animal cuando se alce, él recibe sobre sí el peso del bruto que una y otra vez se deja caer sobre el jinete, y cuando hostigado por los vaqueros se levanta al fin con un salto espantable, ya no está solo, sino que lleva al *cowboy* ensangrentado encima.

Fingen luego con verdad que encoge el ánimo, un ataque de los indios a una diligencia, en los viejos caminos del Oeste; cómo ellos cautamente se avenían; cómo el coche con sus mulas amaestradas se adelanta; cómo caen los indios de repente sobre la diligencia, dando alaridos bárbaros, tal como en sus soledades ven bajar a los buitres sobre su presa con vuelo de cuchillo. La diligencia se defiende: los vaqueros acuden, prontos siempre al rescate: sangre de indios cubre el campo aprisa; vence el blanco; pero la diligencia lleva en el pescante a su cochero muerto.

Lentamente vienen a caballo en otra escena los de una tribu india. Traen su canto de viaje, que se pega al corazón como una serpiente herida, y es una infinita queja, solitaria e inmensa como los bosques que evoca: tal se cree que se tiene ante los ojos la soledad con su silencio y espesura: y se entra la cabalgata triste por el alma, como un difunto entra en su féretro. Cantan lo que se va y no tiene remedio: cantan el río que muere, el pájaro que muere, la luz que muere: cantan la desesperación y la mortaja. Bajan de sus caballos y se sientan en coro a fumar la pipa, mientras las *squaws* fornidas, que ahorran a sus hombres las fuerzas para defenderlas, levantan las tiendas, encienden el fuego y ponen sobre él las ramas secas en que se ha de asar lo que quedó de carne de la última correría. Saltan por allí juntos y jinetean en sus burros los indiecitos; y luego se acercan todos para que las *squaws* bailen primero, con el ritmo monótono y melancólico de toda raza acabada de nacer, y después de ellas bailen los bravos de la tribu su danza de guerra, selvática fanfarria de la que se escapan inacordes gritos, tal como en un encierro de caballos para cazar el búfalo rompen la fila husmeando el riesgo con bravura los más impacientes.

Y así va viviendo la absorta fantasía, con fruición de enamorada, los lances nativos de aquella existencia original y grandiosa; así asiste en todo el fulgor de la verdad al desalmado combate entre los dueños naturales del país y los conquistadores de la selva; así se va sacando el alma mansamente de la

poquedad y escualidades de la vida ciudadana, cuando un espectáculo estremecedor involuntariamente excita a ponerse en pie sobre las gradas, cual si fuera vergüenza quedarse holgando en los estrados de la vida cuando pasan ante los ojos, con la majestad del trabajo y el peligro, los que bregan en sus entrañas. Es la caza del búfalo, masa contra masa.

Se han traído una manada, y se la ve como si fuera cierta. El ingenio nativo de los indios resplandece en ella sobre los movimientos lentos de los blancos. No trae montura el indio, para que su caballo alcance a escape al búfalo, que cuando arremete arrolla, y cuando huye lleva alas. Unos indios traen rifles, que es como cazan ahora; y otros flechas, como cazaban antes. Vaga la manada desapercibida; semejante de lejos a un oleaje de mar turbia; y en silencio se juntan a su espalda, caballo contra caballo, los hombres todos de la cacería, los indios primero, en cuerpo de más de cien, detrás los blancos. Un hilo puede cambiar la vida en muerte. Se aprietan más, se aprietan. A un solo grito, estridente y frenético, se desgaja; toda la masa de jinetes sobre la manada. ¡Solo lo ha visto quien haya visto la negrura irse apiñando en un rincón del cielo, y cuajarse en cerrazón violenta, y desatarse luego, como a voz de rayo, en pardas y mortíferas corrientes, que a cercén de la tierra van rasando cuanto osa alzar la copa al cielo en ira!

Apenas deja el polvo ver la lucha. La manada, al sentir cerca la caballería, ondea, se entreabre, huye. Se ve en el turbión que unos búfalos, en vez de huir primero, abren campo a otros: son los machos, que se quedan atrás para guardar sus hembras. Ellas corren más que ellos:—pesa siempre la fuerza de crear. Ellos, que ya sienten en las ancas a los cazadores, vuélvense como para arremeter. Cierra la caza el cuerpo. Tuercen grupas los búfalos. Ya no se ve más que el espeso torbellino: gira el polvo en el aire, como si lo agitase sobre la tierra el estertor de muertos gigantescos. Ahoga el olor de pólvora. Apenas se oyen los alaridos de los indios, que la atmósfera lívida contiene. Se alcanza a ver que cada jinete sigue a un búfalo, que ya es su presa cierta. Un grito hiende el aire, uno de esos gritos que da en campaña el alma entera, erguido el cuerpo loco sobre los estribos. Y con el ruido de un monte que cae, desaparecen por el portón la manada vencida y la furia que la acosa.

Queda la vida palpitando largo tiempo en el circo, que poco a poco se depleta va saliendo la gente de las gradas, como se sale la sangre por las venas. El día acaba. Vaqueros, tiradores e indios han entrado en sus tiendas. Pero junto al más recio y lejano de los pinos, agigantada por la sombra sobre el horizonte su figura enhiesta cercada de plumas, mira a la gente blanca que desaparece, el médico tristísimo, cruzadas sobre el pecho las dos manos huesudas, el escudo a los pies, los ojos secos y la faz terrosa.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. New York, 12 de agosto de 1886.
[Mf. en CEM]

SUMARIO

El conflicto en la frontera.—Actitud del gobierno, de la opinión y del Congreso.—Naturaleza doble y difícil de las relaciones entre México y los Estados Unidos.—La opinión del país importa aquí más que la benevolencia del gobierno.—Presentación de los documentos al Congreso.—Punto legal de la controversia.—Actitud de ambos gobiernos.—Historia de las negociaciones diplomáticas.—Aspecto del conflicto en Washington, y en Texas.—Opinión de la Comisión de Negocios Extranjeros.—El Congreso insiste en la demanda de libertad de Cutting.—Muestra constante de respeto y cortesía a México.—La prensa, aun la más favorable, se declara contra el aspecto mexicano del caso legal.—Artículo del *Herald* sobre el ejército en México.—Ni una provocación o palabra de desdén a México.—Apariencia irregular del proceso de Cutting.—México puede salvarse con decoro del conflicto.

New York, 2 de agosto [1886].

Sr. Director de *El Partido Liberal:*

Con ansiedad de hijo he venido siguiendo los sucesos que han abierto al fin vía a las pasiones acumuladas en los pueblos de las orillas del Río Grande: lo perentorio e inminente de ellos me impone su narración desnuda y exacta: ¡quién pudiera con sangre de sus venas comprar la paz del pueblo que ama!

En este mismo instante están presentándose al Congreso en Washington todos los documentos referentes a la prisión y proceso del periodista Cutting en El Paso; y la que no era hasta ayer más que una cuestión diplomática, en que la prudencia innegable de dos gobiernos amigos parecía ir disipando la furia de una región brutal y ambiciosa, es ya en estos momentos un caso nacional, coloreado vivamente por los que quieren forzar al país a una guerra de conquista, y puesto a la merced de un cuerpo de representantes que ni por la naturaleza de sus miembros ni por su dependencia de las masas electoras obrará probablemente con el tacto y la cautela con que tal vez lo reprima el Senado.

Solo hay una esperanza permanente de salvación en las resbaladizas relaciones entre los gobiernos de México y los Estados Unidos. No son las relaciones entre estos dos países como las

que, con más o menos cordialidad, sujetan en respetos mutuos a dos gobiernos capaces de desatar o reprimir la guerra; sino que las relaciones de México tienen que ser dirigidas de manera que a la vez respondan a la actitud del gobierno de los Estados Unidos, y a la de sus habitantes, que los empuja y precipita.—Las relaciones con el gobierno son relativamente fáciles, porque aquel tiene a la fuerza, aun cuando no fuese sincero, que obrar como a la faz del mundo atento se lo imponen su decoro de República y su moderación de pueblo mayor: y así, se le tiene siempre por las bridas, por su propia necesidad de parecer justo y honrado. Pero en la opinión cruda del país hay respecto a la posesión final de México una especie de seguridad vaga, una como conciencia de natural dominio, una visión oscura de definitivo imperio, que solo espera para convertirse en certidumbre a que se ponga en pie el deseo. Repugna y alarma la constante exhibición de desconocimiento e injusticia que acá se hace de las cosas de México. Por imprevisión fatal no se ha salido al paso de este concepto erróneo, no se ha puesto acumulado y terco empeño en sustituir ese recio desdén con la admiración sincera que en un pueblo, compuesto al fin de trabajadores y gente hecha de sí, tiene que inspirar un país que ha ido agrupando en nación sólida, con las manos ensangrentadas por las mordidas de sus propios hijos, los elementos más hostiles y desgranados que entraran en la composición de pueblo alguno. Ese es aquí el gobierno verdadero, ante el cual solo sirve de asesor y ejecutor el gobierno nominal: de manera que, en las relaciones con este, que poco puede en los casos de conflicto, hay que tener constantemente la mira en aquel, que es el que los produce o los evita. A ese gobierno invisible y enorme es al que hay que tomar las avenidas.—Esa es la originalidad temible y distinta de este pueblo respecto a los países de constitución monárquica. En esos países de constitución monárquica, lleven o no título de República, puede descansarse, por lo que hace a guerra, en las promesas, intrigas o influjo del gobierno, que realmente dirige. En los Estados Unidos el gobierno no dirige. El país se abandona a los políticos de oficio en las cosas de importancia menor; pero manda por sí, y arrolla a los políticos de oficio, en todos los casos mayores. De manera que aquí no se ha de cortejar a un rey ni a un presidente; sino a la masa nacional, que con toda realidad rige y preside. Ha de haber dos corrientes de diplomacia, con un solo espíritu: la una, para con el gobierno, a fin de tener siempre los ánimos obligados a entrar por la salida decorosa que se ha de tener pronta a todo caso probable de conflicto: la otra, para con la masa del país, a fin de ir destruyendo en ella la falta de respeto y conocimiento que hace el conflicto demasiado fácil.—Y como por desdicha las pasiones acumuladas en la frontera, que están siempre a punto de estallar con ira, van más aprisa que esta propaganda directa de respeto todavía no emprendida, e irían siempre

más aprisa que la que se emprendiese; como la ambición descarada de los estados fronterizos del lado americano prende sin trabajo en esa idea vaga de una posesión segura que acá está en la masa respecto de México, y encuentra apoyo, y apenas resistencia; como esa voluntad de invasión, que acaso hay tiempo todavía de reprimir, no llega aún a tal viveza que sea inminente, porque el gobierno no ve razón para ella, ni el país distraído todavía la necesita; resulta indispensable el tener calculada en todo extremo una salida visible de derecho por donde hubiera de escurrirse, ante el mundo que ve, el gobierno, en que caben las malas como las buenas intenciones,—o le diera pretexto decoroso para negarse a atender a los interesados en la guerra. De eso parece que viene la presente angustia: de que este gobierno, que ni en palabra ni en acto ha apoyado a los turbulentos de Texas o puesto en mal al gobierno mexicano, no ha hallado la salida de derecho que indudablemente ansía para salvarse de un conflicto venido en mal hora.

Desde que los despachos de Texas empezaron a avivar esa idea de dominio—que es característica temible del norteamericano genuino; desde que la prensa, que suele acá hacer gala de brutalidad, prohijó sin enmienda, antes bien con expresiones de aplauso, los informes enviados de la frontera llenos de detalles exagerados o fingidos con habilidad siniestra,—debe decirse en verdad que ni una palabra sola del gobierno ha venido a azuzar el conflicto, y muchas en cambio ha hecho decir para calmarlo. Ni las censuras agrias e irrespetuosas de la gente de Texas y de su gobernador Ireland han sacado de esta actitud al gobierno, que en toda ocasión dice que el deseo del de México de resolver honradamente este caso es tan sincero y respetable como el suyo propio. Y aun es seguro que, con esa ciencia de esperar que hace al hombre de Estado, hubiera extendido las negociaciones diplomáticas hasta dejar pasar el primer vaho de la ira, si azuzado por la gente de Texas no hubiera un representante pedido con anuencia del Congreso al Presidente los documentos del caso, que el Presidente tiene que presentar al Congreso, según una provisión de los estatutos reformados. Y en la prensa misma, donde no faltan a México observadores justicieros, no se nota aún un empeño real de forzar el conflicto, que salta en su desnudez, a pesar de sus colores de apariencia legal, con su carácter de invasión disimulada que cree cierto el triunfo, y quiere darse por razón, ya el proceso del periodista Cutting, ya el fusilamiento del naturalizado Arresures, ya la insignificante detención de un Mr. Fleming, viajero de una casa de comercio, preso en Dallas.

Pero el Congreso no ha querido conocer del caso de Arresures, entregado a las autoridades de México por la autoridad misma de Texas,—ni del de Fleming. El caso único y de gravedad verdadera es el de Cutting, que por desdicha va al Congreso basado en una argumentación que apenas permite a este una evasiva juiciosa. Cutting ha sido preso y procesado en El Paso de México por un artículo publicado en inglés en El Paso de los Estados Unidos, que el juez de El Paso mexicano considera penable conforme al Código de la República. El secretario de Estado, Mr. Bayard, mantiene que la ley de México, como la de ninguna otra nación, no puede causar efecto fuera de su territorio,—ni los periodistas de los Estados Unidos pueden naturalmente quedar expuestos a ser castigados conforme a la ley mexicana por haber expresado en su propio país, y conforme a sus leyes, opiniones que pareciesen penables a la justicia de México: no pueden los Estados Unidos admitir sobre los actos de sus hijos en su territorio más jurisdicción, ni diferentes penas, que las suyas propias: no puede admitirse que México castigue como delito mayor un acto que acaso es solo una falta en los Estados Unidos, o no es siquiera falta: ni puede, sobre todo eso, conformarse el gobierno norteamericano a ver efectuar el proceso de un súbdito suyo con formas y condiciones que en el derecho constitucional de los Estados Unidos se tienen por arbitrarias y opresoras.

En ese punto penoso descansa la controversia; y el Congreso de los Estados Unidos es llamado, como se ve, a declarar si puede su nación aceptar sobre los actos de sus ciudadanos en su territorio propio la jurisdicción extranjera. El secretario de Estado de los Estados Unidos lo niega. De la correspondencia aparece que el Ministro de Relaciones de México, fundado en el artículo 188 del Código, lo afirma. Del tono de la controversia se desprende la sincera voluntad en uno y otro de salvar con decoro un peligro de guerra casual, que ninguno de los dos gobiernos desea. Del desdén que inspira Cutting, y del conocimiento que se tiene del espíritu agresivo de la gente de Texas, pudiera creerse que el Congreso, aun cuando decida exigir al Presidente que intime la libertad de Cutting, como es casi inevitable que decidirá, no lo haga en una forma tan estrecha que impida el modo de evitar una guerra que no se ve con entusiasmo, ni se considera justa, aunque la verdad manda decir que, salvo en nobles espíritus, no se la vería con temor ni repugnancia.—Pero de la Casa de Representantes, que ha entregado ya los documentos a la Comisión de Negocios Extranjeros no debe esperarse, a juzgar por lo que ya se ve, más que el acuerdo de intimar al Presidente a que exija la libertad inmediata de Cutting. Los diputados texanos ejercen todo su influjo sobre la comisión. El juicio de aquella parte de la prensa que parecía dispuesta a mantener a

México en el caso técnico de que el artículo de Cutting, penable según su ley, hubiese sido circulado en su territorio, se vuelve hoy contra México, desde que los documentos revelan que la República mantiene que puede penar en su territorio por sus leyes los actos de un ciudadano americano referentes a México en los Estados Unidos. Y ya se tiene en estos momentos por seguro que la Comisión de Negocios Extranjeros proponga a la Casa de Representantes que "apruebe la conducta del Presidente en el caso de Cutting, y renueve la demanda de su libertad". Pero en ese mismo acuerdo de la Comisión resalta de propósito, y no está allí sin su intento, una frase que es una puerta abierta: esta: "La Casa de Representantes, *aunque aprecia la disposición mostrada por el Gobierno de México a cumplir con sus deberes internacionales,* no podrá nunca aceptar la doctrina de que los ciudadanos de los Estados Unidos pueden ser perseguidos en un país extranjero por actos realizados en suelo americano".—No impone, por fortuna, semejante lenguaje el deber de contestarlo con violencia: antes bien, dado el espíritu de este país y la naturaleza del conflicto, es una verdadera invitación a la paz, y a los medios suaves necesarios para mantenerla. La doctrina legal, ya se ve, no es cosa en que el Congreso de una nación pueda mostrarse blando. Pero no hay hasta hoy, por dicha grande, en cuanto va hecho y expresado en el caso de Cutting por el gobierno y el Congreso de los Estados Unidos una sola palabra o acto de provocación, abuso o desdén que comprometa el decoro mexicano a responder sin miramiento a la prudencia.—Y más puede decirse: todavía halla excesiva la mayor parte de la prensa la prisa mostrada en este caso por el secretario de Estado: se le recuerda que hace poco puso España en un calabozo a un español naturalizado en los Estados Unidos, y a las reclamaciones de su ciudadano respondió el secretario que "podía perseguir ante los tribunales españoles al funcionario que lo había preso": se le recuerda que con todo atrevimiento y deliberación han estado y están siendo conculcados por súbditos de Inglaterra los derechos y propiedades de los ciudadanos de los Estados Unidos en el Canadá, y él no pide su remedio inmediato, ni el Congreso se da prisa en conocer los trámites de estas burlas diarias. Ayuda indudablemente a México esta actitud del juicio público, que parece serle favorable. Parece que puede obrar con la conciencia de que este país mayor no se está regocijando en su pequeñez relativa. Pero estas exclamaciones de la prensa, que permiten a México resolver en este asunto con el desembarazo de quien no siente encima la presión injuriosa y unánime de un pueblo de más fuerza, no pasa de simpatía que no causa estado, ni desvanece la decisión formal y urgente a que está sin duda determinado el Congreso.

He aquí el esqueleto de las negociaciones diplomáticas, sometidas en mal hora a una Casa de Representantes donde domina, por sobre el Este industrial y pacífico que no quiere esta guerra, el Sur que no parece sentirse completo en los límites que hoy tiene del lado del Río Grande, y el Oeste, criado con gente ruda y acometedora, para quien no es nueva la idea de continuar en los pueblos vecinos la conquista que ha realizado ya en las selvas. Y es de temer también en los actos de la Casa de Representantes el miedo interesado y servil con que, por no perder su puesto o comprometer su fortuna política, halagan los diputados contra su conciencia las preocupaciones y celos de la masa de electores: ¡aunque esta vez debe esperarse que, por ser de un solo estado el interés directo, y por no hallarse condensado en esta hora del conflicto el espíritu invasor que aquí es la esencia del carácter, puedan los representantes resolver sin la ligereza y desafío con que en caso de mayor pasión se habría mostrado la ruda y riesgosa ignorancia en que acá se vive de cuanto hay en México de respetable y vigoroso!—He aquí, como resulta de la correspondencia, el esqueleto de las negociaciones.

En 1ro. de julio, Brigham, el cónsul norteamericano en El Paso del Norte, expuso a su ministro en México, Jackson, la ineficacia de sus esfuerzos por obtener “un proceso imparcial o la libertad bajo fianza de Cutting”. En 6 de julio el Ministro de Relaciones Exteriores de México aseguró a Jackson que el gobierno había recomendado al gobernador de Chihuahua la aplicación pronta y desapasionada de la justicia. El 10 ordenó por telégrafo el secretario de Estado en Washington al ministro Jackson que pidiese al gobierno mexicano la inmediata libertad de Cutting. El 20 telegrafió de nuevo el secretario a Jackson, comunicándole correspondencia y hechos, y detallando las razones en que se apoyan los Estados Unidos para pedir la libertad de sus ciudadanos. El 22 transmitió Jackson por despacho a su gobierno las razones en que se apoya el ministro de México para desestimar la demanda de los Estados Unidos. El 27 remitió Bayard a Jackson por correo una formal protesta contra la teoría de que México tenga jurisdicción sobre delitos cometidos contra los mexicanos en los Estados Unidos, y el anuncio de que estos no pueden asentir a esas facultades extraterritoriales que reclama la ley de México. “En tanto, dice el Secretario, me aseguró definitivamente el ministro de México Sr. Romero que Cutting sería puesto en libertad en un plazo breve”. Y al Cónsul escribió el Secretario que en su opinión “todos los casos de conflicto entre los dos gobiernos pueden sin dificultad ser arreglados equitativa, honrosa y satisfactoriamente”.

Eso, en Washington, donde sin duda brillan, en lo impalpable de estas negociaciones, las cualidades casi maravillosas con que la diplomacia mexicana ha venido por sobre brasas encendidas sacando con respeto a su país en la lucha gigantesca y sorda empeñada de igual a igual con el que ya ha tenido veleidades terribles de dominio. Mueve a respeto y enternece esta habilidad vigilante y profunda; esta sutileza sin avasallamiento, esta flexibilidad sin abandono, esta labor asombrosa y artística.—Pero ¿en Texas?

¡Ah! en Texas, la Convención de los Demócratas reunida ayer pidió al Presidente con seco lenguaje que mantuviese el honor de la bandera, y exigiese a México la libertad de Cutting y "el castigo de los asesinos de Arresures, el ciudadano americano fusilado". El Gobernador habla de guerra, y amenaza con llevarla él si el gobierno no la lleva. En muchas poblaciones se ofrecen voluntarios. Y en Dallas acuden 2 000 hombres a una junta que fue una asonada verdadera, donde un funcionario del Estado, brigadier en la Confederación, dijo a sus oyentes que estuviesen prestos para la llamada a tropa, y a obedecerla e ir adelante, a clavar en las salas de los Moctezumas la bandera de las fajas y de las estrellas"; y un coronel de caballería habló de acabar con los arados viejos y "tomar el país para los americanos, a fin de cultivarlo conforme a la civilización moderna"; y el Jefe de la Asociación de Veteranos votó por arreglar cuentas con la guerra, "aunque Inglaterra y Alemania y Francia ayudasen a México,—y la creación entera".

Uno hubo en la junta que tuvo el valor de reconocer que "el presidente Díaz y el gobierno federal tenían la determinación de obrar bien", pero no podían sujetar a su pueblo.—No hay hora en que no lleguen despachos con tales noticias, sazonadas de cuanto puede airar la sangre y azuzar en la nación el odio a México. De Washington, en cambio, solo salen comentarios de prudencia, frenos puestos por las manos de más peso en el país a la ambición aventurera de los merodeadores texanos. Y en la alta prensa aún está por aparecer una opinión favorable a las ideas de guerra, notándose más bien como la sorda voluntad de desacreditar con el silencio o sentido pacífico de los editoriales las ideas violentas que el interés del periódico les obliga a aceptar en puestos menos honrosos de sus columnas. He aquí lo que ayer mismo imprimió el *Herald:* "En caso de que se vieran los Estados Unidos compelidos a reducir a México a la fuerza al cumplimiento de sus deberes internacionales, ya veríamos que la tarea era mucho más difícil de lo que aparentemente se supone". Yerran muchos de nuestros militares y políticos [opinando] que México no puede hoy resistirnos, "porque el general Scott tomó en otro tiempo la ciudad de México con doce mil hombres. Cuando el ejército americano ocupó a México, solo tuvo que habérselas con un dictador tiránico, corrompido y

enteramente impopular: el general Santa Anna. Tan disgustados estaban los mexicanos con el gobierno ruinoso de aquel déspota, que la mayoría de ellos vio a las tropas invasoras más como amigos y redentores que como a enemigos de la patria. Enteramente han cambiado los tiempos. México se ha fraguado en buena lid una constitución federal. Derrotó al ejército de la invasión francesa, que contaba unos cuarenta y ocho mil hombres. Abatió la conspiración monárquica que intentó establecer un imperio dentro de sus límites, y en los últimos diez o quince años ha realizado verdaderas maravillas en el aseguramiento de sus instituciones políticas y la organización de un ejército hábil y bien equipado". Calcula el artículo que México puede poner en pie de guerra 250 000 hombres. Analiza minuciosamente la distribución del ejército. Celebra el valor, la sobriedad, la resistencia fabulosa de los soldados indios y mestizos. Aplaude las reformas recientes que han conducido a la centralización y mayor disciplina del ejército, y quebrado la importancia funesta de los pequeños jefes. Cuenta las fábricas de armas y municiones. Tacha de mal tirador al soldado de México. Dice que es mucha y de la mejor la artillería, pero cortos los rifles y de poco calibre.—Y de la caballería dice esto: "La caballería de México es famosa por sus intrépidos jinetes y sus valientes escuadrones; pero es demasiado ligera para soportar un encuentro con la caballería americana".

Tales son, por desdicha, los asuntos a que se mezcla ahora incesantemente el nombre de México. Esos le cuentan su ejército. Otros refieren los preparativos del coronel Unda en El Paso. Otros describen los atrincheramientos que dicen levantados por los mexicanos. Azuzan desde Texas la opinión, describiendo como ultrajes nuevos, que demandan venganza inmediata, la prisión sin causa del agente Fleming, la muerte del mexicano Arresures que tomó hace poco papeles de ciudadanía en Texas y era acusado de robar caballos; y el proceso de Cutting, en que cuentan que le dieron por defensor a un abogado imberbe, y que el juez "para quitarle todo derecho de acudir a su gobierno en demanda de reparación" hizo traducir por el Medina ofendido en el artículo de Cutting, la ley de Texas que este reconoce, a fin "de aplicarle sentencia con arreglo a su misma ley, y así no diga que le juzgaron por una ley que no es la suya". Bien sabe México lo que hace; pero a ser todo eso cierto, como parece que lo es, no habría vergüenza, no, en reconocerlo así, sino deber perentorio. La moderación del gobierno norteamericano, la prudencia con que ha ido entibiando el clamor de guerra que sube de la frontera con una prisa que le fuerza a hacer más de lo que quisiese, la amistad con que ha defendido los propósitos rectos del gobierno de México, no darían por cierto carácter de debilidad al hecho honrado de confesar, si los hubiera, los errores de un funcionario

menor, con las circunstancias que indudablemente los ennoblecen y atenúan.

No parece cercano, por desventura, el día en que pueda México entregarse en paz a su trabajo, sin temer las asechanzas de sus vecinos: no parece cercano.—Pero así como en la frontera se amontonan riesgos que exigen una faena constante de misionero, y la presencia y obra pacífica de hombres de valía y mesura; así como ese peligro de todo momento es más real y mayor por la ignorancia americana de las cosas de México, que mantiene a los ánimos en la idea arraigada de la naturalidad y comodidad de su conquista; así como es verdad que parece llegada la hora, si se quiere salvar a la República, de atajar con una campaña infatigable de habilidad y propaganda este terrible espíritu de un pueblo que puede dejarse caer con tanta fuerza,—así parece esta vez que, a pesar de la actitud a que lo compele la dificultad del caso, ha querido el gobierno americano dejar abierto de intento el camino, para la solución de este conflicto, negándose con energía a sospechar enemistad ni injusticia en el gobierno de México, y conteniendo con su actitud directa, y su influjo indirecto, la ola de sangre que arranca de Texas.

Texas quiere la guerra; pero el resto del país ni la quiere, ni la teme. Se ansía una excusa legal que la salve. La prensa aquieta el conflicto, y el gobierno no lo compromete; pero el que puede es el Congreso, y el Congreso va a decidir que el Presidente pida de nuevo la libertad de Cutting. No está ofendido en palabras ni en actos el decoro de México. Se le ha preparado una salida honrosa dejándoselo a salvo. Tiene levadura de santidad el enojo antiguo de los mexicanos de la frontera, y parece como que hoy acatan los violentos vencedores la justicia con que enciende los ánimos en México el recuerdo de 1848. ¿Qué vergüenza ha de haber en que México no se reconozca capaz por completo de sujetar los desbordes patrióticos del estado de Chihuahua, cuando los Estados Unidos no pueden tampoco sujetar los desmanes invasores del estado de Texas? ¡Ojalá diesen razón las informalidades supuestas en el proceso de Cutting para salir por ellas del caso legal con cuya resolución terminaría la controversia!—Fía el alma enamorada de México en la sabiduría singular de sus hijos!

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El caso "Cutting".—Cambio de la opinión.—Censuras unánimes al secretario Bayard.—El Congreso suspende sus sesiones sin votar la resolución hostil a México.—El resumen del secretario Bayard resulta contrario a los hechos.—México es celebrado en el Congreso por su cortesía y prudencia.—El republicano Hitt defiende a México.—El discurso de Hitt.—El Congreso da un voto silencioso por la paz.—La prensa ataca a Bayard duramente.—Importancia e influjo de las entrevistas del presidente Díaz y el señor Romero Rubio con un miembro de la prensa americana.—El *Herald* celebra al Sr. Mariscal.—El *Herald* da un consejo a los texanos.—Las verdaderas armas contra los Estados Unidos, y la razón de esta victoria.

New York, 6 de agosto [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Dos días han bastado para alterar profundamente el estado producido por el caso de Cutting, que hoy anuncia paz, y ayer aún, sin la menor exageración, parecía un caso de guerra. Porque hace dos días no habían descubierto aún los republicanos de la Cámara de Representantes lo que hoy sabe todo el país: que el resumen violento con que el Secretario de Estado acompañó al Congreso la documentación del caso de Cutting, no presentaba este caso a su verdadera luz y en todos sus aspectos, sino que lo desfiguraba, y callaba como de propósito los esfuerzos hechos con firme prudencia por el gobierno mexicano para evitar un conflicto, sin que perdiese México un ápice de su decoro, ni el temor a una guerra inoportuna lo compeliese a sacrificar a una demanda injusta las relaciones respetuosas entre el poder federal y los estados.

Hace dos días, se creía, sobre la fe del secretario Bayard, que el caso era solo como él lo exhibía, y que todo él versaba exclusivamente sobre la pretensión de México a juzgar por sus leyes en su territorio los actos de los ciudadanos americanos en el territorio de los Estados Unidos. Parecía inexplicable que la suprema discreción con que ha venido costeando la diplomacia mexicana todos los casos de roce difícil con los Estados Unidos, hubiera reducido una controversia de resultados inminentes a un extremo de que no había apenas salida; pero nadie osó dudar que ese

era el único punto de la controversia, porque así lo afirmaba en su resumen al Congreso el Secretario de Estado. Esta relación inesperada, vino a avivar las llamas encendidas por los representantes de Texas, que no habían logrado aún ver aceptadas sus resoluciones belicosas por un Congreso que esta guerra venía a sorprender, y que no tiene hoy por hoy el ánimo hecho a ella. Pero cuando el Secretario de Estado sometió al Congreso en ardiente lenguaje el caso desnudo de derecho, por el que aparecía que un país extranjero pretende tener jurisdicción sobre los actos de los Estados Unidos en su propio territorio; cuando el telégrafo trasmitió por todo el país la pintura vivísima que hacía el Secretario de los sufrimientos y violaciones de persona y de ley, que estaba padeciendo Cutting a manos mexicanas; cuando no aparecía de esta presentación de los sucesos que México hubiese hecho cuanto ha hecho por resolver con honra y prudencia el conflicto, y que lo mismo que el Secretario decía, o no era, o era de diferente modo, hubo instantáneamente en la Cámara de Representantes, y en la prensa toda un revertimiento grave en la opinión, no se vio más que el caso de derecho en que se ponía en duda la jurisdicción exclusiva de los Estados Unidos sobre los actos de sus hijos en su propio territorio, se dispuso de prisa por la Comisión de Negocios Extranjeros la resolución que intimaba al Presidente una nueva demanda de la libertad de Cutting, y como la seca negativa que el secretario daba como respuesta única de México parecía indicar su decisión de no atender la demanda, se sintió indudablemente la decisión de la guerra.

Pero ayer cambió todo. Puede decirse, porque es verdad, que la justificación de México la ha hecho el mismo Congreso de los Estados Unidos. La prensa entera censura hoy ásperamente al Secretario por haber reseñado las negociaciones con un espíritu diverso del que las anima, con ocultación de hechos esenciales, y con desentendimiento de las legítimas razones expuestas por México para no atender inmediatamente a la petición de libertad de Cutting. Y el Congreso, en vez de aprobar la resolución de la Comisión de Negocios Extranjeros a que lo urgía el representante Belmont, so pretexto de que era grata al Secretario, acaba de interrumpir su período de sesiones sin tomarla en consideración, ni urgir resultado alguno, ni sancionar con su premura la que se mostraba en la secretaría de Estado. Ha sido un voto de censura silencioso y enérgico. Parece increíble, después de la agitación de antier, y del enojo que desde el primer momento viene declarando a la faz de la Cámara, dispuesta a intimar la libertad de Cutting, que la correspondencia en cuya virtud se había propuesto por la Comisión de Negocios Extranjeros la resolución agresiva sobre la que se pedía el voto, revelaba precisamente lo contrario de lo que se desprendía del resumen del Secretario de Estado, único documento conocido a la comisión cuando redactó su propuesta. Se sorprendió la

Cámara de oír semejante revelación en boca de uno de los miembros mismos de la comisión de extranjeros. Habló poco, y ásperamente, como quien ha sufrido de un engaño. Declaró que en México no había habido arrogancia, sino constante espíritu de complacencia. El caso no era como el Secretario lo decía: era que en México, como en los Estados Unidos, él pintaba en los representantes lo que se les señalaba de parte de México como desafío y audacia. Dejar de tomar resolución en un caso que el secretario de Estado pintaba como tan grave y atentatorio al honor nacional, ha sido decir sin palabras al Secretario que el Congreso no cree en sus representaciones, o que estas no lo convencen de que se atente al honor de la nación.

Y es justo decir que a este aquietamiento de la opinión, han contribuido como un elemento importante y activo las nobles y tranquilas declaraciones hechas en México a un miembro de la prensa americana por el Presidente de la República y el Sr. Romero Rubio. Llegaron sus palabras impregnadas—según ha parecido aquí a la prensa—de una conmovedora dignidad en momentos en que se oía aún el eco de las del representante republicano Hitt, demostrando que el poder federal no puede someter a su voluntad sumariamente los tribunales de un estado. Los representantes se miraban unos a otros con sorpresa. Abandonaron sus asientos para formar grupos. Desoyeron a los que les argüían, que las declaraciones del republicano Hitt, que por espíritu de partido deseaba desacreditar al Secretario de Estado, debían ser contestadas unánimemente por el voto de los demócratas, como una cuestión de partido. Se veía materialmente desvanecerse ante la voz de aquel hombre sencillo la nube de guerra. Y la simpatía hacia México despertaba entre los representantes, con la vivacidad natural de quien tiene prisa en reparar la injusticia que estuvo a punto de cometer, se aseguró cuando las afirmaciones de Hitt, vinieron, calientes aún en sus labios, a ser corroboradas por la clarísima exposición y la severa modestia con que exponían el caso en México el Presidente y el Sr. Romero Rubio. Acá ha parecido sinceramente bien ese lenguaje, que ni teme, ni desafía.

Pero no hubo nada más brioso que la denuncia en los labios de Hitt. "Yo voté por esa resolución en la comisión porque me aseguraron que eran ciertas las bases en que descansaba: que México estaba maltratando a un ciudadano americano; que se resistía a entregarlo, so pretexto de que tenía jurisdicción sobre nuestros ciudadanos en nuestro territorio. Pero eso no es verdad. México ha tratado de hacer con prontitud y empeño lo que le pedíamos que hiciera, y ha explicado plenamente en esas cartas que no tiene autoridad para compeler en sus procedimientos a un Tribunal de estado

ni a un estado. Me he llenado de sorpresa al ver esta mañana en prensa la correspondencia de estas negociaciones, que no dice lo que se la ha hecho decir; que dice lo que se ha callado; que en cada palabra del Secretario de Estado y el Presidente de México muestra la voluntad de atender a nuestras reclamaciones. No ha habido evasión por parte de México; no ha habido desafío: hasta exceso de complacencia, pudiera decirse, que ha habido".

—"Pero ¿no está Cutting preso?" le preguntó un representante de Georgia.

—"Sí lo está, dijo Hitt prontamente, pero porque quiere, porque ha rehusado con desdén la libertad bajo fianza que se le ofrecía. Esa fue la obra de la imprudente persona que tenemos allá de cónsul: que anda haciendo discursos por las calles, para que se vindiquen los derechos de nuestro país. Es la encarnación de la indiscreción el hombre que tenemos allí encargado de nuestros negocios nacionales. Él ha insistido en que se estuviera preso un hombre que en todo instante ha estado libre para salir de la prisión".

A otros oponentes se encaró Hitt con no menor energía.

—"¿Por qué tanta bravura con un país menos populoso y menos fuerte que el nuestro? ¿Por qué con México tan impetuosos y con Inglaterra tan mansos y complacientes?" Y los representantes que lo oían le concedieron razón: porque España ha podido con impunidad encerrar hace un año en un calabozo inmundo de cárcel de provincia a un ciudadano americano a quien quería hacer soldado; porque Inglaterra, so pretexto de que violan las leyes de pesca, un día, sobre todo, se apodera de buques y pescadores de los Estados Unidos, y les niega lo que les concede en los tratados; y en el Canadá los expulsa de sus puertos: porque ¡qué más! para libertarse de responsabilidad en las matanzas bárbaras de chinos en los estados del Oeste, donde los tribunales no osan castigar a los asesinos, los Estados Unidos han invocado precisamente ante el gobierno de China, la misma razón que hoy invoca el gobierno de México ante los Estados Unidos. "Y se nos calló que el gobierno de México nos hubiese dado esa razón legítima, como resulta que nos la ha dado. No porque lo creemos menos débil que nosotros, debemos hacer con México lo que no osamos hacer con los más fuertes. Este caso no es más que un caso común de intervención para la libertad de un preso entre los gobiernos amigos. Si hubiera ofensa de veras, no le negaríamos nuestro apoyo por cierto al Secretario. Pero está en nuestro interés, en el de nuestro propio pueblo, en el de las naciones todas que preservemos la paz con un país que no nos da ninguna razón para turbarla".

Después de este discurso, que oyeron los representantes confirmándolo con la lectura de la correspondencia que invocaba, se esparció ese unánime sentimiento que hoy censura al Secretario por las ocultaciones de su resumen, y reconoce la sinceridad y maestría con que ha llevado México este caso. “El despacho del Sr. Mariscal”, dice el *Herald* de hoy, “debe ruborizar a Mr. Bayard. En él, respondiendo a la demanda imperiosa de Mr. Bayard por la inmediata excarcelación de Cutting, alega el Sr. Mariscal con la mayor moderación y cortesía, que el caso está ante un tribunal de uno de los estados de la República; que el Presidente ha ejercido su influjo en cuanto puede ejercerlo para que el proceso sea breve y justo; que ha hecho ya el gobierno mexicano cuanto cabe en sus fuerzas legítimamente; y que debe el Secretario recordar que en México, como en los Estados Unidos, el poder federal no puede dar órdenes al Tribunal de un estado”.

Tal es hoy en este asunto el sentimiento público. En los periódicos de más opuestos bandos se lee la misma censura acre y desembozada: se dice en alta voz que el Presidente no ha favorecido esas prisas, ni quiere solución violenta alguna, como lo prueba, él que es amigo de enviar mensajes particulares al Congreso, con haber remitido con simples frases de fórmula la correspondencia que pudo acompañar de indicaciones y consejos.—Se desmiente al Secretario en frases como esta: “En su desdichado resumen, Mr. Bayard hizo hincapié principal sobre el punto de que Cutting estaba siendo procesado en México por un delito cometido en Texas. Nada absolutamente hay en los despachos que pruebe esto. Eso es una simple suposición de Mr. Bayard, que no se ha tomado el trabajo de demostrar con un solo hecho de la correspondencia”,—y censuras son estas que han de llamar la atención, no solo por lo unánimes, sino porque los diarios y representantes de su partido propio son tan severos en ellas como los del bando enemigo. No es enemigo del gobierno el *Herald,* y he aquí lo que decía ayer con irónica amargura: “Aconsejamos a los tejanos que aprendan paciencia de nuestros pescadores del Norte, de los que hay muchos cientos que han sufrido provocaciones más graves e irritantes a manos de Inglaterra, sin que les haya aún socorrido con una palabra de consuelo nuestro Departamento de Estado. No parecen los pescadores estar tan favorecidos con la amistad de Mr. Bayard como los valerosos tejanos: pero no debe la confianza en esta predilección llevarlos muy lejos, porque la guerra desautorizada ha llevado antes de ahora en nuestro país a los hombres a la prisión y a la horca, y sería doloroso que la prisa de los tejanos por hacerse de esos viñedos de Naboth al otro lado del Río Grande, los precipitase a empresas que obligaran a los Estados Unidos a usar sus tropas, contra ellos, en vez de echarlas contra *aquellos*

con quienes muestran tanta ansia de reñir”.

El telégrafo habrá sin duda dado cuenta hora a hora a México de los varios aspectos de este conflicto, que parece haber salido ya de su gravedad inmediata; pero no solo es útil, sino indispensable, sino vital, sino de tal importancia, que no se ha de sacar de esto un momento los ojos, el conocer en todas sus corrientes la opinión de los Estados Unidos sobre los asuntos de México. De una mera oportunidad, de la honradez de un hombre, acaso de un movimiento de partido celoso, ha dependido esta vez la suspensión de una medida que se consideraba generalmente como precursora de la guerra. Y es que aquí existe una especie de preparación constante para ella, favorecida por una cruda y tradicional confianza; por los recuerdos de la victoria que fuerza y traición ganaron en 1848 sobre justicia y heroísmo; por la desocupación de la gente de guerra que no sabe estar quieta una vez que ha gustado las armas, por la naturaleza penetrante e invasora del carácter del hombre en los Estados Unidos; y más que por todo, acaso, por el desconocimiento en que está la masa del país de las virtudes, de la originalidad, de la resistencia, de la inteligencia, de las dificultades, de la fuerza de trabajo que hacen respetable a México. Solo esas armas pueden conseguir aquí una durable victoria; solo esos escudos podrán a la larga detener la guerra. La inteligencia tiene aquí que jugar sus astas contra la fuerza. Porque no puede ser enteramente vana, en medio del apetito de riqueza y pudridor egoísmo que las vician, esta educación y práctica del hombre en la laboriosa libertad de la República; porque los que trabajan aprenden en sí propios a respetar a los trabajadores; porque ese irritante desdén que es aquí usual para las cosas nuestras, viene principalmente de que nos creen pueblos, azucarados y viciosos, sin la fuerza realmente titánica de que en luchas enormes venimos dando muestra; porque esta batalla, en suma, que acaba de ganar México, no la ha ganado por intimidación, ni por agencias peligrosas; ni por conciertos con pueblos extranjeros, sino por el respeto que ha inspirado su honradez, y por la habilidad con que sus representantes han expuesto su justicia.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 20 de agosto de 1886.
[Mf. en CEM]

MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

Peligro grave de guerra.—Antecedentes del conflicto.—Elementos constantes de la guerra.—La razón de la guerra y su pretexto.—Resumen engañoso del Secretario de Estado ante el Congreso.—Estado de guerra en la frontera.

New York, 9 de agosto de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Valiera más esta vez no tener que dar cuenta de los sucesos culminantes de esta tierra, porque uno es el grave peligro de una guerra con México, y otro es la muerte inesperada de Samuel Tilden, aquel anciano que electo legítimamente a la presidencia de su República, prefirió consentir en la pérdida de su puesto y en el anatema de sus secuaces, a precipitar a su pueblo a la guerra para mantener su derecho.

Murió en sus arreos de batallar, con el cuerpo clavado a su sillón, y la mente en el bien público. Murió mirando por sus ventanas al río Hudson, cuya corriente majestuosa es lícito comparar a la de sus pensamientos.

Es inminente en estos momentos el peligro de una guerra mexicana. Ya se comprende que la razón verdadera para ella no es el pretexto que la precipita acaso. El pretexto es la prisión, juicio y sentencia por los tribunales del estado mexicano de Chihuahua de un Cutting, un periodista aventurero y de poca vergüenza, que circuló con su propia mano en México, contra lo que ordena y castiga la ley mexicana de libelo, un artículo difamatorio contra un mexicano, publicado en español y en inglés en un periódico americano del estado de Texas.

La razón es la insana avaricia de los cuatreros y matones echados de todas partes de los Estados Unidos sobre las comarcas lejanas de la frontera de Río Grande.

Allí, de un lado está México, con sus ciudades viejas, su riqueza descuidada, sus hijos bravos, sus recuerdos encendidos de la invasión americana de 1848, su disgusto de ver crecer cada día en su suelo la población americana, su miedo justo de una invasión ansiada por la mayoría de

los habitantes del otro lado de la frontera, y su instintiva repulsión contra la insolencia agresiva de la caterva que merodea y acecha desde las orillas opuestas de su río.

Del otro lado está Texas, que fue antes provincia de México como es ahora Chihuahua, y fue poblándose de americanos como se está poblando ella, y un día fue invadida por ellos y quedó entre sus garras, como Chihuahua teme quedar ahora: del otro lado están los Estados Unidos con su vanguardia de ciudades nuevas, sus hoteles y casas arrogantes, sus puentes que atraviesan el río como garras clavadas en la tierra de México, y su populacho desalmado, que la mira como una cosa de su pertenencia, y tiene ansia de caer sobre sus dehesas y sus minas.

A aquellos mexicanos se les hace sangre la boca de pensar en la batida que sufrieron, tanto por la traición de su jefe como por la suerte de las armas, en la guerra de 1848. A estos americanos fronterizos se les ve en los ojos el fatídico desdén hacia la raza de color trigueño que un novelista simbolizó acá hace pocos años en “Niñita” lindísima, india muy bella enamorada en mal hora de un americano blondo, que muere aplastada por la triunfal locomotora que guía México adentro el hombre a quien ama. Los novelistas lamentan la suerte de “Niñita”: y los texanos la aplastan!

Y esos dos pueblos viven en la frontera pecho a pecho, excusándose en la conciencia sus depredaciones mutuas con sus odios nacionales, entrándose como enemigos diariamente unos en tierras de otros, achacando cada día a los vecinos los crímenes que cometen en su estado propio. Allí viven en tráfico constante, divididos por una estrecha cinta de agua, estos dos pueblos que se odian, El Paso frente a El Paso del Norte, Laredo frente a Nuevo Laredo, comunicadas por *tramways* las dos ciudades hostiles, aguardando constantemente la una, el instante de invadir, y la otra, el de rechazar la invasión.

En tanto, los gobiernos de los Estados Unidos y México han venido manteniendo relaciones pacíficas que casi tenían carácter de cordiales, ya porque por ahora no estuviese en la mente de una administración presidida por un hombre apacible del Norte llevar la guerra a México que interesa más a los estados del Sur, ya porque con habilidad suprema ha venido esquivando México todo peligro de conflicto, y obligando con sus muestras de buena voluntad al gobierno de los Estados Unidos a reprimir cualquier turbulencia de sus ciudadanos contra un país tan amigo.

Pero en lo general de la opinión subsiste la creencia vaga en la cercana realidad de la posesión de México, y en el pensamiento público viene a ser la actual independencia mexicana como una mera concesión de los Estados Unidos, que no se interrumpe porque todavía no ha sido menester, pero cesará tan pronto como sea preciso. Y si en el Norte mismo, que está alejado del

campo del conflicto, perduran este desprecio de la raza y esta seguridad de abatirla, que en realidad se explican solo por la ignorancia, risible si no fuera tan grave, en que están de la historia y el carácter mexicanos, en el Sur, y bastante en el Oeste, esa idea de conquista es cara a la imaginación popular. Se apetece la gran riqueza. Se percibe el júbilo inicuo de los animales fuertes. Todo pretexto, pues, de conflicto que se levante entre los dos países, encuentra a la frontera deseosa de la guerra; al Sur dispuesto a ayudarla; al Norte convencido de que la guerra ha de ser algún día y tanto es que sea hoy como mañana; y al gobierno, obligado por moralidad diplomática a la paz y empujado a la guerra por el apetito de invasión de la frontera, el espíritu belicoso del Sur y el consentimiento tácito del resto de la nación.

Esa es, en verdad, la situación que en estos instantes presenta el conflicto mexicano, aunque la negativa de la Casa de Representantes a votar la resolución hostil redactada por la Comisión de Negocios Extranjeros en vista del resumen de la controversia presentado por el Secretario de Estado, parece por fortuna haber aliviado el caso de sus primeros peligros. La negativa súbita, contraria a la resolución belicosa que se esperaba del Congreso, se debió solo—¡de qué pequeñeces dependen los sucesos mayores!—al discurso inesperado de un diputado oscuro, que acusó con pruebas al Secretario de Estado de haber presentado el caso al Congreso, en su resumen de la correspondencia con el gobierno mexicano, en contradicción plena y aparentemente voluntaria de lo que de la correspondencia misma resulta.

Por voluntad sería, o por descuido, aunque no cabe descuido en cosa semejante; pero los representantes acudieron a los ejemplares impresos que no se habían cuidado de leer, y era verdad que el caso se presentó al Congreso falsamente.

En vano defendieron al Secretario sus amigos, pidiendo ansiosamente para él la sanción inmediata de la Casa de Representantes: en vano alegaban que la revelación del diputado Hitt, que es republicano, no era más que un movimiento de partido para presentar a los demócratas como amigos de una guerra innecesaria, a lo que debían los demócratas, que tienen mayoría en la Casa, responder con un voto unánime de partido.

La cuestión era demasiado grave para que cupiera en ella tanta ligereza. El país se hubiera indignado de que su Congreso lo precipitase sin necesidad a una guerra inesperada, y en toda apariencia inexcusable ante los demás pueblos. El representante Hitt habló poco, y a golpes; y el hecho de haberse prestado a firmar la resolución misma a que se oponía, daba peso invencible a su

afirmación, comprobada con asombro por los representantes todos, de que esa resolución se había obtenido de la comisión por sorpresa, y que no era de aceptar, puesto que la comisión solo conocía al dictarla el resumen notoriamente engañoso de la correspondencia que con tanta claridad lo desmentía.

Los republicanos asieron con júbilo esta ocasión de probar al país que no son ellos solo ni es solo Blaine, los que favorecen una política de intimidación e intrusión en los países americanos de casta española; y por venganza de partido censuraron en su contrario lo que hubieran aplaudido en sí. Los demócratas se exasperaron de verse guiados sin sinceridad por uno de sus jefes predilectos, por su propio Secretario de Estado, en un caso en que el país no puede perdonarles andar de ligero, ni caer en error, ni comprometerlo por razones de bando político. Y el Congreso suspendió sus sesiones sin aprobar la resolución hostil de la Comisión de Negocios Extranjeros, que loaba la actitud del Secretario, e instaba al Presidente a que insistiese en exigir de México la libertad inmediata del americano preso, "por no poder consentir los Estados Unidos que un poder extranjero se arrogase, como se arrogaba México, la facultad de castigar según sus leyes en territorio mexicano delitos cometidos por ciudadanos americanos en los Estados Unidos".

Pero ese no era el caso, y Hitt lo reveló así ásperamente al país entero.

No era verdad, como decía el secretario Bayard, que México se negase a entregar al preso apoyado en una ley suya que le autoriza a castigar a los americanos por delitos contra mexicanos cometidos en territorio de los Estados Unidos. No era verdad, a pesar de que Bayard lo afirmaba así, que se estuviese procesando a Cutting en El Paso del Norte, en México, por un delito cometido en El Paso, en Texas.

De la correspondencia resultaba la verdad: en El Paso del Norte se estaba procesando a Cutting por un delito cometido en territorio mexicano, en violación del asentimiento suscripto por Cutting ante el juez que había reconocido con su firma en el acto de conciliación provocado por una falta anterior: se le estaba procesando en México, no porque había publicado en Texas una ofensa a un ciudadano mexicano, sino porque había distribuido en México la ofensa impresa que cabe dentro de la ley mexicana de libelo, con desprecio—perpetrado en México, de una disposición anterior en el mismo caso, acatada por él, de un juez mexicano.

Y México no decía lo que le hacía decir el Secretario de Estado, sino que "con una cortesía y blandura en que la complacencia se orillaba casi con la humillación", argüía a los Estados Unidos

que no podía entregar al preso Cutting, porque el gobierno federal no tenía facultad para forzar las decisiones de un tribunal de un estado,—que es precisamente, por desdicha de Bayard, lo mismo que Bayard, el secretario de Estado, respondió hace pocos meses al gobierno chino, cuando este le pidió reparación por los asesinatos en masa de sus súbditos en un territorio del Oeste.

Ni Cutting era tratado con las amarguras que decía el Secretario, porque Hitt demostró, con la misma correspondencia, que estaba preso por su capricho, y porque quería dar causa a una invasión de los de Texas; puesto que había rechazado voluntariamente su excarcelación bajo fianza, que en todo instante le tuvo abierta el juez de El Paso del Norte, como a cualquier ciudadano mexicano.

Se esparcieron por el país los miembros del Congreso, después de condenar con esa censura tácita y enérgica la actitud del Secretario de Estado, que no parece ser muy del agrado del mismo Presidente. Pero el conflicto, por desventura, está aún lejos de su solución pacífica, no tanto porque el Secretario lastimado quiere hacer caso de partido la aprobación de su conducta, y trata tal vez de prepararse absolución completa en una sesión extraordinaria del Congreso, cuanto por el espíritu de guerra que arde en la frontera. Allí está esperando Cutting, condenado ya a un año de penitenciaría en El Paso del Norte a que los texanos invadan a Chihuahua al mando de su gobernador, que quiere guerra, o desea hacerse popular entre los que la quieren: allí hay de un lado y otro acumulaciones de tropas y paradas, los de Texas envían por todos los Estados Unidos despachos calculados para encender la opinión: los de México ven venir el peligro, y atrincheran sus alturas: los veteranos de la guerra de México ofrecen a los texanos sus servicios: el trabajo está suspendido en las ciudades rivales: a caballo y en armas pasean los americanos por sus calles en partidas: fórmanse en casi todos los estados de la frontera compañías de voluntarios y todo parece a punto de precipitar el conflicto, que el gobierno de México esquiva con su habilidad usual y sorprendente, que el Congreso y la prensa americana sin duda reprueban, que no desea el Presidente, dispuesto a irse a veranear a las montañas, pero que el secretario Bayard mantiene a punta de lanza, exigiendo aún la libertad incondicional de Cutting, a que México, con modesta entereza, no accede.

¡De qué débiles hilos depende la fortuna de ese pobre país mexicano, exangüe y admirable!

¡Oh, no: la simpatía no puede estar con la boca del león!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 18 de septiembre de 1886.
[Copia digital en CEM]

CLEVELAND Y SU PARTIDO

Lucha entre el Presidente y los demócratas.—Vicios políticos de los representantes.—Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría.—La máquina de levantar.—Sucesos varios.

New York, agosto 9 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Con el acto de justicia a su propio decoro y a México expuesto en una carta mía anterior, terminó la Casa sus tareas de este año, distinguidas principalmente por la incapacidad de los partidos para poner de acuerdo sus distintos bandos en las grandes cuestiones de la reforma de la tarifa y la suspensión del acuñamiento de la plata, por el olvido de toda idea alta de patria con que continúan su riña mortal los demócratas y los republicanos, y por la resistencia del Partido Democrático a ayudar al Presidente a conducir la política nacional de manera que el bien público sea lo primero, y el bien del partido solo se atienda cuando no riñan sus necesidades o conveniencias con las del bien público.

El Presidente quiere que el partido sirva a la nación, y los demócratas se resisten a seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido.

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Casa creen que la política no es el servicio de la justicia, en su grado posible y oportuno, sino de los elementos e intereses que los mantienen en su prominencia y puesto.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el Presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder,—o si el Presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor a su honra personal y a su país, y de pagar los votos de sus correligionarios con la violación de las promesas hechas a la república por él y por ellos, desde el mismo puesto a que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliese.

Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad, en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fue electo para el gobierno con el consentimiento

previo y expreso del partido,—o si debe apartarse del presidente cuando este se resista a obedecer a sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas a aquellas para cuya realización fue electo.

Partidario, dice el Presidente, no quiere decir bribón.

"Para esta política fui elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente a mi partido cuando así lo quería la ley escrita o la justicia. Mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza inmoral de que los halagos del poder o las amenazas de mis partidarios me obligarían a hacer traición a la política para la cual se me elegía. Dije antes de la elección mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos; dije mis tendencias a una reforma liberal de la tarifa; dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fije su valor; dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la república en favor de una de sus sectas o banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir a mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente a aquello para [lo] que él y yo vinimos al gobierno,—o ha de seguirme mi partido a mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante que falta al programa por el cual se le elige, es un ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor".

Ese encono de la Casa contra el Presidente que no le cede, se ha estado mostrando en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido devolviendo, con argumentos llenos de severas sátiras, los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra a gentes que vieron de ella poco, o enfermaron antes o después de ella.

El Congreso ha querido con estas pensiones atraerse el voto de los soldados, por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree, y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos o fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión y obtendrán el mayor crédito de ellos, ríen entre bastidores con mucho regocijo, y azuzan el descontento con que los demócratas tachan a Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probo a costa de su propio partido.

Y en esta disensión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia a

personas que no las han merecido, aprobó sin vacilar el aumento a doce pesos de todas las pensiones de a ocho concedidas por los Congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

Y ese localismo, esa falta de áurea patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua a los intereses generales de la nación en obsequio a las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener a su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aun mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Más:—se habló mucho este invierno de la necesidad de fortificar las costas: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en las reuniones de los demócratas: se quería traer sobre el partido el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que hoy languidecen o quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del Tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros mismos.

Tilden mismo, escribió al presidente de la Casa una carta excelente en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de necesidades patrióticas.

Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones,—y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, solo vota la Casa unos míseros quinientos mil pesos.—Pero como cada comarca tiene su puerto a que echar muelle, o su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Casa en cambio veinticinco millones.

El egoísmo levanta a los pueblos y los pierde.

¡Levantar!... he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco a un caballero curioso a visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del estado de New York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo, que llaman “máquina de levantar”, y es la tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas a los culpables de la divina maldad del pensamiento.

Dicen los alcaides, es verdad, que estas naturalezas duras, que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiereza, sino que la enconan y refinan, con el trabajo callado y recio de la penitenciaría: que no los doma la oscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo que les abre canales en las carnes, puede en ciertos hombres vencer el odio al trabajo:—¡ay! pero los que ven a la obra a este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos que en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena a que los compelen y el castigo del látigo con que se responde a toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancia, los estrujan y chupan a trabajo como a la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura a quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de látigos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca en esta tierra de república a dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí privilegios para los serviles y espías, y que a todos los tienen rapados, pero a esos otros les permiten la barba y los bigotes, cuyo cercén hace a los presos más pesada su ignominia.

Y cuando hablan de la máquina de levantar a los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia a los cuarenta segundos: los cuelgan por las manos esposadas de una especie de horca, que van subiendo los alcaides lentamente; las esposas les cortan las carnes: la circulación cesa en los brazos: las puntas de los pies vagan sobre el suelo: los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres; y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color: sacan en brazos al preso del potro, y luego lo echan a andar, como una fiera deshuesada.

El curioso que fue a la prisión vio aún luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla les relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso adonde

acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración tremenda de los anarquistas de Chicago; una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado,—eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando a Dante a la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reúnen a hablar de las sublimidades del espíritu,—a poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catecúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean a los demonios, se confiesan en voz alta, corren de un lado a otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos e insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien a la vez muere y renace:—parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.

Llevan en camillas a los poseídos hacia la orilla del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con que mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, parece como que brilla y humea, y se la ve vagar temblando después de su discurso.

Así se mezcla aquí lo extravagante a lo grandioso: y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión o de reforma.

John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender a este país no solo hay que mirar a las ciudades con sus palacios de pórfido y su animada maravilla, sino a esas costumbres y extrañezas,—al brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el Oeste,—a la justiciera brutalidad con que para castigar a un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo a 200 millas de New York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, llévanlo en esta figura a la carretera, a la vergüenza del mundo y de la aurora.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 21 de septiembre de 1886.
[Copia digital en CEM]

¡MAGNÍFICO ESPECTÁCULO!

La vida del Oeste.—En un hipódromo de New York.—Indios: *cowboys:* vaqueros mexicanos.—Las *squaws.*—Escenas de la vida en el desierto.—Romance de la conquista del Oeste.—Búfalo Bill, el gran escucha.—Grandes fiestas en el hipódromo.—Desfile a la carrera.—Rifleros: jinetes: caballos resabiosos.—Asalto a una diligencia.—La caza del búfalo.—El médico tristísimo.

New York, agosto 9 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Está a las puertas de New York uno de los espectáculos más originales y sanos a que pueda asistirse en pueblo alguno.

En procesión brillante, en rápidas escenas, entre la humareda de la pólvora y los gritos de guerra de los indios, pasa ante los ojos con sus trajes nativos y lances apretados la vida del Oeste, la caza de los búfalos, la carrera de los correos, las ocupaciones de los vaqueros, las hazañas de los exploradores, la vida aborigen.

Y al lado del gran circo, donde se celebran con sus actores naturales las cacerías y lidias que han dado al Oeste fama romancesca, levántanse entre los pinos de un bosque tierno las tiendas de campaña en que se alojan los héroes de la fiesta al mando de Búfalo Bill, de Guillermo el de los Búfalos, del caballero de las selvas, del gran escucha y guía de las campañas, que en media hora mató una vez cuarenta y ocho bisontes, y tiene en sus ojos azules la melancolía inefable del que ha mirado tenazmente en lo hondo de la naturaleza.

Allí se vive con la épica grandeza que enamora el alma en los peligros y en las soledades: allí se cría ante los ojos en juegos inocentes la raza esbelta y áurea que dio al mundo el suelo americano; allí la vida se agiganta y refresca en la contemplación de esa misteriosa novedad que traen los hombres brotados hace poco de la tierra, y los que se entran a caballo por sus virginidades; allí se asiste, transida el alma y el cuerpo palpitante, a los cuadros de odio y acometimiento con que ha arrollado el hombre

blanco la solemne espesura, y han saltado a los tiros del rifle, las plumas de las flechas, en el estruendo de la salvaje arremetida. Allí el drama se reproduce inicuo y grande, y se presencia el triunfo del fuerte y la doma de la naturaleza.

La empresa es un ejército.

Los indios, son indios. Los vaqueros, son los mismos que enlazan animales y duermen sobre las culatas de sus rifles en las llanuras donde rondan los lobos y los indios velan.

Los mexicanos, mexicanos son, hábiles en echar el lazo y colear el toro, y los manda el gran montador de caballos viciosos, Antonio Esquivel: y ¡con qué gusto se ve lucir por entre aquellos pinos las chaquetas de hombrera y galón de oro, bordadas por la mano de las novias! ¡parece que centellea sobre las chaquetillas mexicanas, descendiendo radiante por entre los pinares, el sol de la otra América, que vierte en el alma oro!

Los rifleros, son grandes rifleros, y han ensayado sobre pechos de indios ¡ay! y sobre lomos de búfalo los disparos seguros con que hoy rompen en el aire las bolas de barro.

Búfalo Bill, el jefe, es el célebre escucha de las campañas contra las tribus, el que habla a los indios en sus lenguas propias, el que ha arrancado su penacho de plumas a los guerreros muertos con el mismo cuchillo y el ademán mismo con que ahora repite cada tarde el simulacro de su hazaña.

El médico sacerdotal de imponente estatura que va de choza en choza meciendo en su marcha con ademán regio su corona y arcos de plumas de águila, es el mismo patriarca entristecido que en los bosques *pawnee,* al reflejo de las fogatas llameantes, de pie con sus ornamentos de colores sobre su tribu postrada, alza los brazos por encima de su cabeza misteriosa y lívida, prorrumpe en un grito desgarrador y ronco, y vierte sobre su pueblo los consejos de la desolación y la prudencia.

Antes de tomar puesto en el enorme circo, a ver cómo se derriba el bosque y se abre la vida en el Oeste, pasean los visitantes por el grato sombrío a cuya entrada habitan en carpas de pieles curtidas y pintadas por su mano, las familias indias. ¡Qué bellos lucen los guerreros jóvenes, enhiestos y amimbrados, con la hierática hermosura de las fieras en reposo! Las *squaws,* las mujeres que acarrean la carga y levantan la tienda en su existencia vagabunda, allí conversan en cuclillas sobre la yerba, mientras sus hijas, pintado el rostro de rojo y amarillo, se columpian con rítmico despacio en las cuerdas atadas de árbol a árbol, y los hijos varones se entretienen en los saltos y juegos con que adiestran sus miembros para su vida de carrera y de ave.

Ríen los ojos de los niños indios, y les lucen con una dulzura y claridad extrañas: suena a arroyo su risa placentera: les cae el cabello agitado por los saltos sobre la espalda cubierta de una blusa verde: en los calzones rojos llevan flecos, y bordados de cuentas en los mocasines de sus pies menudos. Silfos parecen, corriendo alegremente de un tronco a otro. Saltan con pesas en las manos, plegando hacia atrás el cuerpo con los brazos en alto, para que alcance más el brinco a pie juntillas.

Unos tiran la barra; otros persiguen, en el juego de *lacrosse,* las pelotas que quieren echar con sus palos encaperuzados en el campo hostil. Otros vencen en la carrera a los niños blancos. Una hija mayor se acurruca a la puerta de una tienda con su hermanín a la espalda, un bravo de un año que ya trae en los ojos la inquietud de la tribu y la astucia de la raza.

Los guerreros y mozos van de carpa en carpa, a saltos elásticos y rítmicos.

De pies a cabeza van cubiertas las madres y las hijas, que por la espalda llevan una manta, y en los pies polainas de cuero, a pesar de lo largo de su túnica.

Se ve a lo lejos al médico que cruza, detiene sobre la gente sus ojos melancólicos y desconsolados, y se entra por lo más espeso de los pinos blandiendo altivamente su bastón de plumas, como un rey en su palacio.

Las ternezas están vedadas a un observador de oficio, pero de aquellas apuestas criaturas de cuerpos cimbrantes y ojos vívidos surgen con tal fuerza la dignidad y la gracia, que se condena vehementemente a los que interrumpieron en flor el natural desenvolvimiento de esta raza fina,—fuerte, imperial y alada, como las águilas que la vieron nacer desde sus cumbres,—y a quienes vence el cóndor de los Andes.

En el interior de sus tiendas reposan de sus ejercicios los guerreros, reclinados silenciosamente en círculo al borde de la lona, viendo apretarse en la abertura de la entrada a la gente curiosa que quiere saber cómo es por dentro una tienda india.

Tienen de ala y de estatua aquellas melancólicas figuras. Aquellos son los ojos penetrantes del que pasa la vida en pie y alarma, husmeando entre los troncos de los árboles al enemigo que los espera apercibido. Se ve una cesta de ojos: todos miran de frente. Tienen en la mirada el aire del desierto, el arrebato y algarada de la cacería, la cola ondeante del caballo libre.

Uno está recostado con descuido, la cabeza en las palmas de las manos, en un fiero abandono de dios joven. Otro, sujeta con ambas manos la pierna encorvada, se mece con movimiento de columpio. Otro, a medio acostar, suspende sobre un brazo el cuerpo esbelto y dibuja sobre el fondo de

crepúsculo de la lona su cabeza bronceada, como un sol poniente. Otro, sentado sobre sus talones, mira atento, con los codos clavados en las rodillas, y hundida en las palmas de las manos la cabeza coronada de plumas. En medio de ellos, envuelto en su frazada blanca, está sentado el jefe.

Les caen sobre ambos hombros guedejas de crin negra: usan anchos calzones, amarillos o rojos, y con flecos, pero sujetos por dentro de modo que enseñan y permiten el juego de la pierna: la blusa es verde o azul, de mangas anchas, ceñidas sobre el codo y la muñeca por aros plateados o dorados: llevan al cuello como adorno una piel de castor muerto a su mano, esmaltada de lentejuelas y de espejos: les cruza el pecho en banda una sarta de huesecillos pintados, que distraen las largas marchas por montes y llanos con su sonsonete alegre. Les gusta el ritmo, el canto, la elocuencia, la pintura, el verso. Les gusta el ruido de los cascabeles, que les recuerda a las serpientes míticas; y saben la grandiosa y lenta música que se aprende en los ejercicios ordenados del cuerpo, y en la armonía de la naturaleza. Y así, tendidos, sentados, reclinados, dispuestos en graciosos grupos como un muro de defensa en torno de su jefe, parecen con sus trajes vivos y su escultórico reposo, hombres recién nacidos de las entrañas de la tierra, coloreados con los tintes vírgenes que matizan las flores y pintan las alas de los pájaros en los talleres volcánicos del universo.

Frente a las tiendas de los indios se extienden en hilera las que dan albergue al jefe de la empresa, a sus empleados, a los vaqueros, que aguardan entre sus armas y monturas la hora de echarse a escape sobre el circo, en simulacro de las hazañas y correrías de que fueron héroes reales.

Algo hay del testuz del bisonte en aquellos hombres habituados a domarlo. Con los cuchillos que llevan al cinto han arrancado vivo al búfalo el cuero de que están hechos sus vestidos; y es fortificante y saludable la contemplación de aquellos hombres primarios y genuinos, altos como columnas, erguidos como árboles, pujantes como el viento, que han peleado en la selva solemne con la naturaleza brazo a brazo, y la han sometido, y se han sentado sobre su cuello a enjugarse el sudor de la victoria, caído a sus pies su sombrero que parece un sol, como se sienta el domador sobre su fiera.

Los *cowboys,* los vaqueros del Oeste llevan en sí esa fuerza y encanto misteriosos de los que se crían en el peligro. Ellos, con esos mismos rifles, han hecho resonar los montes nuevos donde no hubo antes más ruido que el de los ramajes arrollados por el tronco que rueda de la cumbre depuesto por el rayo, el bramar de los toros encendidos que invitan a su amada temerosa, y el mugir de combate de las bestias que sacian asta en asta la furia soberana de los celos. Ellos, movidos por la voz de adentro que manda abrir tierras y mares, saltaron con el apetito de las aventuras de las chozas de sus padres al lomo

de los caballos libres del desierto señoreado por el indio, y echaron adelante a atajar el paso al mundo blanco que venía tras ellos, comiendo lo que cazaban, adelantando entre nubes de flechas, durmiendo sobre sus sillas, con el arma al hombro, bebiendo a veces, por no morir de sed, la sangre de sus cabalgaduras. Ellos han sido la vanguardia de este tropel aurívoro, que va del Este con hambre de siglos, y máquinas por cañones, y locomotoras por cureñas, y por culebrinas rieles, y donde los indios pintaban ayer a la sombra de los fresnos las plumas de águila que habían de ornar sus mantos, levantan hoy, como si los hubieran traído a cuestas, palacios de oro y plata que tienen por cimientos los troncos de árboles petrificados en las montañas en el silencio activo de los siglos:—siglos parecen ser los montes, siglos acurrucados en hilera, a ver hervir y transformarse el mundo.

Esos vaqueros, esos escuchas, esos cazadores, esos rifleros, no son, no, hombres de comedia que se empelucan y disfrazan para hacer en el circo de bravos y de héroes, sino que son los héroes mismos que han empujado en menos de veinticinco años sobre el mar las manadas de búfalos que como vivos montes sombreaban los valles aborígenes, y las tribus de indios que los atravesaban a flechazos en sus maravillosas cacerías, e imitaban después sobre sus pieles las formas y colores de la naturaleza, asemejándose en sus errantes campamentos a pedazos caídos de un arco iris.

Hay en los ojos de estos hombres una especie de vela, de marcha, de alba: no parece que el fuego de sus ojos permite que se cierna sobre ellos pesadamente el párpado.

Aun cuando están sentados, parece que van a arremeter.

Ya los ferrocarriles y ciudades se levantan donde ayer todavía llevaban ellos la vida de guerra y caza que ahora exhiben, para ocupar el verano, a las gentes del Este; pero acá como allá duermen vestidos. Quieren sus llanos donde el sol se bebe los ríos en el estío, quieren sus abras negras donde el cielo acostado parece de noche un árbol caído, y donde el indio acecha las pieles de búfalo que el cazador vigila con el rifle al hombro, y los caballos que tiene cerco adentro, porque no caiga el indio sobre ellos a la desbandada, y los ahuyente hacia su campo a gritos. Quieren oír en las temibles noches la tempestad que silba y truena sobre la copa de los árboles, y los indios que se acercan salto a salto, de arbusto en arbusto, y los lobos que cruzan aullando, y girando, y centelleando, por entre los troncos. Quieren guiar como antes, cuando hay tribus alzadas, a los soldados de a caballo que las siguen, y husmearlos, cerrarlos, y engañar las veladas charlando junto al fuego, viendo pasar a veces, ¡lo mismo que en la vida! una banda de lobos detrás de una ternera o despertándose de súbito para desembarazarse de un golpe de indios que a rastras se les han venido encima, ágiles y feroces como una jauría, revolviendo en el aire las hachas que llevan pendientes de las muñecas, lleno el carcaj a las espaldas,

luciéndoles a la luz de los disparos con resplandor diabólico los rostros, que traen embijados por parecer más fieros.

Quieren, cuando la pelea los ha dejado escuálidos y hambrientos, dar al salir al valle con una feria de cazadores, donde se retoza, huelga y merca, con abundancia de comida y dineros, alrededor de las fogatas, y se descansa sin temor bajo las recias tiendas de pieles, por cuyas cúspides se escapa, rizado al aire azul un fino penacho de humo, como por entre las hojas del maíz tierno los hilos rubios que anuncian su sazón.

No se cansa la gente, antes de entrar en el gran circo, de mirar a esos hombres vestidos de cuero, lleno el cinto de cuchillos y pistolas, larga la cabellera hasta los hombros, ancho el sombrero, como para guardar del sol la espalda, y echado atrás, como para dar mejor la frente. Tienen a los pies el lazo, y sobre las piernas, o en el baúl en que se sientan, el rifle a cuyo fuego está más acostumbrado su caballo.

Uno de esos hombres, cuyos ojos azules parecen venir de un gran mar interior, ha entrado materialmente por el bosque cabalgando en una locomotora, y defendiéndola a bala de los indios que hacían con sus cuerpos muertos alfombra a su propia tierra.

Otro ayudó a fundar una ciudad junto a las minas, y a látigo y a bala la mantuvo en freno hasta que al rumor de la ganancia vinieron los misioneros y los diarios.

Otro es un ladrón famoso, cuyos ojos muerden, y anda ahora arrepentido, junto al mismo que lo sacó maniatado de un tren que robaba.

Otro rompe en el aire el hilo de un anzuelo, y pasa una bala por una sortija.

Otro se echa a escape con la rienda suelta tras un indio que le adelanta lanzando al aire palomas de barro, y el hombre es tan gran tirador que todas las palomas las rompe en el aire, y caen a tierra en trizas.

Hay mujeres también, célebres en cabalgar y en el tiro al vuelo:—allá las mujeres desmontan, cazan, pelean, aran, dirigen diarios, tunden a los galanes atrevidos, empluman a sus rivales, salen en procesión a ver linchar a los bandoleros, con su merienda en el arzón y los hijos a la grupa.

No tienen los hombres ese color de fruta sazonada de los que crían en paz la tierra, sino un color misterioso de luz de luna, como si el peligro que perpetuamente afrontan fuese un astro. Aquellas miradas, aquella luz del rostro, aquel sombrero hidalgo, aquel cabello al viento, aquel vestido de héroe, aquella apariencia de puntal que anda pidiendo bóveda, aquel trasunto vivo de una existencia de valor y

muerte, calienta en los cerebros el grano de romance y locura que los aviva y colorea, y se siente en el cráneo como un alegre incendio, a cuyos resplandores, sobre un caballo alado, el espíritu mete el pie por el estribo, y en un clarín de oro resuena la llamada a botasilla.

Todo eso se desborda sobre el circo: las tribus con sus jefes, los *cowboys* a todo el correr de sus caballos, los vaqueros de México, las amazonas tendidas sobre sus brutos con la cabellera al viento: y los caballos traen el vientre en tierra.

De allá, del lejano portón, vienen los indios, como colores locos: aúllan como si el suelo se abriera bajo sus animales, y dieran suelta a toda la venganza de su raza:—tiene aquel grito de flecha y gallardete se tiende por el aire, como el lazo que echan sobre los toros los vaqueros; cimbrea, vibra y arrastra: no ha de quedar de él en la guerra sino lo que queda en la caza de la pieza entregada a la traílla.

Detiene la tribu de súbito sus caballos. Del fondo viene como un sol de colores en un polvo dorado: es el jefe de la tribu, que reciben los indios con vocerío orgulloso.—Otras tribus; otros jefes, todos a escape, y todos acomodándose en hilera.

El circo entero saluda a los *cowboys* con sus pañuelos, cuando se desatan del portón, voceando triunfo, los sombreros girando a todo brazo, roto el aire en la furia de la arremetida.

Sobre alas, más que sobre pies, vienen tras de ellos los mexicanos celosos. Van llegando los héroes, y los van anunciando: el tirador, el escucha, el laceador, el saltador. Viene con paso triste, como si no viniese, el médico sacerdote, en un caballo blanco.

Y aparece por fin, entre aquellos trescientos hombres de la naturaleza, el que por la perfección de sus sentidos y la bravura de su corazón ha logrado domarlos: él, el más ágil y fuerte, y jinete mejor; él, el que endereza a los indios en los tiempos de combate las homéricas arengas que les agradan; él, el que obtiene casi siempre que se desciñan de la muñeca el hacha de pelear, y fumen sentados en coro la pipa de la paz; él, que entre los blancos del Oeste tiene puesto de rey porque redujo la soberbia de un baratero que tenía esclavos a los cazadores, y entre los indios es venerado como jefe porque abatió con su mano en una cacería cuarenta y ocho búfalos; él, Búfalo Bill, que parece nacido sobre su caballo, y ni en rastrear indios, ni en ablandarlos, ni en burlarlos, ni en gobernarlos tiene quien le saque ventaja.

Se pliegan él y su caballo con igual movimiento, como dos hojas gemelas que a compás en la hora de la puesta se van volviendo al sol. Parece el animal como porción del hombre, por lo fino y sutil

de su obediencia, y hay música en aquel gracioso andar, y esa penetrante magia con que se gana el alma todo lo perfecto.

Llega, saluda, tuerce bridas, da una voz: y como una tormenta esparciría en encantados remolinos las cuentas de un rosario, así en carrera arrebatada se desgranan mezclados por el circo indios, *cowboys,* vaqueros y amazonas: se ven cascos que lucen y colas que desaparecen: por entre el polvo turbio, que brilla como un manto cuajado de lentejuelas, asoman puntos verdes, rojos y amarillos: va a paso triste el gran caballo blanco.

Y la fiesta comienza, y las escenas de la vida del Oeste que van ya pintadas, cuando aún está subiendo por el aire, como cantando himnos, la polvareda espesa.

Como tres flechas que apenas se llevan la punta pasan regateando en sus *ponies* veloces un mexicano, una *cowboy* y un indio. Desalado viene un jinete, que fue correo hace años, y enseña cómo se lo era, cuando el correo se servía a caballo: ya le tienen dispuesto otro caballo fresco: ya trae él descinchada la montura y sacados los pies de los estribos: salta al caballo nuevo con silla y valija: encincha en un segundo: ¡ya no se ve más que el polvo que levanta!: así era antes el correo.

Las amazonas lucen sus gracias en la carrera. Hacen los tiradores cosas locas. El saltador salva un caballo a pie juntillas. El del lazo derriba por los cuernos a una vaca. Otros acorralan a un búfalo, y lo van enlazando pierna a pierna hasta que un *cowboy* lo monta. Tiembla el público al ver lanzar contra el cercado a otro vaquero por un caballo indómito: y cuando está la concurrencia riendo entretenida con los esfuerzos de los mozos por montar los caballos y mulas resabiosas, cuando rompen a correr con su jinete por el aire los brutos vencidos dando tremendos y risibles botes, se ve entrar cojeando y con la cara ensangrentada al *cowboy* que el animal echó contra la cerca, y aunque el público grita que no monte, él se mete debajo de la bestia que se tiende ijar en tierra, él se abraza a su cuello para quedar sobre el animal cuando se alce, él recibe sobre sí el peso del bruto que una y otra vez se deja caer sobre el jinete, y cuando hostigado por los vaqueros, se levanta al fin el caballo con un salto espantable, ya no está solo, sino que lleva al *cowboy* ensangrentado encima.

Fingen luego, con verdad que encoge el ánimo, un ataque de los indios a una diligencia: cómo ellos cautamente se avecinan; cómo el coche de mulas se adelanta; cómo caen los indios de repente sobre la diligencia, dando alaridos bárbaros, tal como en sus soledades ven bajar a los buitres sobre su presa con vuelo de cuchillo. La diligencia se defiende: los vaqueros acuden prontos siempre al rescate: sangre de indios cubre el campo aprisa: vence el blanco; pero la diligencia lleva en el pescante a su cochero muerto.

Lentamente vienen a caballo, en otra escena, los de una tribu india. Traen su canto de viaje, que se pega al corazón como una serpiente herida, y es una infinita queja, solitaria e inmensa como los bosques que evoca: tal se cree que se tiene ante los ojos la soledad con su silencio y su espesura; y se entra la cabalgata triste por el alma, como un difunto entra en su féretro. Cantan lo que se va y no tiene remedio: cantan el río que muere, el pájaro que muere, la luz que muere: cantan la desesperación y la mortaja. Bajan de sus caballos, y se sientan en coro a fumar la pipa, mientras las *squaws* fornidas, que ahorran a sus maridos las fuerzas para defenderlas, levantan las tiendas, encienden el fuego, y ponen sobre él las ramas secas en que se ha de asar la carne de búfalo que aún queda de la última correría. Saltan por allí juntos y jinetean en los burros los indiecitos; y luego se acercan todos, para que las *squaws* bailen primero, con el ritmo monótono y melancólico de toda raza acabada de nacer, y después de ellas bailen los bravos de la tribu su danza de guerra, selvática fanfarria de la que se escapan inacordes gritos, tal como en un encierro de caballos para cazar el búfalo rompen la fila husmeando el riesgo con bravura los más impacientes.

Y así va viendo la absorta fantasía, con fruición de enamorada, los lances nativos de aquella existencia original y grandiosa; así asiste en todo el fulgor de la verdad al desalmado combate entre los dueños naturales del país y los conquistadores de la selva; así se va sacando al alma mansamente de la poquedad y escualidez de la vida ciudadana,—cuando un espectáculo estremecedor involuntariamente excita a ponerse en pie sobre las gradas, cual si fuera vergüenza quedarse holgando en los estrados de la vida cuando cruzan ante nosotros, con la majestad del trabajo y el peligro, los que bregan en sus entrañas. Es la caza del búfalo, masa contra masa.

Se traen una manada, y se ve la caza como si fuera cierta.

El ingenio nativo de los indios resplandece en ella sobre los movimientos penosos de los blancos.

No trae montura el indio, para que su caballo alcance o escape al búfalo, que cuando arremete arrolla, y cuando huye lleva alas. Unos indios traen rifles, que es como cazan ahora; y otros flechas, como cazaban antes. Vaga la manada desapercibida, semejante de lejos a un oleaje de mar turbia; y en silencio se juntan a su espalda, caballo contra caballo, los hombres todos de la cacería; los indios primero, en cuerpo de más de cien, detrás los blancos. Un hilo puede cambiar la vida en muerte. Se aprietan más, se aprietan. A un solo grito, estridente y frenético, se desgaja toda la masa de jinetes sobre la manada; solo lo ha visto quien haya visto la negrura irse apiñando en un rincón del cielo, y

cuajarse en cerrazón violenta, y desatarse luego, como a voz de rayo, en pardas y mortíferas corrientes, que a cercén de la tierra van rasando cuanto osa alzar la copa al cielo en ira.

Apenas deja el polvo ver la lucha. La manada, al sentir la caballería, ondea, se entreabre, huye. Se ve en el turbión que unos búfalos, en vez de huir primero, abren campo a otros: son los machos, que se quedan atrás para guardar sus hembras. Ellas corren más que ellos: ¡pesa siempre la fuerza de crear! Ellos, que ya llevan en las ancas a los cazadores, vuélvense como para arremeter; cierra la caza el cuerpo; tuercen grupas los búfalos: ¡ya no se ve más que el espeso torbellino! Gira el polvo en el aire, como si lo agitase sobre la tierra el estertor de muertos gigantescos: ahoga el olor de pólvora: apenas se oyen los alaridos de los indios, que la atmósfera lívida detiene; se alcanza a ver que cada jinete sigue a un búfalo, que es ya su presa cierta: un grito hiende el aire, uno de esos gritos, que da en campaña el alma entera, erguido el cuerpo loco sobre los estribos. Y con el ruido de un monte que cae, desaparecen por el portón la manada vencida y la furia que la acosa.

Queda la vida palpitando largo tiempo en el circo que se depleta poco a poco, y el curso de curiosos va perdiéndose a lo largo de los pinos, cual sangre que se sale de las venas. El día acaba. Vaqueros, tiradores e indios han entrado en sus tiendas.

Pero junto al más recio y lejano de los pinos, agigantada por la sombra sobre el horizonte su figura enhiesta erizada de plumas, mira a la gente blanca que desaparece, el médico tristísimo, cruzadas sobre el pecho ambas manos huesudas, el escudo a los pies, los ojos secos, y la faz terrosa.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 25 de septiembre de 1886.
[Copia digital en CEM]

CARTA A *LA REPÚBLICA*

Nueva York, 12 de agosto de 1886.

Señor Director de *La República:*

Inteligencia, elocuencia, calor de corazón, todo esto lo dio la naturaleza ricamente a nuestras tierras americanas; mas sin lazos que las aten al resto del mundo, sin aplicación laboriosa que las haga respetables, sin vías por donde salgan las riquezas escondidas, sin un trabajo productivo que emplee natural y noblemente aquellas condiciones ventajosas, se extraviarían por siempre en floreos y hojosidades de literatura inútil, se pondrían al servicio de las revueltas políticas que aseguran por cierto tiempo en caso de triunfo un sustento fácil y vergonzoso, y se esterilizarían a lo sumo en la persecución fantástica de la mera forma. No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública. La propiedad conserva los Estados. Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores.

Vigilar por cuanto atañe a Honduras, es deber de quien escribe para ella. No hay acaso por ahora tarea más patriótica en nuestros países que la de abrir campo ancho al trabajo personal, y al erario fuente viva que permita la rápida creación de las vías y conductores de riqueza, y la educación práctica, no meramente universitaria y verbosa, de sus hijos. Puesto que allí donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas de que se afirmen las libertades públicas, porque la necesidad de vivir proporcionará siempre auxiliares de sobra a los que quieran conculcarlas, y la falta de intereses que defender dará séquito a los turbulentos o ambiciosos.

Se ha visto estos días el nombre de Honduras repetido en los periódicos americanos, ya en los que se publican aquí en español, a los que fuerza el adelanto del país a poner en él mayor atención, ya en los de lengua inglesa que es lo que más importa. Un día cuenta un viajero de New Orleans su visita a las minas de Yuscarán, y los trabajos briosos emprendidos en ellas, con elogios a la inteligencia de la compañía, y a la hospitalidad, viveza de juicio y cultura de lenguaje de aquellos habitantes. Otro día se confirma la noticia de la publicación de un libro hermoso que va a revelar a los americanos todo lo que esconde de rico la tierra hondureña, y lo que tiene de bello. Otro día es un cuaderno muy leído y bien puesto de la Compañía de Mejora y Navegación. Y alguna vez, por

desdicha, es un artículo violento, escrito, en esta hora de creación de riqueza, en que todo estímulo e indulgencia son pocos, como si se hubiese querido de propósito asustar a los que piensen llevar sus capitales a Honduras. Cuanto se haga aquí por dar a conocer el país, es un servicio inestimable, y base precisa de todos los demás trabajos patrios. Así es un peligro verdadero para Honduras cuanto se diga aquí de exagerado o malévolo en su contra. Como desde hace meses viene animada en los periódicos la descripción de la abundancia minera de Honduras, llamó aquí mucho la atención, por su espíritu acerbo y la ligereza con que se le hiere en este instante crítico de creación de su crédito en el mercado, que ha de dar vuelo a su riqueza, una carta de Puerto Cortés, enviada a un buen periódico, *The Engineering and Mining Journal* por un corresponsal que se firma "Clip". No cabe desde aquí saber si en este o aquel detalle que denuncia, tiene el corresponsal razón; pero es obra triste, en que se debía mover despacio la mano, esa de presentar a un país en vergüenza como un pueblo famélico e indigno de confianza en los momentos mismos en que para sacar al tráfico las riquezas que han de constituir sólidamente la República, están entregados a la tarea de revelarlas y explotarlas los más previsores y útiles de sus hijos. Mano hondureña no puede ser la que así pone en riesgo las cosas de Honduras.

Que es país que comienza, ya se sabe; pero debía inspirar respeto la suma de sus infortunios pasados, y el ímpetu que se consagra a su remedio. Mal ayuda a un país el que lo presenta como una selva enmarañada, donde las mulas no tienen donde poner el pie, y las minas cuestan más de lo que dan, y no hay pan que comer. Mal lo ayuda quien, en vez de contribuir a la labor de hacer conocer sus entrañas de oro a los que pueden trabajarlas, se burla de ellos con acento irónico, enseñando por fortuna, desde las primeras palabras, un vivo encono contra los que creen mejor revelar a un país que denigrarlo. No es cosa grata en verdad, leer en un periódico influyente en el ramo de minas, que no es cierto lo que se dice de la riqueza minera de Honduras; que cuanto se hace no es más que ver cómo se aligeran los bolsillos de los caballeros de Chicago, etc.; que el país no tiene un camino por donde pueda andar una caballería, ni entrar maquinaria; que es pura pérdida de dinero vivo todo lo que se gasta en esas minas muertas; que se debe mirar mucho antes de dar un peso para ellas; que el trabajador y el que va en busca de fortuna deben volver grupas si van vía de Honduras, porque Honduras no tiene pan que darles, y otras cosas como estas, calculadas todas para detener la mano de los que están dispuestos a tenderla al país.

Los que ven con afecto, y con el alma auxilian, el esfuerzo de esta tierra hermana por asegurar su moralidad y bienestar con la explotación legítima de su riqueza verdadera, leyeron con

placer el número siguiente del periódico de minas, donde con un estilo cuya fineza y discreción contrasta con el ligero y enconado de la denuncia, contesta al corresponsal en Puerto Cortés el presidente del Sindicato Centroamericano. No deja un cargo en pie. Vindica al país. Reconoce que ha de haber errores y obstáculos imprevistos en toda empresa nueva. Cita los nombres de los encargados de los trabajos en Honduras, que parecen ser gente toda celebrada en su ramo. Abre los libros de la Compañía a quienes quieran cerciorarse de la economía de los gastos y el éxito de las operaciones. Sugiere que el lenguaje celoso del corresponsal revela un interés privado que no debía ir hasta poner en peligro el éxito de los esfuerzos que hace la República por enseñar al extranjero pudiente los Tesoros que puede darle a cambio de su capital y su trabajo. Se lee ciertamente con gozo esa réplica, no porque no deban sufrir los oídos en calma toda censura justa; sino porque aflige ver herida por un propósito interesado la tierra que se está levantando con dificultad de su lecho de angustias.

Pocas cosas, en cambio, hay más precisas y atractivas en su sencillez que el cuaderno de explicaciones que ha impreso la Compañía de Navegación del Aguán. Allí se enumeran y acumulan los derechos de la compañía con mano firme y nerviosa. Se observa en el cuaderno esa seguridad que atrae y doma. No lisonjea: expone. Se ve en todo el cuaderno uno de esos exploradores tenaces de ojos ardientes y móviles, ojos de Edison. Abre el cuaderno una lista de los representantes, directores y agentes de la Compañía. Luther Shinn, que goza aquí reputación de ágil e intrépido, es el presidente. Entre los directores hay capitalistas de peso, comerciantes que dan valor a lo que firman, abogados de buena fama que llevan clientes, personas de relaciones serias en los círculos de los negocios. Abogados, no los puede tener mejores la Compañía; aquí, Fullerton, avisado y elocuente; allí el caballero de la palabra, ancho de corazón como de mente, el señor Adolfo Zúñiga.

Lo primero, aun antes que la lista de representantes, es un buen mapa seccional de Honduras. Luego viene el informe claro y macizo de los propósitos, medios y derechos de la Compañía. ¿Quién no sabe ahí lo que esta empresa se propone?—mejorar y navegar en vapores u otras embarcaciones el río Aguán; cortar y vender madera y otros productos; levantar aserraderos; beneficiar minas; construir almacenes. Enumera el informe sobriamente las franquicias que disfruta la Compañía para cubrir todas esas labores; no las adorna, ni llama siquiera la atención sobre ellas: no hace más que contarlas, como quien sabe que vence. La Compañía enseña sus títulos y mapas a quien solicite examinarlos: su capital es de $5 000 000, dividido en 100 000 acciones de a $50 cada

una: los primeros bonos hipotecarios de la Compañía ascienden a $150 000, garantizados con los vapores *Tenafly* y *Edith,* sus barcas, dragas y otras maquinarias y buques, sus tierras y almacenes en las márgenes del río, sus tierras de Colón, Yoro y Olancho, sus minas presentes y futuras, sus líneas de telégrafo y teléfono y todas las franquicias, propiedades y provechos venideros de la Compañía.

Levanta luego el informe un tanto el estilo para contar cómo las canoas que antes de esta empresa solían traer a Trujillo productos de esa región afortunada, confirmaban las leyendas de esmeralda y de oro, los cuentos de exuberancia y pasmo que movieron a Hernán Cortés al más rudo de sus viajes. Allí corre el río Aguán, nacido en aquellos campos de oro, plata y cobre que hacen de Honduras el primer país minero de Centroamérica, e igualarán a los de cualquier lugar del globo, luego que esta Compañía les proporcione en sus vapores útiles modernos y transporte fácil. Cruza el río bosques preciados de las más finas maderas de construcción y de tinte "que pondrá en el mercado la Compañía" y más luego en las ricas tierras de aluvión del valle de Aguán, que acaba hoy a unas treinta y dos millas de Trujillo, sobre el lecho mismo que tuvo en lo antiguo, e iba derechamente a morir en el puerto. El canal será todo él de unas veinticinco millas; pero va por lagunas; y solo hay que abrir unas cinco millas de tierra: ya las trabajan, y creen que la vía estará en uso para 1887, en la estación de lluvias: todo costará de $50 000 a $75 000. ¡Qué rico comercio afluirá entonces de todo el valle de Aguán al puerto de Trujillo! La Compañía calcula que en dieciocho meses, a partir de julio de 1886, y contando a los precios menos ventajosos, la comarca le habrá producido, solo en maderas, frutas y fletes $1 233 000. De fletes espera $250 000: hoy cuesta el de una tonelada a los trujillanos de $30 a $80, y en sus vapores la Compañía podrá tomarlo a $10. Solo una casa de Trujillo compra al año 2 500 piezas de caoba: bastan 2 000 para que la empresa cobre de este ramo $192 000. Empleados tendrá 300. Los gastos de beneficios y explotación los fija para 18 meses en $108 000. Augura pues, la Compañía un producto neto de $1 125 000 en año y medio.

Realza enseguida estos datos una caballeresca y nutrida relación de un viaje en la comarca por S. B. Mc Connico, agente general antes del tráfico del ferrocarril de Illinois y hoy presidente del de la Costa Norte de Honduras: en ese informe se pinta al hondureño con su cortesanía nativa y su bondad para el extranjero honrado; se celebran los últimos gobiernos en cuyo período se ha abierto al trabajo la República; y se celebra vigorosamente la empresa del Canal, que ha de sacar a puerto las riquezas naturales cuya maravilla cuenta: "muy cordiales y hospitalarios, dice Mc Connico, hallé

en mi visita a los hondureños; y aunque la manera de viajar no es, ni con mucho, igual en ambos países, creo que con tanta seguridad se viaja en Honduras como en los Estados Unidos".

Es del señor Eduardo Viada, el estimado caballero que acaba de morir, buena y extensa carta que sigue a la relación de Mc Connico, a quien enumera las riquezas del valle, y expresa el ansia de Honduras por ver en sus tierras americanos laboriosos. El cónsul inglés W. Mellhado le asegura también la abundancia que hay en aquel suelo de buen clima en minerales y maderas. Y después de algunos telegramas del gobierno hondureño que muestran la fe que le inspira la empresa del Aguán, y de las concesiones en que esta descansa, cierra el cuaderno de la Compañía con la cabal y amena descripción de Honduras que el caballero Squier, autor distinguido de "Honduras" y "Notas sobre Centroamérica", escribió concisamente para ese libro que debe estar en todas las bibliotecas: la *Enciclopedia Británica.* Todavía tiene más el cuaderno: acaba con un mapa nuevo de las tierras que cubren el canal de Aguán.

¿Cómo no se ha de celebrar, por el bien que hacen a la tierra, esas publicaciones que cuentan sin hinchazón ni aparato sus fuentes de fortuna, que son, verdad es, riqueza para las compañías extranjeras; pero riqueza sin la cual jamás sería posible la de la patria; riqueza que no es solo pecuniaria sino moral, por la seguridad pública que engendra, sino política por el decoro que produce el empleo legítimo y el giro libre de la propiedad en el carácter? ¡Pase en buena hora el río al mar que lo consume, si deja en sus orillas sus arenas de oro!

JOSÉ MARTÍ

La República. Tegucigalpa, 25 de septiembre de 1886.
[OC, t. 8, pp. 25-32]

CARTA DE NUEVA YORK

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables. —Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos.—Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso.—El Congreso americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México.—Texas y Chihuahua.—La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba a México.—Muerte de Samuel Tilden, el presidente electo de 1880.—Su vida y su carácter. —Ejemplo para los jóvenes: político honrado.—Su abnegación.—Deja tres millones de pesos para fundar una biblioteca pública.

Nueva York, agosto 12 de 1886.

Señor Director de *La República:*

Es ardiente en estos meses la vida en los Estados Unidos, como las olas de aire caldeado y plomizo que bajan sobre el Atlántico desde las llanuras encendidas del Oeste. La vida se multiplica y se desborda. Con las hojas a los árboles viene a mujeres y hombres un frenesí de alegría. Se abren al aire casas y almas. Las ciudades se vacían sobre los pueblos frescos de las costas y montañas vecinas. Los niños pobres, que respiran en los barrios más populosos un aire podrido, mueren en un grito penetrante sobre las rodillas de sus madres, o se arrastran con sus manos roídas sobre las piedras de las aceras, buscando consuelo en su frescor al fuego que les consume las entrañas. Los ricos recorren los lugares de campo en ostentosas jiras. Los imbéciles y la gente de mal vivir vociferan y apuestan en las carreras de caballos. Treinta sacerdotes andan en velocípedos visitando los Estados de Nueva Inglaterra. A la orilla del mar y en la cúspide de los montes se levantan hoteles babilónicos. Sesenta mil creyentes se reúnen a la sombra de un pinar en un campamento religioso, y se arrodillan en el aire libre, corean con aleluyas los discursos de las sacerdotisas, se mesan los cabellos, hunden en la tierra sus cabezas arrepentidas, se abrazan confesándose sus pecados. Partidas de estudiantes distraen el verano explorando a pie las selvas con la tienda al hombro, y fortificándose con el ejercicio del cuerpo y el placer sano y directo de los descubridores. Los maestros juntan grupos de jóvenes dignos de serlo, y se van con ellos a lugares propicios a estudiar Minería en las minas, Agricultura en los campos, en los bosques Botánica. El Congreso se cierra, después de dejar probado que los representantes prefieren

dejar solo al Presidente de la nación en su campaña de reforma de los vicios políticos, a ayudarle en la tarea de enmendar estos, para que no sea como hasta aquí la nación un mero instrumento de los partidos, sino los partidos los servidores leales de la nación. La hermana del Presidente comienza a dirigir en Chicago una revista que lleva por nombre *La Vida Literaria,* la misma hermana que no hace dos meses presidía aún la vida social del país, desde la Casa Blanca en Washington. Un hombre cruza el Niágara embutido en un casco oblongo de madera. Un mozo salta, por apuesta, de lo más elevado del puente de Brooklyn al río Oeste, y sale salvo. Ya tiende al cielo en su pedestal de Bedloe Island la Estatua de la Libertad su brazo en esqueleto. Mucha villanía política y venta de destinos se descubre en la ciudad de Nueva York. Mucho se comenta la energía del Presidente, que contra el voto del Senado ha dado en Washington a un negro un empleo altísimo. Mucho libro interesante y nuevo se publica. Se inventa un medio económico de producir fuego sin carbón.

Pero con ser todo esto tan vario e interesante, nada, ni la muerte siquiera de aquel ilustre Tilden, que prefirió perder la presidencia de la república, a que fue electo, antes que permitir a su partido que la conquistase con sangre, nos interesa tanto a nosotros los de la otra América, como el grave riesgo de una guerra entre México y los Estados Unidos. Es nuestra raza mal entendida la que está en peligro. Es la caterva de cuatreros y matones ambiciosos de la frontera americana la que quiere forjar un pretexto para echarse sobre el estado minero de Chihuahua, que excita su codicia. Es nuestro corazón americano, que allí duele. Nuestra patria es una, empieza en el Río Grande, y va a parar en los montes fangosos de la Patagonia. México haría mal, si, contra todo lo que se ve, diese oídos a los perturbadores opulentos que en estos mismos instantes andan buscando su apoyo para influir en la política de Centroamérica. Pero, ¿quién no ha de apenarse de ver expuesto a una agresión injusta del americano, a un pueblo que ha sabido irse amasando con la sangre misma que fluía de sus heridas; a un pueblo que está logrando acumular en nación sobre un territorio vasto y escapadizo, los elementos más hostiles y reacios, los odios más violentos, e incansables, las herencias más tercas y dañinas que contendieron en su edad de formación en pueblo alguno?

El caso del conflicto es un mero pretexto, agravado por el apetito de guerra que ya se hace impaciente entre los americanos que pueblan el estado de Texas, que fue de México hasta la guerra inicua de mil ochocientos cuarenta y ocho, y por la imprevista y exagerada rudeza con que el Secretario de Estado en Washington decidió exigir a México, contra una ley anterior y expresa de su Código, la libertad inmediata de un americano preso y procesado en Chihuahua justamente por un delito contra la

ley de libelo de México, cometido fuera y dentro del territorio mexicano, con desprecio de sentencia anterior del juez de Chihuahua, acatada bajo firma por el preso.

Un periodista americano, Cutting, airado porque un hijo de México, Medina, le establecía un periódico rival en la ciudad mexicana de El Paso del Norte, publicó en ella un ataque injurioso, que en acto de conciliación le condenó el juez a retractar a pedimento de Medina. Se retractó Cutting en El Paso del Norte; pero en la ciudad americana de El Paso, de Texas, unida por un puente a la de México, publicó en un periódico, siempre impreso en inglés, un nuevo ataque a Medina, en inglés y en castellano, y circuló por sí mismo el periódico en El Paso del Norte. El artículo ciento ochenta y seis del Código de México autoriza a los Tribunales de la República a procesar y castigar conforme a sus leyes a los extranjeros presentes en su territorio que hayan cometido fuera de México delitos contra este que tienen pena en sus leyes criminales. Y Cutting fue preso y procesado en virtud de esta ley, pero no solo por haber impreso en una ciudad americana un artículo contra un mexicano, penable por la ley de México, sino por el delito de distribuirlo, cometido en México con violación de un acuerdo de su juez y [de] la ley de libelo. El Cutting es de esa mala casta de aventureros sin oficio, que mira como propiedad suya la tierra mexicana, y cría odio de raza a sus hijos bravos, que ven con miedo natural que los americanos pueblen hoy a Chihuahua como poblaron antes a Texas, para alzarse con ella, y recuerdan con penas en el corazón la guerra humillante en que fueron vencidos por el Norte en mil ochocientos cuarenta y ocho. Casi todo Texas está poblado de aventureros; y como el cónsul americano en El Paso del Norte es de los que se enojan de que México posea un país tan valioso como el de Chihuahua, los aventureros, el preso y el cónsul lograron con sus representaciones que el Secretario de Estado en Washington pidiese al gobierno de México la libertad incondicional de Cutting. El gobierno de México ofreció en respuesta cortés que el gobierno federal ejercería cuanto influjo le fuese legítimamente dable en favor del preso cerca del gobierno del estado de Chihuahua; pero se negó con modesta firmeza a entregar al preso, porque ni puede el gobierno federal, por la Constitución, compeler así, a su capricho a un estado libre de la república, ni cabe que el Gobierno mismo de un país obre contra lo que ordena expresamente uno de los artículos del Código, que está llamado a hacer cumplir. En esto, los odios acumulados en ambos lados de la frontera del Río Grande tomaban color de guerra; americanos y mexicanos se amenazaban desde sus respectivas ciudades; voluntarios y tropa de línea recorrían las calles; las asociaciones de veteranos se asociaban a las protestas de los de Texas: el gobernador de Texas, ganoso de popularidad, se mostraba pronto a llevar la guerra a Chihuahua, si el gobierno de Washington no la llevaba; el Congreso pidió al Presidente la correspondencia, y el Presidente la envió

al Congreso, sin recomendar en su carta de mera fórmula solución alguna, ni apoyar el resumen precipitado y violento de la correspondencia con que la ponía ante el Congreso el Secretario de Estado.

Todo en aquellos momentos anunciaba la guerra: los preparativos de los texanos, la acumulación de las tropas de México, la demanda del Secretario, nuevamente rechazada por el gobierno mexicano, el resumen belicoso del Secretario de Estado, el voto de confianza que la Comisión de Negocios Extranjeros propuso al Congreso, basada solamente en la lectura del resumen. Pero la guerra ha parecido disiparse, y la opinión ha torcido de rumbo en todo lo que no es la gente agresiva de Texas, porque el Congreso se negó a votar la resolución de confianza intimando de nuevo a México la libertad incondicional de Cutting, tan luego como uno de los mismos representantes que habían firmado el proyecto de resolución, reveló con pruebas al Congreso atónito que el resumen hecho de la correspondencia por el Secretario de Estado no presentaba el caso como resultaba de la correspondencia misma. No era verdad que México estuviese procesando a Cutting por un delito cometido en Texas, sino por eso, según está facultado por su ley, y por un delito cometido en México con desacato a un juez mexicano. No era verdad que Cutting estuviese sufriendo en México las amarguras que el Secretario decía, repitiendo con ardor los informes exagerados del cónsul de El Paso [del Norte]; sino que Cutting había tenido constantemente abierta por el juez la libertad bajo fianza, que rechazaba con desdén "porque el asunto estaba ya en manos de su gobierno". No era verdad que México mostrase arrogancia punible en la defensa de una ley oprobiosa para los Estados Unidos; sino que había "la mayor cortesía y solicitud, y casi humillación", en las respuestas amistosas con que alegaba a los Estados Unidos la existencia previa de una ley general que comprendía el caso de Cutting, y la misma incapacidad del gobierno federal para forzar los procesos y sentencias del Tribunal de uno de sus estados que el secretario americano alegó ante el gobierno chino hace pocos meses, cuando este le exigió responsabilidad por los asesinatos de sus súbditos por ciudadanos americanos en uno de los territorios de la Unión. No era verdad, como decía el resumen, que el caso todo se redujera a una injuria de México a la Nación Americana, a la pretensión desnuda de que puede por un artículo de su ley procesar y castigar en su territorio a los ciudadanos extranjeros por delitos penables según su Código, que se hubieran cometido fuera de México. La revelación del representante cambió en desagrado y desconfianza la precipitación con que se disponía el Congreso a apoyar la actitud belicosa del Secretario de Estado: el Congreso suspendió sus sesiones sin tomar noticia de la resolución que se le recomendaba con urgencia: y la honestidad de un solo hombre, defendiendo con palabras que parecían golpes a un pueblo amigo, avasallado injustamente, disipó en una hora la nube de guerra.

Pero, ¡ah!, no puede decirse, por desdicha, que a estas horas se haya desvanecido por completo. El Secretario de Estado dice que el silencioso voto en contra que le dio la Casa de Representantes fue un manejo de los diputados republicanos, que quieren demostrar al país que también los demócratas practican con los pueblos de América la política de intimidación e intrusión que a ellos les censuraban. No rebaja el Secretario sus pretensiones aparentemente, a pesar de la censura del Congreso. No se muestra dispuesto a ceder México, que con su sabiduría en la controversia logró convertir a su propia defensa, por la revelación elocuente del diputado republicano, al Congreso mismo encargado de votar una resolución preparatoria de la guerra. En Texas y en Chihuahua se vive con los rifles cargados y el pie en el estribo, los de Texas dispuestos a pasar el puente e ir a rescatar a Cutting; los de Chihuahua decididos a resistir la invasión y a presentarles la cabeza de Cutting en respuesta. Y el tribunal de El Paso del Norte, sereno frente a la ciudad rival americana, decoroso en este peligro de guerra, procesó en forma a Cutting, con atención a la ley de su delito que rige en su propio estado de Texas, y lo sentenció a un año de penitenciaría y quinientos pesos de multa, de cuya sentencia apela. Grande es, pues, el peligro que se corre todavía; pero es de honor decir que fuera de la prensa invasora publicada en el Sur, toda la buena prensa de este país se declaró contra la intentona de guerra tan pronto como reveló la verdad de la disputa el representante. Es de honor decir que si bien perdura, por desgracia, en la masa del pueblo americano, esa opinión desdeñosa e ignorante de nuestros países que lo tiene tan dispuesto a mirar en menos, como a dogos falderos, a esos nobles pueblos nacientes que entre tantos obstáculos adelantan, es cierto también que la costumbre republicana cría en esta tierra, como en todas aquellas donde impera, un hábito de justicia que se impone en los casos mismos de decoro nacional hasta este extremo de defender hoy al que se tuvo ayer como enemigo. Es de honor decir que en vez de exasperar a los Estados Unidos, parece, en lo general, haberle sido grata la firme y dolorosa bravura con que, sin desafiar y sin cejar, se ha mostrado México dispuesto a defender su ley y su derecho de la intrusión del pueblo más formidable acaso de la tierra.

La República. Tegucigalpa, 1886.
[OC, t. 11, pp. 45-52]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El caso de Cutting visto en los Estados Unidos.—La política interior americana ha favorecido la paz.—Influjo del Partido Republicano en las censuras unánimes a Bayard.—Interés de los republicanos en la derrota de Bayard.—Blaine: su actitud en el conflicto: su próxima campaña: sus condiciones de caudillo.—México usado como instrumento político.—El Sur y México.—Peligros permanentes.—Los capitales norteamericanos en México.—Muerte de Samuel Tilden: su carácter y su vida: su elección y sacrificio: su lección final: la salvación de las repúblicas está en la propagación de la cultura.

New York, 19 de agosto [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Ni la muerte de Tilden, aquel sabio político a quien defraudaron de su elección a la presidencia los republicanos; ni la revelación del modo ignominioso con que trafican y venden entre sí los beneficios de su empleo los más altos funcionarios de la ciudad; ni la campaña ruda que se dispone a hacer Blaine contra el gobierno del Partido Democrático; ni el proceso de los anarquistas de Chicago, que tienen ya sobre la cabeza la sombra de la horca; ni el gran Parlamento irlandés que con el nombre de Convención celebran aquí ahora los amigos de la autonomía de Irlanda, tienen hoy para nosotros el interés de los asuntos de México.

Y esto no es tanto por las noticias que lleva el telégrafo antes y no cabrían en carta, cuanto porque con el sacudimiento de opiniones que este conflicto súbito ha traído a la superficie, ayudado por la mayor independencia que va permitiendo a los diarios la descomposición gradual de los partidos políticos, se están viendo las corrientes por donde van aquí los juicios que importan tanto a México, y los peligros, y las ambiciones, y acaso la manera de contrastarlos. Y se ven además con mayor claridad los elementos que han ido impidiendo la terminación fatal del conflicto de Cutting, cosa que se debe tener muy en cuenta para prever conflictos posteriores, y no abrigar esperanzas vanas sobre la facilidad de esquivarlos.

La justicia de México, y la habilísima firmeza con que la han defendido sus representantes han sido, sin duda, causa principal de la reversión instantánea y definitiva del juicio público en caso de Cutting. Los alegatos de México, reproducidos aquí minuciosamente con elogio, han ganado ante el público la batalla. Las contestaciones del Ministro de Relaciones de México se han opuesto como modelo de cortés raciocinio a los documentos arrogantes e impremeditados del Secretario Bayard. Nunca prestaron documentos diplomáticos servicio mayor: ellos han sido los abogados felices de este pleito grave: ellos parecían pedir cada día desde las columnas de los periódicos, la justicia que no se pudo negar a su digna elocuencia y su lógica cerrada. Pero en la prisa con que los promulgaba cierta parte de la prensa, en la fruición con que daba con ellos en el rostro al Secretario aturdido y colérico, y en la falta de analogía entre los comentos especiales sobre el caso de hoy y la opinión general que continúan teniendo de México algunos diarios que lo han defendido, se observa claramente que la guerra inclemente y unánime que se hace aquí a Bayard por su torpe e inconsiderada demanda ha habido una razón de política interior, sin cuya ayuda no hubiera podido acaso libertarse México de la guerra que tenía ya encima, cuando por su propio interés acudió a estorbarla el Partido Republicano.

Esa reflexión, apuntada ya a *El Partido Liberal* antes de que aquí se hubiese ni ligeramente enseñado, no solo se confirma por la premura con que salta Blaine de nuevo a la arena política para aprovecharse de ella con su usual oportunidad y audacia, y por el implacable empeño con que ha desnudado los actos de Bayard en este conflicto el principal diario de Blaine, *The Tribune* de Nueva York, sino por las indiscretas amenazas con que el Secretario, acorralado de todas partes y vencido, ha llegado hasta a anunciar su intento de acusar de traición a "los prohombres republicanos que han estado comunicándose con el gobierno de México en este conflicto para ayudarle a ridiculizar e impedir la política del Departamento de Estado". Los mismos diarios de Blaine levantaron el guante, y revelaron que ese ataque era a Blaine y al exministro Foster: y aun parecía llegar la amenaza encubierta hasta el mismo Ministro de México en Washington, que ha sabido afrontarla por fortuna con decorosa entereza.

Lejos ha ido el Secretario en el desconcierto en que lo tiene su derrota; y sus palabras fueron oídas como de persona a quien se ha de compadecer, por no haber sabido borrar con una retirada cauta y un silencio discreto el yerro grave de afirmar una demanda internacional sobre el hecho seguro de la prisión ilegal de un ciudadano, para venir a parar un mes después en enviar un comisionado a inquirir si la prisión fue efectivamente ilegal.

Un penoso trastorno ha caracterizado los actos del Departamento de Estado en todo este conflicto. A la una negaba que tuviese hecho lo que tenía determinado desde las doce, y hacía público a las dos. Ha dado a la prensa el Departamento los más opuestos rumores. Y ha caído en descrédito mayor por pretender ocultar con declaraciones de aparente firmeza las concesiones que se venía viendo forzado a hacer en virtud de sus yerros y de la opinión pública, a la cual revelaba la prensa día a día todo lo que insistía en negar el Secretario. Así fue como se le vino a arrancar la confesión de que se había nombrado enviado especial a Mr. Sedgwick, de quien se dijo al principio que era general, y hombre de mucha ciencia jurídica, sin que luego haya podido averiguarse que sea, más que un estimable caballero que ha escrito con juicio un libro sobre contratos.

Pero si en el atolondramiento y disgusto que le ha causado su inoportuna derrota ha ido quizá lejos en su acusación el secretario Bayard, ni a él que es político de oficio se le han podido escapar los manejos y el interés de sus rivales; ni dejan de ser claras las razones por que ha caído sobre él con tanto fuego el Partido Republicano.

Dirigido este por hombre de más escrúpulos y menor viveza y ambición que Blaine, acaso hubiera creído deber contribuir, si no a ayudarle, a salir por lo menos con decoro de un lance en que no quedaría bien puesta la nación, si aquí no fuese tanta la libertad de los hábitos públicos y la división de las manifestaciones de la opinión, y el gobierno no supiese que aquella no se cree responsable de los yerros de este ni lo es en realidad, como se ha visto ahora.

Pero Blaine es político felino, y tiene de su especie el salto elástico y la garra. Él sabe que este país no tiene tiempo de ver hacia atrás ni hacia adelante. Sabe que va tras lo que le deslumbra de presente. Tiene el don hábil de apoderarse del asunto palpitante en la época de sus campañas, y oscurecer con él su propia historia y los asuntos más graves de política menos ostentosa. Vienen las elecciones de candidatos a la presidencia. Él, que solo en mil votos casuales fue vencido por Cleveland, se presenta de nuevo candidato por el Partido Republicano. Ve que los demócratas van sin rumbo, y quitan a su partido con sus abusos locales y su oposición a Cleveland el prestigio de reformador que llevó a este de triunfo en triunfo al poder. Ve que a Cleveland no lo siguen los demócratas. Ve que sin Cleveland y lo que él representa, no volverá a confiarse a los demócratas el país. ¡Qué fortuna para él, que en su discurso de vencido anunció el riesgo de dar el gobierno al Sur, el poder antes de dos años presentarse a la nación denunciándole que se ha estado a punto de envolverle en una guerra ridícula para complacer al Sur que la desea!—Blaine no pierde tiempo, no se cuida de lo que le dirán sobre su propia manera de entenderse, cuando fue secretario de Garfield,

con nuestros países hispanoamericanos, con Colombia, con Chile, con el mismo México. Lo que él ve es que la cabeza del Partido Demócrata le está temblando sobre los hombros, y que él puede ponerse en lugar del descabezado: y de las mismas manos de Bayard toma el hacha con que ha de echar abajo la cabeza.—Percibió con sus ojos de águila la importancia del instrumento que le ofrece la fortuna, y ha usado y usará de él, como medio de campaña, con esa deslumbradora rapidez que llega a dar apariencia de hombre de Estado a aquel a quien solo falta para serlo el concepto superior de humanidad y de justicia que los produce y consagra.

Por ahí va a comenzar su campaña; por eso ha puesto tanto empeño, ya que Bayard le dio hechas las razones con sus yerros, en demostrar la ineptitud y ligereza con que ha llevado el Secretario el caso de Cutting; porque de ahí sacará él su argumento principal para combatir a los demócratas más seguros:—el peligro de dar el gobierno de la nación al Sur, que se ha apresurado a comprometerla en una guerra innecesaria y sin defensa.—Así lo ha visto Bayard, que acaso, desconociendo la entereza y habilidad de México, creyó adecuado el caso de Cutting para hacerse sin gran riesgo de capital político en el Sur, cuyos votos corteja a fin de que le ayude a ser electo candidato a la presidencia. ¡Es tan doloroso como oportuno saber que la paz de un pueblo depende a veces de los juegos políticos de dos rivales que se disputan el mando en un pueblo extranjero!

Ni exagerarse, ni desconocerse, deben estos elementos reales de la política viva. Determinada así por el caudillo de los republicanos la campaña sobre este fracaso ostentoso del Secretario de Estado, no solo emprende él con fe una lucha en que tiene de su lado la opinión que no quiere esta vez la guerra, y en la que a un tiempo combate con posibilidad de victoria, a un partido despedazado y a un rival terrible por su influjo político; sino que a su voz, que tantas veces los ha llevado a la victoria, le sirven con admirable disciplina sus amigos en el Congreso y en la prensa, a quienes tiene Blaine enseñado con su ejemplo la ventaja de dar sobre el enemigo cuando está aún aturdido por el golpe.

Es digno de estudio como caudillo político este hombre tenaz: tiene siempre a sus huestes dispuestas para la pelea: inspira en ellas el mismo ardor y presteza pasmosa que a él le anima: da sus batallas de intriga con la misma precisión y rapidez con que se dan las batallas en campaña: está despierto cuando todos sus rivales duermen. Es hoy el único pretendiente activo para la candidatura de los republicanos; y toda esa ciencia y estrategia la ha empleado desde el primer instante sin descanso, para exhibir ante el país los errores del secretario Bayard en el caso de Cutting, y hacer más completa e irremediable su derrota, para dejar así a la vez anonadado al candidato y desacreditado

por incapaz y riesgoso a su partido. De este modo ha venido la política interior a ser auxiliar eficaz ¡pero eventual! de la justicia y habilidad con que México ha sabido esta vez librarse de la guerra.

Ya se sabe que no es, por desdicha, amigo de la paz con México el espíritu de los estados del Sur; y que en una nación regida principal, si no exclusivamente, por el apego desmedido de cada hombre a su bien propio, ha de tenerse siempre como probable la acción en que esté a la vez empeñado el interés individual de un número crecido de hombres. Ya se sabe que el Sur desea las tierras feraces y mineras de la frontera mexicana, y que, con una prisa que ha sido dignamente contestada en la otra orilla, ha mostrado esta vez disposición, y en algunos lugares, hasta ansia de la guerra.

Pero más que ese mal constante, que solo puede prevenirse favoreciendo apresuradamente y a toda costa las poblaciones y comarcas de la frontera, y teniendo en sus ciudades un buen número de personas de prudencia exquisita, llama la atención aquí la insistencia y naturalidad con que la prensa del Oeste y el Este se refieren, con ese tono seguro de las cosas sabidas, a la posibilidad de que los intereses norteamericanos en México pudiesen producir—como dice el *World,* de Nueva York, no extraño a esos intereses según se presume,—"un estado de cosas en el que hubiera muchos que deseasen una guerra con México, para dar de ese modo un valor permanente a sus propiedades". "Los profetas dicen—continúa el *World*—que eso ha de suceder tarde o temprano". ¡No lo quiera Dios, y ya México sabrá evitarlo, apresurándose a explotar por sí, como medio acaso único de impedir el conflicto, las riquezas que los extraños le codician, para no tener de este modo que aceptar un capital cuyo interés es demasiado caro! O legislando eficazmente la posesión de tierras y minas en su territorio, con una ley parecida a la que ahora acaban de dictar los Estados Unidos para prohibir la absorción de su suelo por compañías extranjeras.

No esta guerra con México, que aquí está en la raíz de las gentes y hay que ir quemando día sobre día en la misma raíz, en el desconocimiento que acá se tiene de la nobleza y brío del carácter mexicano; no esta guerra con México, sino otra con Europa por el canal de Panamá es la que tenía en la mente Samuel Tilden, el anciano que acaba de morir, cuando recomendó al Congreso, desde su sillón de enfermo, viendo correr anchas y serenas como sus pensamientos las ondas del río Hudson, que procediese sin demora a fortificar las costas desamparadas, de los Estados Unidos.

Le temblaban las manos al octogenario; sus criados tenían que darle de comer: su sobrina

pasaba el día a su lado leyéndole filosofías y versos; pero él no podía librarse de la agonía celosa con que perseguía de lejos las luchas del partido que le cautivaban el alma, ni del noble deseo de dejar puesto su nombre entre los que han hecho en su país algo de extraordinario y perdurable.

Era de aquellos hombres, aquí raros, que no se satisfacen con la mera posesión de la fortuna; famoso en los tribunales por lo sagaz, por lo previsor en la política, en los negocios por prudente y feliz, y en la historia de su patria por haberse negado a disputar con las armas su derecho clarísimo a la presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1876 contra el republicano Hayes, a quien la adjudicó una Comisión del Congreso con fraude visible.

Noble fue aquella alma. Él era varón de virtud, que desde la mayor humildad se había levantado, sobre los puntales de su talento, a la posesión de cuantiosísimas fortunas, y a la cabeza de su gran partido. Él sentía natural pasión por el soberbio puesto que lleva de mano de la ley a un hijo de pobres hasta el gobierno del pueblo más numeroso de hombres libres.—Él quería barrer de arriba los vicios de compadrazgo e interés que muerden con diente hediondo en la política americana, tal como lo había barrido de su asiento de fiscal del estado y de gobernador a los bribones coaligados que con su influjo venían atrincherándose en empleos que les permitían defraudar las arcas públicas con robos estupendos.—Y luego, él tenía grande alma, que lleva con irresistible empuje a lo encumbrado y peligroso: él veía en sí coronada la persona humana!—¿Qué suprema angustia no debió sentir aquel trabajador hecho de sí, aquel espíritu de derecho, cuando se vio burlado en la posesión del mayor premio que es dable en la tierra apetecer a un hombre, y vio ultrajada la ley pública en el mismo que ganó su eminencia en defenderla?

Él había sido abogado grandísimo: huroneaba en los rincones de sus casos: penetraba en ellos como un espía de oficio, estudiaba su parte con ojos de juez: tendía a la vista del contrario atónito el tejido mismo de intenciones y argumentos que se guardaba callado en la mente: manejaba sus pruebas, con el brillo y ardor con que guía y abate un general en las batallas: tenía el placer y el vicio de la justicia.

Él veía en sí un ejemplo para la juventud que se acobarda, o se corrompe, o se vende a un matrimonio, o se vende a un gobierno: de estudiante infeliz, llegó a dueño legítimo de cinco millones, sin venderse a nadie, ni al gobierno, que fue a buscarlo a su casa por honrado, ni al matrimonio porque amó de joven a una noble criatura que lo quiso pobre y se volvió imbécil, y él le mantuvo en su desdicha la fe que le empeñó en la hora de la razón. Deslució acaso sus primeros años, cuando la guerra de los esclavos debió llamarlo a una carrera activa, por el afán—¡excusable

en quién conoce la vida!—de comprar con una fortuna libre el derecho de ser honrado y virtuoso: no enseñó la mano hasta que la tuvo fuerte: no hacía negocios al azar, ni ponía sus ahorros en ambiciosas empresas, sino que estudiaba los elementos de cada operación como los puntos de un caso de derecho, y entraba a negociar sobre seguro con fuerza matemática.

Él tenía mente mayor, con la que consideraba que si en tiempos pasados fueron precisos aquellos patriarcas generosos y sabios que preparaban a su pueblo para la riqueza, hoy era necesario un sabio nuevo que lo redimiese de los vicios públicos a que lo ha llevado el exceso de ella.

Él veía el voto ignorante, los audaces apoderados de él, el egoísmo comiéndose al heroísmo, el amor a sí sofocando en cada hombre el amor a la patria, el amor al goce pervirtiendo en la mujer aquella majestad y dulcedumbre con que ilumina y enamora.

Él se sentía ayudado de la habilidad en la virtud.

Él rebosó de justo júbilo cuando en pago de sus honrados hechos, de su maestría mental, de su capacidad para pensar por sí y directamente, de su influjo sobre los miembros notables de su partido, con quienes se mantenía en cartas constantes sobre los asuntos públicos, se vio electo candidato de los demócratas para presidir por cuatro años su república, para limpiar los establos, para infundir idea nueva y tamaño de grandeza en la vida de la nación, para entusiasmar y estremecer a un pueblo que ha empezado a podrirse en la prosperidad.

Y ¡todo, todo vino a tierra, a la voluntad de una camarilla injusta! Se aceptó como buena la elección falsa del estado dudoso que debía darle el triunfo. Se consumó el robo del puesto sagrado. Muy a borbotones le saltó al gran viejo la sangre en el pecho. Muy amargamente vio pasar para sí y para su pueblo la ocasión de volver a ser grande. Y con mucha crueldad le llamaron cobarde sus amigos, porque no quiso hacer andar sobre sangre su derecho.

Pero él se fue a hablar con su hermana canosa, quien vive en una casa que le regaló él de su trabajo, y departió mucho con ella en sigilo en una tarde solemne: y templado en piedad salió de aquella plática con mujer, decidido a perder su derecho al honor más grande a que podía aspirar un hombre en su patria, si había de costar una sola vida el conseguirlo.

¡A esta abnegación han llamado miedo los que no son capaces de ella! ¡los que solo a sí ven en el mundo, y a su engrandecimiento propio! ¡los que no aman a la patria bastante para posponerle todo amor de sí! ¡Por aquella abnegación se negó su partido a presentarlo de candidato en las elecciones siguientes, para dar ocasión de victoria sin violencia al derecho burlado!

Pero su influjo subía poco a poco: su voluntad designaba a los candidatos: su consejo

dirigía al partido: sus comunicaciones interesaban a la nación: su silla de viejo era a manera de trono: su carta definitiva de renuncia a la candidatura en 1884 está escrita como por un profeta tallado en la montaña: su testamento otorga tres millones de pesos para la formación de una biblioteca pública: y este magnífico legado enseña, como resumen de su cuantiosa vida, que la suma deducción del político más práctico y agudo que vivía en este pueblo fue que la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la república y el remedio de sus vicios es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 8 de septiembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El proceso de los anarquistas.—Sentenciados a muerte.—La bomba de Chicago.—Los anarquistas presos, y sus métodos.—Las corrientes sociales en su obra sobre los caracteres destructivos.—Estudios de la formación de estos conflictos, y análisis de sus elementos.—Los trabajadores americanos repudian a los anarquistas alemanes.—El jurado.—Curso y escenas del proceso.—El día de la sentencia.—Las madres y las esposas oyen la sentencia.—La mulata de Parsons.—El juez es saludado.—

Nueva York, 22 de agosto [de 1886].

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Aquellos anarquistas que en las huelgas de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que echó por tierra a siete de ellos, y huyeron luego a sus redacciones de diarios, a las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, a los túneles secretos donde enseñan a sus afiliados a manejar las armas, y a untar de ácido prúsico, para que maten mejor, los puñales de hoja estriada; aquellos siete caudillos que tenían preparado un alzamiento ciego, para atacar las casas ricas, incendiar las grandes fábricas, volar con bombas de dinamita muros y hombres, aquellos que construyeron la bomba, que convocaron a los trabajadores a las armas, que llevaron cargado el proyectil a la junta pública, que excitaron a la muchedumbre a la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido a la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, que celebraron su maldad sacando a la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete alemanes, meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre a la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales, aquellos han sido condenados en Chicago a muerte en la horca.

Tres de ellos ni entienden siquiera la lengua en que los condenaron. El que hizo la bomba, no lleva más que nueve meses de pisar esta tierra que quiere ver en ruinas. Uno solo de los siete, casado con una mulata que no llora, es norteamericano, y hermano de un general del ejército. Los demás trajeron de Alemania el pecho cargado de odio.

Desde que llegaron, se pusieron a preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas, alquilaban casas para hacer experimentos: rellenaban de *fulmicoton* trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche hombres y mujeres por los lugares abandonados de la costa a ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco. Imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar. Se atraían con sus discursos ardientes a los miembros más malévolos, adoloridos y obtusos de los gremios de los trabajadores. “Pudrían—dice el abogado—como el vómito del buitre, todo aquello a que alcanzaba su negra sombra.” Aconsejaban el empleo de los bárbaros medios imaginados en los países donde no gozan los que padecen de palabra ni voto; aquí donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad; y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla. Al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron a tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana, en Nueva York, en Milwaukee, en Chicago. En libros, diarios y juntas adelantaban su organización armada, y predicaban una guerra de destrucción, incendio y exterminio contra la riqueza, y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes hechas que lo estorban, para que no prosperasen so color de martirio—ideas que se creyó caerían de suyo, por ser nacidas en tierras extrañas de una presión que aquí no existe en la forma agresiva y violenta que del otro lado del mar las ha engendrado. Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza a la destrucción. Y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, y esparció sobre la tierra entreabierta los miembros rotos de los soldados de la ley, se vio que la demencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Se ha visto en el proceso. Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos que, salvo el norteamericano, tiemblan hoy y están pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, preparaban en calma al lado de sus hermanas y mujeres los instrumentos más alevosos de matar que han sugerido nunca al hombre la venganza o la injusticia.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que de meses atrás tenían fábrica de bombas; y andaban con ellas en los bolsillos “en espera del buen momento”, y atisbaban al paso a los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago a una hora las

carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron a hacerlas las descubrieron a la policía.

No se quejaban contra nadie en especial: no querían matar a este ni aquel: no se fijaban en esta fábrica o la otra: querían arrasar, espantar, incendiar, matar sin orden.—Ni una idea luce en tanto crimen. Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad, no aquel grito vibrante de justicia que revela a los apóstoles cansados, a las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal lo echan por tierra, a los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre sin miramiento del bien propio en las faenas de aliviarla.

No. Todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar; otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan a la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas o confusas con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia. Así se explica cómo los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban a su sombra, y cómo de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio a ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente, a leer la noticia. A carreteros y banqueros, a cargadores y corredores, a todos parecía bien la sentencia.

Ay! Aquí los corazones no son generalmente sensibles! aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo a mano fría! aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza! Pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público; se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la majestad con que se alza la conciencia nacional contra la injusticia o el crimen; se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro o su derecho. Y esta vez ni un solo gremio de

trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, cuando el proceso ni cuando el veredicto, con los que van a morir por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose a sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente a ella, ni están autorizados por ella, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo o maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares,—pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad o provecho, fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros ¡los menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.—Y aquí, a favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en la población enorme, de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores, y los charlatanes.

Los ignorantes les siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños a esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica da mayor gravedad y color distinto a los mismos males que aquí los hábitos de la libertad hacen llevaderos. El silencio amparó la obra siniestra. Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron a su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando a los desesperados, echando al aire la bomba encendida.—Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro a miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo a los que a sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena a muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reúnen en New York dos mil alemanes a condolerse de los sentenciados, se ve cruzar después del veredicto a la mulata de Parsons con los ojos en sangre y los puños mordidos, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en New York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy a las tablillas de los diarios hubiera podido oír a un solo trabajador ni comerciante, una palabra de condenación o de ira contra el terrible acuerdo del jurado. El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban.

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que a la raíz del proceso, y por lo que en él se iba sabiendo corría el jurado, eran garantía de que no sentenciaría a muerte a los anarquistas a tener la menor posibilidad de evitarse así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ella para no incurrir en la ira de los anarquistas. Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla sin miedo, por la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento. Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad a juzgar a los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales a todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas enfurecidos por la sentencia de sus jefes, llevasen a cabo las amenazas que esparcían mientras se estaba eligiendo el jurado. Grande debía ser la evidencia e ignominiosa la debilidad, para que, con la opción a perdonar con cierta popularidad o a sentenciar con riesgos de sus vidas, se decidiesen a sentenciar.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce. Reunidos al fin, siguió por todo un mes el proceso sombrío. De noche, reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarlos de toda comunicación o amenaza; deliberaban, comentaban el día, iban concentrando el juicio, se distraían tocando el piano, bajo y violín. De día, eran las sorpresas, la evidencia que se encadenaba, la realidad imperdonable de aquellos múltiples delitos: ya era el norteamericano Parsons, a quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su firmeza aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos a los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba a la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacia las bombas.

Una joven repartía un día a los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba cargada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por uno de los presos, con ayuda del camarada que lo denunciaba en el banquillo. Cada día se veía crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración lenta, las excitaciones al incendio y al asesinato, la publicación de claves en el diario con estos fines, el tono criminal de los discursos en las reuniones de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores. Estaba entre los presos el que la había hecho.—Esa y cien más:—un joven frío, erguido y silencioso. Los restos de la bomba eran iguales a las que los cómplices de los presos entregaron a la policía, y a las que el periodista enseñaba en su imprenta como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron, se extendieron demasiado, dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación fueron los amigos, los compañeros, los empleados, los cómplices de los presos. Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado;—"¡De una vez por todas, descabezar a ese monstruo! ¡La vida de la nación es la que está en peligro! ¡La libertad no puede proteger a los que la emplean para asesinarla, y para predicar la destrucción de los que viven en ella honradamente, y el repartimiento a la luz del incendio de la riqueza acumulada con el trabajo! ¡La sociedad no puede quedar a la merced de esos homicidas fríos!"—Lívidos oían la acusación los infelices presos, que hasta aquel instante acaso no caían en la enormidad y alcance de su culpa!

Los defensores hablaron sin fortuna, procuraron en vano explicar los discursos y artículos que produjeron la matanza, ni intentar siquiera pudieron la contradicción del testimonio que probaba la fabricación y circulación premeditada de las bombas, y la identificación de los que las encendieron y lanzaron. El juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que excita a cometer un delito y prepararlo, es tan culpable de él como el que lo comete. Anonadaba tanta prueba: estremecía lo que se había visto y oído: trascendía al tribunal el espanto público causado por aquellas revelaciones, por las bombas frescas, por el puñal bañado en ácido prúsico, por la correspondencia que acusaba un trabajo constante en materias explosivas, por la predicación continua en el diario anarquista del derecho a usar de ellas contra el gobierno y la riqueza, por el proyecto evidente de reducir a Chicago a muerte y llamas. El jurado deliberó poco, y a la mañana siguiente los presos fueron llamados a oír el veredicto.

Pobres mujeres! La viejecita Spies, la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quisiera ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab, una desdichada y seca criatura, de cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y espantados, como de quien viviera en compañía de

un duende:—Schwab es así, desgarbado, repulsivo, de funesta apariencia, la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable e inteligente como él, que no pestañea en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no llora, que no mueve un músculo del rostro cuando oyó la sentencia fiera:—los cronistas de los diarios se le acercan, más para tener qué decir que para consolarla, ella aprieta el rostro contra su puño cerrado: no mira, no responde: se le nota en el puño un temblor creciente,— hasta que se pone en pie de súbito, aparta con un ademán a los que la rodean, y va a hablar de la apelación con su cuñado el general. La viejecita ha caído por tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía, mientras leían el veredicto, en imitar con el cordón de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vio salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,— el primero de todos! Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando.—"¿Cuál es, cuál es el veredicto?" le voceaban de todas partes.—"¡Culpables!" dijo, ya en marcha. Un hurra, ¡triste hurra!, llenó la plaza. Y cuando salió el juez, lo saludaron.

José Martí

El Partido Liberal. México, 10 de septiembre de 1886.
[Mf. en CEM]

EL PROCESO DE LOS SIETE ANARQUISTAS DE CHICAGO

El problema del trabajo en Europa y en América.—Estudio de caracteres.—El proceso.—El veredicto: aplauso unánime.

New York, septiembre 2 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Aquellos anarquistas que en la huelga de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que mató a siete de ellos, y huyeron luego a las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, a los túneles donde enseñan a sus afiliados a manejar las armas, y a untar de ácido prúsico, para que maten más seguramente, los puñales de hoja acanalada; aquellos que construyeron la bomba, que convocaron a los trabajadores a las armas, que llevaron cargado el proyectil a la junta pública, que excitaron a la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido a la mecha de la bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, y sacaron luego a la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete alemanes, meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre a la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales; aquellos han sido condenados, en Chicago, a muerte en la horca.

Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban. El que hizo la bomba, no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruina.

Uno solo de los siete, casado con una mulata que no llora, es norteamericano, y hermano de un general de ejército: Los demás han traído de Alemania cargado el pecho de odio.

Desde que llegaron, se pusieron a preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas de dinero: alquilaban casas para hacer experimentos: rellenaban de *fulmicoton* trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche con sus novias y mujeres por los lugares abandonados de la costa a ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco: imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar: se atraían con sus discursos ardientes

la voluntad de los miembros más malignos, adoloridos y obtusos de los gremios de trabajadores: "pudrían,—dice el abogado,—como el vómito del buitre, todo aquello a que alcanzaba su sombra".

Aconsejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto, aquí donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla: al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron a tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana, en New York, en Milwaukee, en Chicago.

En libros, diarios y juntas adelantaban su organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza, y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes que lo estorban, para que no pudiesen prosperar so color de martirio, ideas de cuna extraña, nacidas de una presión que aquí no existe en la forma violenta y agresiva que del otro lado del mar las ha engendrado.

Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza a la destrucción; y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, se vio que la clemencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos que, salvo el norteamericano, tiemblan hoy, pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, manejaban en calma los instrumentos más alevosos que han sugerido nunca al hombre la justicia o la venganza.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que de meses atrás tenían fábrica de bombas, y andaban con ellas en los bolsillos "en espera del buen momento", y atisbaban al paso a los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago a una hora fija las carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron a hacerlas las descubrieron a la policía.

No embellece esta vez una idea el crimen.

Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad que revela a los apóstoles cansados, a las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra, a los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre por aliviarla sin miramiento del bien propio.

No: todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor o en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan a la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas o confusas con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajenan la voluntad por su violencia.

Así se explica que los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban a su sombra; y como de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio a ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente a leer la noticia.

¡Ay! aquí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo a mano fría! aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza!; pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público,—se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la pujanza con que se revela la conciencia nacional contra la injusticia o el crimen,—se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro o su derecho.

Y esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, con los que mueren por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose a sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente a ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo o maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con pretexto público en todas las conmociones populares, pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad o provechos fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros, ¡los menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.

Aquí, a favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en esta población enorme, de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores y los charlatanes. Los ignorantes los siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños a esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica da mayor gravedad y color distinto a los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos.

El silencio amparó la obra siniestra.

Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron a su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando a los desesperados, echando al aire la bomba encendida.

Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro a miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo a los que a sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena a muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reúnen en New York dos mil alemanes a condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en New York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy a las tablillas de los diarios hubiera podido oír a un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación o de ira contra el acuerdo del jurado.

El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban.

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que, a la raíz del proceso corría el jurado, venían siendo garantía de que él no daría veredicto de muerte contra los anarquistas a tener la menor posibilidad de evitarse así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ello para no incurrir en la ira de los anarquistas.

Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia, y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento.

Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad a juzgar a los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales a todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas enfurecidos por la sentencia de sus jefes llevasen a cabo las amenazas que esparcían abundantemente mientras se estaba eligiendo el jurado.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce.

Reunidos al fin, siguió por todo un mes la sombría vista.

De noche reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarles de toda comunicación o amenaza: deliberaban: comentaban los sucesos del día: iban concentrando el juicio: se distraían tocando piano, banjo y violín. De día, eran las sorpresas.

Ya era el norteamericano Parsons, a quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su seguridad aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos a los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba a la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacía las bombas.

Una joven repartía un día a los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba cargada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por uno de los presos, con ayuda del cómplice que lo denunciaba desde el banquillo.

Cada día se veían crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones al incendio y el asesinato, la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores.

Estaba entre los presos el que la había hecho, esa y cien más.

Los restos de la bomba eran iguales a las que los cómplices de los presos entregaron a la policía, y a las que tenía el periodista en su imprenta y enseñaba como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron y dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación eran amigos, compañeros, empleados, cómplices, de los presos.

Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores. El

juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que incita a cometer un delito y a prepararlo es tan culpable de él como el que lo comete.

Anonadaba tanta prueba. Estremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público.

El jurado deliberó poco, y a la mañana siguiente los presos fueron llamados a oír el veredicto.

¡Pobres mujeres! La viejecita Spies, la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quiere ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab, desdichada y seca criatura, el cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y ansiosos, como de quien viviese en compañía de un duende: Schwab es así: desgarbado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable e inteligente como él, que no pestañea en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no mueve un músculo del rostro cuando oye la sentencia fiera. Los noticieros de los diarios se le acercan, más para tener qué decir que para consolarla. Ella aprieta el rostro contra su puño cerrado.

No mira; no responde; se le nota en el puño un temblor creciente; se pone en pie de súbito, aparta con un ademán a los que la rodean, y va a hablar de la apelación con su cuñado.

La viejecita ha caído en tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía mientras leían el veredicto en imitar con los cordones de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vio salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,—el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó al carruaje que lo estaba esperando.

—“¿Cuál es, cuál es el veredicto?” voceaban de todas partes.—“¡Culpables!” dijo, ya en marcha. Un *hurrah,* ¡triste hurra! llenó la plaza.—Y cuando salió el juez, lo saludaron.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 21 de octubre de 1886.

[Copia digital en CEM]

EL TERREMOTO DE CHARLESTON

Horror del primer choque.—Rompe el incendio.—Extraordinarias escenas.—Escenas de la madrugada.—Torres caídas.—Casas rotas: sesenta muertos.

New York, septiembre 10 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Un terremoto ha destrozado la ciudad de Charleston. Ruina es hoy lo que ayer era flor, y por un lado se miraba en el agua arenosa de sus ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía a lo interior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jazmines.

Los blancos vencidos y los negros bien hallados viven allí después de la guerra en lánguida concordia: allí no se caen las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas; allí a la boca del Atlántico se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin a guerra al Sur y al Norte; allí recibieron con bondad a los viajeros infortunados de la barca Puig.

Las calles van derecho a los dos ríos: borda la población una alameda que se levanta sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India: en la calle de King se comercia; la de Meeting ostenta hoteles ricos; viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro a hombro como estas casas impúdicas y esclavas de las ciudades frías del Norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto a la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de yerba y girasoles y sus naranjos a la puerta.

Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres que en la mañana tienden en la baranda del colgadizo alto las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo azul o rojo: el polvo de la derrota vela en otros lugares el color crudo del ladrillo de las moradas opulentas, se vive con valor en el alma y con luz en la mente en aquel pueblo apacible de ojos negros.

Y ¡hoy los ferrocarriles que llegan a sus puertas se detienen a medio camino sobre sus rieles torcidos, partidos, hundidos, levantados; las torres están por tierra; la población ha pasado una semana de rodillas; los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente a las ruinas de sus casas, a las paredes caídas, a las rejas lanzadas de su base de piedra, a las columnas rotas!

Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche por el temblor de tierra que sacudió como nidos de paja sus hogares, viven aún en las calles y en las plazas, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas con sus propias ropas.

Ocho millones de pesos rodaron en polvo en veinticinco segundos. Sesenta han muerto, unos aplastados por las paredes que caían, otros de espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron a la vida.

Estas desdichas que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos.

De allí los terremotos con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación: ¡con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol!: ¡pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos!

Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol!: pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda a levantar!

Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

Serían las diez de la noche. Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos: ponía fin a sus rezos en las iglesias la gente devota, que en Charleston, como país de poca ciencia e imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor o al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas: dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra, que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa, se extiende el pueblo: jamás hubo cerca volcanes ni volcanillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras: de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos perennemente cubiertos de flores blancas. Ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja, que amarillea con la arena de la cuenca, esas olas robustas que echa sobre la orilla oscuras como fauces, el océano cuando su asiento se desequilibra, quiebra o levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que hincha y encorva la ola y la despide como un monte hambriento contra la playa.

En esa paz señora de las ciudades del Mediodía empezaba a irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan de prisa.

Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido: lámparas y ventanas retemblaron... rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería: sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores, con sus casullas huían los clérigos, sin ropas se lanzaban a las calles las mujeres olvidadas de sus hijos: corrían los hombres desalados por entre las paredes bamboleantes: ¿quién asía por el cinto a la ciudad, y la sacudía en el aire, con mano terrible, y la descoyuntaba?

Los suelos ondulaban; los muros se partían; las casas se mecían de un lado a otro: la gente casi desnuda besaba la tierra: ¡oh Señor! ¡oh, mi hermoso Señor! decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo, un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba: ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de las casas caídas subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus criaturas: con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande belleza: hermanos y maridos llevan a rastra o en brazos a mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horrendos, con los brazos y las piernas rotas: una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra, a quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada, que corre de un lado a otro, orando, llamando a grandes voces a Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras, a la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en jirones en torno a muchos rostros, y en torno de otros se le ve que vaga, cual buscando su asiento

ciega y aturdida. Ya las llamas son palio, y el incendio sube; pero ¿quién cuenta en palabras lo que se vio entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo: giran las gentes, como estudiando la mejor salida; rompen a huir en todas direcciones: la ola de abajo crece y serpentea; cada cual cree que tiene encima a un tigre.

Unos caen de rodillas: otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan el frente: el horror de las bestias aumenta el de las gentes: los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado a otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras: otros husmean el suelo: a otro, a la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el cuerpo temblante como caña en tormenta: ¿qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra a la batalla?

Entonces, cuando cesó la ola segunda, cuando ya estaban las almas preñadas de miedo, cuando de bajo los escombros salían, como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos, cuando hubo que atar a tierra como a elefantes bravíos a los caballos trémulos, cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo, cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos que les cortaron la fuga, cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres, cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros, entonces empezó a levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás exploradas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas.

Los pocos bravos que quedaban en pie, ¡que eran muy pocos! procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas a un tiempo adulando a Dios con las lisonjas más locas del miedo!

Apagaban el fuego los más bravos, levantaban a los caídos, dejaban caer a los que ya no tenían para qué levantarse, se llevaban a cuestas a los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora: todos los relojes se habían parado, en el primer estremecimiento.

La madrugada reveló el desastre.

Con el claror del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas en polvo, los pórticos rebanados como a cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y las torres volcadas, y la espira más alta prendida solo a su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fue calentando los corazones: los muertos fueron llevados al cementerio donde está sin hablar aquel Calhoun que habló tan bien, y Gadsden, y Rutledge y Pinckney: los médicos atendían a los enfermos: un sacerdote confesaba a los temerosos: en persianas y en hojas de puerta recogían a los heridos.

Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas: frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros: humeaban muchas casas: por las hendiduras recién abiertas en la tierra había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja. Otros duermen a un niño sobre una almohada y lo cobijan con un quitasol. Huyen aquellos de una pared que está cayendo. ¡Cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir!: va besando al muerto el hijo barbado que lo lleva en brazos, mientras el llanto le corre a hilos.

Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

Saint Michael de sonoras campanas, Saint Phillip de la torre soberbia, el Salón hiberniano en que se han dicho discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, lo mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado o se está inclinando sobre la tierra.

Un hombre manco, de gran bigote negro y rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo a un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto:—“no ha caído, muchachos, no ha caído”: ¡lo que no había caído era la casa de justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez el ardiente Magrath; juró dar al Sur toda su sangre, y se la dio!

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros a que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared o en forma de araña han quedado aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques, colocados en lo alto de la casa, se ha filtrado por las grietas y la inunda: en el

pórtico mismo parecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

(Concluirá)

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 14 de octubre de 1886.
[Copia digital en CEM]

EL TERREMOTO DE CHARLESTON

En los alrededores.—Entrada en Charleston de los primeros visitantes.—La ciudad entera vive en carros y tiendas.—Arrebato de los negros.—Orgías religiosas.—Escenas singulares.—Las causas de los terremotos.—La ciudad renace.

(Conclusión)

New York, septiembre 10 de 1886.

Sr. Director de *La Nación:*

Grande fue la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía a las casas. No había comercio ni mercado. Un temblor sucedía a otro, aunque cada vez menos violentos. La ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente a los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido a las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevasen con ella,—que así el hábito llega a convertir en bondad y a dar poesía a los mismos crímenes,—¡así esas criaturas, concebidas en la miseria por padres a quienes la esclavitud heló el espíritu, aún reconocen poder sobrenatural a la casta que lo poseyó sobre sus padres!: ¡así es de buena y humilde esa raza que solo los malvados desfiguran o desdeñan!:—¡pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla!

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejoras, para volver a poco aterrados de lo que veían. En veinte millas a lo interior el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies de ancho a que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, o arena solo, que se apilaba a los bordes del pozo como en los hormigueros, o agua y lodo azulado, o montoncillos de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra estuviese el lodo primero y la arena más a lo hondo. El agua nueva sabía a azufre y hierro.

Un tanque de cien acres se secó de súbito en el primer temblor, y estaba lleno de peces muertos. Una esclusa se había roto, y sus aguas se lo llevaron todo delante de sí.

Los ferrocarriles no podían llegar a Charleston, porque los rieles habían salido de quicio, y estallado, o culebreaban sobre sus durmientes suspendidos.

Una locomotora venía en carrera triunfante a la hora del primer temblor, y dio un salto, y sacudiendo tras de sí como un rosario a los vagones lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra a poca distancia seguía silbando alegremente, la alzó en peso el terremoto, y la echó a un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye espantada los mensajes de ira con que visitan sus cabezas los necios pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oírse a millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar el centro de esta rotura de la tierra.

En Columbia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados. En Abbeville el temblor echó a vuelo las campanas, que ya tocaban a somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah, tal fue el espanto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar a pocos metros de la costa una columna de humo.

Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos, y se amparaba de los árboles, juntándose en lo oscuro de la selva para cantar en coro arrodillada las alabanzas de Dios e impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, tembló y se abrió la tierra. Un masón despavorido, que se iniciaba en una logia, huyó a la calle con una cuerda atada a la cintura.

Un indio *cherokee* que venía de poner mano brutal sobre su pobre mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñaba su palabra al Señor de no volverla a castigar jamás.

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y pozos, pudieron llevar a Charleston socorros de dinero y tiendas de campaña! De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del Oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían bajo tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas a veces y trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas; tiendas blancas y azules con listas rojas.

Ya habían sido echadas por tierra las paredes que más amenazaban. Alrededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderías con apariencias de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados, un vocear salvaje. Se abrazaban llorando al encontrarse las mujeres, y su llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo: se ponían en silencio de rodillas: oraban: se separaban consoladas.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan, y echan a andar, y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros, negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su encendida raza.

Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca.

Se vio, desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo a su rostro una naturaleza extraña: ¡era la raza comprimida, era el África de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra a aquellos hombres de África un sol negro! Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura.

Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto

una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a las de los rayos del sol.

Miserable parodia de esa soberana constitución son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo solo les dejaron acaso vivas para trasmitir a sus descendientes, engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza arrebatada y libre.

Pero ni la esclavitud que apagaría al mismo Sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza: ¡así se la vio surgir en estas almas calladas cuando el mayor espanto de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! ¡así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en tierra de América y enseñados en sus prácticas, ese temor violento e ingenuo, como todos los de su raza llameante, a los cambios de la naturaleza encandecida, que cría en la planta el manzanillo, y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la *Biblia.* Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror en los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteado y manso como se vieron ellos.

Jesús es de ellos, y le llaman en sus preces "mi dueño Jesús", "mi dulce Jesús", "mi Cristo bendito". A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. "Esto es Sodoma y Gomorra" se decían temblando: "¡Se va a abrir, se va a abrir el monte Horeb!" Y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo.

El convencimiento de su expatriación, de la terrible expatriación de raza, se les asaltó de súbito por primera vez acaso de sus vidas, y como se ama lo que se ve y lo que hace padecer, se prendían en su terror a los blancos, y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que "se acabase el juicio".

Iban, venían, arrastraban en loca carrera a sus hijos; y cuando aparecieron los pobres viejos de su casta, los viejos sagrados para todos los hombres menos para el hombre blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada a la tierra, repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del vigor e ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal que los blancos mismos, los mismos blancos

cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada a aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en grupo por el suelo, presa de este frenesí de raza que tenía aparato religioso. Verdaderamente se arrastraban. Temblaba en su canto una indecible ansia. Tenían los rostros bañados de lágrimas: *"¡Son los angelitos, son los angelitos que llaman a la puerta!"* Sollozaban en voz baja la misma estrofa que cantaban en voz alta. Luego el refrán venía, henchido de plegaria, incisivo, desesperado: *¡Oh, dile a Noé, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca!* Las plegarias de los viejos no son de frase ligada, sino de esa frase corta de las emociones genuinas y las razas sencillas.

Tiene las contorsiones, la monotonía, la fuerza, la fatiga de sus bailes. El grupo que le oye inventa un ritmo al fin de frase que le parece musical y se acomoda al estado de las almas: y sin previo acuerdo todos se juntan en el mismo caso: esta verdad da singular influjo, y encanto positivo a estos rezos grotescos, esmaltados a veces de pura poesía: "*¡Oh, mi Señor, no toques, oh, mi Señor, no toques otra vez a mi ciudad!"*

"Los pájaros tienen sus nidos: ¡Señor, déjanos nuestros nidos!" Y todo el grupo, con los rostros en tierra, repite con una agonía que se posesiona del alma:—*"¡Déjanos nuestros nidos!"*

En la puerta de una tienda se nota una negra a quien da fantástica apariencia su mucha edad. Sus labios se mueven; pero no se la oye hablar: sus labios se mueven; y mece su cuerpo, lo mece incesantemente, hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno:—"¡Oh déjame ir, Jacob, déjame ir!"

La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado a otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia. Es el primer convertido. Las mujeres traen una lámpara, y se encuclillan a su rededor, le toman de la mano. Él se estremece, balbucea, entona plegarias; sus músculos se tienden, las manos se le crispan; un paño de dichosa muerte parece irle cubriendo el rostro: allí queda junto a la tienda desmayado. Y otros como él después. Y en cada tienda una escena como esa. Y al alba todavía ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado.—Allá en los barrios viciosos, caen so pretexto de religión en orgías abominables, las bestias que abundan en todas las razas.

Ya, después de siete días de miedo y oraciones, empieza la gente a habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo a los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación: el corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa: por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles: se llena de forasteros la ciudad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe: levanta el municipio un empréstito nacional de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido a tierra.

De las Bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos les van socorros ricos en dinero: ya se pliegan por falta de ocupantes muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas. Tiembla aún el suelo, como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse a su interior cambiado y reducido que llama a sí la superficie?

La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo, y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas, que hacia arriba y a los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa.

Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expele por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en esta planicie costal del Atlántico baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto, estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el movimiento hasta la superficie de las olas?

Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos la planicie pendiente de roca fragmentaria de la costa, se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, a la masa de gneis que

baja de los montes Allegheny, y resbaló sobre el cimiento granítico que a tres mil pies de hondura la sustenta a la orilla de la mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, e hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado al choque en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico, blanda y cadente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

¡Así sencillamente tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebata hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la majestad que conviene a los actos de creación y dolor de la naturaleza!

¡El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo del sol!

Ya Charleston revive, cuando aún no ha acabado su agonía, ni se ha aquietado el suelo bajo sus casas bamboleantes.

Los parientes y amigos de los difuntos, hallan que el trabajo rehace en el alma las raíces que le arranca la muerte. Vuelven los negros humildes, caído el fuego que en la hora del espanto les llameó en los ojos, a sus quehaceres mansos y su larga prole. Las jóvenes valientes sacuden en los pórticos repuestos el polvo de las rosas.

Y ríen todavía en la plaza pública, a los dos lados de su madre alegre, los dos gemelos que en la hora misma de la desolación nacieron bajo una tienda azul.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de octubre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Las elecciones en los Estados Unidos.—Ojeada sobre ellas: examen de la situación política y sus diversos elementos.—Cómo llevan el debate los gobernadores de estado, sus argumentos, sus métodos, su lenguaje.—Los irlandeses y negros despellejados en la penitenciaría para hacer de su piel bastones.—Un candidato compra una convención.—Blaine en campaña: su carácter: su influencia: sus medios: sus amigos: su candidatura para 1888.—Las elecciones en Maine, en Ohio, en Connecticut, en Tennessee.—Caso curiosísimo de estas elecciones.—Dos hermanos son candidatos para el mismo puesto.—*Alf* y *Bob* recorren juntos el estado.—Escenas singulares de este paseo electoral.

New York, setiembre 26 de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

En el verano parece acá dormida la política: pero la serpiente está bajo la yerba. Los ministros, senadores y diputados se van a sus comarcas; los electores expresan de cerca su voluntad o su disgusto a los elegidos: los gobernadores visitan con solícita llaneza las ferias agrícolas: todo el que tiene un proyecto o una idea procura aumentar en su distrito o estado el número de sus partidarios: el sosiego forzoso del verano da ocasión para estudiar el efecto de la política del invierno, para cerciorarse de si el gobierno ha perdido o ganado en la opinión, para ver hacia qué candidato a la presidencia se va moviendo la simpatía pública, para quemar en el huevo su candidatura, o irse poniendo hábilmente de su lado.

Ya cuando dora agosto los campos maduros, las pasiones empiezan a ponerse en fila para las elecciones de otoño, que como son locales, se lidian siempre a diente y uña, con odio formidable. Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes. En nuestras tierras, pronto estarían rojos todos los vestidos, si oyéramos lo que aquí suele oírse en calma. Se ha adelantado algo en esto; mas solo en las ciudades visibles, tal como en las casas, suele tenerse más cuidada la sala que las habitaciones interiores.

Allá en los estados de adentro, los votos se compran y venden, lo mismo que en New York; pero pasman por lo atrevidos y malignos el lenguaje y las acusaciones.

Un gobernador compra a cincuenta pesos los votos de los delegados a la convención reunida para nombrar el candidato del partido. Otro ofrece perdón a los criminales de la penitenciaría e introduce en ella de noche a su propio secretario, para que los presos aseguren bajo juramento escrito que durante el gobierno de los demócratas se les obligaba a despellejar a los irlandeses y negros que morían en la prisión "y a hacer con retazos de sus pieles bastones de pasear". ¿Mentira? El gobernador republicano de Ohio es quien lo dice, el gobernador Foraker, que va de tribuna en tribuna leyendo al público las declaraciones juradas. "No es eso solo, añade: El gobernador demócrata empleaba un alcaide que recibía dinero de los presos, del preso Barnley, para tratarlo bien y darle un oficio suave". —¡Mientes! le grita desde su banco uno de la concurrencia: ¡aquí está la copia de tu carta al alcaide, que es mi amigo! "Señor alcaide: agradeceré a Vd. que saque al preso Hiram Barnley de la cuadrilla de contrato, y lo coloque en alguna otra. El gobernador, Foraker". Pero esa derrota no abate al candidato: dos horas después está pronunciando otro discurso: sus argumentos parecen más firmes que el del alcaide y el de los presos despellejados: "No hay fraude que los demócratas no hayan cometido en las elecciones de Ohio: se han registrado los que no tenían derecho a votar: los mismos hombres votaban dos veces: en las urnas aparecían papeletas que nadie había echado, y desaparecían las papeletas republicanas: los funcionarios encargados del recuento de los votos, los contaron deslealmente, y juraron en falso. ¿Quién hay en Ohio que no sepa esto? Aquella votación fue una comedia, un robo verdadero. ¿Y los jueces? Cuando acudíamos a los tribunales, siempre había un juez Samuel J. Tilden demócrata dispuesto a aprobar el fraude". Y la verdad es que eso no es sueño de Foraker: así le robaron aquí los republicanos la presidencia a Tilden, como Foraker dice que los demócratas a él se la robaron; así quisieron en la última batalla presidencial hurtársela a Cleveland los amigos de Blaine; así se pervierten aquí con falsificaciones de listas y manejos en las urnas, las elecciones municipales.

Y del lenguaje, del lenguaje de los gobernadores, ¿se quiere una muestra?

Pues he aquí cómo habla en sus discursos electorales el gobernador Foraker:—"Todos los empleados demócratas son una traílla de miserables incapaces, de bribones desvergonzados y atrevidos, que robaron y saquearon a derecha e izquierda desde el día que entraron en el poder hasta el día en que fueron echados de él a puntapiés, para quedarse donde merecen, esperando a que se les mande, como se les debe mandar, a purgar sus crímenes sirviendo al estado, no como empleados, sino en la penitenciaría!"

Esto es en Ohio. En Connecticut, donde también eligen ahora gobernador, el candidato es acusado de haber obtenido con dinero los votos de la convención republicana que lo escogió como representante del partido en las elecciones para el gobierno del estado. ¿Lo acusa un demócrata, una persona de poca cuenta, uno de esos perros a sueldo, que ladran o lamen por la paga? No: el que acusa, en un folleto circunstanciado, es un republicano de mucha nota en su ciudad. Pero eso parece que viene de la división profunda que hay en el partido: cuando trabajan juntos, todo les parece santo: cuando sus obligaciones o su pasión por opuestos caudillos los dividen, denuncian como crímenes en los compañeros de ayer sus actos propios.

Ni la caridad, ni el guante blanco son producto natural de los Estados Unidos: Blaine persigue a sus enemigos sin caridad y sin guante, tal como le persiguen. Hasta el cabello, que le cuelga en guedejos rebeldes sobre la frente, revela en Blaine la implacable pasión de su política: sus raras condiciones agresivas deslumbran y enamoran a sus mismos enemigos, en este país de agresión y de combate: su versatilidad, su catolicidad, su genuina fuerza de palabra avivan el encanto, sentido por hombres que en su mayoría carecen de ella; y en los mismos defectos de Blaine, en la hábil venta de su influjo político, en el despejo imperturbable con que afronta las acusaciones más graves y probadas, en su decisión terca de poner su persona con toda clase de artes por sobre las que se oponen a su paso, en la falta visible de escrúpulo y pudor para cometer y ocultar sus culpas públicas, parece como mirarse y perdonarse la masa del país, que ve en ese pecador político que triunfa, la sanción de su amor desenfrenado al éxito. Luego, él tiene el tacto de ver por dónde va la pasión momentánea de su pueblo, y con saltos magníficos de tigre se pone a la cabeza de la pasión que pasa. Nada lo deprime. No lo abate nada. Y esa pasmosa capacidad de supervivencia, esa fe ardiente e indómita en sí y en su fortuna, le aseguran la admiración y el dominio de la gran masa de un país hecho de hombres que ven la vida como un campo de conquista, y asaltan serenamente la tribuna de los sacerdotes, el banco de los abogados, el foro político, si les va mal en su hacienda de ganados o en su comercio de zapatería. Ese hombre dúctil representa bien a este país elástico.

La elección de gobernador del estado de Connecticut este año, no es más que un episodio en el drama de Blaine. Él, al día siguiente de caer casualmente vencido por Cleveland, se levantó del polvo enjugándose el sudor del rostro, con un discurso temible en los labios, y la candidatura en la mano. Corrió el frío desde aquel mismo instante en la médula de los republicanos que, por honradez o por envidia, habían ayudado a abatirlo. Su valiente tenacidad retuvo a su lado a sus amigos, en el instante

en que creyéndolo acabado en política, se preparaban a abandonarlo. No ha perdido un solo amigo después de su derrota. Ha vigilado con fruición las disensiones infelices del Partido Demócrata; su incapacidad para votar de acuerdo en las cuestiones de la plata, de la tarifa y de los empleos públicos; la resistencia de la masa interesada del partido a ayudar a Cleveland en la política de reforma a que debe su eminencia; la complicidad del secretario de Justicia en una empresa privada de teléfonos; el error en el caso de México cometido por el secretario Bayard. ¿No lo acusan a él los demócratas y los republicanos, de haber vendido por acciones a una compañía de ferrocarriles su influjo y autoridad de presidente de la Cámara de Representantes? ¡Pues ahí está el secretario de Justicia de los demócratas, que usó en su propio interés y en el de una compañía privada su influjo y autoridad de Secretario, y los fondos del Tesoro público! ¿No decían republicanos y demócratas que él había deshonrado con una política de baratero impúdico en los países de América la Secretaría de Estado? ¡Pues ahí está el Secretario de Estado de los demócratas, precipitando una guerra odiosa contra México para asegurar en los estados del Sur a su candidatura a la presidencia un número mayor de partidarios!

De todo eso ha hecho Blaine capital para la campaña ardiente de su próxima candidatura; su ejército está en orden: sus amigos le obedecen a ciegas: su voz ha bastado para impedir que en este otoño fueran vencidos en su propio estado de Maine los republicanos por el Partido de la Temperancia: sus tenientes tienen la orden de no permitir alzar cabeza a ningún republicano enemigo de la candidatura de Blaine a la presidencia. A hierro pelea él, y sus enemigos le pelean a hierro. Por eso es un republicano notable, hostil a Blaine, el que acusa con datos de corrupción y cohecho al candidato blainista de los republicanos para el gobierno de Connecticut.

Ojeando estas elecciones menores, vamos estudiando ya sin querer la gran elección presidencial de 1888. Cuando Blaine fue escogido para candidato de su partido en la elección pasada, sus correligionarios de más respeto y pureza lo abandonaron con aplauso público, reiteraron con pruebas los cargos patentes contra su honradez personal y política, y sin separarse del Partido Republicano en doctrina, trabajaron como “independientes” por la elección de Cleveland contra los mismos demócratas, prefiriendo en el gobierno de la nación un adversario puro a un correligionario maculado. Y ahora, para 1888, la situación parece ser la misma. Blaine reúne en su partido, por todo lo que se ve hasta hoy, más voto y pasión que Edmunds severo, que Logan verboso, que Sherman cauto: y los republicanos puros se muestran dispuestos a mantener en el gobierno a los demócratas antes que contribuir a dar el poder a un político culpable que a su juicio deshonra al Partido Republicano.

Pero no es en Maine donde está el suceso curiosísimo de la campaña de otoño, aunque allí ha lidiado Blaine peleas radiantes contra el Partido de la Temperancia, que tiene gran fuerza en aquella comarca puritánica; no es en Connecticut, donde un republicano prueba a otro que ha comprado peso a peso a la convención que lo nombró, y se está valiendo de influjo de iglesia para confirmar en la elección este hurto indigno al voto público; no es siquiera en Ohio, donde el mismo gobernador asegura que en la prisión oficial se hacían bastones de los irlandeses y negros despellejados. El curiosísimo suceso está en Tennessee, donde dos hermanos, demócrata el uno y republicano el otro, recorren juntos el estado como candidatos rivales al puesto de gobernador, y defienden en debate continuo, cada cual a su partido, desde un mismo escenario.

Hablan desde la misma escena: duermen bajo los mismos techos: impone cada uno a sus amigos el respeto personal hacia su hermano: debaten sin ningún miramiento, y con toda la crudeza de la pasión sobre los méritos y las faltas de sus partidos: pueblos los reciben: procesiones los siguen: peroran en teatros, en bosques y en grutas; los acompañan lucidas cabalgatas: los cubren de regalos de flores al acabar cada debate: las jóvenes demócratas salen de los pueblos a recibir a su candidato *Bob* Taylor, vestidas de blanco todas, y ornado el seno con una rosa blanca. En toda la campaña no se han separado *Alf* y *Bob* un solo día: se dice que no hubo nunca en Tennessee debate más brillante, y que ha quitado su usual brutalidad a esta campaña política el respeto con que a pesar de su franqueza en la discusión se tratan los dos hermanos. Han sentido los de Tennessee el romance del suceso; y aunque en su día votarán por el que les llegue más al alma o a la bolsa, ahora se complacen en repartir por igual sus cariños entre los hermanos rivales. Ambos tocan el violín, y—¡oh sencillez de los pueblos nacientes!—una noche, después de la discusión, les llevaron al escenario un violín a cada uno, y sentados en sus sillas gemelas siguieron a piezas de música el debate. A Bob le regalaron ayer después de su discurso un violín hecho de nardos.

Estos dos hombres, hijos de un apacible sacerdote protestante, son de mucha elocuencia. *Alf,* el republicano, macizo y pequeño, lleva llena de hechos y raciocinios la cabeza grande. *Bob,* el demócrata, es de alta estatura, de encanto magnético, de manos que sujetan lo que tocan, de ojos que hacen amigos, de verba batalladora y chispeante. *Alf* despide sus frases con tino de tirador al blanco: apunta, acaricia el blanco, lo cubre con los ojos, da donde duele: pero no apasiona. A *Bob* se le ven erizadas debajo del frac las plumas; coge a medio vuelo las frases de su hermano, como un gallo de lidia; no para, hasta que no las postra en tierra: cuando le alcanza un buen argumento del hermano, lo

deja pasar, como si le permitiese salir victorioso, pero de repente cae sobre él con una invención risible, y las razones que no puede contestar las mata a cuentos, que siempre triunfan en los auditorios ignorantes.

Como cierta sección del estado es republicana, y otra demócrata, sucedió que en la de los demócratas quiso un gañán ofender a *Alf*. *Bob* se levantó, y se fue sobre el público, que no tiene en Tennessee fama de blando: "El que insulta a mi hermano me insulta a mí!" Y se acabaron las ofensas.

Alguna vez, herido en lo vivo del debate, se pone *Alf* torvamente pálido:—"El único voto demócrata que he dado a las urnas en mi vida, dice con la voz trémula, lo di por este hermano ingrato! Si él hubiera sido electo candidato antes que yo, yo nunca hubiera permitido que a mí después me nombrasen candidato". *Bob* oía esto con la cara encendida; pero cuando acabó el debate esa noche, se llevó en paz a su hermano del brazo.

"Lo quiero, lo quiero personalmente", dijo *Alf* hace tres noches en medio de su oración; volviéndose a su hermano, "pero políticamente lo desprecio, lo desprecio! Yo quiero, siguió diciendo, que los negros se eduquen..." "Paga primero tus deudas, republicano!" le interrumpe desde el auditorio un partidario de *Bob*. "¡Estoy seguro, contesta *Alf,* de que ese que me habla no ha pagado nunca una deuda!" Y así discuten noche tras noche, de un pueblo en otro pueblo, sobre el librecambio que quiere *Bob* y *Alf* no quiere; sobre el proyecto de Blair, que *Bob* resiste, porque no cree que los negros, que son ciudadanos libres de un estado, deban educarse con los dineros de la nación, con "limosnas federales".

El debate continúa en las calles de los pueblos, en los asientos del ferrocarril, a la cabeza de las cabalgatas, en su conversación privada. Siempre hay cerca de ellos partidarios atentos que recogen sus réplicas y las popularizan, como el cuño menor de la elección, en que *Bob* saca ventaja. Se acerca un viejo campesino a *Bob:* "Tengo derecho a saludarte, porque de mí han nacido treinta buenos demócratas, siete hijos y veintidós nietos". "No ha vivido Vd. en vano mi buen viejo". "No en balde, murmura *Alf*, hay en Tennessee tantos demócratas". Y *Bob* es bello, es mucho más bello que *Alf;* pero un labriego de edad, republicano firme, se acerca adonde están sentados los dos, los mira curiosamente, y al fin se vuelve a *Alf,* como consolándolo con la mirada, y le dice: "Tú eres el mejor mozo, *Alf*".

Así adelantan los hermanos rivales de aldea en aldea en esta singular campaña. Todo el estado se viste de gala para salir a verlos. A los bordes de los caminos se ven multitudes que saludan al paso al tren que los lleva: las mujeres de los republicanos ostentan pañuelos rojos, las de los demócratas los llevan blancos. En todas las estaciones les esperan en filas separadas sus opuestos amigos; a caballo unas veces, para acompañarlos hasta la explanada o bosquecillo vecino, donde puede caber la

muchedumbre; otras veces a pie, para seguirlos de la estación a la casa del municipio o al teatro; y van las dos hileras, a caballo o a pie, apartadas por las calles; unos con su rosa o cinta blanca en el ojal de la levita, los otros con rosa, dalia o cinta encarnada. Las mujeres les regalan banderas, estandartes, ramilletes de flores, frutas finas. Los hombres se disputan la honra de albergarlos en sus casas. "¿A cuál le darás el brazo?" pregunta sonriendo a su mujer al ir a la mesa el caballero demócrata que hospeda en su casa a ambos. "A ambos", dice ella, y sigue entre los dos, con uno de cada brazo, entre muchos aplausos.

Esa misma noche, diez mil demócratas se apiñaron debajo de los balcones de la casa para dar una serenata a *Bob*. Toda la calle era bandera, antorcha, rosas de fuegos artificiales. Sorprendido, sale *Bob* al balcón. La multitud comprende en ese instante que puede herir sus sentimientos con la serenata, dejando así involuntariamente a su hermano humillado, y a toda voz, como si cantaran un himno, piden que salgan al balcón los dos hermanos!

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 12 de octubre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Los Estados Unidos en otoño.—Las escuelas.—Ojeada sobre la instrucción primaria en New York.—Ineficacia de los métodos empleados.—Grandes edificios: instrucción de memoria.—Resultados.—Causas de la ineficacia del sistema.—La causa principal es el concepto equivocado y egoísta de la vida.—Objeto de la vida en los Estados Unidos.—Influencia de la emigración en la educación.—Sistema incompleto derivado del falso concepto de la vida.—El espíritu nacional anula el espíritu de la escuela.—Se enseña de memoria.—¿De dónde viene entonces, el progreso de ese pueblo?—Remedio al mal actual.

New York, setiembre 23 de 1886.

Sr. Director de *El Partido Liberal:*

Setiembre es siempre mes animadísimo en la vida norteamericana. Parece que entra en la nación en su existencia verdadera. A los baños de mar suceden las partidas de caza; a los abandonos y coqueterías sobre la arena remplazan los trajes elegantes de las regatas y las carreras de caballos: las que en Narragansett Pier y en Bay Harbor paseaban sin miedo de mañana a tarde los trajes de baño más atrevidos y vistosos, ahora con arreo más honesto vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las cenas de *champagne,* en las meriendas de mediodía, en los bailes incesantes del invierno, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires generosos del océano y el campo. Los teatros se abren: las escuelas sacuden el polvo de los bancos: el congreso de maestros de baile anuncia que ha compuesto tres danzas nuevas; la política que ha recontado sus huestes durante los meses ociosos de verano, vuelve con todo el juego del estío a sus elecciones y combates.

No había más que salir esta mañana a primera hora para entender que la vida norteamericana está de muda: cubría el cielo un velo plomizo: despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil: asaltaban a paso presuroso los hombres, las estaciones del ferrocarril elevado, con gabanes al brazo: como abejas de colores salían de todas las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos: unos se apiñaban a ver las terríficas escenas de la *Teodora* de Sardou, pintadas con recios colores en los carteles de las esquinas, otros, caídas las medias sobre los zapatos rotos, sin sombrero, harapientos, desesperados, huían como potros cerreros de los muchachos de más

edad que los maestros habían lanzado a recoger los fugitivos: en los escaparates no se ven chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja, sino capotes y chomelos de goma, camisetas oscuras, gorras de pieles. Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y rejuvenecer los de los hijos del país: y ya se oyen en las voces alegres el ruido de cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad a las primeras nieves: ya se ven huir en el aire los penachos amarillos y azules con que engalanan sus caballos. Las escuelas, los teatros, las elecciones de otoño: he ahí las grandes fiestas de septiembre.

Las escuelas son muchas, pero todavía no bastan a los que buscan asiento en ellas. En las clases que aquí llaman altas, aunque para nuestras tierras que pasan por atrasadas serían elementales, los asientos sobran acá; después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas: en las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar. A esa edad, ni pueden servirse, ni los padres se atreven aún a servirse de ellos. Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción, cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

Gran bendición sería esa, si la educación que reciben los niños en estas escuelas se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye: gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí como son en Alemania, casas de razón donde con juiciosa guía se habitúa al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le ponen delante en relación ordenada los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el juicio y gusto de haberlas descubierto: ¡en eso, en ese desenvolvimiento regular y propio de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas! Pero aquí las escuelas, con sus hermosos textos, con sus facilidades grandes, con sus pizarras y sus lápices, con sus gramáticas y geografías, son los meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles deletreos, mapas y cuentas, donde se autorizan y ejercen todavía los castigos corporales; donde los alumnos repiten en coro sendas lecciones de meros nombres de montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellas; donde jamás se enciende entre maestros y alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente,

como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen, sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen. La enseñanza es una obra de infinito amor. Las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan sobre ellos sin tocarlos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad y egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que solo acata en nombre. ¿De dónde viene que, con ser tan patente y empeñoso el cuidado con que aquí se atiende a la instrucción pública, dé por resultado general niños torpes y fríos, que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y describir mapas?

Viene del concepto falso de la educación primaria: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos los males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Mírase aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde solo triunfa el rico. Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie. No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo. Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero. Solo en unos cuantos espíritus finos subsiste, como una paloma en una ruina, el entusiasmo. No es malevolencia, no, sino penosa verdad que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos. ¿Y esto será envidiable? Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho: a eso va la mujer: a eso va el niño que nace de ellos. ¿Qué viene de afuera? ¿qué acrece este enorme caudal de egoísmo? Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de su vida en librarse de la miseria a veces espantable en que han pasado la primera: no tienen aquí la patria propia que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir y cuya censura es

temida. Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el cielo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto. Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres. Aquí se muere el alma, de falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él. En vano procura el antiguo espíritu puritánico, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En vano pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso, esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción de sus apetitos. En vano los innovadores generosos y los maestros interesados discurren planes para perfeccionar la instrucción pública, y prolongar sus cursos en clases superiores. El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla. ¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla? ¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante si las maestras que la trasmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor? ¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, acaudalar estadística, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agria a jóvenes descontentadizas e impacientes que ven como los pájaros afuera de los muros de la escuela, y tienen su empleo en esta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una carga incómoda?

De esa concepción ruda de la vida, nace la manera imperfecta de preparar a los niños para ella. No solo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres, sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto. Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen constantemente, el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que los enseña. A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido: a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la vida. Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber! Pero, a qué leer, si no se infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza de conocimientos? ¿A qué escribir, si no se nutre la

mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas? Contar, sí, eso lo enseñan a torrentes. Todavía los niños no saben leer una sílaba cuando ya les han enseñado, ¡a las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias. En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquellos y extraer estas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana, les atiborran en estas escuelas de límites de estados e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras. Y así con una instrucción meramente verbal y representativa, podrá afrontarse la existencia, la existencia terrible en este pueblo egoísta, que es toda de actos y de hechos? No en vano andan canijos y desorientados por las calles, convertidos en mandaderos o en dependientes de comercio, la mayor parte de los niños que, sin más dote que una mala letra y un poco de lectura, salen a los trece o catorce años con su curso acabado de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad, de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo, de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestros coléricos y descuidados, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que nacen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso y buscan el remedio. El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos. El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en científica, en enseñar al niño a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza, en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como el aroma de las

flores, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria. ¡Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes! Eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso. Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas. Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 9 de octubre de 1886.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Nueva York en otoño.—La escuela en Nueva York.—Falso concepto de la vida y de la educación. —Influjo de la inmigración en la cultura pública.—Remedio a los defectos observados.

New York, setiembre 28 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Setiembre es siempre mes animadísimo en la vida norteamericana.

A los baños de mar suceden las partidas de caza; a las partidas de pesca, las grandes regatas entre los veleros ingleses y bostonianos, en que los de Boston ganan.

A los abandonos y coqueterías sobre la arena, que son aquí cosa mayor y pecadora, reemplazan los trajes elegantes de los paseos por el mar y las carreras de caballos: las que en Narragansett Pier y en Bay Harbor paseaban sin miedo de mañana a tarde los trajes más atrevidos y vistosos, ahora con más honesto arreo vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las cenas de *champagne,* en las meriendas

a la moda, en los bailes y rivalidades del invierno, las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires vivos del océano y el campo.

Los teatros se abren; las escuelas sacuden el polvo de los bancos; el congreso de maestros de baile anuncia que ha compuesto tres danzas nuevas; la política que ha recontado sus huestes y remendado sus banderas durante los meses de verano, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda.

Cubría el cielo un velo plomizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil; gabán al brazo asaltaban los hombres a paso premioso, las estaciones vibrantes del ferrocarril elevado; como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos.

Unos se desviaban para saciar los ojos en los grandes carteles de teatros que ya cubren todos los cercados y paredones de las esquinas; otros, apiñados a la puerta de la clase esperando la hora de entrar, arreglan con esmero en sus cajitas japonesas sus lápices de pizarra y sus esponjas; otros, casi todos trigueños, como si hubiese rebeldía innata en cierto color, huían como potros cerreros, caídas las medias, descabezados los zapatos, desgajadas las ropas, perdidos los sombreros, de los muchachos de más edad, colorados y rubios, que las maestras de los barrios bajos habían lanzado a recoger a los fugitivos.

En los escaparates ya no se ven chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja, sino capotes de goma, gorras de pieles, guantes fuertes de pelo de camello.

Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y rejuvenecer los de los hijos del país: y ya se oye en las voces alegres el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad a las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos.

Escuelas, teatros, elecciones: he ahí las grandes fiestas de setiembre.

Mucho se habla aquí de las escuelas, de la insuficiencia que en ellas se nota, de la ineficacia de importar a la educación de un país nuevos sistemas extraños surgidos en pueblos de elementos distintos, de lo incompleto, retórico y artificioso del sistema actual, y de la necesidad de reformarlo.

¿Deberá ser la educación de meros elementos literarios, o, como aconseja el inglés Mathew Arnold, corre peligro de perderse la nación que aun en su educación primaria no infunde el espíritu superior de las asignaturas bellas?

¿Deberá ser la educación indiferente, general o especial en su enseñanza religiosa?

¿No deberá ser toda la educación, desde su primer arranque en las clases primarias, se preguntan otros,—dispuesta de tal modo que desenvuelva libre y ordenadamente la inteligencia, el sentimiento y la mano de los niños?

Tiene muchos abogados, fanáticos tiene ya, esta que llaman industrial o manual, sin ver que esa es también una educación parcial, que solo es principalmente buena para un país de industriales, en vez de ser general y llevar en sí los elementos todos comunes de la vida del país, que es como debe ser la educación pública.

En New York estamos: veamos cómo se presenta el problema en New York.

Las escuelas son muchas, bellas en su mayor parte y monumentales, otras más descuidadas y oscuras; pero con ser tantas, aún falta espacio para los que quieren entrar en ellas.

En las clases que ya aquí se llaman altas, aunque en muchas de nuestras tierras solo serían elementales, los puestos sobran: acá, después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas.

En las clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar: los de los alemanes sobre todo.

Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción; cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se manifiesta en los espíritus ese progreso en el número? ¿Cómo coinciden, o cómo luchan, el sistema generoso de las escuelas y el espíritu seco e individualista del país?

¿Qué defectos de método ha revelado la práctica en esta obra gigantesca de la educación en los Estados Unidos? ¿Qué vicios radicales de constitución en el sistema se descubren observándolo?

¿Deben los hombres juiciosos contentarse con la grandeza formal, externa y aparente de los sistemas, o estudiarlos sinceramente en su agencia, funciones y resultados?

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye, si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se

acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado: gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí, como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusieran delante en relación ordenada los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto.

En ese desenvolvimiento regular y originario de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero acá ha venido a resultar, por el desajuste entre los encargados de educar y lo generoso del sistema y de los textos, que con sus hermosos libros, con sus facilidades grandes, con su orden exterior, con sus lápices y pizarrillas, con sus gramáticas y geografías, son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles deletreos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercitan los castigos corporales; donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde no se percibe entre maestras y alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen; sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen.

La enseñanza ¿quién no lo sabe? es ante todo una obra de infinito amor.

Las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan por sobre ellos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que solo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se atiende a la instrucción pública, tan vastos los recursos, tan numerosos los maestros, tan hábiles y bellos los libros, den por resultado general niños fríos y torpes, que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas?

Viene del concepto falso de la educación pública: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde solo triunfa el rico.

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo.

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

Solo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo.

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos.

¿Y esto será envidiable? ¡Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho, a eso va la mujer, a eso va el niño que nace de ellos.

¿Qué viene de afuera? ¿Qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿Cómo influye la inmigración en la cultura pública?

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida.

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el suelo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto.

Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres.

Aquí se muere el alma por falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él.

En balde procura el antiguo espíritu puritánico, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos.

En balde los innovadores generosos y los maestros interesados discurren planes para perfeccionar la instrucción pública y prolongar sus cursos en clases superiores.

El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla?

¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la trasmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor?

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agria, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida?

De aquel concepto descarnado de la existencia nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella.

No solo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto.

Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos.

A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir

levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas?

Contar sí, eso lo enseñan a torrentes.

Todavía los niños no saben leer una sílaba cuando ya les han enseñado ¡a las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias.

En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquellos y extraer estas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y la esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana,—¡los atiborran en estas escuelas de límites de estados e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras!

Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá afrontarse la existencia, la existencia en este pueblo activo y egoísta, que es toda de actos y de hechos?

No en vano andan canijos y desorientados, por las calles, reducidos [a] mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que, sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética, salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el empuje que da la necesidad; de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo; de los espíritus genuinos que traen en sí la fuerza original incontrastable; de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestras coléricas, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso, y buscan el remedio. "¡Pongan al muchacho entero en la escuela!" *"Put the whole boy to school!*" acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial; pero todavía eso no es bastante.

El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos.

El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes,—eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas.

Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol todo el oro de su naturaleza.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886.
[Copia digital en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Las elecciones de otoño.—Escenas de las elecciones.—La batalla en Ohio, Connecticut y Tennessee.—Blaine.—Situación probable de esta política para 1888.—Batalla peculiar y pintoresca de dos hermanos, candidatos al gobierno de Tennessee.—Henry George.

Nueva York, octubre 3 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Están en todo su fuego las elecciones: elecciones de gobernadores en varios Estados, de jueces, de corregidores de la ciudad.

Todo el verano lo pasan los políticos disponiendo sus fuerzas para vencer a sus contrarios en las lides de invierno, que comienzan en septiembre con la batalla de las urnas.

Ya cuando dora agosto los campos maduros, las pasiones caldeadas empiezan a ponerse en fila para las elecciones de otoño, que como son locales, se lidian siempre a diente y uña, con odio formidable. Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes. En nuestras tierras pronto estarían rojos todos los vestidos, si oyéramos lo que aquí suele oírse en calma. Se ha adelantado algo en eso, mas solo en las ciudades visibles, tal como en las casas suele tenerse más cuidada la sala que las habitaciones interiores.

Allá en los Estados de adentro los votos se compran y venden lo mismo que en Nueva York; pero pasman por lo atrevidos y malignos el lenguaje y las acusaciones.

Un gobernador compra a cincuenta pesos los votos de los delegados a la convención reunida para nombrar el candidato del partido.

Otro ofrece perdón a los criminales de la penitenciaría, e introduce en ella de noche a su propio secretario, para que los presos afirmen baje juramento escrito que durante el gobierno de los demócratas se les obligaba a despellejar a los irlandeses y negros que morían en la prisión “y a hacer con retazos de sus pieles bastones de pasear”. ¿Mentira?

El gobernador republicano de Ohio, es quien lo dice, el gobernador Foraker, que va de tribuna en tribuna leyendo al público las declaraciones juradas.

"No es eso solo", añade: "El gobernador demócrata empleaba un alcaide que recibía dinero de los presos, del preso Barnley, para tratarlo bien y darle un oficio suave." "¡Mientes!" le grita desde su banco uno de la concurrencia: "aquí está la copia de tu carta al alcaide, que es mi amigo":

"Señor alcaide: agradeceré a V. que saque al preso Hiram Barnley de la cuadrilla de contratos, y lo coloque en alguna otra.—El gobernador, *Foraker"*.

Pero esa derrota no abate al candidato: dos horas después está pronunciando otro discurso. Sus argumentos parecen más firmes que el del alcaide y el de los presos despellejados: "No hay fraude que los demócratas no hayan cometido en las elecciones de Ohio: se han registrado los que no tenían derecho a votar: los mismos hombres votaban dos veces: en las urnas aparecían papeletas que nadie había echado, y desaparecerían las papeletas republicanas; los encargados del recuento contaron los votos deslealmente, y juraron en falso: ¿quién hay en Ohio que no sepa esto? Aquella votación fue una comedia, un robo verdadero. ¿Y los jueces? Cuando acudíamos a los tribunales, siempre había un juez demócrata dispuesto a aprobar el fraude".

Y la verdad es que eso no es sueño de Foraker; así le arrebataron aquí los republicanos la presidencia a Tilden: así quisieron en la última campaña presidencial hurtársela a Cleveland los amigos de Blaine: así se suelen pervertir aquí con falsificaciones de listas y manejos en las urnas las elecciones municipales.

Y del lenguaje, del lenguaje de los gobernadores ¿se quiere una muestra? Pues he aquí cómo habla en sus discursos electorales el gobernador Foraker:—"Todos los empleados demócratas son una traílla de miserables incapaces; de bribones desvergonzados y atrevidos, que robaron y saquearon a derecha e izquierda desde el día que entraron en el poder hasta el día en que fueron echados de él a puntapiés para quedarse donde merecen, esperando a que se les mande, como se les debe mandar, a purgar sus crímenes sirviendo al Estado, pero no como empleados, sino en la penitenciaría".

Esto es en Ohio. En Connecticut, donde también eligen ahora gobernador, el candidato es acusado de haber obtenido con dinero los votos de la convención republicana.

¿Lo acusa un demócrata, una persona de poca cuenta, uno de esos perros a sueldo, que ladran o lamen por la paga? No. El que acusa, en un folleto circunstanciado, es un republicano de mucha nota en su ciudad.

Pero eso parece que viene de la división profunda que hay en el partido: cuando trabajan juntos todo les parece santo: cuando sus obligaciones o su pasión por opuestos caudillos los dividen, denuncian como crímenes en sus compañeros de ayer sus actos propios.

Ni la caridad ni el guante blanco son producto natural de los Estados Unidos. Blaine persigue a sus enemigos sin caridad y sin guante, tal como le persiguen. Hasta el cabello, que le cuelga en guedejas rebeldes sobre la frente, revela en Blaine la implacable pasión de su política: sus raras condiciones agresivas deslumbran y enamoran a sus mismos enemigos, en este país de agresión y de combate. Su versatilidad, su catolicidad, su genuina fuerza de palabra, avivan el encanto sentido por hombres que en su mayoría carecen de ella; y en los mismos defectos de Blaine, en la hábil venta de su influjo político, en el despejo imperturbable con que afronta las acusaciones más graves y probadas, en su decisión terca de poner su persona con toda clase de artes por sobre los que se oponen a su paso, en la falta visible de escrúpulo y pudor para cometer y ocultar sus culpas públicas, parece como mirarse y perdonarse la masa del país, que ve en ese pecador político que triunfa la sanción de su amor desenfrenado al éxito.

Luego, él tiene el tacto de ver por donde va la pasión momentánea de su pueblo; y con saltos magníficos de tigre se pone a la cabeza de la pasión que pasa. Nada lo deprime. No lo abate nada. Y esa pasmosa capacidad de supervivencia, esa fe ardiente e indómita en sí y en su fortuna le aseguran la admiración y el dominio de la gran masa de un país hecho de hombres que ven la vida como un campo de conquista, y asaltan serenamente la tribuna de los sacerdotes, el banco de los abogados, el foro político, si les va mal en su hacienda de cerdos o en su comercio de zapatería. Ese hombre dúctil representa bien a este país elástico.

La elección de gobernador del estado de Connecticut este año no es más que un episodio del drama de Blaine. Él, al día siguiente de caer casualmente vencido por Cleveland, se levantó del polvo enjugándose el sudor del rostro, con un discurso temible en los labios, con su candidatura en la mano otra vez.

Corrió el frío desde aquel mismo instante en la médula de los republicanos que por honradez o por envidia habían ayudado a abatirlo. Su valiente tenacidad retuvo a su lado a sus amigos, en el instante en que creyéndolo acabado en política se preparaban a abandonarlo.

No ha perdido un solo amigo después de su derrota. Ha espiado con fruición las discusiones infelices del Partido Demócrata, su incapacidad para votar de acuerdo en las cuestiones de la plata, de la tarifa y de los empleos públicos, la resistencia de la masa interesada del partido a ayudar a Cleveland

en la política de reforma a que debe su eminencia, la complicidad del Secretario de Justicia en una empresa privada de teléfonos, el error cometido en el caso de México por el secretario Bayard.

¿No lo acusan a él los demócratas y los republicanos, de haber vendido por acciones a una compañía de ferrocarriles su influjo y autoridad de presidente de la Casa de Representantes? ¡pues ahí está el Secretario de Justicia de los demócratas, que usa en su propio interés y en el de una compañía privada, su influjo y autoridad de Secretario, y los fondos del Tesoro público! ¿No decían republicanos y demócratas que él había deshonrado con una política de baratero impúdico en los países de América la Secretaría de Estado? ¡pues ahí está el Secretario de Estado de los demócratas, precipitando una guerra odiosa contra México para asegurar en los Estados del Sur a su candidatura a la presidencia un número mayor de partidarios!

De todo eso ha hecho Blaine capital para la campaña ardiente de su última candidatura.

Su ejército está en orden: sus amigos le obedecen a ciegas: su voz ha bastado para impedir que en este otoño fueran vencidos en su propio Estado de Maine los republicanos por el Partido de la Temperancia: sus tenientes tienen la orden de no permitir alzar cabeza a ningún republicano enemigo de la candidatura de Blaine a la presidencia de la República.

A hierro pelea él, y sus enemigos le pelean a hierro. Por eso es un republicano notable, hostil a Blaine el que acusa con datos, de corrupción y cohecho, al candidato blainista de los republicanos para el gobierno de Connecticut. Por los gobiernos de Estado se va a la presidencia.

Ojeando estas elecciones menores, vamos estudiando ya sin querer la gran elección presidencial de 1888.

Cuando Blaine fue escogido para candidato de su partido en la elección pasada, sus correligionarios de más respeto y pureza lo abandonaron con aplauso público, reiteraron con pruebas los cargos patentes contra su honradez personal y política, y sin separarse del Partido Republicano en doctrina, trabajaron como “independientes” por la elección de Cleveland contra los mismos demócratas, prefiriendo en el gobierno de la nación un adversario puro a un correligionario maculado.

Y ahora, para 1888, la situación parece ser la misma. Blaine reúne en su partido, por todo lo que se ve hasta hoy, más voto y más pasión que Edmunds severo, que Logan verboso, que Sherman cauto. Y los republicanos puros se muestran dispuestos a mantener en el gobierno a los demócratas antes que contribuir a dar el poder a un político culpable que a su juicio deshonra al Partido Republicano.

Pero no es en Maine donde está el suceso curiosísimo de la campaña de otoño, aunque allí ha lidiado Blaine peleas radiantes contra el partido de la temperancia, que tiene gran fuerza en aquella comarca puritánica: no es en Connecticut, donde un republicano prueba a otro que ha comprado peso a peso a la convención que lo nombró, y se está valiendo de influjos de iglesia para confirmar en la elección este hurto indigno al voto público: no es siquiera en Ohio, donde el mismo gobernador asegura que en la prisión oficial se hacían bastones de los irlandeses y negros despellejados.

El curiosísimo suceso está en Tennessee, donde dos hermanos, demócrata el uno y republicano el otro, recorren juntos el Estado como candidatos rivales al puesto de gobernador, y defienden en debate continuo, cada cual a su partido, desde un mismo escenario.

Hablan desde la misma escena: duermen bajo los mismos techos: impone cada uno a sus amigos el respeto personal hacia su hermano: debaten sin ningún miramiento, y con toda la crudeza de la pasión, sobre los méritos y las faltas de sus partidos: pueblos los reciben: procesiones los siguen: peroran en teatros, en bosques y en grutas: los acompañan lucidas cabalgatas: los cubren de regalos de flores al acabar cada debate: las jóvenes demócratas salen de los pueblos a recibir a su candidato *Bob* Taylor, vestidas de blanco todas, y ornado el seno con una rosa blanca: en toda la campaña no se han separado *Alf* y *Bob* un solo día: se dice que no hubo nunca en Tennessee debate más brillante, y que ha quitado su usual brutalidad a esta campaña política, el respeto con que, a pesar de su franqueza en la discusión, se tratan los dos hermanos.

Han sentido los de Tennessee el romance del suceso; y aunque en su día votarán por el que les llegue más al alma o a la bolsa, ahora se complacen en repartir por igual sus cariños entre los hermanos rivales.

Ambos tocan el violín,—y ¡oh sencillez de los pueblos nacientes!—una noche después de la discusión le llevaron al escenario un violín a cada uno, y sentados en sus sillas gemelas siguieron a piezas de música el debate.

A *Bob* le regalaron ayer, después de su discurso, un violín hecho de nardos.

Estos dos hombres, hijos de un apacible sacerdote protestante, son de mucha elocuencia.

Alf, el republicano, macizo y pequeño, lleva llena de hechos y raciocinios la cabeza grande. *Bob,* el demócrata, es de alta estatura, de encanto magnético, de manos que sujetan lo que tocan, de ojos que hacen amigos, de verba batalladora y chispeante. *Alf* despide sus frases con tino de tirador al blanco, apunta, acaricia el blanco, lo cubre con los ojos, da donde duele, pero no apasiona. A *Bob* se le ven erizadas debajo del frac las plumas; coge a medio vuelo las frases de su hermano, como un gallo de

lidia; no para hasta que no las postra en tierra: cuando le alcanza un buen argumento del hermano, lo deja pasar, como si le permitiese salir victorioso: pero de repente cae sobre él con una invención risible, y las razones que no puede contestar, las mata a cuentos, que siempre triunfan en los auditorios ignorantes.

Como cierta sección del Estado es republicana y otra demócrata, sucedió que en la de los demócratas quiso un gañán ofender a *Alf. Bob* se levantó, y se fue sobre el público, que no tiene en Tennessee fama de blando:—"¡El que insulta a mi hermano me insulta a mí!" Y se acabaron las ofensas.

Alguna vez, herido en lo vivo del debate, se pone *Alf* torvamente pálido. "¡El único voto demócrata que he dado a las urnas en mi vida, dice con la voz trémula, lo di por este hermano ingrato! Si él hubiera sido electo candidato antes que yo, yo nunca hubiera permitido que a mí después me nombrasen candidato".

Bob oía esto con la cara encendida, pero cuando acabó el debate esa noche, se llevó en paz a su hermano del brazo.

—"Lo quiero, lo quiero personalmente, dijo *Alf,* hace tres noches, en medio de su oración, volviéndose a su hermano, pero políticamente ¡lo desprecio, lo desprecio! Yo quiero, siguió diciendo, que los negros se eduquen..."

—"¡Paga primero tus deudas, republicano!" le interrumpe desde el auditorio, un partidario de *Bob.*

—"¡Estoy seguro, contesta *Alf,* de que ese que me habla no ha pagado nunca una deuda!"

Así discuten noche tras noche, de un pueblo en otro pueblo, sobre el librecambio que quiere *Bob* y *Alf* no quiere, sobre el proyecto de Blair que *Bob* resiste, porque no cree que los negros, que son ciudadanos libres de un Estado, deban educarse con los dineros de la nación, con limosnas federales.

El debate continúa en las calles de los pueblos, en los asientos del ferrocarril, a la cabeza de las cabalgatas, en su conversación privada.

Siempre hay cerca de ellos partidarios atentos que recogen sus réplicas y las popularizan, como el cuño menor de la elección, en que *Bob* saca ventaja. Se acerca un viejo campesino a *Bob*:—"Tengo derecho a saludarte, porque de mí han nacido treinta buenos demócratas, siete hijos y veintidós nietos". —"No ha vivido usted en vano, mi buen viejo".—"No en balde, murmura *Alf,* hay en Tennessee tantos demócratas".

Bob es bello, es mucho más bello que *Alf;* pero un labriego de edad, republicano firme, se acerca adonde están sentados los dos, los mira curiosamente; y al fin se vuelve a *Alf,* como consolándolo con la mirada, y le dice: "Tú eres el mejor mozo, *Alf*".

Así adelantan los hermanos rivales de aldea en aldea en esta singular campaña.

Todo el Estado se viste de gala para salir a verlos. A los bordes de los caminos se ven multitudes que saludan al paso al tren que los lleva. Las mujeres de los republicanos ostentan pañuelos rojos; las de los demócratas los llevan blancos. En todas las estaciones les esperan, en filas separadas, sus opuestos amigos, a caballo unas veces, para acompañarlos hasta la explanada o bosquecillo vecino, donde puede caber la muchedumbre, otras veces a pie, para seguirlos de la estación a la casa del municipio o al teatro.

Y van las dos hileras, a caballo o a pie, apartadas por las calles, los unos con su rosa o cinta blanca en el ojal de la levita, los otros con rosa, dalia o cinta encarnada.

Las mujeres les regalan banderas, estandartes, ramilletes de flores, frutas finas.

Los hombres se disputan la honra de albergarlos en sus casas.

—"¿A cuál le darás el brazo?"—pregunta sonriendo a su mujer al ir a la mesa el caballero demócrata que hospeda en su casa a ambos: "A ambos", dice ella; y sigue entre los dos, con uno de cada brazo, entre muchos aplausos.

Esa misma noche, diez mil demócratas se apiñaron debajo de los balcones de la casa para dar una serenata a *Bob*. Toda la calle era bandera, antorcha y rosa, de fuegos artificiales. Sorprendido, sale *Bob* al balcón. La multitud comprende en ese instante que puede herir sus sentimientos con la serenata, dejando así involuntariamente a su hermano humillado, y a toda voz, como si cantaran un himno, ¡piden que salgan al balcón los dos hermanos!

Pero lo que en realidad tiene el himno es el empuje, el cariño, la fe contagiosa y simpática con que los trabajadores de Nueva York unidos por primera vez en un serio esfuerzo político, intentan elegir corregidor de esta ciudad del trabajo a uno de los pensadores más sanos, atrevidos y limpios que ponen hoy los ojos sobre las entrañas confusas del nuevo universo, a Henry George.

Él, con su frente socrática, parece irradiar luz sobre esta apostólica campaña.

Sacerdotes lo ayudan, y reformadores que parecen sacerdotes.

Lo auxilian con su palabra y su influjo muchos latinoamericanos. No ocultan su miedo ante el advenimiento de esta fuerza nueva los partidos meramente políticos; y se observa que el espíritu de esta ciudad, hija de hechos y capaz de ellos, recibe con respeto la candidatura de este innovador honrado.

A este bautismo de una nueva raza asistiremos atentos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 7 de diciembre de 1886.
[Copia digital en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos.—Análisis del movimiento social, causas que lo producen y elementos que lo impulsan.—Influjo de las prácticas de la libertad política en el carácter de la guerra social.—El movimiento social está ya en actividad definitiva en los Estados Unidos.—Descomposición de los factores que han producido la presentación de un candidato de los obreros al corregimiento de New York.—La historia viva.—La levadura de la Revolución Francesa fermenta en los Estados Unidos.—Causas especiales de la desigualdad social en Norteamérica.—La tierra y las ciudades.—Límite de acción de la libertad política: su eficacia y su deficiencia.—Razones del aspecto original del movimiento social en los Estados Unidos.—Influjo de la inmigración en el carácter del movimiento social.—¿Será la libertad inútil?—Problema nuevo en política: ¿los efectos de la educación despótica predominarán sobre los efectos de la educación liberal?—La libertad suaviza al hombre y lo hace enemigo de la violencia.—Aspecto presente del movimiento.—Fuerza definitiva del voto.—Los movimientos se concentran en los que poseen en mayor grado sus factores.—Razón de la candidatura de Henry George al corregimiento de la ciudad.

New York, 15 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahítos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza. Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las ciudades como una colosal ave

famélica, ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio y las vuelven del revés, para que el aire oree sus raíces. Y cuando ya parece que son leyes fatales de la especie humana la desigualdad y servidumbre; cuando se ve gangrenado por su obra misma el pueblo donde se ha permitido con menos trabas su ejercicio al hombre; cuando se ve producir a la libertad política la misma descomposición, ira y abusos que crea la tiranía más irrespetuosa; cuando se llega a ver vendido por un ciudadano de la república a cambio de un barril de harina o de un par de zapatos el voto con que ha de contribuir a gobernar su pueblo y mejorar su propia condición; cuando parece que va a venirse a tierra al peso de sus vicios, con un escándalo que resonaría por los siglos como resuena el eco por los agujeros de las cavernas, la fábrica más limpia y ostentosa que ha levantado el hombre a sus derechos, ¡he aquí que surge, por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reconstructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia!

¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Está en el corazón de la naturaleza, como está la fuerza en el seno de la luz. No hay podredumbre que le llegue a la médula. Cuando todo él parece comido de gusanos, entonces brilla de súbito con mayor fulgor, tal cual la carne corrompida brilla, como para enseñar la perpetuidad de la existencia, y la inefable verdad de que las descomposiciones no son más que los obrajes de la luz.

Sí: de esta tierra misma donde el exceso de cuidado propio sofoca en los hombres el cuidado público, donde el combate febril por la subsistencia y la fortuna exige como contrapeso y estímulo el placer acre, violento y ostentoso; donde se evaporan abandonadas las vidas de ternura, idea o desinterés que no han logrado la sanción vulgar y casi siempre culpable de la riqueza; de esta tierra misma, que cría con el grandor de sus medios y la soledad espiritual de sus habitantes un egoísmo brutal y frenético, se está levantando con una fuerza y armonía de himno uno de los movimientos más sanos y vivos en que ha empeñado jamás su energía el hombre.

Es hora de estudiarlo, hoy que se manifiesta en New York con inesperado brío, sustentando un candidato ingenuo al puesto de corregidor de la ciudad, de donde en manos de los políticos toda virtud parece haber huido. Vuelve a verse, para pasmo de intrigantes y soberbios, que en los grandes instantes de revolución y crisis, basta la voluntad de la virtud, tan tarda siempre en erguirse

como segura, para acorralar a los que se disfrazan de ella. Un niño humilde, un aprendiz de imprenta, un grumete, un periodista, un mero autor de libros, ha estremecido con un volumen claro y sincero a toda la nación: y cuando los que se ven representados en él lo alzan por sobre su cabeza para que los conduzca en sus batallas, tiemblan a la simple presencia de este hombre sencillo los pecados públicos, el cohecho político, el falso sufragio, el tráfico en los empleos, el comercio en los votos, la complicidad de las castas favorecidas, la caridad interesada, la elocuencia alquilona, como viejos viciosos sorprendidos en su sueño por la luz del alba a los postres de una orgía. Se les ve por las calles despavoridos, cubriéndose las cabezas con los mantos, para que no se les descubra lo vil del rostro. Los formidables intereses ligados en paz criminal con los políticos de oficio, que prosperan con la venta y manejo del voto público, ven con estupor la aparición de un hombre honrado que les disputa el primer puesto de la ciudad, para inaugurar desde él las batallas ordenadas de votos y leyes que han de asentar la Constitución social de la República sobre nuevos cimientos de justicia.

Para ojos menores, esto que en New York sucede no es más que la candidatura de Henry George, autor del *Progreso y la pobreza*, al corregimiento de la ciudad; pero para quien tiene por oficio ver, y por hábito ir a buscar las raíces de las cosas, este es el nacimiento, con tamaños bíblicos, de una nueva era humana. Grandes son nuestros tiempos: es grande el gozo de vivir en ellos: y como se ha extinguido justamente la fe en las religiones incompletas que en su infancia deslumbraron el juicio y lo satisficieron; como el hombre, necesitado por su naturaleza de creer, padece de esa soledad mortal en que ningún cuerpo de creencias admisible a la razón ha venido a sustituir los mitos bellos que se la tenían oscurecida, es bueno, con las dos manos llenas de flores, señalar como una causa de fe perpetua ese poder de la naturaleza humana para vibrar como una novia a los besos viriles del pensamiento, y surgir con nueva virtud de su propia degradación y podredumbre.

¿Cómo se ha de decir bien en una mera carta de periódicos, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres, para evitar con un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo [la] tremenda arremetida de los menesterosos por la

igualdad social, que dejaría atrás, y que dejará donde no se la evite, la que cerró e iluminó el siglo pasado en busca de la libertad política?

La historia que vamos viviendo es más difícil de asir y contar que la que se espuma en los libros de las edades pasadas: esta se deja coronar de rosas, como un buey manso: la otra, resbaladiza y de numerosas cabezas como el pulpo, sofoca a los que la quieren reducir a forma viva. Vale más un detalle finamente apercibido de lo que pasa ahora, vale más la pulsación sorprendida a tiempo de una fibra humana, que esos rehervimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria. Complace más entender en sus actos al hombre vivo y acompañarle en ellos, que redorar con mano afeminada sus hechos pasados. Pero cuando se vive en una ciudad enorme adonde el universo entero envía sin tregua sus más alborotadas corrientes; cuando se ve adelantar a la vez contra los mismos abusos sociales las lenguas encendidas de todas las naciones, y los pechos velludos, y los brazos alzados, y no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que clamen, la opulencia indiscreta de los unos, y de los otros la miseria desgarradora; cuando no es posible desviarse de las calles cuidadas de los acomodados y los ricos sin que el calor de la batalla suba al rostro, y una ola empuje el pecho, y se enrosque en la mente una sierpe encendida, al ver degradarse en el vicio forzoso, en las cargas inicuas, en un trabajo sin paga ni descanso, en una vida que no da tiempo al amor ni a la luz, el espíritu de la especie y la nobleza del cuerpo que lo encarna; cuando aumentan día a día el refinamiento y provechos de los indolentes, la desesperación, la desocupación, la insuficiencia de salarios, el frío cruel, el hambre espantable de los que trabajan; cuando no hay sol sin boda de oro en catedral de mármol ni suicidio de un padre o una madre que por librarse de la miseria se dan muerte con todos sus hijos; cuando se habla mano a mano en las plazas con el desocupado hambriento, en los ómnibus con el cochero menesteroso, en los talleres finos con el obrero joven, en sus mesas fétidas con los cigarreros bohemios y polacos; cuando no se tiene el alma vendida a la ambición y el bienestar, ni se sufre del miedo infame a la desdicha, entonces vuelven a entreverse con realidad terrible las escenas de horror fecundo de la Revolución Francesa, y se aprende que en New York, en Chicago, en San Luis, en Milwaukee, en San Francisco, fermenta hoy la sombría levadura que sazonó con sangre el pan de Francia.

La libertad política no ha podido servir de consuelo a los que no ven beneficio alguno inmediato en ejercerla, ni conservan siempre su independencia de los empleadores que exigen el voto de los obreros en atención al salario que les pagan, ni tienen en su existencia acerba tiempo

para entender, ni ocasión o voluntad de gozar, el placer viril que produce la participación en los negocios de la patria.

Pudiera haber influido suave e indirectamente la libertad política en las masas demasiado afligidas o ignorantes para ejercitarla, si el goce de ella hubiese creado en los Estados Unidos condiciones generales de seguridad y bienestar ignorados en los países donde impera una libertad incompleta o un gobierno tiránico. Pero la libertad política, considerada erróneamente, aún en nuestros días, como remate de las aspiraciones de los pueblos y condición única para su felicidad, no es más que el medio indispensable para procurar sin convulsiones el bienestar social: y siendo tal que sin ella no es apreciable la vida, para asegurar la dicha pública, no basta.

La libertad política, que cría sin duda y asegura la dignidad del hombre, no trajo a su establecimiento; ni crió aquí en su desarrollo, un sistema económico que garantizase a lo menos una forma de distribución equitativa de la riqueza; en que sin llegar a nivelaciones ilusorias e injustas, pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego, educar en honor a su familia, y ahorrar para su ancianidad como el legítimo interés de labor de toda su existencia, una suma bastante para librarlo del hambre, o de ese triste trabajo de los viejos que de veras es una ignominia para cuantos no hemos imaginado aún el modo de evitarlo: ¡los viejos son sagrados! cambiaron en detalles de importancia las leyes civiles con el advenimiento de las libertades públicas, pero no se alteraron las relaciones entre los medios y objetos de posesión y los que habían de disfrutarla. Luego, hubo que tomar la selva del Oeste, que fecundar los desiertos del Centro, que desnudar de árboles los montes para tender sobre ellos los ferrocarriles, que emplear para el sometimiento del país medios que por la importancia del objeto y el costo de lograrlo excluían la pequeña propiedad personal y requerían la acumulación de los recursos y la propiedad de muchos: todo tuvo que ser gigantesco, en acuerdo con los fines pasmosos de esta nueva epopeya, escrita por las locomotoras triunfantes en las entrañas de los cerros, sobre criptas, abismos, llanos y abras, escrita con las balas de los rifles sobre el testuz de los búfalos y el pecho de los indios.

La tierra, madre de todo bien y universal sustento, fue repartiéndose en forma y cantidades proporcionadas a los desembolsos y esfuerzos empleados en vencerla. Y a la raíz misma de aquella batalla de las familias con el suelo que se retorcía bajo sus pies en el estío, que en invierno quedaba sepulto bajo silbantes y tormentosas nevadas, comenzó la desigual competencia de la propiedad personal del colono con la propiedad combinada. La tierra pública fue distribuida, con razón o pretexto de empresas de utilidad general, a compañías privadas. Si la seca, los hielos o la

competencia arruinaban al colono, lo arruinaban por entero, en tanto que en las compañías solo comprometían los asociados el capital sobrante o parte de su capital. Así, con otras causas menores, fue en los campos quedando la propiedad en mano de asociaciones omnipotentes y el colono glorioso reduciéndose a agonizante arrendatario.

En las ciudades también caía el peso de la grandeza pública sobre los humildes, porque fuera de aquellos raros casos en que el genio individual se sobrepone a los obstáculos que impiden su desarrollo, exigía el consumo extraordinario de la nación empresas que lo abasteciesen, y no podía levantar frente a ellas las suyas infelices el obrero recién venido y solo que, a más de ganar en apariencia un salario mayor que el de su país nativo, entraba con tal júbilo en el ejercicio de su ser de hombre, que no hubo en mucho tiempo espacio en su mente más que para la satisfacción y la alabanza.

A esta embriagadora golosina de la libertad política acudieron, más que a las mismas de California y a las próvidas tierras del Oeste, los hombres de todas partes del mundo, y no los menos estimables e impetuosos, sino aquellos que aunque criados en aldeas oscuras en la humildad y en el miedo de lo desconocido, tienen en sí brío suficiente para abandonar el terruño que es toda su existencia, y desafiar el mar y el extranjero, más feroz y temible que el mar!

Pero con ser tantos los que llegaban de todas las aspas de la rosa de los vientos, los noruegos pelirrojos y espaldudos, los alemanes tenaces y tundentes, los italianos brillantes y mansos, los irlandeses caninos, todavía sobraba espacio para contenerlos en las ciudades en que vaciaba sus ubres la tierra recién cubierta, en las fábricas que no producían aún todo lo que la población necesitaba, en las abras y montes argentíferos, y en los llanos que no se cansaban de dar trigo y maíz. Y afanados los hombres en asegurar su prosperidad, fueron abandonando poco a poco la dirección de su libertad política a los que halagaban sus pasiones, o se hacían voceros y patronos de sus intereses, hasta que con el hábito de venderlo todo, y de no dar valor sino a lo que tiene precio, llegó a ser costumbre en los Estados enteros, aun entre la gente acomodada, vender al mejor postor el voto al que no veían un provecho palpable e inmediato. Los que no lo vendían, sin tiempo ni afición para educarse en los asuntos públicos, lo cedían a los más hábiles o locuaces.

Mientras el espacio excedió en las ciudades y en los campos a la muchedumbre que se aglomeraba en ellos, no hubo ocasión de notar la desproporción inconsiderada con que se había distribuido el territorio nacional, ni las condiciones falsas en que se estaban creando las industrias. Pero cuando las fábricas llegaron a producir más de lo que el país necesitaba; cuando la tierra que

pedía el colono para trabajar en ella pertenecía de antemano a empresas que no la trabajaban; cuando el valor enorme dado al terreno de las ciudades por la obra común de los habitantes reunidos en ellas se volvía en daño de los mismos que lo producían, obligándoles a pagar por estrechas e inmundas habitaciones sofocantes rentas; cuando ni en la tierra ni en las industrias, poseídas por corporaciones privilegiadas o por herederos dichosos, podían abrirse camino los trabajadores compelidos a recibir como un favor el derecho de trabajar en condiciones impías a cambio de un salario insuficiente para su alimento y abrigo; cuando en los mismos campos vírgenes, solo el genio y el crimen podían abrirse paso, a tal punto que se volvían contritos a las repúblicas del Plata los emigrantes que retornaron de ellas para aumentar en su patria la fortuna adquirida en la ajena; cuando se palpó que los inventos más útiles, puestos en ejercicio con abundancia ilimitada en el país más libre de la tierra, reproducen en pocos años la misma penuria, la misma desigualdad, las mismas acumulaciones de riqueza y de odio, los mismos sobresaltos y riesgos que en los pueblos de gobierno despótico o libertad inquieta se han acumulado con el concurso de los siglos; cuando se observó definitivamente que la maravilla de la mecánica, la exuberancia del suelo, la masa de población, la enseñanza pública, la tolerancia religiosa y la libertad política, combinadas en el sistema más amplio y viril imaginado por los hombres, crean un nuevo feudalismo en la tierra y en la industria, con todos los elementos de una guerra social, entonces se vio que la libertad política no basta a hacer a los hombres felices, y que hay un vicio de esencia en el sistema que con los elementos más favorables de libertad, población, tierra y trabajo, trae a los que viven en él a un estado de odio y desconfianza constante y creciente, y a la vez que permite la acumulación ilimitada en unas cuantas manos de la riqueza de carácter público, priva a la mayoría trabajadora de las condiciones de salud, fortuna y sosiego indispensables para sobrellevar la vida.

Ese es en los Estados Unidos el mal nacional. En otras tierras de menor pujanza, de más tradiciones, de más espíritu de familia, de más apego al suelo, las verdades balbucean largo tiempo antes de convertirse en fórmulas y en actos, cuando la pelea por ellas ha de acarrear trastornos públicos, de adelantarse contra hermanos, de lastimar costumbres venerandas: porque el hombre se ama tanto, que convierte en objeto de adoración y orgullo las faltas mismas del suelo en que ha nacido. Pero en los Estados Unidos, abandonado cada cual a sus esfuerzos propios, batallando los hombres en su mayoría en una tierra que no es suya o solo lo es desde una generación, habituados a poner en práctica, por lo fácil de los medios y lo apremiante de las necesidades, las soluciones que

les parecen urgentes y útiles, las ideas arrollan a poco de nacer, arrollan, sin que las enfrene la tradición, que no existe en este pueblo de recién llegados, ni las suavice la bondad, apagada en el combate angustioso por la vida. Por fortuna, la lentitud forzosa en las determinaciones de las grandes masas de población, esparcida en territorios extensos, reemplaza aquí la paciencia, indispensable para preparar los cambios públicos con probabilidades de victoria.

Pero este conflicto social, que con solo enseñarse en su primer estado de organización ha purificado las relaciones políticas y empequeñecido las cuestiones transitorias que venían pareciendo principales, no es como aquellas ideas redentoras que bajan sobre los pueblos lentamente desde un senado de almas escogidas: no es despacioso, como todos los movimientos expansivos, imaginados por los espíritus de caridad para el bien común, sino batallados y violentos, como todos los movimientos egoístas, producidos por la masa ofendida en beneficio propio. Como este conflicto viene de un estado común a las regiones más apartadas de la República; como este pueblo es en su mayoría de hombres de trabajo, que ya se cansan de luchar en desorden por mejoras locales, en que los vencen casi siempre las empresas poderosas, por la privación, la fuerza o la astucia; como a esas causas generales se une la especial y grave de que los errores del sistema prohibitivo obligan a los empresarios a rebajar el salario de los obreros o el número de ellos en sus fábricas; como su mal es presente y agudo, es la renta del mes, es la ropa empeñada, es el pan que no alcanza; como ha entrado en su mente, devastándola por su misma fuerza de luz, la idea impaciente de que existe un medio de vivir sin tanta zozobra e ignominia; como con hilos de fuego están atando los reformadores de un cabo a otro de la República las almas que estallan, parece ¡infelices! que la paloma anunciadora ha bajado de veras del cielo y que a todos les ha deslizado en el oído el mensaje que hace ponerse en pie, iluminarse el rostro y vestirse de fiesta, para recibir dignamente la bienaventuranza.

Los que no han respirado desde su niñez el aire sano de los pueblos libres; los que vienen febricitantes y torvos de los pueblos donde se persigue como un crimen la fatiga natural del hombre por asegurar su dignidad y bienestar; los que traen viciado el juicio con las ideas violentas que cría en los espíritus humillados y enérgicos la presión insensata del pensamiento y del derecho incontrastable a investigar las causas de la desdicha y buscar su mejora; los obreros que vienen de Europa sin la práctica de los hábitos de la república, con desconfianza en la utilidad y justicia de las leyes, con el conocimiento indigesto de teorías sociales en que la fantasía generosa, o cierto callado

despotismo deslucen los más brillantes planes, esos, ansiosos de echar afuera su persona comprimida, condensados por la larga espera de su derecho y las agregaciones de la herencia en seres angélicos sedientos de martirio, o en criaturas de venganza, apremian a los obreros norteamericanos o a los que se han hecho ya a los hábitos libres del país para que intenten por recursos violentos, como los únicos eficaces, la reforma inmediata de las condiciones sociales que producen ese fenómeno vergonzoso e inhumano: la miseria. La miseria no es una desgracia personal: es un delito público. ¿Será ley para el hombre en la naturaleza lo que no lo es para los animales?

Resulta, pues, que la mayoría necesitada del país se ha dado cuenta del malestar que la rebaja y agobia: que palpando en sí misma sus efectos inquiere naturalmente sus causas: que como el hambre y el decoro no son tan pacientes como la filosofía, aun antes de conocer bien las causas se ha determinado a buscar su remedio: que la inmigración incesante de obreros coléricos incita a la mayoría inquieta de trabajadores a que vuelque la fábrica social edificada con tanta injusticia, que el hombre que más duramente trabaja en ella viene a ser reducido a una condición en que no tiene todo el alimento que necesita, ni lo tiene seguro, ni puede criar en honradez la familia que la naturaleza le permite engendrar, ni goza de la libertad y reposo necesarios para impedir que su espíritu, en vez de cumplir la ley universal de aumento y elevación, baje a los lindes mismos de apetito e instinto de la bestia. Estas masas crecen. Crece la inmigración que las azuza. Los salarios no alcanzan a las necesidades. Aumenta la renta y el precio de los artículos de vida. El desarrollo de los grandes inventos solo aprovecha a las corporaciones que los explotan. Faltan los medios de desenvolver en paz y con éxito la persona del hombre. Faltan los medios de ahorrar y competir. Falta el trabajo. Falta la tierra. Los que padecen, se lo dicen. Los que vienen de afuera, avivan. Los que poseen, resisten. ¿Por dónde echará este mar de fuego? ¿Se aquietará en la paz, o se desbordará en la guerra? ¿Ni en los Estados Unidos siquiera podrá evitarse la guerra social?

¿Será la libertad inútil? ¿No hay virtud de paz, fuerza de amor, adelanto del hombre en la libertad? ¿Produce la libertad los mismos resultados que el despotismo? ¿Un siglo entero de ejercicio pleno de la razón no labra siquiera alguna mejora en los métodos de progreso de nuestra naturaleza? ¿No hacen menos feroz y más inteligente al hombre los hábitos republicanos?

El hombre, en verdad, no es más, cuando más es, que una fiera educada. Eternamente igual a sí propio, ya siga desnudo a Caín, ya asista con casaca galoneada, a la inauguración de la Estatua

de la Libertad, si en lo esencial suyo no cambia, cambia y mejora en el conocimiento de los objetos de la vida y de sus relaciones. Todo el anhelo de la civilización está en volver a la sencillez y justicia de los repartimientos primitivos. Todo el problema social consiste acaso en eliminar los defectos y abusos de relación creados en la época rudimentaria de la acumulación de la especie, en que todavía vivimos, y restablecer en la población acumulada las relaciones puras y justas de las sociedades patriarcales. Pero si en lo esencial no cambia el hombre, no puede ser que produzcan en él igual resultado al despotismo que lo retiene dentro de sí, mordido por su actividad, abochornado por su deshonra, impaciente porque oye de su interior la voz que le dice que falta a su deber humano con no ser por entero quien es y ayudar a los demás a ser, y este otro dulcísimo sistema de la libertad racional del acto y el pensamiento, que no amontona la voluntad presa, ni estruja las sienes con ideas sin salida, sino que tiene al hombre en quietud armoniosa, en el decoro y contento de su ser entero y en el equilibrio saludable entre su actividad y los modos de satisfacerla. No del mismo modo emprenden a correr por el llano los potros sujetos dentro de la cerca que los acostumbrados a pacer libremente. El espíritu desahogado no obra con tanta violencia como el espíritu ahogado. El hombre habituado a ejercitar su fuerza no es tan impaciente, cegable y llevadizo como el que tiene hambre de emplearla. Es esencialmente distinta la disposición amigable y respetuosa de los hombres hechos a su soberanía, de la acción agresiva y turbulenta de los que padecen de sed de ella. El delirio no puede obrar con la hermosura y fecundidad de la salud.

No: no parece que haya sido vano en los Estados Unidos el siglo de república: parece al contrario que será posible, combinando lo interesado de nuestra naturaleza y lo benéfico de las prácticas de la libertad, ir acomodando sobre quicios nuevos sin amalgama de sangre los elementos desiguales y hostiles creados por un sistema que no resulta, después de la prueba, armonioso ni grato a los hombres. Parece que la organización, aconsejada por la inteligencia y servida sin ira por la voluntad, suple con ventaja a la revolución, producto impaciente de la razón mal educada, u ordena la revolución, para el caso en que la provocación inicua la haga imprescindible, de modo que construya cada uno de los actos en que derribe; y no comprometa la suerte pública con los arrebatos de una cólera o los consejos de una venganza a que no tienen derecho los redentores. Parece que el hábito ordenado y constante de la libertad da a los hombres una confianza en su poder que hace innecesaria la violencia.

Obsérvese lo nuevo. Aquí se ofrece ahora un caso original en la vida de los pueblos: están frente a frente los resultados de la educación libre de la república en América, y los de la educación tradicional o intermitente de los pueblos de Europa. Cada uno de estos espíritus pugna por prevalecer, y aconseja medios radicalmente opuestos para llegar al fin que ambos anhelan. La infusión constante de inmigrantes europeos y los violentos hábitos que importan, no ha permitido al espíritu directo de los Estados Unidos desenvolverse en toda la entereza y extensión de su originalidad, que hubiera hecho más patente y decisivo el conflicto, y más pura su enseñanza histórica; mas ya se alcanza a ver que el hábito del éxito y la afirmación de la persona que vienen del ejercicio constante de la libertad política, no bastan a impedir las desigualdades consiguientes a una organización social imperfecta, pero suavizan dentro de ella los espíritus, crean el miramiento y respeto comunes, inspiran repulsión a la violencia innecesaria, y proporcionan los medios precisos para proponer y conseguir en paz las pruebas y cambios que allí donde no hay libertad política efectiva solo obtienen a medias la cólera y la sangre.

¡Oh, sí! De la libertad como de la virtud, está casi vedado hablar, por ser tantos los que las profanan que quien las ama de veras tiene miedo de ser confundido con ellos: y hasta de mal gusto está ya pareciendo ser honrado! Pero es cierto que la libertad favorece sin peligros la expansión y expresión de las cualidades más nobles del hombre, y más necesarias para la grandeza y paz de los Estados: lo cual debe decirse,—por haber muchos que hacen argumento, para demostrar su ineficacia, de su aparente fracaso allí donde no se la ha aplicado con la sinceridad y tolerante espíritu que son su esencia; y porque en los mismos Estados Unidos, por causas nacionales ajenas a ella, han ido endureciéndose los caracteres, y avillanándose y perdiéndose las prácticas cívicas, a tal extremo que los que solo miran a la superficie pueden asegurar que las costumbres de la república engendran los mismos vicios de las monarquías privilegiadas y ociosas, sin mantener en cambio el ímpetu heroico y la deslumbrante brillantez que suelen estas inspirar a sus vasallos.

Pero no. En verdad que en los Estados Unidos el afán exclusivo por la riqueza pervierte el carácter, hace a los hombres indiferentes a las cuestiones públicas en que no tienen interés marcado, y no les deja tiempo ni voluntad para cumplir con su parte de deber en la elaboración y gobierno del país, que abandonan a los que hacen oficio de la cosa pública, por ver en ella desocupación desahogada y lucrativa. Mas la justicia irrepresible bulle en el espíritu de los hombres, de alma apostólica, y en los caracteres sencillos, que padecen y ven padecer por la falta de ella; y donde

quiera que los hombres se juntan crecen los fariseos y se comen las ciudades, pero por encima de todos ellos, como criatura de eterna luz que ningún suplicio agobia, surgen Jesús y su séquito de pescadores. Aquí han brotado, se han ungido, han abandonado oficios pingües para servir con más desembarazo a los menesterosos, han puesto en orden las razones descompuestas de los desdichados: y ese mismo espíritu de caridad que en los países oprimidos lleva por el calor de su fuerza divina a la batalla, aquí, por la fuerza más segura que viene al hombre del empleo constante de su razón, le conduce a buscar la mejora de sus males, la distribución equitativa de los productos del trabajo, por la agresión incontrastable de la palabra justa, por el uso inteligente y terco del voto,—gigante que deben criar con apasionado esmero los pueblos que acaso lo desdeñan porque no estudian su poder y no se toman el trabajo de educarlo. Pues bien: después de verlo surgir, temblar, dormir, comerciarse, equivocarse, violarse, venderse, corromperse; después de ver acarnerados los votantes, sitiadas las casillas, volcadas las urnas, falsificados los recuentos, hurtados los más altos oficios, es preciso proclamar, porque es verdad, que el voto es un arma aterradora, incontrastable y solemne; que el voto es el instrumento más eficaz y piadoso que han imaginado para su conducción los hombres.

Esa es la novedad considerable que el ejercicio de la libertad política parece haber traído a la resolución del problema social que se anunció al mundo con tamaños tremendos a fines del siglo pasado, y ha venido naturalmente a plantearse en la plenitud de sus elementos al país donde se reúnen con menos trabas y mejores condiciones los hombres.

Pero con ser tanta esa novedad en la forma del problema, más importante es el modo original con que lo han entendido en los Estados Unidos los hombres acostumbrados a dominar los sucesos y los elementos. Si en cuanto a los métodos no pudo ser inútil el hábito firme de las libertades públicas, tampoco pudo serlo en cuanto a la concepción del problema. La costumbre dichosa del norteamericano de resolver prácticamente cada dificultad que va palpando, sin que el afán de cada día le dé tiempo para ofuscar su juicio de antemano con teorías confusas que a la vez rechazan su cuerpo fatigado del combate y su espíritu acostumbrado a lo directo.

Esa paz en el método, y esa genuinidad en la concepción del problema, han sido el servicio peculiar e inestimable de la libertad política, y la sana vida nacional que produce, a la causa del mejoramiento de la sociedad humana. Casi simultáneamente se produjeron en los Estados Unidos los efectos del malestar social, y los apóstoles, los estadistas, los organizadores, los agentes

encargados de remediarlo. El hábito de oírlo todo aseguró desde el primer instante el respeto público a los que estudiaron el problema con más cariño para los humildes que miramiento para los poderosos. Y los hombres todos, hechos aquí a serlo, dieron muestra de sentir un legítimo orgullo de especie cuando otro hombre se ejerce y determina, aun cuando la preocupación o la propiedad misma le sean amenazadas.

Método, formas, corporación, lenguaje, todo es en este movimiento social de los Estados Unidos propio y diverso de como es en otras tierras. Los mismos sistemas han producido aquí y allí los mismos efectos; pero la diversa preparación política ha dispuesto a los hombres de diferente manera para remediarlos. Las masas, más educadas, no esperaron a que les marcasen el camino los pensadores generosos que en otros países han revelado a los obreros los males que estos sentían confusamente; sino que de sí misma, por brote espontáneo y unánime, se concertaron para buscar el modo de extirpar el mal, mientras que los meditadores esclarecían sus orígenes para ir sobre seguro a curarlo en ellos, y los espíritus de caridad ardiente, previendo el desorden natural en población obrera de tan varios elementos y cultura, se pone amorosamente de su lado para aconsejarles la acción acordada y pacífica que ha de acabar porque cada boca tenga un pan, y cada viejo ahorre para el fin de su vida una camisa limpia y una almohada blanda.

Un hombre hay en New York en quien dichosamente se reúnen los elementos de trabajo, juicio y amor que producen en los Estados Unidos, en robusto arranque, el combate social más bello, numeroso y breve que hayan visto los siglos: ¡así es, aunque los hombres se resisten, por soberbia y efecto de visión, a dar proporciones grandiosas a lo que ven con sus ojos! Y ese hombre junta a esas condiciones, para tener en sí todas, las de la pelea que simboliza la sosegada costumbre de las prácticas de libertad que dan carácter original y modo pacífico de éxito a la reforma social a que la mayoría de la nación parece determinada.

Enseña el estudio hondo de los movimientos humanos que estos tienden a concentrarse en quien reúne en sí los factores que los impulsan y que el éxito de los caudillos depende del grado e intensidad en que posean los caracteres del movimiento que encabezan. Rápido crece el movimiento obrero, en acuerdo lógico con las demás manifestaciones de la vida en este país de la acumulación maravillosa y la existencia directa. Anda confuso, como todo lo que nace, aunque para confirmar con esto la virtud de la libertad, más se han esclarecido aquí en cinco años los orígenes del mal social que en un siglo entero de planes europeos. Determinado, sin embargo, el movimiento obrero

a intentar en paz sus proyectos de reforma, con la urgencia impuesta por la naturaleza y verdad de los males palpables y crecientes que lo producen, resulta que al presentarse en New York la primera ocasión de exhibir su poder y voluntad en una seria contienda política, se precipita rápido en sus actos y confuso en sus fines a pelear con ímpetu apostólico, con ala de águila, con júbilo de fe, por establecer su decisión e influjo, poniendo en la silla de corregidor de la ciudad al hombre de armoniosa cabeza y espíritu apacible que por su origen de trabajador, por la fuerza de su piedad, por lo directo y primario de su pensamiento, por el carácter agresivo de su meditación; por su hábito arraigado de las libertades públicas, reúne en su augusta sencillez, hasta en lo osado y discutible de sus planes, los elementos de fondo y forma de la revolución pacífica que representa.

Así ha venido, juntándose como en toda hora crítica la virtud y los que necesitan de ella, a ser Henry George, antes de un libro de fuerza bíblica, el candidato de los obreros de New York para el oficio de corregidor de la ciudad. Y de allí, al porvenir.

JOSÉ MARTÍ

EL Partido Liberal. México, 4, 5 y 6 de noviembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—La mujer norteamericana.—La "mulata" Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio.—Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago.—La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones de anarquistas.—Lucy Parsons en Nueva York.—Su elocuencia.—Escena memorable en Clarendon Hall.—Carácter viril de la mujer norteamericana y su razón.—Una mujer decide el debate en una convención política.—La mujer como organizadora y empresaria.—La mujer en los teatros: Helen Dauvray, Lilian Olcott y la *Teodora* de Sardou.—Mrs. Langtry.

New York, 17 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

"Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo": eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago, los convictos en el proceso de la bomba, los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! Ahora parecen más que antes: se reúnen con más frecuencia: afirman con más atrevimiento sus ideas: se ven injustamente miserables; desesperan de la posibilidad de reducir al mundo por la ley a un sistema equitativo; se sienten como purificados y glorificados por el espíritu humanitario de sus dogmas; se convencen de que la civilización que usa la pólvora para hacer cumplir su concepto de la ley, no es más legal ante el alma del hombre que la reforma, que, para hacer cumplir la ley tal como la concibe, usa la dinamita, que no es más que pólvora concentrada. Y como cualquiera que sea el extravío de sus medios y la locura de su propaganda, es verdad que esta y aquellos arrancan de un espíritu de justicia ofendido en las clases humildes siglo sobre siglo, y de una compasión febril por los dolores del linaje humano, resulta, hoy como siempre, que el mundo se dispone a olvidar las manchas rojas que deshonran la mano, atraído por el rayo de luz que brota de la frente: y que un grano de piedad basta

a excusar una tonelada de crimen.

En la certeza de sus móviles humanitarios toman fuerza para arrostrar el martirio estas criaturas de juicio desequilibrado, ya por la viveza e intensidad de sus penas, ya porque no es la fetidez de los agujeros de los artesanos buen lugar de cría para la divina paciencia con que soportan el ultraje los redentores. Si a duras penas concibe cada civilización un Jesús, ¿cómo se pretende que sea un Jesús cada uno de estos pobres trabajadores? Así al ver próximos a morir a siete de sus compañeros en la horca, no se paran a pensar en que de sus manos salió un proyectil de muerte, porque no ven su proyectil más criminal que la bala de un soldado, que también sale a matar en la batalla sin saber adónde: solo ven que van a morir sus siete amigos por el delito de buscar sinceramente el que ellos miran como modo de hacer feliz al hombre; y los arrebata, esa es la verdad, la misma voluptuosidad de sacrificio que poseyó cuando la iglesia virgen a los mártires cristianos. ¡Ah, no: no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz! No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce.

Aquí el aire está cargado de estos problemas: no hay otra cosa en el aire: se oye el ruido cercano de la cólera: en New York los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol Henry George *mayor* de la ciudad: en Richmond hay un Congreso de Caballeros del Trabajo, que hace alarde de simpatía a la raza negra: en todos los estados los gremios de obreros entran en masa en la política, y en algunos triunfan de lleno y eligen casi sin obstáculos a la legislatura y al gobernador: todavía funcionan por encima, como actores segundones que entretienen la escena, los partidos y personajes que han perdido con el uso su eficacia y pureza; pero de todas partes se asiste a la elaboración de una fuerza tremenda: nadie se oculta la importancia de los nuevos sucesos: es preciso hablar de esto.

Sí: los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira. Y se ve aquí, como en aquellos tiempos de almas, que esa exuberancia de amor al hombre crea lazos más fuertes entre los que la sienten en común, y da al cariño de los amantes y a los deberes de familia una poesía e intensidad que les visten de flores el martirio.

Ayer mismo se asistió en New York a una escena de interés penetrante y extraordinario. En ninguna iglesia de la ciudad hubo ayer domingo un sacerdote más ferviente; ni una congregación

más atribulada, que en Clarendon Hall, el salón de los desterrados y los pobres. Pugnaba en vano la concurrencia de afuera por entrar en la sala atestada, donde hablaba a los anarquistas de New York, alemanes en su mayor parte, la Lucy Parsons, la "mulata" elocuente Lucy Parsons, la esposa de uno de los anarquistas condenados en Chicago a la horca.

El sábado llegó. Anda hablando de ciudad en ciudad para levantar la opinión pública contra la ejecución de la sentencia a muerte. En la estación la esperaban un centenar de personas, y entre ellas muchas mujeres y niños. Todas las mujeres la besaron: lloraban casi todas: dos niñas le ofrecieron un ramo de rosas rojas: "La bandera roja, dice ella, no significa sangre: significa que las grandes fábricas donde hoy se asesina el alma y cuerpo de los niños, se convertirán pronto en verdaderos kindergartens". Sabe de evolución y revolución, y de fuerzas medias, de todo lo cual habla con capacidad de economista lo mismo en inglés que en castellano. "La anarquía está, según ella, "en su estado de evolución: luego vendrá la revolución, si es imprescindible: y luego la justicia". "La anarquía no es desorden, sino un nuevo orden". He aquí cómo ella misma la describe, con sus propias palabras: "Pedimos la descentralización del poder en grupos o clases. Los agricultores proveerán a la comunidad con un tanto de los productos de la tierra, con otro tanto de zapatos los zapateros, los sombrereros con otro tanto de sombreros, y así cada uno de los grupos, de modo que quede cubierto el consumo nacional, del que se publicará una cuidadosa estadística. La tierra será poseída en común, y no habrá por consiguiente renta, ni intereses, ni ganancias, ni corporaciones, ni el poder del dinero acumulado. No pesará sobre los trabajadores la tarea brutal que hoy pesa. Los niños no se corromperán en las fábricas, que es lo mismo que corromper a la nación; sino irán a los museos y a las escuelas. No se trabajará desde el alba hasta el crepúsculo y los obreros tendrán tiempo de cultivar su mente y salir de la condición de bestia en que viven ahora. El que trabaje comerá, dentro de nuestro sistema, y el que no, perecerá, lo mismo que hoy: pero no se amontonarán capitales locos, que tientan a todos los abusos: no habrá dinero de sobra con que corromper a los legisladores y a los jueces: no habrá la miseria que viene del exceso de la producción, porque solo se producirá en cada ramo lo necesario para la vida nacional".

De todo esto, por supuesto, solo se puede considerar el buen deseo, y la verdad de los dolores punzantes que por serlo tanto llevan los planes de reforma a tal exceso. En esos planes falta el espacio preciso para el crecimiento irrepresible de la naturaleza humana, que es la base de todo sistema social posible; porque un conjunto de hombres, solo por transición y descanso puede ser distinto de como el hombre es: lo innatural, aun cuando sea lo perfecto, no vive largo tiempo. El

hombre tratará de satisfacer siempre en lo tangible del mundo su ansia de lo desconocido e inmenso.

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondeado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes; los labios llenos; las manos finas y de linda forma. Viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en un arranque cómico, que parece roído con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala henchida, un campo de espigas encorvadas por el viento.

No desenvuelve la palabra graciosamente, sino la emite con la violencia de la catapulta. Los ojos ora le relampaguean, ora se le llenan de llanto: adelanta el brazo con lentitud, como si lo retuviese al extenderlo: todo en ella parece invitar a creer y subir. Su discurso, de puro sincero, resulta literario. Ondea sus doctrinas, como una bandera: no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación: dice que en la reunión en que estalló la bomba, la policía se echó encima de los hombres y mujeres con el revólver en la mano y el asesinato en los ojos: los anarquistas llevaron allí la bomba, para resistir, como la policía llevó el revólver, para atacar: "¡Miente, exclama, el que diga que Spies y Fischer arrojaron la bomba!" No se abochorna de confesar sus hábitos llanos: "Fischer, dice, estaba entonces tomando cerveza conmigo en un salón cercano. ¿Quién ha dicho en el proceso que vio tirar la bomba, a ninguno de los condenados?

¿Acaso los que van a matar llevan a ver el crimen, como llevó mi marido, a su mujer y a sus hijos?” “¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! Alguno, indignado por el asalto de los policías, lanzó la bomba que causó las muertes: ¿qué culpa tiene el dolor humano de que la ciencia haya puesto a su alcance la dinamita?”

Cuando habla de la miseria de los obreros, halla frases como esta: “Oigo vibrar y palpitar las fábricas inmensas; pero sé que hay mujeres que tienen que andar quince millas al día para ganar una miserable pitanza”. “Decid que no es verdad, a los que os dicen que aquí se adelanta. Cuando a mis propios ojos andaban en Chicago descalzos diez mil hijos de obreros, en Washington se presentaba en un baile una señora con todo el vestido lleno de diamantes, que valían $850 000: y otra llevaba en el pelo $75 000, y el pelo después de todo no era suyo! No! no es bueno que los ojos de vuestros hijos pierdan su luz puliendo esos diamantes!” “¡Oh, pobre niño de las fábricas;—seguía diciendo con el cuerpo inclinado hacia delante, con la voz convulsa, con las manos tendidas a su auditorio en gesto de plegaria,—oh pobre niño de las fábricas: las lágrimas que ahora hacen correr por tus mejillas la avaricia y la brutalidad, se transformarán pronto en caricias y en besos. Los hombres que las ven correr las secarán con sus robustos brazos. No los detendrá en su camino de justicia el hambre, la mentira ni la horca, sino se erguirán y padecerán como sus padres bravamente, y salvarán por sobre sus cabezas, si es preciso a sus hijos!”

En este instante, la concurrencia que se apretaba a las puertas, aprovechando el silencio de emoción que acogió estas palabras, braceó por entrar en la sala. No podían. “¡*Hurrah,* gritó una voz, *“hurrah* por los anarquistas de Chicago!” Por un impulso unánime saltó sobre sus pies la concurrencia. Dicen que temblaban las mejillas de ver aquella escena. Les corrían las lágrimas a los hombres barbados. Las mujeres, de pie sobre los asientos, movían sus pañuelos. Las niñas gritaban *“hurrah”* alzando sus manecitas, subidas sobre los hombros de sus padres. ¡Hay tanto triste en el mundo que de recordar estas cosas se aprieta involuntariamente la garganta! *La Marsellesa* unió a ese arrebato sus notas eternas.

Singular espectáculo, el de esa mujer que recorre los Estados Unidos pidiendo desde los escenarios, desde las aceras, desde las plazas públicas, justicia para su propio esposo condenado a muerte. Pero no parece tan raro si se observa la prominencia curiosísima de la mujer en la vida norteamericana. No se trata solo de aquel rudo desembarazo y libertad afeadora de que aquí la

mujer goza; sino de la condensación de ellas, con el curso del tiempo, en una fuerza viril que en sus efectos y métodos se confunde con la fuerza del hombre. Esta condición, útil para el individuo y funesta para la especie, viene de la frecuencia con que la mujer se ve aquí abandonada a sí misma, de lo mudable de la fortuna en este país de atrevimiento, y de lo inseguro de las relaciones conyugales. Aquella encantadora dependencia de la mujer nuestra, que da tanto señorío a la que la sufre, y estimula tanto al hombre a hacerla grata, aquí se convierte en lo general por lo interesado de los espíritus en una relación hostil, en que evaporada el alba de la boda, el hombre no ve más que la obligación, y la mujer más que su comodidad y su derecho. Ni cede la mujer tan dulce y ampliamente a su misión de darse, como se da a la noche la luz de las estrellas; sino que, por lo áspero e independiente de la existencia, el amor va quedando en ellas, cuando no muerto, amenguado hasta su expresión fea de sentido: y como solo se aperciben de él en esta forma tediosa e intermitente, tiénenlo en mucho menos que la independencia que conviene a sus espíritus sin cariño. En otros casos desenvuelve la persona de la mujer su larga soledad, las pruebas de una vida sin simpatía ni apoyo, o el disgusto de un brutal marido. Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no solo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación, sino en la creación y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y ridiculez con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hay día en verdad, sin caso notable. Hace unas dos semanas luchaban con escándalo los partidarios de una convención política, y fueron vanos durante días enteros los empeños de calmarla, hasta que una señora que disfruta de buen nombre de abogado expuso con tal lucidez las quejas de una y otra parte, y los llamó a razón en un discurso tan lógico, que la convención votó con ella, y hoy la miran como árbitro de la política del estado, sin que la acuse nadie de "media azul", como llaman aquí a las marisabidillas, antes dicen que lleva su triunfo con sencillez y modestia.

En New York crece a ojos vistos la fortuna de una bella señora que se vio caer en un día de lo más alto de la riqueza a la miseria en su palacio vacío: le quedaban sus muebles inútiles, sus hijos sin pan, su puerta sin amigos y su marido en fuga. Sabía que en una tienda de objetos de arte apreciaban mucho el gusto fino de que había dado muestras cuando compraba en su hora de abundancia las lindas chucherías de que tiene aún llena su casa: y la aristocrática mujer que tenía

fama en las mayores ciudades de Estados Unidos, de rica y hermosa, ofreció sus servicios como vendedora a la tienda de objetos artísticos. Llamaron pronto la atención a los parroquianos el tino de sus consejos, y la gracia con que disponía las compras en sus casas. Empezaron a comisionarla para que alhajase casas enteras. Se puso al oficio con una bravura de domadora. Con sus primeros ahorros imprimió circulares. Y en tres años apenas ha levantado con su industria tan amplio modo de vivir que ya puede habitar su casa propia, a donde ha vuelto por camino más seguro a manos de la mujer el lujo que se perdió en ella a manos del esposo.

Y hoy mismo se lee en los diarios otra curiosa noticia. Acá se ha zurcido una compañía de ópera americana, compuesta de alemanes, franceses, suecos, italianos, y una bailarina de Boston: y la verdad es que el año pasado no cantaron mal, y está en vías de formarse permanentemente con sus productos un conservatorio de música, donde de veras aprendan arte los aficionados americanos. En un año se puso en pie la empresa, contrató gran número de artistas, creó un cuerpo de baile; representó en los teatros mejores de los Estados Unidos, ganó lindamente ciento cincuenta mil pesos. Porque solo por ser americana, se llenaban los teatros de gente. ¿Y quién sacó sobre sus hombros toda esta obra? Una señora rica, que la concibió y puso en práctica; que reunió entre amigos la primera suma, que organizó a su modo la administración, y que ahora, dejando sin pena su casa de New York, está en San Luis agenciando la colecta de unos cincuenta mil pesos que necesita para llevar a término su empresa favorita.

En los teatros, no solo triunfan las damas como actrices, sino como organizadoras y dueñas. Helen Dauvray, que es americana a pesar de lo francés del nombre, ha establecido por primera vez, en un teatro en bancarrota, el drama nativo: un drama que dicen bello, aunque las escenas de más vida suceden en una estación de telégrafos, y descarrilamientos y telegramas figuran entre los recursos de la trama: dos trenes chocan en la escena: la heroína se decide en su deber de telegrafista a poner un despacho que ha de costarle su propia ventura. En otro teatro, Lilian Olcott, una actriz sin talento, compra a Sardou mismo en París e introduce aquí con pompa, esa rapsodia desconocida y brillante que morirá con Sarah Bernhardt y sus decoraciones, a quienes debe la majestad e interés aparente que la salvan, porque fuera de la habilidad de zurcidor que en algunas escenas maravilla, es *Teodora* una desmayadísima invención, en que no vibra la humanidad, ni el interés cubre los huecos de la armadura, ni se levanta un carácter. Y Mrs. Langtry, con su talle de flor, tiene lleno de aromas, y de música maga y sutil, el teatro de la Quinta Avenida donde, realzando con un talento verdadero su exquisita hermosura, representa con la compañía de que es cabeza esa finísima

comedia de Sardou *Nos Intîmes*, que en inglés se llama *El peligro de una esposa*. No parece mujer, sino lira, o jazmín que anda.

El Partido Liberal. México, 7 de noviembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El millonario Stewart y su mujer.—Henry George.—El libro *Progress and Poverty.—*El movimiento obrero.—Lucy Parsons en Orange.—Muerte de la viuda de Stewart.—El carácter de Stewart.—Vida sombría de su viuda.—Un rico abominable.—Su palacio.—Sus cuadros: el *Napoleón* de Meissonier y *La playa de Portici* de Fortuny.—Henry George.—Cómo se pagan los gastos de las elecciones.—El libro de George: *Progress and Poverty*.—Sumario de sus teorías sobre la nacionalización de la tierra.—Su programa social.—Espíritu del libro.—El hombre.—Su apariencia.—Entusiasmo de los obreros.—Carros vestidos de flores.

New York, 27 de octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Se amontonan los sucesos. Están en la ciudad los delegados para la fiesta de la Estatua de la Libertad. Como una curiosa, no como una entusiasta, se prepara la ciudad para la fiesta. Con actividad deslumbrante, con palabra moisíaca, con popularidad espléndida continúa Henry George su campaña de elecciones para corregidor de New York, contra Roosevelt, el joven millonario a quienes han sacado candidato los republicanos ricos, y Hewitt, el yerno opulento de Peter Cooper, hombre benévolo y respetable que se ha prestado por comidillas de partido a representar en su candidatura a las dos alas podridas del Partido Demócrata en Nueva York, Tammany Hall y la Democracia del Condado, asociaciones de políticos de oficio. Pero todavía hallan espacio los periódicos para reseñar con detención y asombro la campaña anarquista de la mulata Lucy Parsons.

Sigue de pueblo en pueblo exhalando las quejas de su clase, en discursos inspirados y dramáticos, abriendo de un empellón la puerta de la sala que tenía alquilada y le cerraba luego el dueño, haciendo caer con sus razones el fusil de las manos del centinela que acude a poner la bayoneta al pecho de los que querían entrar en el salón. En Orange fue todo eso. Lucy Parsons hablaba de pie sobre un banco, en una esquina oscura de la sala: las manos le temblaban todavía, las manos con que acababa de hacer caer el fusil de la centinela avergonzada: unos doscientos curiosos habría en el salón, pero lejos de ella, para no confundirse con el grupo de anarquistas que la rodeaban: ella se destacaba sobre el grupo, el busto todo negro, el rostro encendido, el gesto ardiente y rápido: a sus pies, a un extremo del banco, estaba sentado un alemán de lívida palidez y pelo rojo, que la envolvía con la mirada adoradora: al otro lado estaba el banco lleno de rosas encarnadas. Así habló; habló hora y media: "Nuestra bandera roja, decía, es el símbolo de la sangre que corre igual en todas las venas de la especie humana!"

A esas mismas horas moría en Nueva York, en su palacio de mármol, una mujer también singular, pero por su soledad y sordidez: la mujer de aquel rico abominable y duro, que jamás secó una lágrima, de Stewart, el "príncipe mercader", el que levantó en Broadway una colosal casa de hierro para vender bajo una augusta rotonda sus terciopelos y sus cintas, el que de una vara de medir hizo florecer ochenta millones. Se secaba todo lo que Stewart veía. Le obedecía el dinero, como si fuera su perro. Pagaba sus cuentas puntualmente, como tanto hombre honrado, y tantos que no lo son. Jamás faltaba a sus contratos: pero aunque se muriese a sus pies—eso fue verdad—aunque se muriese a sus pies, cubierto de llanto un infeliz que no podía cumplirle el suyo, se lo exigía con frialdad satánica. Por donde quiera que se le tocase, era de piedra. ¡Debe estar pereciendo de sed, donde quiera que esté ahora!

Momificó a su mujer, que ha vivido y muerto como una prisionera. Ella parece haber sido como él, de alma hirsuta. Su mano, que sabía escoger colores, no sabía tenderse. La desgracia hallaba cerrado el camino de su corazón. Con su mano de hierro le había ido quitando su marido de la frente todas las gracias de la juventud. Cornelia Clinch no fue fea, ni pobre, ni mal educada, ni de escasa inteligencia: hija de un comerciante rico, parecían haberse concentrado en ella los hábitos de rapacidad y previsión que suele desarrollar el ejercicio del comercio, y ella adivinó y sirvió en la naturaleza buitral de su marido. Él, comido por la pasión de la riqueza, desenvolvió con la posesión de ella una brutalidad fría, que junto a su poder de organización y su firmeza de cálculo, constituyó una persona pujante y extraña, a quien el éxito gigantesco dio apariencia de genio. Ay! millones

corrían diariamente sobre sus mostradores; manzanas de palacios eran suyas; suyos teatros y jardines suntuosos; suya la casa de mármol y oro donde su mujer ha muerto; suya la soberana colección de cuadros, de Meissoniers, de Munkácsys, de Rosa Bonheurs, de Madrazos, pobres cuadros presos que parece que se quejan en su galería desierta, donde la avaricia de los amos apenas deja penetrar mirada viva; ochenta millones tenía Stewart a su muerte hace diez años; pero cuando de su sepulcro robaron ladrones desconocidos su cadáver, dicen que en New York mucha gente reía como de un chiste, y era común oír por las calles aquel día: "le dieron su merecido!"

Algo de espectro va unido a su memoria. Recogía del suelo los alfileres que encontraba al paso; pero dar, jamás dio un alfiler a nadie. Todavía tienen cara de esclavos los dependientes que sirven en su tienda. Y cuando concibió la construcción de un edificio monumental para habitaciones de trabajadoras—un edificio de hierro como él—imaginó para las infelices inquilinas de su lóbrego palacio un reglamento tan impío, que las pobres criaturas huyeron de la jaula, espantadas de aquella grandeza de ataúd.

Por su mujer tenía un rudo respeto, y unos como estallidos de complacencia, que su áspero sentido de justicia le movía a mostrar en donaciones o caprichos ricos a la que le ayudó con el consejo y el trabajo en su juventud difícil: cuando él vendía sus lienzos sobre el mostrador, ella, en lo alto de la casa, sacaba al aire los colchones, cocinaba, barría, bruñía con su puño de mujer sana los muebles. En ella respetaba él las cualidades que aplaudía en sí y se amaba a sí propio en ella, como en todo lo que le pertenecía, por lo cual gustó de engrandecer, de iluminar, de decorar, de buir de oro todas sus pertenencias, su mujer como su casa! Lo agudo de su deseo se pinta en su decisión de que todos sus edificios fuesen del más puro blanco. Y como en la soberbia adoración de su persona en que vivía aquel gran patán, su mujer era entre sus propiedades vivas la que tenía más de él, y la ojeaba el mundo como a él mismo, construyó para ella una casa que parece un ara, toda cuadrada y blanca, los suelos de mosaico, las escaleras del mármol más fino, las alfombras con los mismos frisos que bordaban los techos, las paredes vestidas de lienzo de los pintores más famosos. Y allí vivió y ha muerto la solitaria señora, cautiva en su riqueza como en una red, defendida como un fuerte por los canes que esperan el bocado, subida en las alturas de su palacio como un alma montada viva, por arte de fantástico joyero, sobre una sortija negra. Una colosal mano secante parecía estar perpetuamente posada sobre esa casa blanca que parece oscura. Por donde quiera que se acercase uno a la casa o a los que la guardaban, salía a recibirlo un erizo.

Como por entre púas de ellos era necesario pasar para conseguir ver de soslayo los pobres cuadros presos. El ujier vigilaba al privilegiado visitante como si se fuese a llevar con la mirada las figuras. Allí está el *Napoleón* de 1807, la más bella y humana persona del pincel duro y perfecto de Meissonier; allí está, en un lienzo incomparable, hermoso el *Napoleón* como un Júpiter joven, arrebatados y heroicos a su alrededor en grupos magníficos sus capitanes: el color mismo de aquella atmósfera triunfante, el caldeado azul, el luminoso vapor, están hablando de imperio y victoria: por la yerba se ve correr la savia: todo el ardiente poema está en la retina de cada caballo.

Y allí están de Fortuny esos dos pasmos de la perspectiva: su *Aquietador de serpientes* echado en medio de ellas sobre una alfombra al aire oscuro y tibio, por el que sube de la esbelta figura el pensamiento profundo, como surgiría un espíritu de esfinge de un cáliz de rosa: y su *Playa de Portici,* su cuadro gozoso, su cuadro fresco y libre, el cuadro de su alma, en el que se acercó tanto a la luz que cayó de ella para morir, como caen las mariposas, con las alas abrasadas. Murió sin acabarla. Su familia misma es la que pintó en el cuadro, su mujer cosiendo, su cuñada herborizando, sus hijas retozando, en un cantero abierto no lejos de la playa. Allá, en lo hondo del cuadro, una puerta que da a la ciudad, que por aquel agujero se adivina entera. Creciendo con soberbio atrevimiento viene de la puerta por un lado del lienzo un muro blanco, apenas interrumpido por un rosal en flor: y el cochero dormilón y coche y jaco que reposan a la espera, son todos juntos más pequeños que la flor amarilla que se abre a los pies de la linda señora en lo bajo del cuadro del otro lado, lleno de bañistas menudos como hormigas, se extiende el agua límpida, azul, fosforescente; pero la maravilla está en el modo, allí visible, con que Fortuny tendía y mezclaba sobre el lienzo las capas de color que, rebujadas y bruñidas luego con arte suavísimo, dan a sus telas aquel claror sereno y caliente en que parece que van a abrirse las rosas y a volar los pájaros: tal es como si se asistiera en una nube al nacimiento de la luz.

Entre esos tesoros languidecía oscuramente la desdichada señora. Mujer fue también, mujer de alas de fuego, Teresa de Jesús, la que dijo aquella sentencia sublime: “el desgraciado que no puede amar”.

Un grupo de trabajadores salía ayer por la tarde de colgar de negro las ventanas del Palacio, y un curioso que tiene por oficio ir a ver por sí toda cosa o persona típica en algún modo de los países en que vive, para sorprender a los pueblos en su hora de horror, notó que todos ellos llevaban colgando de una cinta blanca en la solapa una medalla de Henry George; Henry George pasó poco

después por las cercanías de la casa, en su camino a una junta de cigarreros, a quienes había prometido ir a hablar a la salida del trabajo.

Y eso es diario, desde que comenzó la campaña de las elecciones, e improvisaron los obreros de New York su partido político. Antes, diez mil pesos por lo menos tenía que pagar cada aspirante a un puesto en el Congreso, a la asociación de su partido que lo escogía para la candidatura; y si la elección era para corregidor de la ciudad u otro oficio magno, de los que recaman de oro a los que los disfrutan, dicen que hasta cien mil pesos ha solido pagar el candidato a la asociación; para las expensas de la campaña, en que se hace gran tráfico, porque por naturaleza son secretas: y lo más no es para los pagos lícitos,—propagandas de ideas, impresión de boletos, alquiler de salones, transparentes, paradas, banderines,—sino para comprar votos: aunque la verdad es que solo para lo lícito se necesita una fortuna, porque durante todo un mes hay que tener a la ciudad atenta y viva en todos sus distritos con reuniones diarias, que improvisar periódicos, que distribuir folletos, que pagar en cada distrito una sala propia, que abejear día y noche por toda la ciudad, que mover un millar de hombres por carros y ferrocarriles para que exciten simpatías, domen rebeldes y acallen dudas en los doscientos mil votantes que se disputan diente a diente los partidos en liza. Y ahora, ¡oh entusiasmo que engendra montañas! todo eso lo está haciendo el Partido del Trabajo, el temidísmo Labor Party, sin que desembolse miles ni cientos su candidato honrado, que a duras penas se ha hecho con sus libros, sobre todo con *Progress and Poverty,* un mediano pasar: ¿quién no sabe que *Progress and Poverty* es una obra admirable, un examen hondísimo de los males humanos y sus causas, un libro vivo, con carne y con hueso, en que se estudian con bíblico espíritu las relaciones actuales de los hombres, y la razón innatural del divorcio en que, para la mayoría de los hombres útiles, andan el bienestar privado y el progreso público? Ya está la obra traducida a toda lengua viva; y ha recibido más encomio, y causado más sorpresa, que lo que en estos últimos tiempos haya publicado pensador alguno. Aquí está en todas las manos, y los trabajadores lo han hecho su libro de bolsillo. Ya desde hace años era libro de estudio para todo hombre de importancial pensamiento. Como que tiene una idea nueva, que parece a pesar de su osadía surgir naturalmente del examen cerrado que la precede: como que no esquiva faz alguna del problema social en los pueblos prósperos, y después de conocerlo en todas sus fases y raíces, procura remediar en paz las agonías que ya se echan encima con gritos de guerra: como que luego de exponer la triste manera en que el bienestar y el decoro de la masa de los hombres va reduciéndose, aun en los pueblos libres, a medida que progresa y aumenta la nación, llega a asentar

que todo el mal viene de la acumulación de la tierra en manos privadas, y sostiene que el problema de la pobreza no tiene en estos pueblos grandes más remedio que ir convirtiendo pacíficamente por una reforma en la tarifa toda la tierra, que la naturaleza creó para todos los hombres, en propiedad nacional, por cuyo uso pague el ocupante a la comunidad, explótelo o no, el alquiler de la tierra que ocupa, el cual irá como contribución única, a pagar las legítimas expensas del erario, quien no tendrá de esa manera que agravar los costos de la vida con los derechos de aduanas, y aun podrá, con lo que ha de sobrarle, reunir en sus manos y gobernar por sí todos los medios de comunicación necesaria para la felicidad humana, que por no poder existir sin el elemento nacional de la tierra, pertenecen de derecho a la nación para el beneficio de sus habitantes.

Y así va, de lógica en lógica, engranándose y ensanchándose el sistema. Es todo médula y no cabe en extracto. Así, dice Henry George, no se crearía, sino por la misma nación que ha de beneficiarse de ella, esa acumulación de propiedad de naturaleza pública que priva al hombre, nacido con derecho a vivir, de condiciones naturales e iguales de lucha y existencia. Así, teniendo que pagar al erario alquiler por la tierra que retuviesen, no mantendrían los especuladores en ocio la tierra porque otros hombres gimen, hasta que estos hombres, en virtud precisamente de los adelantos traídos al suelo con su propio trabajo, tengan que pagar a mayor precio la tierra que mientras más la adelantan ellos, más va convirtiéndose en su azote. Así no se aprovecharían inmoralmente, creando cóleras enormes y justas los propietarios del suelo de la labor de la comunidad que le da más valor, y a la que obligan a pagar en renta por la tierra el mismo aumento de precio que la comunidad produce. Así todo el que pudiese compensar al erario el uso del terreno, levantaría sobre él su casa, y habría muchas casas, y a precio llano, y no tendrían que amontonarse como ahora los obreros a millares en esas cuevas gigantes y hediondas, porque lo alto del alquiler no les deja tener un rincón limpio, y el mantenimiento del suelo en pocas manos les priva de terreno donde fabricarlo propio. Así, resolviendo el problema social sin catástrofe ni violencia, se resolvería el industrial, que está en la raíz de él, porque bastando con la renta de la tierra para todos los gastos del erario, los artículos de uso podrían entrar sin los gravámenes de aduana que los hacen caros y reducen el valor real del salario, y con el abaratamiento consiguiente de este en virtud del abaratamiento de la vida, sería dable, unido a la entrada libre de las materias de producción, producir para el comercio del mundo los precios bajos a que no es posible producir ahora. Así, en una nación de propietarios bien proporcionados y de trabajadores satisfechos, cada hombre gozaría en seguridad, sin ira ni envidia, de todo lo que es legítimamente suyo, porque lo puede producir con

su mente o sus brazos, dejando solo de poseer aquello que desde Santo Tomás de Aquino hasta Herbert Spencer vienen reconociendo en principio los filósofos que no puede ser propiedad privada, por lo mismo ni que no lo es el aire, la tierra pública.

Bien se ve que el que propaga esas ideas, con tal mesura que hasta hoy que empiezan a hacerse sentir solo hubo para él plácemes, no está hecho en los tiempos corrientes para agregar fortuna. También George paga renta, y vive de lo que le da la pluma que en él parece ser de paloma entrada en edad, por lo amoroso y tierno de su juicio; y más parece que ha de ser de paloma por lo apretado y puro del color, y porque como las plumas de ella es suave su argumento en forma y en sentido, solo que es paloma misteriosa, que trae en el seno a un águila. Porque pequeño de cuerpo como es, es tan robusto de pensamiento que le sale ciceroniana la elocuencia; y tan crecido en lo interior, que cuando habla de verdad los oponentes se le achican, y van desapareciendo por ensalmo, sin que haga él más que irse con cierto paso ligero sobre ellos, y apretar bien las dos manos por detrás de la cintura.

Ya le llaman de apodo "el pequeño gigante", *The Little Giant.* Todo él es de buen marco, y hecho como para quedar. En la fornida espalda le encaja enérgicamente la cabeza: la barba larga y entera es de un rojo castaño, y de ella hasta la nuca todo es claridad, porque el pensar deja pocos cabellos: las facciones son vivas y correctas, y firmes cuando la hostilidad las entusiasma: la frente, vista de perfil, se levanta como un hermoso domo: y los ojos claros y pequeños, preñados de cariño, acentúan el color y centellean cuando le ponen en duda su nobleza, o desconocen y ofenden el dolor del hombre.

Así aparece este ídolo de los obreros en la medalla que miles de ellos ostentan al pecho, y se acuñó para ayudar con su producto a los gastos de esta elección improvisada. De eso vienen los fondos para la compañía del Partido nuevo del Trabajo; que comenzó por asegurar a su candidato treinta mil votos en declaraciones firmadas y juradas: vienen de la venta de medallas y retratos, de colectas espontáneas en los talleres, de óbolos voluntarios de los que simpatizan con la determinación de los obreros de asomar en cuerpo a la vida política, luchando por colocar a su mejor amigo y consejero; a un reformador serio y pacífico, en el puesto de corregidor de una ciudad, gobernada hasta hoy con abuso escandaloso por los representantes de los partidos meramente políticos, en cuyas manos ha venido a ser el sufragio un pantano, y el voto una franquicia inútil o un artículo de comercio vil.

Ya cuando hablemos a principios de noviembre de esta elección, la veremos en detalle, por su aspecto social y político. Lo que ahora hay que ver es lo brioso y unido de los artesanos, lo viril y mesurado de sus métodos, lo mucho que interesa a la gente de idea y bondad este movimiento de raíz, lo eficaz de la acción unánime de las masas dirigidas sin miedo ni exceso para un fin humano y justo, lo vivo de esta campaña que mueve de veras la inteligencia y los corazones, y lo impetuoso del candidato que más parece destinado a preparar una victoria futura que a obtenerla ahora: porque cada día, a más de la faena privada de la campaña electoral, habla en cinco o seis reuniones diversas, habla ideas, habla de improviso en diálogo con sus oponentes: y donde no hay tribuna ni salón, habla en la calle desde un carro de carga; que ayer era blanco, adornado por los obreros de luces y flores.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 12 de noviembre de 1886.
[Mf. en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE *EL PARTIDO LIBERAL*

DESCRIPCIÓN DE LAS FIESTAS DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Sumario.—Espectáculo grandioso.—Recuentos históricos conmemorados en la estatua.—Amistad de Washington y LaFayette.—El marqués de LaFayette.—Espíritu de la estatua.—Aspecto de New York en la mañana del 28 de octubre.—La tribuna de los delegados franceses.—El escultor Bartholdi.—Los delegados.—Spuller, el amigo de Gambetta.—¡A Alsacia!—Descripción de la parada en Broadway.—El Presidente y las banderas.—Los estudiantes.—Los negros.—Los bomberos.—Una bomba nueva cruza a escape la procesión.—La milicia.—Dos niñas alemanas.—El viaje a la isla de la Libertad.—Aparición de la estatua.—La estatua comparada con los monumentos antiguos.—El estruendo del saludo, al desembarcar el Presidente.—La tribuna de la presidencia.—Ceremonias de la inauguración.—La plegaria del sacerdote Storrs.—El discurso de Lesseps.—Lesseps.—El discurso de Evarts.—Saludo al descubrir el rostro de la estatua.—Buen discurso de Cleveland.—El orador Chauncey Depew.—La bendición del obispo.—Retirada de la isla.—"¡Adiós, mi único amor!"

New York, 29 [de] octubre de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Terrible es, Libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno y se mira desde ella en su arrogancia de sol al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo, como un envenenado. Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh Libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte!

Pero levántate, oh insecto, que toda la ciudad está llena de águilas. Anda, aunque sea a rastras. Mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu

cuerpo. Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: y tú también sabrías alzar el brazo hacia la eternidad.

Levántate, ¡oh insecto!, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como en el sueño del poeta, grande como el espacio, de la tierra al cielo. Ese ruido es el del triunfo que descansa. Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor de su cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente en forma de alas. Túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra: ¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa hija del hombre!

El hombre crece. ¡Mira como ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar a su deidad! Pero tú, oh maravilla, creces al mismo tiempo que el hombre, y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van a celebrarte, llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

Tienes razón, Libertad, en revelarte al mundo en un día oscuro, porque aún no puedes estar satisfecha de ti misma. ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

Ayer fue, día 28 de octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la Estatua de la Libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de julio de 1776, en que declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre. Sentíase un gozo apacible y tranquilo, como si suavizase un bálsamo las almas: las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus oscuros surgía con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor a los rostros más opacos.

La conmoción era gigante. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda a rueda repletos de gente.

Gemía bajo su carga de transeúntes el Puente de Brooklyn. New York y sus suburbios, como quien está invitado a una boda, se levantaron temprano. Y en el gentío que a paso alegre llenaba las calles, no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos venidos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, a saludar en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de LaFayette a quien de mozos salieron a recibir con palmas y con ramos, porque amó a Washington y le ayudó a hacer su pueblo libre.

Un grano de poesía sazona un siglo. ¿Quién no recuerda aquella amistad hermosa? Grave era Washington y de más edad: a LaFayette no le asomaba el bozo: pero en los dos había, bajo diversa envoltura, aquella ciega determinación y facultad de ascenso en que se confunden los grandes caracteres. Mujer y monarca dejó aquel noble niño por ayudar a las tropas infelices que del lado de América echaban sobre el mar al rey inglés, y ponían en sublimes palabras los mandamientos de la Enciclopedia, por donde la especie humana anunció su virilidad, con no menor estruendo que el que acompañó el anuncio de su infancia en el Sinaí. Iba la aurora con aquel héroe de cabellos rubios. El hombre en marcha gustaba más a su alma fuerte que la pompa inicua con que en los hombros de vasallos hambrientos, como santo en andas sobre cargadores descalzos, paseaba con luces de ópalo la majestad. Su rey le persigue: le persigue Inglaterra, pero su mujer le ayuda: ¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas! Deja su casa y su riqueza regia: arma su barco: escribe esto desde él. "Íntimamente unida a la felicidad de la especie humana, está la suerte de América, destinada a ser el asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila". ¡Qué tamaño el de esa alma que depone todos los privilegios de la fortuna para seguir en sus marchas por la nieve a un puñado de rebeldes mal vestidos! Salta a tierra: Vuela al Congreso Continental. "Quiero servir a América como voluntario y sin paga". En la tierra suceden cosas que esparcen por ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber madurado en aquel cuerpo joven. Se muestra general de generales. Con una mano se sujeta la herida, para mandar a vencer con la otra a los soldados que se preparaban a la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor. Si sus soldados van a pie, él va a pie. Si la República no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna. He aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia para echar de América a los ingleses abatidos. El Congreso Continental le ciñe una espada de honor y escribe al rey de Francia: "Recomendamos este joven noble a vuestra majestad, por su prudencia en el consejo, su valor en el

campo de batalla y su paciencia en las privaciones de la guerra". Le pide alas al mar. Francia, el primero de todos los pueblos, se cuelga de rosas para recibir a su héroe. "¡Es maravilla que LaFayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!" dice el ministro francés, cuando ya LaFayette cruza el océano con los auxilios de Francia a la república naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse. Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis, y lo rinden en Yorktown. ¡Así aseguraron con el auxilio de Francia los Estados Unidos la independencia que aprendieron a desear en las ideas francesas! Y es tal el prestigio de un hecho heroico, que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo a dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

Sigamos, sigamos por las calles a la muchedumbre que de todas partes acude y las llena; hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de LaFayette. Todas las lenguas asisten a la ceremonia. La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera; pero poca en las casas. Las tribunas de pino engalanadas esperan, en el camino de la procesión, al presidente de la república, a los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, a los gobernadores de estado y generales del ejército. Aceras, portadas, balcones, aleros: todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles a esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros, que llevarán los invitados a la Isla de Bedloe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura.

Pero los más afluyen al camino de la gran parada. Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bomberos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío a un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo: es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren jadea: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa. Ya la multitud se repliega sobre las aceras, porque viene a caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el

monumento, de otro el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes a la par que anda. ¿Y Francia…?

¡Ah, de Francia, habla poca gente! Ni hablan de LaFayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano. De LaFayette, hay una estatua en la Plaza de la Unión, pero también la hizo Bartholdi, también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín recuerdan solo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad a aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.—"Francia, dice un ingrato, nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra".—"Francia, rumia otro en un rincón, nos regala la Estatua de la Libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá".—"Laboulaye, dice otro, es el que nos regaló la estatua. Él quería poner freno inglés a la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la Declaración de Independencia, así Laboulaye y Henri Martin quisieron llevar a Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta".—"Sí, sí, fue Laboulaye quien inspiró a Bartholdi: en su casa nació la idea. Ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia. Sí: la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes a las prácticas pacíficas de la libertad americana".

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin a ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el periodista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva todos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí, con el puro entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupenda firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

¡Vedlos! Todos revelan una alegría de resucitados. ¿No es este pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, las voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, a las facciones; y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión o la miseria, celebran el monumento de la Libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más desdichados, los que tienen miedo a las calles populosas y a la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores gibosos, italianas con sus pañuelos de colores. No corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira. Bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad. Los novios parecen casados; el marido da el brazo a su mujer; la madre lleva a rastras a sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se agolpan por donde creen que la verán más cerca. Ruedan en tanto entre los hurras de la multitud las cureñas empavesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los edificios: enfrénanse, piafan, y dejan en la playa a sus jinetes los ferrocarriles elevados, que caracolean y se empinan sumisos, como aérea y humeante caballería; los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata a la orilla; y allá, a lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen a la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los americanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver pasar la parada el Presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías.

Cuelgan de las fachadas de los hoteles festones tricolores. Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps, que sube a la tribuna! Es Spuller, el amigo de Gambetta, de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés valeroso, que sacó con gloria del combate de Mamers los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pelissier, que herido en Nogent-sur-Marne, empuja con la mano pálida la rueda sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella; es Laussedat, el coronel canoso, que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pusy, que no dejó caer entre sus enemigos la espada de su bisabuelo LaFayette; es Deschamps, el alcalde de París, que fue tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces; es el joven marino Villegente, figura viva de un cuadro de Neuville;

es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso a Prusia; es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido a la patria ardientemente, con la pluma o bolsa: es Bartholdi, el escultor de la Libertad, el que en los ijares heridos de la fortaleza de Belfort, clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abanderado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que a su lado la patria resucita!

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encendiendo el mármol y el bronce. Este creador de montes nació con alma libre, en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo: y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron a sus ojos, hechos a contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente a que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la Francia entera hizo Bartholdi su escultura soberana: jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente hermosas. ¡Por eso va la estatua adelantando el paso, como para pisar la tierra prometida: por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante: por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo! ¡A Alsacia! a Alsacia! grita toda ella: y a pedir la Alsacia para Francia ha venido esa virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que exprese el anhelo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación. Ved a Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna, saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos, que caen sobre su frente! Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia. Ved a Spuller, el amigo de Gambetta, en la fiesta que dio en honor de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía: habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas: vino sobre las luces Spuller, como

viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el mundo estaba en pie, envolvía a Spuller una bandera invisible, el aire retemblaba como un acero sacudido: ¡A Alsacia! ¡A Alsacia! Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer.

Desde aquella tribuna de la plaza de Madison vieron los delegados franceses, junto con los prohombres de la República en torno al presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró New York "la inauguración de la estatua": ríos de bayonetas, millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra: en un carro llevan al *Monitor* en miniatura, y va a la rueda un niño vestido de marino. Pasa la artillería con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas amarillas: a un lado y otro las dos aceras negras. El hurra que empezaba al pie del Parque Central coreado de boca en boca, iba a morir en el estruendo de la Batería. Pasan los estudiantes de Columbia, con los gorros cuadrados de la escuela; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7° regimiento: va muy bella con sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores: apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela *La Marsellesa*, con su clarín de oro, por toda la procesión: el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías, cuando cruzan delante de la tribuna; y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones; pasan los banderines atravesados por las balas: pasan las piernas de madera. A rastras viene un viejo, en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano. Hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su mocedad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos a un niño encendido: por salvar a un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas. Los bomberos le siguen con sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas; y cuando cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene a la zaga de los mozos de camisa roja la bomba más antigua, tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío a apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire

caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo a la humareda. Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube. Rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería. Se oye una campana, que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia, un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad *La Marsellesa*.

Entonces los espíritus, llegada la hora de descorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo de un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba a la ciudad a los vapores. Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas. Un respeto profundo engrandecía los pensamientos, como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodelas, qué muertes esculturales, qué agonías soberanas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban a los hombres como si los creasen y emprendían el vuelo. La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla! Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal es, por sobre el de los campanarios y los cañones, el himno de triunfo que conviene al surgir de la mar en piedra y bronce, esta estatua que el espíritu del universo levanta, para que alegre el día e ilumine la noche, el alma madre de la Libertad.

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de honor fueron la bahía y ciudad de Nueva York desde que cerró la parada hasta que, al caer del crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se alza el monumento. A encías desdentadas se asemejaban las hileras de muelles, huérfanas de sus vapores. El cañoneo incesante aumentaba la lluvia. Por la parda neblina pasaron camino de la isla doscientos buques, como una procesión de elefantes. Como palomas encintadas iban apiñándose los vapores curiosos en torno a la figura, que se destacaba entre ellos vagamente. Había un rumor de nido. Como alas desprendidas salían de los vapores llamaradas de música. ¿Quién que no haya sufrido por la libertad podrá entender la frenética alegría que enloqueció las almas, cuando por fin se reveló a los ojos aquella a quien todos hablan como a amante adorada?

¡Allí está por fin, sobre su pedestal más alto que las torres, grandiosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos a saber lo que son lágrimas. Parecía que

las almas se abrían, y volaban a abrigarse en los pliegues de su túnica, a murmurar en sus oídos, a posarse en sus hombros, a morir como las mariposas en su luz. Parecía viva. El humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: era en verdad como un altar, con los arrodillados a sus pies. Ni el Apolo de Rodas, con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano, fue más alto. Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aún eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, incrustada como su fantasía de piedras preciosas. Ni las estatuas sedentes de Tebas, cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el *San Carlos Borromeo*, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago;—más grande que la *Virgen* de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío;—más grande que el *Arminio* de los queruscos, que se alza por sobre la foresta de Teutoburg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varo;—más grande que la *Germania* de Niederwald, infecunda hermosura acorazada que no abre los brazos;—más grande que la *Baviera* de Schwanthaler, que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león a las plantas,—¡por sobre las iglesias de todos los credos, y por sobre las obras todas de los hombres, se levanta de las entrañas de una estrella la *Libertad iluminando al mundo,* sin león y sin espada!

Está hecha de todo el arte del universo: como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres. Del Moisés tiene las tablas de la ley; de la Minerva el brazo levantado; del Apolo la llama de la antorcha; de la Esfinge el misterio de la paz; del cristianismo la diadema aérea. Como los montes de las profundidades de la tierra, ha surgido esta estatua, "inmensidad de idea en una inmensidad de forma", de la valiente inspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza, sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; para en la luz, de donde fue nacida. La túnica y el *peplum* le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá solo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien solo en el corazón siente la vida; hecha del fuego de sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienes; y tal como remata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

Menos que una rosa, menos que un clavel, menos que una violeta parecía a los pies de la estatua la ancha tribuna construida para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los

invitados más favorecidos ocupaban en asientos toda la explanada, frente a la tribuna de la presidencia. La isla entera parecía un solo ser humano. ¿No se concibe cómo voceó este pueblo, cuando su jefe, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir a recibir en nombre de la República la imagen en que cada hombre se ve redimido y encumbrado? Solo los estremecimientos de la tierra dan un fragor semejante. El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones, y el estrépito desordenado de las máquinas. De las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba a la vez el vapor preso, con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba a caballo por el cielo, con su clamor de guerra; ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias; ya eran, débiles y estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo. Se hizo pueril lo enorme: traveseaba el vapor en las calderas; jugueteaban los remolcadores por la neblina; azuzaba los barcos a sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por el resplandor del fuego henchían de combustible las hornillas; por entre la nube de humo se veía a los marineros de la Armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el mayor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs, perdida en la confusión, acalló el vocerío; pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta y un años desnuda bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un salto se puso en pie el gran viejo. Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la Estatua de la Libertad; pero rompió a hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar, a aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el clamor de las chimeneas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, a aquel hombre hecho a tajar la tierra y a enlazar los mares? ¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase?—“El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño”. ¡Viejo maravilloso! Los americanos no lo quieren; porque hace a pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer; pero con su primera frase sedujo a los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, o daba forma familiar a las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte. No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos lados, como para dar el frente a todo el mundo: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena a bronce. Su gesto favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo. La voz, lejos de extinguírsele, le

crece conforme adelanta su discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta: como los gallardetes: El gobierno americano lo convidó a la fiesta, como el primero de los franceses. "Me he apresurado a venir", dice, poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna; "la creación de la Estatua de la Libertad honra a los que la concibieron, y a los que la han comprendido aceptándola". Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad deja caer en su discurso este juicio de Hepworth Dixon, sin contradecirlo: "Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra Constitución no nació de vuestro suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: 'se puede [por] lo contrario considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia'". No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas a sus ojos son por aquello para que sirven. Por la Estatua de la Libertad va él a su canal de Panamá: "Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros, *go ahead:* nosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje". ¡Ah, piadoso viejo! Antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mismos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagra la imagen de la Libertad: pues ¿quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más? "¡Hasta luego, en Panamá, donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte va a flotar al lado de las banderas de los Estados independientes de la América del Sur, y formará en el Nuevo Mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona!" ¡Buen viejo, que encanta a las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A ti, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama.

Y antes de que se levantase el senador Evarts a ofrecer la estatua al Presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps, quiso saludar a Bartholdi, que con feliz modestia se levantó a dar gracias al público desde su asiento en la tribuna.

Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y es su elocuencia diestra y genuina, que va a las almas porque nace de ellas; pero la voz se le apagaba, cuando leía de páginas estrechas la oración en que cuenta, con frase llena de cintas, y pompones, la generosidad de Francia. Después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto: el gorro negro le caía sobre la nuca. Y cuando inspiradamente, en medio de su discurso, se creyó llegado

el instante de descorrer, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, todo a la vez rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime! ¡Nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta reverencia! Los hombres, pasmados de su pequeñez, se miraban, al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón a lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

Digno de hablar ante ella pareció a todos el presidente Cleveland. Él también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente a los monumentos. Con una mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho, bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta a los vencedores honrados: ¿no se ha de perdonar un poco de altivez a quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha, pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviese haciendo de él un amigo. Él también, como Lesseps, hablaba con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoridad del ademán, por lo vibrante del acento y la firmeza del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría: "Esa muestra del afecto y estimación del pueblo francés demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para acreditar entre los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del océano una firme aliada". "No estamos aquí hoy para postrarnos sumisos ante la imagen de un dios marcial y terrible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar regocijados a nuestra deidad propia guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las que celebró la poesía antigua: y en vez de ostentar en su mano los rayos del espanto y de la muerte, levanta al cielo la luz que descubre el camino de la emancipación del hombre". Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premió a este hombre honrado.

Chauncey Depew, "el orador de plata", comenzó enseguida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser para sujetar sin fatiga la atención del concurso. ¿Quién es Chauncey Depew? Todo lo que puede ser el talento sin la generosidad. El hombre le importa poco: le importa más la privanza de los Vanderbilt y el manejo de sus ferrocarriles. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta; y aquí se miran en él por lo armonioso

y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y lo seguro y listo de su juicio. Su estilo fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa, ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tiende a sus adversarios sin misericordia, como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas; sino que cuenta en animado lenguaje la generosa vida de aquel que no satisfecho con haber ayudado a Washington a fundar su pueblo, volvió—¡bendito sea el marqués de LaFayette!—a pedir al Congreso americano que diese libertad a "sus hermanos los negros". Pintó Depew con encendidos párrafos las pláticas amigas de LaFayette y Washington en el hogar doméstico de Mount Vernon, y aquel adiós del marqués "purificado por las batallas y las privaciones" al Congreso de América en que veía él un "templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra". Ni el Noventa y tres lo aterró, ni el calabozo de Olmütz lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón [de] los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran. El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten; y empujan. Así por la voluntad de la naturaleza, está escrito en la historia de los hombres!

Magistrado parecía Chauncey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad; y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en los ijares, trocaba en valor el disimulado miedo, se erguía en nombre de las instituciones contra los fanáticos que se acogen a ellas para trabajar por volcarlas, y enseñado por el ímpetu con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia porque este caballero de la palabra de plata es famoso, y halló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera. Tu sombra, pues, oh Libertad, convence y los que te odian o se sirven de ti se postran al mandato de tu brazo.

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie a su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de Dios la redentora estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y dulce, la mística doxología. De lo alto de la antorcha anunció una seña que acababa de terminar la ceremonia: ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados sobre los vapores: una masa apretada sin respeto a la edad ni

a la eminencia, invadió ansiosa el angosto embarcadero. Pálidamente resonaban las músicas, como si desmayasen con la luz de la tarde. El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba a la ciudad al Presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más firmes dentro del pecho sentían los hombres las almas. Y cuando de la isla, convertida ya en altar, arrancaban en la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular; que fue de buque a buque, y mientras a la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnaldas de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto a la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba, con el rostro vuelto a la isla: "¡Adiós, mi único amor!"

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 18 de noviembre de 1886.
[Mf. en CEM]

FIESTAS DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Breve invocación.—Admirable aspecto de Nueva York en la mañana del 28 de octubre.—Los preparativos de la parada.—El escultor Bartholdi.—Aparición de la estatua.—El fragor de los saludos.—Imponente escena.—La plegaria del sacerdote.—Cleveland y su discurso.—La bendición del obispo.—¡Adiós, mi único amor!

New York, octubre 29 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda aunque sea a rastras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: y tú también habrías [de] alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo.

Ese ruido es el del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas al rededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas. Túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra ¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa hija del hombre!

El hombre crece: ¡mira como ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar a su deidad! Pero tú, oh maravilla, creces al mismo tiempo que el hombre; y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van a celebrarte llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en revelarte al mundo en un día oscuro, porque aún no puedes estar satisfecha de ti misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

Ayer fue, día 28 de octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la Estatua de la Libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de Julio de 1776, en que

declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como si suavizase un bálsamo las almas: las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus opacos surgía, con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor a los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda a rueda repletos de gente. Gemía bajo su carga de transeúntes el Puente de Brooklyn. New York y sus suburbios, como quien está invitado a una boda, se habían levantado temprano. Y en el gentío que a paso alegre llenaba las calles no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos venidos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, a saludar en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de LaFayette, a quien de mozos salieron a recibir con palmas y con ramos, porque amó a Washington y lo ayudó a hacer su pueblo libre.

Un grano de poesía sazona un siglo. ¿Quién no recuerda aquella amistad hermosa? Grave era Washington y de más edad: a LaFayette no le asomaba el bozo; pero en los dos había, bajo diversa envoltura, aquella ciega determinación y facultad de ascenso en que se confunden los grandes caracteres. Mujer y monarca dejó aquel noble niño por ayudar a las tropas infelices que del lado de América echaban sobre el mar al rey inglés, y ponían en sublimes palabras los mandamientos de la Enciclopedia, por donde la especie humana anunció su virilidad, con no menor estruendo que al que acompañó la revelación de su infancia en el Sinaí.

Iba la aurora con aquel héroe de cabellos rubios; y el hombre en marcha gustaba más a su alma fuerte que la pompa inicua con que en los hombros de vasallos hambrientos como santo en andas sobre cargadores descalzos, paseaba con luces de ópalo la majestad. Su rey le persigue, le persigue Inglaterra; pero su mujer le ayuda.

¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas! Deja su casa, y su riqueza regia: arma su barco: desde su barco escribe: “Íntimamente unida a la felicidad de la familia humana está la suerte de América destinada a ser el asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila”. ¡Qué tamaño el de esa alma, que depone todos los privilegios de la fortuna, para seguir en sus marchas por la nieve a un puñado de rebeldes mal vestidos! Salta a tierra:

vuela al Congreso Continental: "Quiero servir a América como voluntario y sin paga". En la tierra suceden cosas que esparcen por ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber madurado en aquel cuerpo joven. Se muestra general de generales. Con una mano se sujeta la herida para mandar a vencer con la otra a los soldados que se preparaban a la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor.

Si sus soldados van a pie, él va a pie. Si la República no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna: ¡he aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia a Inglaterra para echar de América a los ingleses abatidos.

El Congreso Continental le ciñe una espada de honor, y escribe al rey de Francia: "Recomendamos este noble joven a vuestra majestad por su prudencia en el consejo, su valor en el campo de batalla, y su paciencia en las privaciones de la guerra".

Le pide alas al mar. Francia, el primero de los pueblos, se cuelga de rosas para recibir a su héroe. "¡Es maravilla que LaFayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!" dice el ministro francés, cuando ya LaFayette cruza el océano con los auxilios de Francia a la República naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse.

Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis y lo rinden en Yorktown.

Así aseguraron los Estados Unidos con el auxilio de Francia la independencia que aprendieron a desear en las ideas francesas. Y es tal el prestigio de un hecho heroico que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo a dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

Sigamos, sigamos por las calles a la muchedumbre que de todas partes acude y las llena: hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de LaFayette. Todas las lenguas asisten a la ceremonia.

La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera: en las casas poca. Las tribunas de pino embanderadas esperan, en el camino de la procesión, al Presidente de la República, a los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, a los gobernadores de Estado, a los generales del ejército.

Aceras, portadas, balcones, aleros, todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles, a esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros que llevarán los invitados a la Isla de Bedloe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura. Pero los más afluyen al camino de la gran parada.

Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bomberos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío a un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo: es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren repleto: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas azules de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa.

Ya la multitud se repliega sobre las aceras, porque viene a caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el monumento; de otro, el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes a la par que anda. ¿Y Francia?

Ah, de Francia, poca gente habla. No hablan de LaFayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano.

De LaFayette, hay una estatua en la plaza de la Unión; pero también la hizo Bartholdi, también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín recuerdan solo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad a aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.

“Francia—dice un ingrato—nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra”. “Francia—rumia otro en un rincón—nos regala la Estatua de la Libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá”.

“Laboulaye—dice otro—es el que nos regaló la estatua. Él quería poner freno inglés a la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la Declaración de Independencia, así Laboulaye y Henri Martin quisieron llevar a Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta”.

“Sí, sí: fue Laboulaye quien inspiró a Bartholdi: en su casa nació la idea: Ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su

independencia: sí, la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes a las prácticas pacíficas de la libertad americana".

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin a ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el periodista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva todos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí con el entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupenda firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

Vedlos: ¡todos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, las voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, a las facciones: y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión o la miseria, celebran el monumento de la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más infelices, los que tienen miedo a las calles populosas y a la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores gibosos, italianas con sus pañuelos de colores: no corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira: bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad: los novios parecen casados: el marido da el brazo a su mujer: la madre arrastra a sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se agolpan por donde creen que la verán más cerca.

Ruedan en tanto entre los *hurrah* de la multitud las cureñas empavesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los edificios, enfrénanse, piafan y dejan en la playa a sus jinetes los ferrocarriles elevados, que giran sumisos, como aérea y humeante caballería: los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata a la orilla; y allá, a lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen a la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver la parada el Presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías. Cuelgan por las fachadas festones tricolores.

Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps que sube a la tribuna: es Spuller, el amigo de Gambetta, de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés valeroso, que sacó con gloria del combate de Mamers los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pelissier, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda de sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussedat, el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pusy, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo LaFayette: es Deschamps, el alcalde de París, que fue tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villegente, figura viva de un cuadro de Neuville: es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso a Prusia: es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido a la patria bravamente con la bolsa o la pluma: es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los ijares de la fortaleza de Belfort clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abanderado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que a su lado la patria resucita.

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Este creador de montes nació con alma libre en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo; y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron a sus ojos, hechos a contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente a que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la patria entera hizo Bartholdi su estatua

soberana.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas. Por eso va la estatua adelantando, como para pisar la tierra prometida; por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante; por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo.

¡A Alsacia, a Alsacia! dice toda ella; y a pedir la Alsacia para Francia ha venido esa virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que expresa el anhelo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación.

Ved a Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos que caen sobre su frente.

Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia.

Ved a Spuller, el amigo de Gambetta, en la fiesta que dio en honra de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía. Habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas?

Vino sobre las luces Spuller, como viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el teatro estaba en pie, envolvía a Spuller una bandera invisible: el aire retemblaba, como un acero sacudido: ¡A Alsacia! ¡A Alsacia!

Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer.

Desde aquella tribuna, juntos vieron los delegados franceses, con los prohombres de la República en torno al presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró New York la inauguración de la estatua: ríos de bayonetas: millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra; en un carro llevan al *Monitor* en miniatura, y va a la rueda un niño vestido de marino.

Pasa la artillería, con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas amarillas: a un lado y otro las dos aceras negras. El *hurrah* que empezaba al pie del Parque Central, coreado de boca en boca, iba a morir en el estruendo de la Batería. Pasan los estudiantes de Columbia, con sus gorros cuadrados; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros; y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7° regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores; apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela *La Marsellesa,* con su clarín de oro, por toda la procesión; el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda a los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

A rastras viene un viejo, en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano: hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su mocedad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos a un niño encendido: por salvar a un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas: los bomberos le siguen, en sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas: y cuando, cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene a la zaga de los mozos de camisa roja la bomba más antigua tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío, a apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo a la humareda.

Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube: rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería.

Se oye una campana, que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad *La Marsellesa.*

Entonces los espíritus, llegada la hora de descorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo de un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba a la ciudad a los vapores.

Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas.

Un respeto profundo engrandecía los pensamientos como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodelas, qué muertes esculturales, qué agonías soberanas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban a los hombres como si los creasen, y emprendían el vuelo.

La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla. Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal, por sobre el de los campanarios y los cañones—es el himno de triunfo que conviene a esta estatua hecha, más que de bronce, de todo lo que en el alma humana es oda y sol.

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de humo fueron la bahía y ciudad de New York desde que cerró la parada hasta que, al caer el crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se eleva el monumento.

¡A encías desdentadas se asemejaban diosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos a saber lo que son lágrimas. Parecía que las almas se abrían, y volaban a cobijarse en los pliegues de su túnica, a murmurar en sus oídos, a posarse en sus hombros, a morir, como las mariposas en su luz. Parecía viva: el humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: era en verdad como un altar, con los vapores arrodillados a sus pies! ¡Ni el Apolo de Rodas, con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano fue más alto! Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aún eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, incrustada como su fantasía de piedras preciosas. Ni las dos estatuas sedentes de Tebas, cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el San Carlos Borromeo, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago; más grande que la *Virgen* de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío; más grande que el *Arminio* de los queruscos, que se alza por sobre la puerta de Teutoburg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varo; más grande que la *Germania* de Niederwald, infecunda hermosura acorazada que no abre los brazos; más grande que la *Baviera* de Schwanthaler que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león a las plantas,—por sobre las iglesias de todos los credos y por sobre las obras

todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la *Libertad iluminando al mundo,* sin león y sin espada. Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres.

De Moisés tiene las tablas de la ley; de la Minerva el brazo levantado; del Apolo la llama de la antorcha; de la Esfinge el misterio de la faz; del cristianismo la diadema aérea.

Como los montes de las profundidades de la tierra, ha surgido esta estatua, "inmensidad de idea en una inmensidad de forma", de la valiente aspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza; sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; para en la luz de donde fue nacida.

La túnica y el *peplum* le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá solo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien solo en el corazón siente la vida: hecha del fuego de sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienes, y tal como remata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

Pequeña como una amapola lucía a los pies de la estatua la ancha tribuna, construida para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los invitados más favorecidos ocupaban la explanada, frente a la tribuna. La isla entera parecía un solo ser humano.

¡No se concibe cómo voceó este pueblo, cuando su Presidente, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir a recibir la imagen en que cada hombre se ve como redimido y encumbrado!

Solo los estremecimientos de la tierra dan idea de explosión semejante.

El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones: de las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba a la vez el vapor preso con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba a caballo por el cielo, con su clamor de guerra: ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias: ya eran débiles o estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo.

Se hizo pueril lo enorme: traveseaba el vapor en las calderas: jugueteaban por la neblina los remolcadores: azuzaba la concurrencia de los vapores a sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por

el resplandor del fuego, henchían de carbón las máquinas: por entre la nube de humo se veía a los marineros de la armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el mayor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs, perdida en la confusión, acalló el vocerío: pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta años desnuda, bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un salto se puso en pie el gran viejo.

Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la Estatua de la Libertad; pero rompió a hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar, a aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el vocear de las máquinas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, a aquel hombre hecho a tajar la tierra y a enlazar los mares?

¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase? “El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño”.

¡Viejo maravilloso! Los americanos no lo quieren, porque hace a pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer: pero con su primera frase sedujo a los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, o daba forma familiar a las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte.

No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos los lados, como para dar a todo el mundo el rostro: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena a bronce: su gesto favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo: la voz, lejos de extinguírsele, le crece con el discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta como los gallardetes: el gobierno americano lo convidó a la fiesta, como el primero de los franceses.

“Me he dado prisa a venir, dice poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna: la erección de la Estatua de la Libertad honra a los que la concibieron, y a los que la han comprendido aceptándola”. Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad, deja caer en su discurso este juicio de Hepworth Dixon sin contradecirlo: “Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra Constitución

no es producto del suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: 'se puede, por lo contrario, considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia'".

No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas a sus ojos son por aquello para que sirven. Por la Estatua de la Libertad va él a su canal de Panamá. "Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros: *go ahead*: nosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje!"

¡Ah, piadoso viejo! antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mismos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagró a la libertad: ¿pues quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más?

"¡Hasta luego, en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá a flotar al lado de las banderas de los Estados independientes de la América del Sur, y formará en el Nuevo Mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona".

¡Buen viejo, que encanta a las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A ti, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama!

Y antes de que se levantara el senador Evarts a ofrecer la estatua al Presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps, quiso saludar a Bartholdi, que con feliz modestia se levantó a dar gracias al público desde su asiento en la tribuna. Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y en su elocuencia diestra y genuina, que va a las almas porque nace de ellas.

Pero la voz se le apagaba, cuando leía en páginas estrechas el discurso en que pinta, con frase llena de cintas y pompones, la generosidad de Francia.

Y después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto; le cubría la cabeza un gorro negro.

Y cuando inopinadamente, en medio de su discurso, creyeron llegada la hora de descorrer, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime!: nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta

reverencia!: los hombres pasmados de su pequeñez, se miraban al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón a lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

Digno de hablar ante ella pareció a todos el presidente Cleveland. Él también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente a los monumentos. Con una mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta a los vencedores honrados.

¿No se ha de perdonar un poco de altivez a quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha; pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviera haciendo de él un amigo.

También él, como Lesseps, habló con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoridad del ademán, por lo vibrante del acento y firme del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría: “Esta muestra del afecto y consideración del pueblo de Francia demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para recomendar a los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del continente americano una firme aliada”. “No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar con júbilo a nuestra deidad propia, guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las que celebraron los cantos antiguos: y en vez de asir en su mano los rayos del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre”. Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premió a este hombre honrado.

Chauncey Depew, “el orador de plata”, comenzó en seguida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser, para sujetar sin fatiga, ya al caer la tarde, la atención del concurso.

¿Quién es Chauncey Depew? Todo lo que puede ser el talento, sin la generosidad.

Ferrocarriles son sus ocupaciones; millones sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt sus mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta: y aquí se miran en él por lo armonioso y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y

lo listo y seguro de su juicio. Su estilo, fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa; ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tunde a sus adversarios sin misericordia, como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas: sino cuenta en encendidas frases la vida generosa de aquel que no satisfecho de haber ayudado a Washington a fundar su pueblo, volvió ¡bendito sea el marqués de LaFayette! a pedir al Congreso norteamericano que diese libertad a "sus hermanos los negros".

Pintó Depew con encendidos párrafos, las pláticas amigas de LaFayette y Washington en el hogar modesto de Mount Vernon, y aquel adiós del marqués "purificado por las batallas y las privaciones" al Congreso de América, en que veía él "un templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra".

Ni el "noventa y tres" lo aterró, ni el calabozo de Olmütz lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón [de] los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran.

El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. ¡Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito!

Magistrado parecía Chauncey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad, y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en los ijares, trocaba en valor el disimulado miedo, se erguía en nombre de las instituciones libres contra los fanáticos que se acogen de ellas para trabajar por volcarlas, y enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia por que este caballero de la palabra de plata es afamado, y haló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera.

¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se postran al mandato de tu brazo!

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie a su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de Dios la redentora

estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y suave, la doxología mística. De lo alto de la antorcha anunció una señal que había terminado la ceremonia.

Ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados, sin respeto a la edad ni a la eminencia, sobre el angosto embarcadero. Pálidamente resonaron las músicas, como si desmayasen la luz de la tarde.

El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba a la ciudad al Presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más firmes dentro del pecho sentían los hombres las almas.

Y cuando de la isla convertida ya en altar, arrancaban en la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular, que fue de buque a buque, y mientras en la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnaldas de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto a la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba con el rostro vuelto a la isla: "¡Adiós mi único amor!"

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 1ro. de enero de 1887.
[Copia digital en CEM]

Cartas

1886

(mayo-octubre)

A MANUEL MERCADO

New York, 15 de mayo [de 1886].

Mi hermano muy querido:

Nada tengo tiempo de decirle, en la prisa forzosa con que hoy le escribo, porque me espera el correo de Buenos Aires, y quiero darle un abrazo de gracias, por su carta a 17 William y el telegrama de Macedo, que ayer recibí juntos, al volver de una incursión por las poblaciones de los estados cercanos, que emprendí con un hombre de comercio para describirle en castellano ciertas fábricas, y llenar estos días de impaciencia. La paz que me da este arreglo, Vd. no la imagina. Ni la alegría en que me pone el pensamiento de que me sea posible renovarme el alma yendo a verlo a México. Ni quiero pensarlo; pero debe ser verdad, porque, sin atreverme a decírselo, y sin que me pareciese posible, lo mismo estaba rumiando yo en estos mismos días, cuando veía por esos pueblos afanados tanta gente cuadrada y cielo frío. Ningún extremo que yo le escribiese puede pintarle el placer profundo en que me deja esta esperanza.—

Pero tengo que hablarle de cosas reales. ¡Qué pena al recibir con diez días de atraso el telegrama generoso de Pablo Macedo! Al azar se lo respondí hoy, porque no pude averiguar su casa. Y la correspondencia, ahí se la mando. Anoche mismo la escribí; dejo en blanco, porque no lo sé, aunque imagino que es *El Partido Liberal* el nombre del periódico. Ahí se la mando, con esa carta para Pablo Macedo, que me tiene tan obligado. Usted es quien con su cariño infatigable me tiene en pie en las almas buenas.

De la correspondencia, no me deja contento, porque tengo que tomar primero el tono del diario, y siempre un público nuevo asusta. Debo advertirle que esta carta ha tenido que ser tan larga como es, y aún es corta, porque el asunto que trata, que hoy está aquí, y estará, por sobre todos los demás, no podía ser de primera vez presentado en retazo, como hubiese podido a tenerlo preparado en cartas anteriores y seguidas, sino que para que pueda ser entendido, he tenido que explicarlo en sus antecedentes y elementos:—tanto más, cuanto que esas explicaciones serán indispensables para la inteligencia de lo que aquí está por suceder, y no ha hecho más que asomar la cabeza. Es, pues, una pesadez necesaria; pero he procurado aliviarla.

Como son cuatro cartas al mes, las que me propongo escribir, no en todas trataré, como en

esta, de un asunto solo, a menos que no sea muy culminante y absorbente. En otras mezclaré acontecimientos varios, siempre los de más importancia y originalidad, siempre los que en especial interesen a México. Política de acá unas veces, sin entrometerme en la de allá. Otras, costumbres y escenas. Otras, letras y artes. Que no se cansen de mí.—

Sobre los otros pensamientos, a cuya realización y eficacia tanto pudiera contribuir también mi viaje, no tengo tiempo de hablarle.—No es solo la esperanza legítima de abrirme un camino útil en empleos benéficos lo que en todo esto me llena de gozo; sino el placer de agradecer, y la inefable alegría de sentirme fuerte en otras almas.

Vuelvo a escribirle mañana o pasado. Esta no es más que para incluirle la carta a Pablo y la correspondencia; y para que goce con el bien que me ha hecho.

Bese la mano a Lola, y que lo vea yo pronto!

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

Mi amigo muy querido.

Ni una letra de V. en estos días, cuando no debiera escaseármelas, como no se ha de escasear a los enfermos la buena medicina.—Ni sé si Solignac le entregó una larga carta y diarios. A él también le rogué que me pusiese allá en el correo una respuesta, y periódicos, para Nicolás Domínguez Cowan, que supongo habrá puesto, aunque de Domínguez, que no deja carta sin contestación, no he tenido más noticia. Era en pago de cariños suyos, y por eso pienso en esto.

Aquí le mando dos correspondencias. Me senté a escribir una: y se aglomeraron los sucesos en el mismo día, y escribí dos, la de la anterior semana, y la de esta. Por cierto que no sé lo que habrán Vds. ofrecido al diario en mi nombre, ni he comenzado a recibir, como agradecería, el periódico, para ir viendo como es, y ajustar a su índole mis cartas. Yo sé que Vds. me dirán en tiempo todo lo que necesito saber,—y como tengo de un lado a un alemán, para que le remiende una carta, y de otro un portugués para que le corrija unas pruebas, aquí acabo, porque no son entes propicios para escribir cosas de cariño,—con un fuerte abrazo, y saludos de primavera para su casa, y para Pablo Macedo.

Su hermano

J. MARTÍ

[Nueva York] 24 mayo [1886]
P.O.B. 1283

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 3 de junio de 1886].

Mi hermano callado.—

Cartujo lo voy a llamar, aunque ya sé que no debo regañarlo: Solignac me traerá carta suya.

Un instante solo, para enviarle mi carta de esta semana. Es de cosas legibles y ligeras, aunque la ve voluminosa.

Cierra el correo a las 7, y faltan solo minutos.

Un abrazo
de su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

N. York 9 de junio [1886].

Mi silencioso señor:

Que V. no me olvida, ya me lo dice la letra que me envió Pablo Macedo, y vino a tiempo, pero ver letra de V. me es todavía más agradable. Ni me quiere Vd. decir si ha recibido mis papeluchos del mes pasado; ni sé si se han publicado en *El Partido*, que naturalmente deseo leer, por saber de México por alguna otra vía que *El Nacional* que un periódico amigo me envía acá de vez en cuando,—y por conocer el espacio y tono del diario, e ir acomodando a ellos mis cartas.—Y como me debe muchas respuestas, no hago más que mandarle estas líneas, con carta a Macedo sobre recibo de la letra, la que le ruego haga entregar, porque no sé aún su dirección.—Pero ¿cómo podré ni mandarle estas líneas siquiera, sin repetirle la dulce influencia que el cariño de V. ejerce en mi vida?—Si la siento, y me da fuerza y alegría, en medio de estos espantos en que me ha puesto la compañía de los hombres, ¿qué menos puedo hacer que decírselo?

Hábleme largo. Salúdeme a *Lola* y a su prole.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

N. Y. 18 junio [1886].

Mi amigo queridísimo:

Casi me da vergüenza escribirle. Me hace V. el bien, y me deja a oscuras sobre el bien que me hace. ¿Cómo no me supone naturalmente ansioso por saber el resultado de mis trabajos para el diario, y la forma en que he de hacerlos? Todo yo soy conjeturas sobre lo que estará sucediendo en esto, porque ni una línea he recibido de V., ni de Macedo, ni he recibido un solo diario.—Y como supongo que V. habría hecho que me los enviaran si se hubiesen publicado mis cartas, acá quedo, con verdadera inquietud, pensando que no se han publicado, porque por una u otra razón no hayan parecido bien;—pero esto mismo V. me lo habría dicho. Mándeme una línea, que esto me causa algún desasosiego.

Va la actual carta sobre cosas serias, no fiestas ni bodas, sino problemas sociales y leyes, y estudios sobre el Congreso. Parecerán tal vez largos los sumarios; pero la práctica me enseña que facilitan la lectura, e incitan a leer.

¿Conque tan malo es lo que le he mandado que no tiene siquiera el valor de decírmelo? Ahora me toca a mí alzar al cielo mis quejas por su silencio.—

Y besar los pies a *Lola*.

Quiera a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 26 de junio de 1886].

Mi amigo mejor.

Ni una letra de V. todavía. Ni una palabra de estímulo o de consejo. Será que me lo tienen en mucha ocupación; pero me haría bien recibirlas.

Va la tercera carta de junio, y todo mi cariño para V. y su casa.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

Mi amº muy querido

V. me quita con su silencio pertinaz el derecho de escribirle.

Una sola palabra egoísta, para rogarle que influya porque me corrijan atentamente esta correspondencia, que he escrito con cariño, como si solo hubiera de leerla V.—

¿Qué le he hecho?

Su

J. MARTÍ

[Nueva York] 1ro. de julio [1886].

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 18 de julio de 1886].

Mi hermano querido.

Va la 2ª carta de julio, sobre cosas que le parecerán pesadas tal vez, pero que son acá graves, y allá interesan a la gente que se ocupa en cosas de hacienda y política.

Esto no es carta, sino abrazo al vuelo. De aquí a dos o tres días le escribo.—

Ruéguele al sr. Regente que vea con cariño las pruebas, porque el manuscrito va escarpado, por ser difícil decir clara y concisamente las cosas áridas y de detalle de que habla esta carta.

Tiernos saludos a su casa; y a V., lo mejor de

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[New York, 24 de julio de 1886]

Mi amigo queridísimo:

Tengo su carta, que me hizo mucho bien, y me desenojó con V.— Y también recibí la letra con una tarjeta del excelente Pablo. Pero ahora no le respondo, porque me espera el mensajero que ha de llevar esa carta al correo. Apadrínemela, y hasta de aquí a dos o tres días.

Su hermano,

JOSÉ MARTÍ

[Carlos Ripoll, *Páginas sobre José Martí*, New York, 1995, p. 153]

A MANUEL MERCADO

Hermano querido:—

Va esa carta, y no otra, para que no diga que le peso mucho con mis alegatos. Ojalá le guste. Ruegue que la cuiden, que por el asunto puede interesar.

Un abrazo de

Su hermano

J. MARTÍ

[Nueva York] 28 julio [de 1886]

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 2 de agosto de 1886].

Mi hermano querido.

Mucho he pensado antes de escribir la correspondencia que hoy le envío: pero ¿cómo hubiera podido prescindir de ella, escribiendo desde aquí en estas graves circunstancias para un diario de México? Ya V. sabe mis grandes miedos de parecer intruso; pero ese es mi deber de corresponsal, y lo he cumplido. Vd. y sus amigos sabrán allá si es oportuno publicar lo que les mando, escrito en virtud de mucho pensamiento, y con una previsión en cada palabra.

Ya V. imaginará la angustia en que quedo; porque siempre he visto más cerca el peligro de la guerra de México que todos los que la creen imposible porque ellos no la desean. Este país no necesita ahora la guerra, y si México aprovecha con habilidad alguna salida técnica en el caso legal, o halla en las extrañezas del proceso de Cutting pretexto para abandonar o esquivar la extraña posición en que se ha puesto, contra todos los precedentes que venían atestiguando su rara habilidad, la guerra podrá por esta vez evitarse, dejando enseñanzas que en mi humilde modo ha de ayudar a inculcar, tales como la necesidad de infiltrar en la frontera un elemento numeroso de

gentes de buen consejo y cautela, y abrir sobre la masa de este país una campaña infatigable de lo que pudiera llamarse "explicación de México",—para que, conociéndolo y respetándolo más la masa, lo estime como lo estiman ya los que lo conocen y respetan.

Pero hoy, el peligro es tan cierto como V. sabe y yo repito, y la salvación no está tal vez sino en el hecho de que el país en masa no tiene necesidad de esta guerra, ni el Presidente dirige por ese camino sus ambiciones. La actitud del Congreso es, sin embargo, temible.—Y yo he escrito toda mi carta sin falsear ni atenuar ningún hecho; pero con el ánimo puesto en ayudar a hacer fácil la concesión que veo inevitable, y hasta ahora parece justa, por parte de ese gobierno. Preveo que sin ella es difícil de evitar la guerra, y he querido contribuir a hacer fácil la salida.

Se va el correo. Lo que digo en la carta es verdad. Sufro tanto de esto como si viera en peligro de muerte a mi propia tierra. Dígame si he obrado con cordura, y no esté tanto tiempo sin escribirme.

Enviaré a Villada cuanto creo que le interese de lo que aquí se publique.

Quiera siempre mucho a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 6 de agosto de 1886].

Mi hermano muy querido.

Siempre en estas prisas.—

La correspondencia que envío hoy, y que tiene que ser, naturalmente, sobre los sucesos de la frontera, explicará a V. la anterior, que era aquí hace dos días la que resultaba de todos los acontecimientos y del espíritu público en aquel instante, aunque allá haya causado tal vez asombro —o disgusto, porque la escribí creyendo, como creía acá el país entero, que lo que el Secretario de Estado decía en su resumen de las negociaciones al Congreso era lo cierto. ¡Ya me parecía a mí

inexplicable que México se hubiera puesto en aquel caso dudoso y estrecho! Y como yo escribí en la seguridad de que estaba en él, que era aquí sobre la fe del Secretario la seguridad unánime, lo hice lleno de pena e inspirando cada palabra mía, y acomodándola, a una situación enteramente falsa, pero que yo, que no estoy en Washington, no tenía modo de conocer. Ni la conocían en Washington tampoco; porque el engaño fue absoluto, hasta que el diputado Hitt demostró en el Congreso la buena voluntad de México, y su prudencia en todo este caso. Es una victoria que se ha ganado, porque yo la tengo por una victoria, a fuerza de justicia, y de inspirar ese respeto que creo yo aquí la única arma y el único freno. Lo que digo de las declaraciones del Sr. Romero Rubio—y el Gral. Díaz es la verdad: se ve en la prensa, y se nota en las conversaciones privadas, el excelente efecto que ha causado su actitud, y la mezcla que en ella se nota de decoro y modestia. Cierta fiereza vaga y justa han hallado en lo de Díaz, que tampoco ha parecido aquí desagradable.—

Se va el correo. La otra carta, no espero verla publicada. Esta, sí.—

Lo abraza, muy contento,

su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A JERÓNIMO ZELAYA

New York, 12 de agosto de 1886.

Sr. D. Jerónimo Zelaya.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

Mi bondadoso amigo el Sr. D. Adolfo Zúñiga me autorizó a su salida de New York para dirigirme a Vd. cuando hubiera de remitir a *La República* mi segunda correspondencia; y no oculto que me aprovecho con gozo, aunque desconocido yo sin duda para Vd., de la ocasión de saludar con mi humilde y sincera estimación [a] un hombre que sus propios méritos y mis amigos de Honduras me han hecho mirar de antiguo con cariño.

No sé si merecerán su aprobación las páginas que escriba para *La República*, y solo llevan en su abono un afecto que me cuesta trabajo reprimir para que no parezca intruso y excesivo, y estará bien premiado si no juzga usted, enteramente inútiles las frases que me inspira.

Ofrecí solamente al Sr. Zúñiga enviar dos cartas por mes, y estudiar y narrar con especial atención el curso de las empresas *neoyorquinas* en que hoy se interesa tanto Honduras; pero la pluma se sujeta con dificultad cuando se escribe con placer, y envío hoy dos cartas, en vez de una que correspondiera a esta quincena, dedicando la segunda de ellas exclusivamente a aquellas reflexiones y noticias que acaso no estén fuera de lugar para servir desde su puesto humilde la política práctica y ancha en que usted mismo significa tanto.

Me es grato reiterarme de Vd. con atenta consideración affmo. y segº. servidor.

JOSÉ MARTÍ

[EJM, tomo I, pp. 347-348, fuente que indica "cotejada con el manuscrito original", al cual no ha tenido acceso esta edición.]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 19 de agosto de 1886].

Tiene mucho que hacer, es verdad: pero ¿no le queda hueco para decirme en una palabra, no que me recuerda, que bien lo veo y lo pago, sino que no le parece mal lo que hago, o qué debo hacer para que le parezca bien?

Verá que hoy tampoco me he podido librar de escribir sobre lo de Cutting; pero no noticias, sino observaciones que creo útiles, y sugestiones que apenas me atrevo a esbozar. Acaso le sea importante, o curioso a lo menos, el recorte que aquí le acompaño, y de que no he creído prudente hacer uso.

¿Por qué no me manda por el correo el libro de Prieto?

Mucho lo quiere

su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 22 de agosto de 1886].

Mi hermano querido:

A oscuras, como ve por la letra, solo puedo acompañar esa carta de un abrazo.—
No demorarán la carta, porque perdería el asunto su interés.

Su

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A ARTHUR CARROLL

New York, August 29 [1886].

Arthur Carrol. Esq.
Dear Sir:
I beg to acknowledge receipt of your favour 27th inst. With check for $12 enclosed.

I remain, with thanks,
Yours sincerely,

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 20, pp. 315-316]

[Traducción]

Nueva York, agosto 29 [1886].

Sr. Arturo Carroll

Estimado señor:

Tengo el gusto de acusar recibo de su atenta del 27 del actual con un cheque por $ 12.
Quedo, con las gracias,
de Vd. sinceramente,

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 20, pp. 315-316]

A JERÓNIMO ZELAYA

New York, 30 de agosto de [18]86.

Sr. D. Jerónimo Zelaya.

Muy Sr. mío y de mi consideración.

Me es grato dirigirme a Vd. hoy de nuevo, en cumplimiento del encargo de mi buen amigo el Sr. D. Adolfo Zúñiga, para incluirle la carta de esta quincena para *La República*.

Pensé acompañarla, como la anterior, de otra sobre las empresas del país, pero fuera de la noticia de que la Compañía del Aguán se prepara a comenzar sus trabajos en 1ro. de octubre, no hay cosa de algún bulto que diese interés a lo que hubiera escrito sobre ese asunto ahora.

Reiterando aquí, con afectuosa consideración, mi carta anterior, me suscribo de nuevo

su atento servidor

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 28, p. 379]

A JUAN DE DIOS PEZA

New York 1ro. de octubre/86

Sr. Juan de Dios Peza

Mi amigo muy querido:

No me diga que le enojo con demandas,—que lo único que voy a pedirle, como quien da a un bardo caballero empleo digno de sus altos mereceres,—es que, en son de victoria, me acompañe a Andrés Clemente Vázquez, a quien no he podido avisar que escribo a Vd., a obtener en algún diario de México, en *El Diario del Hogar* acaso, un puesto de corresponsal en New York sobre cosas interesantes a las damas—modas, divertimientos sociales, novedades de teatro, reseñas de dramas, extractos de novelas nuevas,—para una de las más cumplidas criaturas que hablan lengua española,—la Srita. Piedad Zenea, hija del poeta Juan Clemente. La elevación de su espíritu la saca, por buen número de codos, de la servidumbre a que sin ella la condenaría su rara hermosura;—y a los ojos de Vd., uno de los pocos poetas que hacen llorar en lengua de Castilla, se recomienda de suyo mujer que vale tanto,—que vive, joven y bella, de su propia labor,—y que es hija del que horas antes de morir veía dibujarse ante sus ojos, en las sombras del calabozo, las cumbres de los montes mexicanos,—y les mandaba el alma.

Ya lo veo, conversando sobre mi empeño con Andrés Clemente Vázquez,—ganándose voluntades de editores,—y anunciándome que uno de ellos tiene la buena idea de emplear los talentos de mi distinguida amiga.

Cuán bien lo quiero, a Vd. y a Margot, no necesito repetírselo.

Mande a su amigo

José Martí

P.O.B. 1283
New York

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 13 de octubre de 1886]

Mi hermano muy querido.

Llega su atento mensajero, y me da cinco minutos para escribirle. Ayer, después de muchas vueltas, recibí su carta, que en verdad no debía venir tan de tarde en tarde, porque créame, no es en las manos donde las recibo, sino en el corazón desconsolado.—

Mi dirección fija quiere V. saber. Vaya.

P. O. B. 1283.

Y si es para telegrama, como me dice el enviado pudiera ser,—es esta:

120 Front, room 13.

Hace dos semanas que no recibo *El Partido*, de modo que no he podido leer cómo parece impreso lo del terremoto. V. rogará, sin que se sepa la queja, que me lo envíen.

A Pablo Macedo le escribí hace unos 5 o 6 días.

Acá recibo puntualmente por una casa de comercio lo de las correspondencias cada día 15, desde el mes pasado.

No tengo tiempo para más. Acabo ahora mismo un estudio de alguna seriedad para el diario. Vea que me importa mucho saber si lo que escribo le parece bien, sobre todo porque cada día me voy encerrando más en mí, y dentro de mí es donde necesito más estímulo y compañía.

No quiero pagar con palabras de carta los cariños de los suyos: ya V. sabe lo que son para su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 15 de octubre de 1886].

Mi hermano muy querido:

Con el oficial del correo le escribí hace dos días. Ahora le mando, en vez de las dos cartas primeras del mes, un estudio que en extensión las excede, y que es casi imprescindible para entender bien todos los sucesos que aquí se preparan, y las mismas dos cartas de noticias que ya escribo, la 1ra. de las cuales le irá mañana. V. no sabe la pena que a mí me cuesta reunir y ordenar, para ser bien entendido y escribir con fruto de los que me lean, los elementos originales y complicados de los problemas de esta tierra. Con que V. me lo estime, basta.

Déjeme decirle que no he recibido el paquete de diarios correspondiente a la semana en que debió publicarse la carta sobre el terremoto de Charleston, que mamá me pide y quisiera tener: ¿no podría hacer que me mandasen de ella, tan pronto como pudieran, tres o cuatro ejemplares?

Leo con pena en *El Partido* y en los diarios de aquí que está enferma de algún cuidado la hija del Sr. Romero Rubio.—La conocí muy niña aún en los tiempos de mis amores, y me llamó la atención por su dulzura, ya en sus días tranquilos, ya acompañando a su madre en horas de tristeza. Si su padre hace memoria de mí, dígale mi deseo de que la linda señora halle pronto mejoría.

Con mi próxima carta vuelvo a escribirle, y con esta le pido los libros de Prieto &ª, impresos en las prensas del Gobierno—Peza-Gómez del Palacio.—¿Peza no querrá mandarme *El Lunes*?

Su hijo Manuel ¿no sabe inglés?

Adiós, con muchos cariños de su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 17 de octubre de 1886].

P. O. B. 1283.—

Mi hermano Mercado:

Va otra carta.

¿No me dice majadero si le ruego unas cuantas cosas? En verdad no son más que dos. No: tres.

Querría yo que V. obtuviese definitivamente que enviaran *El Partido* a *El País* y *La Lucha* de La Habana, para que siquiera por algún camino llegue a mi tierra lo poco y apresurado que escribo. Son periódicos de circulación, y valen el canje.

Querría yo que me mandasen dos números de la carta sobre el terremoto de Charleston, que debió publicarse a fines de setiembre.

Y querría que, de veras, me mandase los libros de Prieto y Gómez del Palacio, y el que me anuncia de Peza.

Y ya no le engorro más con estas nimiedades mías. Le mando cariños a Pablo Macedo. Pido con toda el alma prosperidades para V. Y escríbame, porque si no, someto a *Lola* a correspondencia. Ella, por supuesto, no tiene por qué leer mis pesadeces: pero esta vez, dígale que vea lo que digo como al vuelo de esta abominable mujer americana.

Lo abraza

su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 29 de octubre de 1886].

Mi hermano querido.

Estoy esperando en estos días, ya que no carta suya por el correo, al mensajero de los vapores que me trae noticias de V.—De mi alma, algunas le van en esa descripción de las fiestas de la Estatua de la Libertad, que fueron magnas, y he escrito con cuidado para *El Partido*.—

Mamá me pregunta por *Lola* y V. constantemente: yo le envié ya su dirección: Vds. tienen casa ancha en aquellos corazones. Vd. sabe que ya todas las niñas se han casado: el marido de aquella linda Antonia es un joven simpático y entusiasta, lo que me hace quererlo, aunque, a menos que no halle en su casa lo que no da la vida fuera de ella, ya por ser eso, por ser entusiasta, lleva camino de ser infeliz.

A Manuel, por si sabe inglés, le mando un periódico con láminas de la fiesta de la estatua: y cuando venga el mensajero, le enviaré una de las medallas.—¡Ojalá le guste a V. la descripción de la fiesta!

¿Por qué olvida que me hacen un grande y verdadero bien sus cartas? Ayer me acordaba precisamente de eso viendo cómo una brisa apacible abría grandes huecos de luz entre las ramas colgantes de un sauce que hay frente a mi ventana. A veces me parece que las ramas me caen sobre mi cara propia, y me paso las manos por ella, para apartarlas. Aliénteme, pues, que no le veo remedio a mi tristeza.—Y bese la mano a *Lola*

su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

ÍNDICE GENERAL

1886 (mayo-octubre). Cartas

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".